







LAS AFORTUNADAS.

LAS AFORTUNADAS

VIAJE DESCRIPTIVO

A LAS

ISLAS CANARIAS

POR

D. BENIGNO CARBALLO WANGÜEMERT

Catedrático de Economía Política

en la Escuela de Comercio y en el Real Instituto Industrial de Madrid;
miembro de varias corporaciones científicas y literarias.

1.^{er} GRUPO.

(TENERIFE, PALMA, GOMERA, HIERRO.)

MADRID

1862

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO

Plaza de los Ministerios, 3.

Es propiedad del autor, quien se reserva los derechos que la ley le concede.

INTRODUCCION.

ALGUNAS horas ó algunos dias , segun sea más ó menos grande la asiduidad con que se consagre á su lectura , va á ocupar este libro la atencion del lector , y justo es que yo le diga qué motivos me impulsan á escribirlo y qué asunto es el que va á ser tratado en sus páginas. Quiero parecerme á los empresarios de teatro que anuncian anticipadamente el programa de la funcion , á fin de que el público no concurra á ella á ciegas , y sin que le sea dado formarse de antemano idea aproximada del esparcimiento y solaz que habrá de proporcionarle; ó pretendo imitar la con-

ducta del viajero, que antes de hacer su maleta y de colocarse la gorra y la bolsa de viaje, traza en el pensamiento ó en el papel el itinerario que ha de recorrer. ¿No es verdad que una explicacion semejante constituye un preliminar natural y lógico que no desagradará al lector?

Tengo una inclinacion á los viajes, y tanto como á estos, soy dado á escribir y publicar mis impresiones, aún cuando sean de escaso valer. Prueba de ello es que en 1857, comisionado, en mi carácter de catedrático, por el Real Instituto Industrial de Madrid para estudiar la organizacion y método de las enseñanzas industriales en el extranjero, escribia desde Paris correspondencias á la *Revista de Instruccion pública*, las cuales insertaba este periódico en sus columnas; que en 1860, encargado por la Sociedad libre de Economía política y por la Liga libre-cambista para representarlas, en union de otros economistas, en el Congreso de Suiza, dirigí también desde Paris y desde Lozanne nue-

vas correspondencias , que vieron la luz en la *Gaceta Economista* ; y que habiendo pasado la estacion del último verano en las islas Canarias , escribia asimismo y publicaba mis impresiones en las *Antillas*.

Prestando yo oídos á esta inclinacion ó á esta pasion , de que acabo de hacer referencia , me decia muchas veces á mí mismo en Canarias , cuando pasaba de una á otra isla , residia en sus poblaciones y recorria sus hermosos campos : ¿Por qué no he de escribir un libro sobre estas islas? Yo que he nacido y recibido en ellas una parte de mi educacion: que he debido sentir , en la formacion de mi carácter , de mi inteligencia y de mi gusto, las influencias de su clima , alimentos , costumbres y naturaleza exterior; yo que he visto correr alegres y felices los dias de la niñez y de una parte de la juventud, entre las cariñosas y solícitas atenciones de la familia y los cuidados de mis primeros estudios, ¿por qué pues no he de escribir un libro, que dé ocupacion á mis ocios, acerca de las Afor-

tunadas, dándoles la preferencia á cualesquiera otros asuntos y países?

A este deseo, alimentado en el sentimiento de amor patrio, agregábanse otras consideraciones que proporcionaban nuevos y fuertes incentivos á la voluntad. Eran los estímulos del agradecimiento. En las poblaciones donde pasaba algunos dias recibia delicadas y cariñosas muestras de afecto, dispensadas muchas de ellas por personas que nunca habia tratado ni conocido, y en Tenerife y la Palma fuéron tales, que no he podido menos de tenerlas sobre el corazon y conservarlas allí al calor de mis sentimientos. Habia yo recibido ya de antemano otra prueba inequívoca del afecto que me profesaban mis paisanos, pues en la contienda electoral de 1858 habia figurado mi nombre en candidatura para diputado á Córtes, y aún cuando no me alcanzaron los favores de lo que habia dado en llamarse *influencia moral*, aún cuando las listas electorales estaban, á decir de algunos, fabricadas bajo la inspiracion de

cierto espíritu de partido, aún cuando me hallaba en Madrid tranquilamente entregado á mis cátedras y tareas literarias, á más de trescientas leguas distante del teatro de la lucha; aún cuando, en suma, me era contrario todo este concurso de circunstancias, estuvo mi nombre á punto de triunfar, puesto que nueve votos, y no quisiera equivocarme, dieron la victoria á mi adversario (1). No podía yo dudar que tenía, más que otro alguno, las simpatías de mi país, sin acertar á explicármelas, en la cortedad de mis merecimientos, más que por la natural exageracion y abultamiento que cosas y personas reciben á la distancia.

Estas simpatías se manifestaron de nuevo, y se presentaron más palpitantes y con más vida en los dias que residí en aquel país. Constantemente me hablaban de esperanzas, de revision de listas, de votos voluntariamente comprometidos y ofrecidos de las huestes contrarias, de medios legales y legítimos

(1) El Sr. D. Santiago Verdugo.

que pudieran ser empleados. Yo no sé si los deseos de mi país quedarán al fin colmados, ni si tendré algún día la honra de representarlo en el Parlamento español; pero sí sé que aspiro á ello, porque es noble y legítimo el aspirar á lo bueno. La hipocresía es un vicio torpe y vergonzoso, y yo seria hipócrita, si así no me explicara.

Quería con vivo deseo ocuparme de las islas Canarias, y como si no bastaran y sobrarian los motivos ya enunciados, presentábase á mi espíritu otro poderoso y decisivo: la ignorancia que en España se tiene de cuanto á este archipiélago concierne, y la indiferencia con que ha sido mirado por los escritores de la Península. Recordaba que en cierta ocasión, departiendo yo con una señora de la buena sociedad madrileña, me habia esta preguntado:

—¿Con que es V. de las islas Canarias? Y contestándole, si señora, me replicó:—Pues entonces habrá V. quizás conocido á D. N..., alto empleado en Manila.

Para esta señora, Filipinas y Canarias eran una misma cosa.

Recordaba que despidiéndome alguna vez de varias personas, me habian dicho: ¡Y qué léjos se va V.!! ¿Cómo tiene V. valor para hacer un viaje á unas islas tan apartadas?

Recordaba que frecuentemente las habia oido confundir con la Habana, con Puerto-Rico, con las Antillas, que á mí mismo me habian dado muchas veces el título de americano, y que no hacia muchos dias, en las columnas de un periódico de Santa Cruz de Tenerife (1) habia leido trozos de un libro de Geografia, recientemente publicado, en el cual se equivocaban casi todos los nombres, y el autor se tomaba la facultad, sin autorizacion por cierto de la naturaleza, de deshacer, truncar y separar las islas, encaminando el Atlántico á su gusto y placer, y dando el nombre y la consideracion de islas á las que no eran más que simples poblaciones, con otras lindezas á este tenor.

(1) El *Eco del Comercio*.

Recordaba que otra distinguida señora en la Península, habia dicho en cierta ocasion: —Estoy sintiendo el viaje de mi sobrino á Canarias, por las tempestades del Cabo de Buena-Esperanza. Que otro deseaba ir empleado á Santa Cruz de Tenerife, para tener ocasion de visitar los dias de fiesta á su hermano que estaba en la Habana. Recordaba, en suma, que el geógrafo M. Braconnier, al enumerar las islas Canarias, habla de la isla de la Orotava. Otros muchos recuerdos de errores y equivocaciones semejantes se ofrecian á mi memoria, siendo lo más notable que se referian casi todos á personas muy ilustradas.

Y siguiendo aquel monólogo ó conversacion interior que constantemente me dirigia á mí mismo, exclamaba: ¡Ignorancia é indiferencia culpables! ¡Cosa extraña y casi inconcebible! Los escritores españoles no se acuerdan nunca de este país, situado á poco más de doscientas leguas de Cádiz, ó sea la distancia que marcan dos dias y medio de navegacion al vapor, y su nombre no figura

sino en ciertos actos oficiales, como el nombramiento de empleados, el pago de contribuciones y la entrada y salida de correos. Y sin embargo, hay aquí más de un motivo para que pueda ser asunto de estudio y de observación. Ni como naturalistas, ni como historiadores, ni siquiera como viajeros que pintan y narran la impresión del momento, se han ocupado de este país los escritores peninsulares. Los milagros de vegetación de este suelo, las curiosidades que ofrece su constitución geológica, la variedad de sus climas en medio de la suavidad que los caracteriza, yacen como ignorados y desconocidos para la Península. *Tenerife* con su hermoso Pico, su encantado valle, sus feraces llanuras y sus lindas poblaciones; *Canaria* ó *Gran Canaria* con sus pintorescas montañas, sus productivos campos y sus abundantes aguas; la *Palma*, con su hermosa Sierra, sus poblados montes, su nunca bastante celebrada *Caldera*, sus inmensos barrancos y su sublime fragosidad; *Lanzarote* y *Fuerteventura*, con sus

montañas de arena y su fisonomía moruna; la *Gomera* y el *Hierro*, con su suelo quebrado y pintoresco, no menos que con sus recuerdos, son islas apenas conocidas. Ningun escritor ha hablado de algunos cantos populares de este país, que serian gran novedad en la historia de la literatura española; ni de la rareza de ciertos trajes, ni de las costumbres que recuerdan ya á España, ya la vecina costa africana, ya sus primitivos moradores.

Frecuentemente, añadia, cruzan por este país viajeros que recorren algunas islas, no todas; pero estos son siempre extranjeros, ingleses, franceses ó alemanes, que viajan por placer, ó por curiosidad, y de vez en cuando les consagran algunas páginas en sus narraciones de viaje, páginas que pintan tan sólo la impresion del momento, que se refieren á una parte pequeña de las islas, y que abrazan un solo aspecto de su estudio.

Pocos países hay en el mundo que aventajen á estas islas atlánticas, en suavidad de

clima, en variedad de frutos, en sitios amenos y recreativos; el carácter de sus habitantes es blando, cortés y hospitalario, y tanto los peninsulares como los extranjeros encuentran aquí la más cordial, franca y generosa acogida. ¿Qué mucho que los grandes capitalistas de España emplearan una parte mínima de su capital en construir en algunas de estas islas, casas, jardines y sitios de recreo? ¿Qué mucho que las familias acomodadas y ricas de la Península, que para evitar los rigores del verano abandonan las grandes capitales y se extienden por las provincias Vascongadas, Galicia, Astúrias, los Pirineos y algunos puertos de mar, vinieran á Canarias para disfrutar del clima, comodidades y recreo que ellas proporcionan? ¿En dónde mejor que aquí puede pasarse la estación del verano? Estas suaves brisas, respiraciones del Atlántico, como las llama cierto historiador (1), esta variedad de vegetales, esta atmósfera siempre embalsamada, y esta naturaleza

(1) El Sr. Viera y Clavijo.

que por do quiera sonrie y despierta dulces y tranquilas sensaciones, ¿no constituyen una riqueza inapreciable, cuyo valor es casi desconocido en Europa, donde estas condiciones tanto se estiman? Los ingleses conocen el camino de la isla de la Madera y á ella recurren en demanda de salud sus vírgenes pálidas extenuadas por la fiebre; la emperatriz de Austria emprende un viaje á dicha isla para restablecer su salud quebrantada, y á poca distancia, tal vez dia y medio de navegacion, nuestras Afortunadas, preferibles á la Madera en muchos conceptos, no reciben ningun huésped. Platon soñó en una *Atlántide*, más allá de las Columnas de Hércules, otros escritores griegos las representaron y retrataron como mansion de delicias, y supusieron aquí los Campos Eliseos; ¡sólo hoy cuando las comunicaciones rápidas, el vapor y la locomotora permiten que se den la mano todos los países, por lejanos y apartados que se encuentren, son olvidadas y casi por entero desconocidas!

Quizá parezca, decia continuando siempre el monólogo, quizá parezca esto exageracion á los mismos hijos del país, si algun dia llego á estamparlo en el papel; tal vez se tenga por exornacion y colorido prestados por mi fantasía. Es posible que así se crea, pero yo podré asegurar con testimonios irrecusables que ni exagero, ni escribo una novela. Que se consulten los Nuñez de la Peña, Vianas, Vieras, Castillos y demás historiadores de las Canarias, poco conocidos como tales; que se lean algunas narraciones de esas que han sido trazadas por los extranjeros, y aseguro que el lector las hallará conformes con lo que acabo de decir.

Lo bueno y lo bello suelen á veces no ser bastante apreciados por falta de término de comparacion. Pregúntese al campesino de Florencia, que nunca ha abandonado la hermosa campiña en donde nació; pregúntese al suizo, que ha pasado toda la vida entre sus montañas; pregúntese al indio mejicano, que no ha salido jamás de las lla-

nuras y bosques de Méjico, qué mérito, qué valor tiene su suelo natal, y no sabrán responder. Pregúntese, si se quiere, á los hombres civilizados de estos mismos países, pero que no hayan salido de ellos, y lo que digan estará muy léjos de ser el fiel retrato, la verdadera apreciacion de aquello mismo que parece que ellos deben conocer más que otro alguno. Y es que familiarizados con estos objetos desde la infancia, han llegado á ser indiferentes á su mérito y encanto; es que no comparándolos con otros inferiores, no les es dado notar y señalar la superioridad que encierran. En Canarias hay muchas personas que han recorrido una gran parte de la Europa y la América, y estas están en estado de apreciar el mérito del archipiélago; pero hay otras muchas que, aunque ilustradas, no han salido nunca de allí, y es necesario decir á estas últimas: Eso que es vuestro, que teneis la fortuna de poseer, es bueno, muy bueno, y puede ser mucho mejor, si quereis que lo sea. No os escandali-

ceis ni deis muestras de incredulidad porque lo ensalcemos y enaltezcamos; mostráos más bien satisfechos de que la Providencia os haya favorecido, y siguiendo sus sábias indicaciones, sacad de aquí gran provecho con vuestros esfuerzos, con vuestro trabajo ó con vuestra industria.

Por otra parte, pensaba yo, hay una propension en el corazon humano, no sé si buena ó mala, que nos lleva á tener por mejor lo ageno que lo propio. La mujer elegante suele creer que sus trajes y atavíos no son tan acabados, ni le sientan tan bien como son y sientan los suyos á otras mujeres; ciertos hombres de buen tono están siempre prevenidos contra sus sastres y sombrereros, por figurárseles que no los visten á ellos con la gracia que á los demás; los libros españoles, buenos y clásicos, los miramos como inferiores á los franceses del mismo género; y sin embargo, aquellas mujeres y aquellos hombres son los más elegantes, y estos libros muchas veces superiores á los extranjeros.

Por esto pues no nos parecen las cosas de nuestro país tan buenas ni á la altura de las de otros países. No sé si será provechoso el pensar así alguna vez, pero en general estoy seguro que una propension semejante debe combatirse, y acostumbrarse el hombre á hacer justicia á su patria, sin pretender por esto que no se saquen á la luz sus fealdades, para que puedan ser corregidas y enmendadas.

Las Canarias no tienen, como las comarcas de la vieja Europa, una historia nutrida de victorias y brillantes hechos de armas; el viajero no encontrará aquí grandes museos ni notables monumentos, no visitará soberbios palacios ni obras grandiosas de ingenio y de arte; pero tendrá mucho que admirar en los privilegios que deben á la naturaleza, encontrará un país culto y civilizado, poblaciones alegres, limpias, agradables; comodidades, salud y sobre todo encontrará una naturaleza privilegiada, extremadamente bella y digna de su curiosidad. Y por lo que las islas son, por las condiciones de su suelo, los

elementos de que disponen y la situacion geográfica que ocupan, podrá rastrear y columbrar que la industria, el talento del hombre y el capital llegarán con el tiempo á hacerlas más ricas y más prósperas.

¿Por qué pues yo, hijo de este país, no he de contribuir con mi pluma á darlo á conocer y á celebrar lo que la Providencia le ha otorgado?

Tales eran los discursos y razonamientos que me hacia interiormente á mí mismo durante mi residencia en las islas Canarias. Y de todo ello resultó, que cuando hice la travesía desde Santa Cruz de Tenerife á Cádiz, traia en el ánimo la resolucion y el propósito firme de escribir este libro, valga lo que valga; y en aquellas tranquilas y poéticas noches de navegacion por el Atlántico, acariciaba, fabricaba y embellecia á mi placer esta idea. Trazaba un plan y lo sustituia con otro; repetia los pasados razonamientos, y aún los recalca y reforzaba más y más; elevaba y engrandecia las islas, prestándoles los colores de

una fantasía exaltada. Entonces sí que traspasaba los límites de lo verdadero, entonces sí que el lector hubiera tenido motivo para rebajar el valor de mis palabras, si me hubiese sido posible darlas en aquellos instantes á la prensa; pero era que estaba bajo la influencia de un recuerdo, era que dejaba atrás objetos queridos, era que llegaba á mis oídos el eco lejano de mi país que me daba su *adios*. Este eco resonaba en el fondo del alma, y en la noche serena, en una mar tranquila y tropical, bajo un cielo limpio y puro, y de la luna llena del mes de Setiembre, ¿quién podía detener el pensamiento ni tener á raya la imaginación?

¿Cuál pues va á ser el asunto de este libro?

Fácilmente lo inferirá el lector de lo que le he dicho anteriormente. Mi objeto es dar á conocer las islas Canarias á los peninsulares y á los extranjeros, ya que son tan poco conocidas, y al mismo tiempo trazar para los hijos de aquel archipiélago, lo que podré ti-

tular la fisonomía de su país. Acompañaré al viajero en una visita á las islas ; le trazaré en cada isla un itinerario, en el cual se encuentren los lugares y situaciones más notables, y los objetos más dignos de su atencion, no omitiendo nada que esté á mi alcance para darle cabal idea de su hermosa y privilegiada naturaleza. Entraré con él en el seno de las ciudades, villas y poblaciones más importantes, estudiando su vida, costumbres, condiciones materiales, etc. Y puesto que es precepto de buena literatura el asociar lo útil con lo agradable, al lado de mi narracion descriptiva, figurarán muchas veces consideraciones de otro orden, referentes á la industria, á la agricultura, al comercio, y á aquellas cuestiones que me parezcan de más vital interés al porvenir de estas islas : lo cual servirá, al mismo tiempo que para completar el concepto del país que describo, para llamar la atencion de sus habitantes hácia objetos con los cuales se relacionan su riqueza y bienestar futuros. Algunas, aunque pocas, ex-

cursiones históricas; algo de carácter, de costumbres, de trajes, etc., sembrado y esparcido acá y allá según la oportunidad del momento, será también asunto de mi narración.

Escribo, repito, para los habitantes de las Canarias, y escribo también para los españoles y extranjeros. A estos últimos deseo darles á conocer unas islas poco conocidas y merecedoras de serlo mucho más; á los primeros quiero proporcionarles un retrato de las mismas, con el agregado de consideraciones que interesen á su porvenir. No sé si acertaré á llenar entrambos extremos, si sabré despertar la curiosidad de los unos, y ganar la aprobación de los otros; no sé si acertaré á herir convenientemente las cuestiones que trate; no sé si seré buen artista para pintar con verdad un objeto bello, ni buen razonador para señalar algunos lunares y presentar soluciones verdaderas á algunos problemas. Hijo de las Canarias, sobrado de amor y de interés hacia ellas, deseando ardientemente que sea cada día más próspera la suerte de sus habitantes,

es posible que se sienta alguna vez palpitar en las páginas de este libro, que escribo sin pretensiones, la fibra del sentimiento patrio. Estoy seguro sin embargo, que no exageraré la descripción, y que más bien se encontrarán vacíos que llenar que excesos ó demasías que corregir.

Enterado queda ya el lector del asunto que el libro contiene; él juzgará si le conviene ó no emprender ó continuar su lectura. Si cree que ha de perder su tiempo, hará bien en abandonarla; si, por la inversa, su opinion fuere favorable al escrito y al escritor, pocos dias le bastarán, como indiqué al comenzar, para llegar á su última página.

AFORTUNADAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Santa Cruz de Tenerife.

CUANDO viniendo de la Europa se aproxima el viajero á la isla de Tenerife, situada casi en el centro del archipiélago canariense entre Canaria y la Gomera, podrá creer que se acerca á las playas de una tierra pobre é inhospitalaria. Desde la punta de Anaga, á donde probablemente se dirigirá en línea recta la proa del vapor en que viaje, costeando una pequeña parte del perímetro de la isla, no encontrarán sus ojos nada que no despierte una impresion triste y desconsoladora en su ánimo. La costa es escarpada, árida y desnuda, y de trecho en trecho algunos barrancos profundos, conocidos en el país con el nombre de valles, vienen á interrumpir y accidentar aquella mole levantada de basalto, no descubriéndose otras

muestras de vegetacion, que algunas ligeras manchas de verdor en el fondo de los valles.

—¿Qué tierra es esta, preguntará? ¿A qué país he sido conducido que tan pobre y tristemente se anuncia al acercarse á sus playas?

—A la isla de Tenerife, le contestarán, que ocupa casi el centro del archipiélago de las Canarias. A su alrededor, y como si la reconocieran por su capitana, se agrupan seis islas hermanas suyas, cuyos nombres son los siguientes: *Canaria ó Gran Canaria, Palma, Lanzarote, Fuerteventura, Gomera, Hierro*; y además otras seis inhabitadas, que se denominan: *Aleganza, Graciosa, Montaña Clara, Roque del Este, Roque del Oeste* é isla de *Lobos*. Su reunion constituye el archipiélago canariense, del cual se refieren cosas curiosas y extraordinarias.

Es muy probable que el viajero, tristemente impresionado por el espectáculo que se ofrece á su vista, no se sienta animado para hacer nuevas preguntas; mas la rareza y sonoridad de los nombres que acaba de oír y el anuncio de cosas extraordinarias, podrán estimular su curiosidad, y despertar en él el deseo de conocer estas islas. Voy á acompañarle en su viaje y á servirle de cicerone.

Al saltar en tierra, el viajero modificará la opinion desfavorable que el aspecto exterior de la isla le haya hecho formar, pues se encontrará en el seno de una ciudad alegre, viva, animada y elegante. Sus calles limpias, su pavimento suave y con anchas aceras, sus edificios de á dos pisos por lo comun, y sus lujosos establecimientos de comercio, le darán buena idea de la poblacion á que acaba de aportar. Cuando despues de haber satisfecho el primer impulso de curiosidad de todo viajero, que se lanza precipitadamente á la calle y discurre al capricho y á la ventura, haya arreglado su habitacion en la fonda, y se siente á la mesa para tomar algun alimento, seguro estoy que no quedará descontento ni de la calidad, ni de la variedad de los frutos de este país. Entre tanto, y para hacerle compañía durante la comida, yo le daré algunos informes.

Esta ciudad es *Santa Cruz de Tenerife*, capital de la isla, y capital tambien de toda la provincia. Es importante y quizá y sin quizá aventaje á las demás capitales de tercera clase de la Península. El carácter y categoría de capitalidad, se lo disputa con porfiado empeño la ciudad de las Palmas, situada en Gran

Canaria, y desgraciadamente las dos ciudades han venido sosteniendo por una serie de años una lucha porfiada, cuyas consecuencias, funestas siempre, lo son más en este caso por la animosidad de los partidos beligerantes. El nombre de esta capital es desfavorablemente acogido en las Palmas, aunque el de esta última no lo sea tanto en Santa Cruz, por razón de ser la poseedora. Es cosa frecuente y común oír hablar en las islas y particularmente en Canaria, de la tiranía de Santa Cruz, pretendiendo algunos que esta ciudad, en su carácter de capital, prospera, se embellece y se desarrolla á costa de las demás islas, no de otra manera que viven ciertas plantas parásitas, robando los jugos del terreno con que debieran vivir otras plantas.

Me parecen estas quejas hijas de una lamentable exageración ó tal vez inspiradas en la animosidad misma de la lucha. Soy natural de las Canarias, pero he residido muchos años y aún resido en la actualidad lejos de ellas, y extraño al calor de estas rivalidades, me parece que se da á la cuestión más importancia de la que en realidad debe tener, y se conduce y nubla mi ánimo, al considerar el carácter violento y apasionado de que está reves-

tida. Cosa es justa y natural que cada pueblo tratq de hacer valer sus derechos y preeminencias, ó de defender las que tiene: la gloria, el orgullo bien entendido y hasta la conveniencia le aconsejan esta conducta; pero defendiendo sus pretensiones y sus fundados ó infundados derechos, debe procurar que la rivalidad no trascienda á las relaciones de la vida, y de tal manera, que no se resientan por ello ni su comercio, ni su industria, ni su trato social. Santa Cruz y las Palmas no pueden menos de ser dos ciudades hermanas, cuyo parentesco determinan, su comun procedencia, sus idénticas costumbres y su contacto íntimo y frecuente. Canaria, que por las condiciones de su suelo es abundante en frutos de la tierra, encuentra en Santa Cruz y en Tenerife la salida y el mercado natural de estos productos, mientras que esta última ciudad recibe, por su dinero, artículos y frutos que contribuyen á su comodidad y regalo; y apartadas tan sólo por un estrecho brazo de mar, yendo y viniendo sus buques de cabotaje diariamente del uno al otro puerto, apenas concibe el pensamiento que pueda existir entre ellas, otra cosa que una cordial y fraternal inteligencia. Quédese en buen hora la lucha

circunscrita al terreno oficial, y déjese libre y desembarazado el campo en todo lo demás, que no otra cosa aconseja la prudencia, la civilizacion y las conveniencias de la vida.

Esta capital es centro de un activo comercio, y el principal puerto de importacion y exportacion en el archipiélago. Sus relaciones comerciales son principalmente: por el lado de Europa y del Mediterráneo, con Cádiz, Barcelona y Marsella; por el lado del Atlántico, con Lóndres; con Mogador y los puertos de la costa de Marruecos, por el de Africa, y con las Antillas, por el lado de la América. Su puerto es tambien el más concurrido de este mismo archipiélago, no sólo por la afluencia de buques de cabotaje, sino tambien porque, siendo punto de escala en la navegacion de Europa á América y á la costa africana, es frecuentemente visitado por líneas de vapores inglesas, francesas, italianas, portuguesas y españolas: circunstancia que da á la poblacion utilidad, á la vez que cierto grado de animacion y vida.

Sus calles bien cortadas, su aspecto elegante, y la alternativa de casas de dos y de un solo piso, ofrecen variada y agradable vista. El que haya visitado la isla de San Fernando

en Andalucía, recordará que casi todas sus calles están formadas por aceras de casas de planta baja ó de un solo piso (1), lo cual no obsta á que la poblacion sea de las más agradables de su clase. En Santa Cruz estas habitaciones son menores en número que las de dos pisos, pero las que hay agradan por su sencillez y belleza exterior, no menos que por la comodidad y alegría de su recinto interior. Es de advertir que en todas las islas Canarias se encuentra en abundancia este género de construccion, como tambien en las Antillas.

Tiene Santa Cruz un bellissimo teatro, que pudiera figurar sin desdoro entre los teatros de Madrid, obra recientemente acabada, en donde trabajan compañías españolas de verso y de zarzuela. El hospital de Ntra. Sra. de los Desamparados, el militar, la Lonja y la Maestranza de artillería son edificios notables, siendo no menos notable y digna de ser visitada, la plaza de la Constitucion, perfectamente pavimentada y decorada además con dos monumentos de mármol de Carrara, de los cuales representa el uno la aparicion de Ntra. Sra. de

(1) En Canarias son conocidas con el nombre de casas terreras.

Candelaria, patrona de la isla, á los guanches, segun tradicion antigua del país.

Aquí reside el capitan general, el gobernador civil, el comandante de marina, el segundo cabo, los cónsules y agentes consulares de diversas naciones, el cuerpo de ingenieros civiles y militares y el de artillería. Como fuentes de educacion y de instruccion, Santa Cruz tiene una escuela de náutica, otra de bellas artes y varias de instruccion primaria.

La poblacion no baja de 13.228 almas, segun los cálculos más exactos.

El viajero no se dará por satisfecho con las noticias que le he comunicado durante la comida; querrá ver con sus propios ojos los sitios que le he indicado, y comprobar la exactitud de mi narracion de mesa. Hágalo en buen hora, y escriba en su cartera, y tome notas, y apunte números, nombres y fechas; mas cuando haya terminado esta operacion, yo le conduciré á otros puntos, porque es necesario conocer á los pueblos por dentro, y no tan sólo en su apariencia ó manifestacion exterior. En las calles, en las plazas y en los paseos se ve una parte de su vida, pero no su vida entera, y aquel que, por ejemplo, se haya contentado con recorrer los *boulevarts* de Paris, las

orillas del Sena, las Barreras, y haya discurrido por las calles, plazas y jardines de esta populosa ciudad, no alcanzará á formarse una idea tan siquiera aproximada de la capital del vecino imperio. Yo quiero introducir al viajero en los salones de la sociedad de Santa Cruz, quiero presentarlo á mis amigos, quiero pasar con él algunos instantes de solaz y de esparcimiento.

Conducirélo por de pronto al *Casino* principal situado en la plaza de la Constitucion ; le haré notar la capacidad del edificio, el lujo, la elegancia y el buen gusto con que están decorados sus salones; le llevaré al gabinete de lectura, y encontrará, si es por la noche, una veintena por lo menòs de lectores, y si examina los títulos y epígrafes de los impresos, verá que son casi todos los periódicos y Revistas políticas y literarias de Madrid, algunos diarios extranjeros y cuatro ó cinco publicaciones del país, con lo cual podrá asentar la siguiente afirmacion : *Aquí hay amor á la lectura*. Pero si yo le proporciono ocasion de entrar á departir con los señores que platican y departen en el salon principal, otras cosas podrá reparar tambien. Mil preguntas le serán dirigidas. — ¿Qué noticias nos trae usted de po-

lítica? ¿Qué ocurre en España? ¿Cuándo se abren las Cortes, ó cuando se cierran? ¿Qué ha ocurrido en África? ¿Qué hay de Méjico? ¿Qué de Italia y los Estados-Unidos? ¿Qué hace el partido progresista? ¿Se cierran, se abren las Cortes?—Y á este tenor ciento y ciento más, segun los tiempos y las circunstancias. Y dirá el viajero: esta es la curiosidad de un pueblo, que por su situacion insular, recibe de tiempo en tiempo las noticias de la Península, á la cual le unen estrechos lazos, y de la Europa, hácia la cual siente interés, y como estas noticias llegan con algunos intervalos, la curiosidad contenida y falta de alimento durante algunos dias, se manifiesta hoy más vital y palpitante; síntoma favorable y honroso para esta capital, pues los pueblos que no se interesan en la vida política, que no siguen el movimiento y derrotero de sus destinos, esos pueblos son pueblos siervos, muertos y degradados.

Pasadas dos ó tres noches, cuando los periódicos hayan sido leídos y las noticias comentadas, la conversacion tomará otro giro, y no será extraño que el viajero observe, que se discurre y piensa con tino y acierto acerca de historia, de viajes, de literatura, y de otras

cosas : todo lo cual le demostrará á las claras que el movimiento intelectual no es género de ilícito comercio en la capital de las Canarias.

Yo lo conduciré además á otro *Casino* de artesanos, y lo conduciré con placer, porque en mi carácter de economista simpatizo con esta clase de sociedades. El artesano representa un papel importante en las naciones civilizadas de nuestra época, merced á la idea cristiana que enseñó á los hombres el principio de la igualdad, y á la Economía política que ha explicado y desarrollado más tarde la ley del trabajo, reivindicando para ciertas profesiones humanas las honrosas consideraciones que tiempos y civilizaciones pasadas les negaron. Y en verdad que se complace el ánimo, cuando tiene ocasiones de apreciar los esfuerzos empleados por las clases trabajadoras para labrarse y fabricarse su porvenir con sus propias manos, si así me es lícito expresarme. Que las clases favorecidas por la fortuna, se dediquen á ciertas horas á la lectura y al estudio, que departan y discutan sobre problemas políticos, científicos ó literarios, cosa es ciertamente digna de aplauso ; pero que el artesano, á quien ha saludado el sol en su taller al pre-

sentarse en el horizonte y ha dejado en el mismo lugar al ocultarse en las aguas ó detrás de las montañas, consagre la noche y el día de fiesta al cultivo y mejora de su espíritu, esto sí que es no sólo digno de aplauso, sino también de edificación.

Por esto conduzco con gusto al viajero al Casino de los artesanos, y me acompaña la seguridad de que, ni lo que allí se hable, discuta y lea, ni la misma exornación y distribución interior del edificio, han de ser parte á rebajar el buen concepto que haya comenzado á formar de esta capital: y por la inversa pensará, que el espíritu generoso con que el progreso moderno impulsa á las clases más modestas de la sociedad europea, para elevarlas y engrandecerlas, ha sabido pasar el Estrecho y arribar á las playas de Santa Cruz de Tenerife.

Por de contado ya es tiempo de que lo presente en los salones, que lo conduzca á algunas casas, y le haga conocer el trato de esta sociedad: tiempo es, sí, y estoy persuadido que ha de quedar satisfecho y me habrá de dar las gracias por ello, porque á la verdad el trato social de la capital de las Canarias, y en general de las poblaciones más principales de estas islas, es muy superior á lo que parece in-

dicar el número de sus habitantes, y los medios de riqueza y de instrucción de que pueden disponer. Sorprenderá al viajero la ostentación de sus salones de recibimiento, cuyos muebles son conducidos por lo comun de Marsella y Londres: el trato de las señoras y caballeros, le parecerá igual al de las señoras y caballeros españoles, hecha abstracción de las diferencias de carácter, que el clima, las condiciones exteriores, el origen, etc., pueden y deben determinar en cada país, y convendrá conmigo, si ha caído en sus manos por fortuna un folletito recientemente dado á luz por un extranjero (1), que este escritor tenia razón y pagaba un tributo de justicia, cuando dijo con referencia á Tenerife:

« Sin sentirse poseído de vivísima y grata sorpresa, no es posible encontrar, al salir del Mediodía de Europa, moralidad en las familias, seguridad perfecta en las relaciones sociales, lengua francesa é inglesa correctamente entendidas, benévolas y graciosas maneras, espíritu clarísimo y capaz para todas las cosas (á tout saisir), educación en una palabra muy

(1) *Les isles Canaries et la vallée d'Orotava*, por M. Gabriel de Belcastel.

superior á los medios aparentes.» Palabras cuyo valor es tanto mayor, cuanto que son debidas á la pluma de un extranjero, extraño por esta misma circunstancia á la nota de parcialidad.

En Santa Cruz hay grande aficion á la música: pocas son las señoritas de educacion que no toquen el piano y posean un poco el canto. Hay tambien aficion á la pintura, y yo pudiera citar aquí los nombres de algunos artistas dignísimos, que han visitado y estudiado varios museos de Europa, y muy particularmente el *rico y clásico Museo de Madrid*, habiendo llegado á adquirir en las islas aventajada reputacion. No son menos dignas de mencion las disposiciones que distinguen á los hijos de esta capital, y en general del archipiélago, para el cultivo de la poesía: las producciones que ven la luz en los periódicos de esta capital se distinguen por lo dulce y delicado del sentimiento, no menos que por la chispeante gracia que abunda en ellas (1).

(1) Registrense las colecciones de la *Aurora*, semanario de literatura y de artes que se publicó en Santa Cruz por los años de 47 y 48; del *Eco del Comercio*, del *Guanche* y del *Teide*, que se publican en la actualidad, y algunos libros de poesías dados á luz en distintas fechas, y se verá la exactitud de mi observacion.

Pero lo que más allá de todo encarecimiento agradará al viajero y procurará conservar en la memoria, es la acogida cordial y obsequiosa que se dispensa á los extranjeros, á propósito de lo cual dice el autor que más atrás he citado, y copio sus palabras para que no se me tilde de exageracion, « que quizá ninguna tierra, ninguna sociedad, estén más de corazón abiertas al sér, en otro tiempo sagrado, que se llama extranjero ». Es esta una cualidad de carácter comun á todas las islas: sus habitantes son extremadamente hospitalarios. Al extranjero y en general al forastero se le lleva á todas partes, se le introduce en las mejores sociedades, se le abren todas las puertas y se le colma de delicadas atenciones: cualidad bellísima que no puedo menos de reconocer con orgullo y satisfaccion al mismo tiempo, y que, si me fuera lícito rastrear en orígenes lejanos y apartados, la explicaria como una mezcla y derivacion del carácter español y del de aquellos sencillos guanches, que tan noble y generosamente recibieron á sus conquistadores; cualidad que ella sola haria olvidar cualquier género de defectos.

¿No es verdad que se habrá borrado ya aquella impresion melancólica y aquella preven-

cion desfavorable, que sintió el viajero al acercarse á la árida y cortada costa de Tenerife, por este lado de la isla?

CAPITULO II.

San Cristóbal de la Laguna.

TIEMPO es ya de abandonar á la capital de la provincia; es necesario que el viajero salga conmigo de esta ciudad y que, él y yo, hagamos juntos todo el itinerario (1). Tomemos un asiento en el ómnibus que, de mañana y tarde, sale diariamente de Santa Cruz hácia el interior de la isla; no entremos ni nos detengamos en algunas huertas pobladas de plátanos, de naranjos y de otros árboles que al salir dejamos á nuestra derecha, porque son pocas y ocupan reducido espacio de terreno, y aún no

(1) Siempre que hablo de presente y en plural en la narracion, es porque para dar á esta más vida, me constituyo acompañante del viajero.

hemos dejado aquella árida y desnuda costa que se descubria desde el vapor. Aún cuando la impresion de Santa Cruz es buena, creo que mi compañero de viaje no está del todo satisfecho : quizá sueñe en fértiles llanuras, pintorescas campiñas, y valles risueños; quizá en quebradas sierras, profundos é impracticables barrancos; quizá piense en un suelo ameno ó en una naturaleza salvaje y gigante; quizá crea encontrar en las Afortunadas los objetos que ambiciona su curiosidad, ó haya perdido toda esperanza de encontrarlos. Quién sabe....

Sigamos adelante.

Subimos una empinada cuesta. A medida que adelantamos, el aspecto del terreno va mejorando un poco, pues se descubren algunas casas de campo sembradas á grandes trechos en medio de algunos árboles frutales, aunque dominando siempre la aridez de la costa. El camino es sólido y bien construido, pero hacemos muchas vueltas y revueltas y caminamos con lentitud, porque necesitamos vencer una pendiente de cerca de 600 metros de altura, y como á una legua y cuarto del punto de partida, nos encontramos á las puertas de otra poblacion. La noche se viene á más andar (pues yo supongo que hemos salido en el ómnibus

de la tarde), y su proximidad imprime en los objetos un tinte de melancolía; á la entrada encontramos una cruz de piedra á un lado del camino, una iglesia y algunas casas, todas de un piso, en las cuales el tiempo ha impreso ya el sello de la destruccion y de la vejez; el clima cambia casi de improviso, y un viento fuerte azota nuestras caras y pone en peligro de fuga nuestros sombreros. Llegamos pues á la administracion, y yo me tomo la libertad de conducir al viajero á una de las casas de huéspedes de la poblacion (1). Despues de haber descansado un poco, lo llevo por las calles de la ciudad.

¡Qué noche, santo Dios! ¡Qué triste noche! Las calles están completamente solitarias; ni un hombre, ni una mujer circula por ellas, y el profundo silencio que reina en derredor, sólo es interrumpido por el chisporroteo de algun farol, y por el ruido del viento en las techumbres y tejados. Y para complemento de este cuadro, al regresar nos encontramos alojados en un inmenso salon de una antiquísima casa, cuyo aspecto denuncia algunos siglos de duracion. ¡Estamos por ventura en algun ce-

(1) Casa de D.^a Maria Estrada, calle de la Carrera.

menterio? ¿Es esta mansion de los vivos ó mansion de los muertos? Muy pronto lo vamos á saber.

Estamos, viajero, en la ciudad de *San Cristóbal de la Laguna*; estamos en una de las ciudades de más renombre y fama en Canarias: ciudad de ricos propietarios y de títulos de nobleza; ciudad que fué la primera capital de la isla y cuyos planos fuéron trazados, segun afirma la tradicion histórica, por la mano misma del adelantado Lugo; ciudad que lleva aún en una de sus plazas el título gerárquico de este ilustre conquistador, que conserva en sus casas Consistoriales, como preciada reliquia y monumento de eterna memoria, la gloriosa bandera bordada expresamente por la Reina D.^a Isabel la Católica para que el adelantado terminase la conquista de las Canarias; ciudad donde nacieron y se educaron escritores y personajes célebres.

Aquí nació en efecto D. Miguel de Abreu y Valdés, obispo de Oajaca; el venerable padre José de Anchieta, jesuita célebre y apóstol del Brasil en donde murió y escribió varias obras; D. Francisco Guillen del Castillo, renombrado marino y distinguido almirante en los mares de las Filipinas, á quien la historia atribuye la glo-

ria de muchas hazañas contra los holandeses en el estrecho de la Sonda, y el sometimiento de varias islas á la nacion española; D. Francisco Machado y Fiesco, secretario del vireinato de Méjico, intendente de Cuenca y contador general del consejo de Indias, á quien se debe un mapa general de las Canarias; D. Juan Nuñez de la Peña, cronista general de Castilla y Leon é historiógrafo de estas mismas islas; D. Antonio de Viana, célebre como poeta y como médico, el cual escribió un poema sobre antigüedades de las islas Afortunadas, y mantuvo relaciones de amistad con Lope de Vega; D. Cristóbal Bencomo, arzobispo de Heraclea, confesor del rey Fernando VII, y miembro del consejo de S. M.; D. Santiago Bencomo, hermano del anterior, obispo presentado para Astorga, catedrático de filosofía y teología, autor de una buena obra de sermones en dos tomos; D. Alonso de Nava y Grimon, marqués de Villanueva del Prado, sujeto de vastísima erudicion, gran patricio, autor y traductor de varias obras y fundador del Jardin de Aclimatacion de la Orotava; D. Antonio Porlier, fiscal del supremo consejo de Indias y miembro de la academia de la Historia, para la que escribió varias obras referentes á las Canarias; don

Alejandro Saviñon, catedrático celebradísimo de la universidad de San Fernando, muy versado en ciencias naturales, reputado médico, discípulo de la escuela francesa; con otros muchos que seria prolijo enumerar. Tal es la ciudad de San Cristóbal de la Laguna, á que ha saludado el viajero, lleno de melancólicos presentimientos.

¿Y qué valen, dirá, recuerdos y títulos de glorias pasadas? ¿El mismo empeño de acumularlos y presentarlos en conjunto significará acaso el deseo de ocultar la pobreza de hoy con el brillo de la riqueza de ayer? ¿Se querrá hacer con la Laguna lo que hacen ciertas bellezas que declinan, las cuales se pintan el rostro, y se cubren de dijes y pedrerías para disimular la huella de los años? No nos impacientemos, y esperemos á mañana. La noche ventosa, oscura, solitaria nos ha sorprendido: la Laguna se ha presentado á nosotros sumida en profundo silencio, melancólica, funeraria: entreguémonos al sueño y aguardemos á que amanezca el nuevo día.

El día llega en efecto, y, ¡cosa admirable! llega rico de luz, radiante de alegría; el cielo no presenta ni una ligera mancha, el sol de Africa baña las calles, las plazas y los contor-

nos de la poblacion. La temperatura es benigna y suave; ni se siente calor ni se experimenta frio.

Salgamos á la calle, y discurremos por todas partes. Un viaje por las Canarias es casi siempre un viaje de sorpresas, pues comenzando por recibir sensaciones tristes, se acaba por tenerlas alegres y gratas. ¿Quién hubiera pensado que detrás de tan pobres anuncios se escondiera lo que hoy estamos viendo y recorriendo? No es, no, la Laguna, la vieja matrona, que sólo brilla de los recuerdos del pasado, pues que tambien se enorgullece con realidades de presente. Tiene glorias y tradiciones que la honran, pero tiene al mismo tiempo fértiles y productivos campos, hermosas campiñas, risueñas montañas y feliz situacion. Tiene otras cosas tambien de que hablaré pronto.

Colocado el observador en una altura que domine la ciudad y sus cercanías, no se ofrecerá á sus ojos el espectáculo de la vega de Granada, mirada desde la torre de la Vela, ni el de la huerta de Valencia contemplada desde el Miguelete de la catedral, ni tampoco el que se presenta al viajero en las cercanías de Montpellier y de Baucaire. Es otro género; el

cuadro es más reducido y breve, y la mano del hombre ha hecho sentir menos su influencia; la naturaleza sin embargo no ha dejado desheredada á esta ciudad en la distribución de sus dones. Hállase la Laguna situada en una llanura, y rodeada por la parte del Nordeste por una anchurosa, apacible y fértil vega. El terreno sube, como antes dije, desde Santa Cruz hasta el punto de encontrarse la ciudad á una altura de 600 metros, y en esta elevación, ella y la llanura de que forma parte, dividen por un lado las montañas del Norte de las del Mediodía, y por el otro forman el llano más elevado de la isla entre las opuestas costas del Este y del Oeste. Por efecto de esta situación, se encuentra constantemente bañada por corrientes de aire y por frecuentes lluvias.

Hé aquí descifrado el secreto particular de su clima. En primavera y verano los días claros y serenos alternan con los brumosos y de niebla; en el invierno las lluvias suelen ser continuadas y poco fuertes, presentándose al mismo tiempo muchos días despejados y hermosos. En toda la provincia se le tiene por el punto más frío en esta estación, y sin embargo este frío no alcanza ni aún á igualar al que se siente en Sevilla, en Córdoba y otras ciudades

de la baja Andalucía. Créese asimismo que es el punto más fresco para pasar la canícula, y en efecto lo es tanto que en esta época proporciona una residencia por extremo agradable.

Mirada, como decia, desde la altura, es bellísima la vega que se extiende por el Nordeste. Allá en los confines está coronada por bajas colinas, y su recinto, de no muy grande extension, está dividido por calles ó caminos que, cuando llevan una misma direccion, corren perfectamente paralelos, y, cuando llevan direccion distinta, se cortan en ángulos rectos, hallándose por esta circunstancia el terreno fraccionado ó repartido casi en perfectos cuadrados, prescindiendo de pequeñas irregularidades. Los lados de dichas calles se ven en su mayor parte poblados por líneas de álamos negros, entre los cuales se encuentran interpolados algunos blancos y no pocos árboles frutales. A ciertas distancias y como sembradas por la vega, se descubren algunas casitas de campo blancas, en agradable armonía con el verdor del arbolado. La higuera, el peral, el naranjo, el limonero y la mayor parte de los árboles frutales, crecen aquí con suma lozanía, y el terreno está generalmente destinado al tri-

go y á las patatas. Casi al frente de la ciudad y á la falda de una de las colinas, de que he hablado, se levanta un monasterio medio escondido entre un espeso bosque; es conocido con el título de *San Diego del Monte*, y parece como un centinela avanzado de la ciudad. Cuéntase que en otro tiempo San Diego fué un lugar delicioso; pero hoy el edificio está muy deteriorado, y el monte abierto á los animales y á los leñadores, sin vigilancia durante muchos años, se halla tambien en no muy buen estado, comparativamente con lo que fué.

Cortado en los términos expresados, siendo su suelo perfectamente llano, y suave, el valle de la Laguna proporciona agradables paseos á sus habitantes en la primavera y el verano, y aún tambien en una parte del otoño. No comprendo cómo los comerciantes acomodados de Santa Cruz y los propietarios ricos de la Laguna, no lo tienen más poblado de casas de campo para vivir en ellas en estas estaciones ó en períodos menos cortos; no sé cómo no se forman aquí mil sitios de recreo y placer en donde corrieran las horas llenas de encanto y poesía; no me explico que algunos capitalistas empleen su dinero en comprar ó fabricar casas cerca de Santa Cruz, donde lla-

man los Genetos, en medio de una tierra desnuda y árida, pudiendo proporcionarse una residencia y situacion tan agradables como las que proporciona la vega de la Laguna. Obrar así es ciertamente no conocer el secreto de la vida, ni acertar con el mejor empleo del dinero, que no se destina á una aplicacion útil, y sí á una aplicacion de placer.

En la vega de la Laguna la naturaleza ha hecho mucho y la mano del hombre un poco, pero mucho menos de lo que puede hacer el feliz consorcio del capital y del trabajo, del capital y del ingenio, del capital y del gusto en una palabra. Quizá algun dia cuando se haya desarrollado más la riqueza de Tenerife y á este desarrollo acompañe el espíritu de industria, y el deseo de las comodidades y de los placeres, llegue á convertirse esta llanura en un delicioso jardin, y bien puede ser que entonces algunos capitales de la Península vengan aquí á disputarse un pedazo de terreno. Que este dia habrá de llegar, no lo dudo, porque el progreso, que, como el genio del bien, ha comenzado á manifestarse en el archipiélago canariense, hará sentir aquí su bienhechor y saludable influjo.

Las calles de San Cristóbal son rectas y bien

cortadas, y su pavimento suave y apacible.

Las casas de mediano aspecto, y levantadas en dos pisos, con raras excepciones, y entre sus edificios más notables descuellan, la Catedral, que tiene un magnífico púlpito de mármol blanco, y una buena biblioteca, las Casas Consistoriales, cuya fachada de cantería es sencilla, pero de buen gusto, la Iglesia de San Agustín, que es de muy buena construcción, y algunas casas de particulares. Cuenta como unos 10.500 habitantes, que se distribuyen en propietarios, labradores, abogados, clérigos y profesores. Es residencia del gobernador eclesiástico, del Instituto de segunda enseñanza de la provincia (1), de una Escuela Normal elemental y algunas de Instrucción primaria.

Quiero aún entretener al viajero en algunas particularidades. Ciudad de propietarios y de agricultores, extraña á la vida industrial y mercantil, participa del carácter bonancible de todas las de su clase. Así es que sus calles y sus plazas no presentan el movimiento que á Santa Cruz dan el puerto, las tiendas y almacenes. Las costumbres participan de las condiciones lógicas de este género de vida. La

(1) El Instituto posee una buena biblioteca.

sociedad de las señoras es en extremo agradable, pero las familias viven como apartadas, ó por lo menos, no se frecuentan tanto como en las grandes capitales de la Península. Los hombres se reúnen por las noches en dos casinos que hay en la ciudad, y allí, ya la lectura, ya el juego, ya la conversacion, les proporciona motivo para emplear una parte de la noche, retirándose muy pronto á sus casas, excepto los más afortunados que van á hacer un rato de compañía á alguna familia con quien llevan relaciones de amistad. Por las tardes la hermosa plaza del Adelantado, es sitio favorecido por algunos señores, y aquí es principalmente en donde se habla, se discute y se trata de todas las cosas divinas y humanas. Cuando á la caída de la tarde no se encuentran algunos paseantes en esta plaza, puede asegurarse que los habitantes de la Laguna han abandonado sus lares.

Los laguneros, y por de contado tambien las laguneras, son despejados y discretos por naturaleza, y como la inteligencia necesita pasto en qué alimentarse, y las vicisitudes de aquella vida pacífica y tranquila son poco variadas, las cualidades de los individuos y las peripecias de la vida de las familias, son asunto

de las conversaciones y proporcionan solaz y esparcimiento. La historia de unos amores, la celebracion de una boda y las circunstancias que la acompañaron, la llegada de un forastero, ciertas agudezas de ingenio y dichos oportunos de zutano ó mengano; todo esto se cuenta, comenta y celebra, y las señoras particularmente tienen suma gracia para tratar *ces petites affaires de voisinage*. No lo digo por ofender, porque no creo que esto sea defecto, ni puede merecer el nombre de tal lo que está en las condiciones naturales de la vida de un pueblo; pero si lo fuera, apenas constituiria pecado venial, y seria preciso indicarlo sin embargo, en obsequio á la verdad de la fisonomía de la ciudad que estoy retratando. No es dueño el pintor de prescindir, al pintar una hermosa cara, de un ligero defecto ó de un pequeño lunar, sin exponerse á falsear el parecido.

Los domingos y dias de fiesta concurren á la Laguna muchos campesinos, que vienen á hacer sus compras, á asistir á las funciones de iglesia, y á visitar los dueños de las tierras que cultivan como colonos ó trabajan como jornaleros. El traje de las mujeres no carece de originalidad. Llevan una enagua de lana cuya tela es fabricada en el país; y cuyo co-

lor y dibujo consisten en anchas listas interpoladas de color negro y carmesí, ó blanco y negro, ó amarillo y blanco, pues tienen distintas combinaciones. Desde la mitad de la enagua hácia abajo, las listas se unen en sentido inverso con las de la otra mitad, es decir, se corresponden colores distintos. El talle está ajustado por un alto justillo y cubierto por un pañuelo pequeño, cuyas puntas vienen á terminar prendidas en la cintura; una mantilla de franela amarilla ó blanca con delgados ribetes negros cubre sus hombros y cabeza, y encima de la mantilla un sombrero negro, bajo de copa y de ala redonda y tendida, completa el traje de la campesina que hace en verdad un efecto agradable á la vista.

Los hombres tienen tambien el suyo. Sombrero un poco mayor, pero de la misma clase que el de la mujer; chaleco azul de lana, ó bien de listas de colores combinados; pantalon azul de lana, y botines ó polainas de cuero desde la rodilla abajo; ajustándose además encima del cuerpo una manta blanca, la cual llevan á manera de capa. Es de advertir, que salvas ligerísimas diferencias que pudieran notarse, este es el traje de toda la gente de campo de Tenerife, el cual no se parece al de las

otras islas; y no entraré yo en indagaciones acerca de si, tal como acabo de describirlo, revela algun origen que se relacione con los primitivos guanches que habitaron la isla, si puede referirse en algo al que gastan los moros de la cercana costa de Marruecos, si es importado por los conquistadores de alguna provincia de la Península, ó si es posible señalarle otra procedencia, porque no quiero perderme en conjeturas, ni creo que este extremo lo hayan estudiado bien los historiadores.

Todo lo dicho respecto á trajes se refiere á la gente de campo y á los labradores, pues los vecinos de la Laguna visten, caballeros y señoras, exactamente como en España, sin diferencia alguna, razon porque no me ocupo particularmente de su traje. Las cosas comunes no deben ocupar la atencion del lector ni del viajero; las diferentes merecen ser cuidadosamente observadas, pues es donde se han de buscar los rasgos característicos de cada país.

Si yo introduzco á mi compañero de viaje cerca de mis amigos en la ciudad de San Cristóbal, estoy seguro que no quedará descontento de su conversacion y trato, y notará que hay aquí bastante ilustracion, y muchas personas que siguen de cerca el movimiento de

las ideas. La lengua latina, la historia antigua y moderna, mucho de la filosofía de Laromiguière y Víctor ó Cusin, poco de la alemana, derecho romano, civil y canónico y algo de literatura, son las materias más familiares á estas personas, y acerca de ellas piensan y discurren con acierto. ¿De dónde, me dirá el lector, procede esta erudicion de la Laguna? Procede, le contestaré, de varias causas.

Desde la conquista la Laguna fué el punto en que residieron muchos de los principales conquistadores, y una parte de las personas más ilustradas que acompañaron la expedicion, más ilustradas digo atendida la ilustracion que por entonces (siglo xv) alcanzaba España y alcanzaba Europa : allí tambien vieron la luz del dia más tarde muchos distinguidos escritores, de quienes he hablado ya, los cuales con sus influencias de afuera y de adentro, mantuvieron vivo el fuego del amor á los estudios que les fuéron favoritos. Procede de que la Laguna fué asiento de conventos de religiosos dominicos y franciscanos, y era opinion corriente en las islas que ellos formaban la mejor escuela teológica de las Canarias. Procede de que, de muy antiguo, habia aquí la costumbre entre algunas familias acomodadas de enviar algunos de

sus hijos á estudiar á la universidad de Sevilla, los cuales volvian á su país importando los conocimientos que habian recolectado en su laboriosa carrera. Y procede, en fin, de que en la Laguna hubo por muchos años una universidad con los estudios de filosofía, y las facultades de jurisprudencia y teología.

Esta última causa es en verdad la que ha influido más. La universidad de San Fernando, es una de las instituciones que más bien han hecho en las islas Canarias, y de seguro lo que ha contribuido más á extender la instruccion y el amor de la ciencia por todo el archipiélago; los jóvenes que ella formó son hoy distinguidos abogados en las islas, en las Antillas y en la Península, ó bien son muchos de ellos escritores recomendables ó empleados públicos en el país ó fuera de él. Una gran parte de aquella juventud ha muerto, como es natural; pero lo que resta y queda es vivo y elocuente testimonio de que, en más modesta esfera y con más escasa nombradía, por razon misma de su situacion insular, la universidad de San Fernando supo mantenerse á la altura de las mejores de su clase; pero ya volveré más adelante á ocuparme de este asunto.

Conviene que yo llame la atencion del via-

jero, antes que continúemos nuestro viaje, acerca de la proximidad en que están situadas Santa Cruz y San Cristóbal, apartadas no más que por una distancia de legua y cuarto, y unidas por una magnífica carretera, para que comprenda cuán estrechas deben ser sus relaciones. Todas las mañanas á las siete sale un ómnibus de Santa Cruz, y todas las tardes sale otro ó salen dos para San Cristóbal, y otro tanto sucede aquí respecto de aquella capital, á lo cual deben agregarse algunos de particulares que suben ó bajan á distintas horas. Durante el invierno muchas familias de San Cristóbal van á pasar la estacion en Santa Cruz, cuya temperatura es deliciosa en esta época, y en el verano otras varias familias de Santa Cruz vienen á vivir á San Cristóbal, y si los negocios comerciales exigen la presencia de los jefes de las familias, entonces estas pasan acá arriba la temporada, y los domingos y dias de fiesta reciben la visita de padres, esposos, amigos, etc. Atendidas tales y tan estrechas relaciones, los laguneros preparan la construccion de un buen teatro, en el cual pueda trabajar durante el verano la misma compañía de verso y zarzuela, que haya trabajado en Santa Cruz durante el invierno.

De tales condiciones rodeada la vida de estos pueblos, podrá comprenderse que en realidad deben ser considerados como uno solo; pero falta algo sin embargo para que sea así. Falta que la comunicacion sea aún más estrecha é íntima, realizándose lo que apunté más atrás, y falta que desaparezca cierta rivalidad latente y mal disimulada, que redunde en perjuicio de entrambas poblaciones. Desaparecerá, no lo dudo, pues que va desapareciendo; pero debo consignar que es ya tiempo de que la ilustracion y cultura de los habitantes de una y otra poblacion, disipen hasta la más ligera sombra de enemistad, persuadiéndose que han pasado ya las épocas de los odios y luchas de los pueblos entre sí, y estamos, en Europa particularmente, por gran fortuna, en el período de la fraternidad de los mismos. Diré más; y es que convendria que un pensamiento que se ensayó en cierta época volviese á revivir y se realizase por entero, á saber: que el capitan general, el gobernador civil y una buena parte de los empleados, se trasladasen á San Cristóbal durante el período de los calores, y se restituyesen á Santa Cruz pasados los tres ó cuatro meses que aquellos duran. ¿Quién podria negar que este sistema identificaria y

hermanaria más y más á las dos capitales?

¿Desea el lector todavía algunos otros detalles? ¿El viajero preferirá detenerse aún un par de horas en San Cristóbal antes de que continuemos nuestro viaje? Yo que soy su guía, soy también el que debo satisfacer la pregunta, y por tanto le diré que quiero detenerlo algunos instantes para que haga conocimiento con el padre Algibay.

—¿Quién es ese personaje, me preguntará?

—Es un fraile gallego, que no ha perdido aún el acento de las montañas de Galicia.

—¡Un fraile gallego que no ha perdido aún el acento de sus montañas! ¿Vale esto la pena de detenernos?

—Sí, porque no es posible hablar de San Cristóbal sin hablar del padre Algibay, como no es dado hablar de geografía sin mencionar á Copernico, ni de novelas sin pronunciar el nombre de Cervantes,

Dirijámonos á la iglesia de un convento de monjas que no está muy léjos (1). Allí encontraremos al célebre religioso. El padre predica:

Huid de mí malditos al fuego eterno.

(1) La iglesia de las monjas Claras.

¡Ay! ¡con qué negros colores pinta las penas del infierno! ¡Cuántos condenados! ¡Cuántos demonios! ¡Qué horribles figuras! ¡Cuánto fuego, ascuas encendidas, hierros candentes y ayes que traspasan el alma! El cuadro es sombrío y terrible. ¡Desgraciado el que se condena!... Y el padre asegura que son muchos, y sobre todo afirma, que son muchos ricos, muchos hombres y pocas mujeres. Su voz delgada y desentonada pugna por engrosarse y llegar á los puntos más bajos para que la pintura sea más negra. ¡Dios santo! ¡Y cuánto dicen sus labios, y sobre todo qué mágico efecto el de sus palabras! Las viejas lloran y exhalan ayes lastimeros, y muchas niñas de esas que aún no rayan en los veinte años, se llevan á los ojos sus blancos pañuelos. Hé aquí un cuadro verdaderamente sentimental.

Es el padre Algibay, de regular estatura, regordete, mofletudo, de color en extremo encendido. Cuentan que son rigurosas sus penitencias, pero á juzgar por lo que se ve, ha debido familiarizarse tanto con ellas que no hacen impresion en su físico. Cuando anda por la calle dirige siempre los ojos al suelo, evitando sobre todo que se encuentren con los de alguna mujer. Pasa diariamente muchas horas

en el confesonario, de mañana y tarde, en la iglesia donde lo hemos encontrado, y reparte entre sus feligresas y feligreses, hijos todos de confesion, millares de rosarios, novenitas, estampitas de santos y otras cosas de este género, mediante un módico precio ó una moderada limosna.

Así ha vivido desde hace muchos años en San Cristóbal, habiendo extendido de tal manera su influencia, que su feligresía cuenta algunos millares de personas de entrambos sexos. De tiempo en tiempo sale, á guisa de misionero, hácia los pueblos interiores de la isla, consagrándose allí á la confesion y predicacion.

Pues bien, este padre es sin embargo un personaje útil en Tenerife. Yo he oido calificarlo de exagerado y supersticioso, cosas de que nada digo; pero bien informado, he llegado á descubrir que hace mucho bien en la ciudad de San Cristóbal. No se mezcla en cuestiones políticas, y se limita á la religion. Es el ajustador de los matrimonios mal avenidos en su feligresía; proporciona á muchas jóvenes virtuosas ocupacion y trabajo en casas acomodadas; con el producto de las limosnas costea una ó dos escuelas de instruccion prima-

ria para niños y niñas pobres; lleva el consuelo á muchos desgraciados, enjugando sus lágrimas con las limosnas que les da. Cuida tambien de la decencia del culto de su iglesia, y aún del de algunas otras. Con tan excelentes cualidades, yo le perdonaria sus exageraciones, que exageraciones hay en su conducta.

Desempeña por tanto un papel importante en la vida social y privada de San Cristóbal, y por esta causa lo he dado á conocer al lector.

CAPÍTULO III.

—

El Valle y la villa de la Orotava.

CONVENIENTE es ya, amigo viajero, que salgamos de San Cristóbal y vayamos á buscar la mar por el otro lado de la isla. Nos dirigiremos á la villa de la Orotava, porque esta direccion, unida á la que hemos traído hasta aquí, es la que debe interesar más nuestra curiosidad.

Para hacer nuestro itinerario, tenemos dos medios á nuestra disposicion; ó podemos tomar asiento en el ómnibus que sale de San Cristóbal, ó alquilar caballos, que encontraremos con facilidad. Yo preferiria lo segundo, puesto que siendo nuestro viaje de placer, podremos pararnos y detenernos donde nos plazca, que no son tan complacientes los conduc-

tores de ómnibus, que cedan con facilidad á nuestros caprichos.

Montemos, pues, á caballo y partamos.

El camino que seguimos es una carretera de lo mejor que en su género puede desearse, pues sea por la calidad consistente del terreno, por sus materiales ó por la buena construccion, ó sea por estas tres cosas al mismo tiempo, presenta una superficie perfectamente igual, dura y resistente. Los carruajes se deslizan sin violencia alguna en toda su extension y los caballos trotan, galopan ó corren á su placer, ó diré mejor, á placer del jinete. Por espacio de un par de horas á lo menos, continuamos atravesando la llanura, tapizada de verde en el invierno, cubierta de doradas espigas en la primavera.

Dáse en el país el nombre de *Rodeos* á esta sábana de tierra, y no sé en verdad la explicacion de este nombre, ni poco importa el averiguarlo, aunque sí conviene consignar que es una de las partes más productivas de Tenerife (1). El terreno está muy aprovechado; con la cosecha del trigo simultanea la de las patatas, y sucede á esta la del maíz, siendo dos

(1) Quizá derive el nombre *Rodeos* de la situacion ó disposicion misma del terreno.

y hasta tres las cosechas del mismo año. Cada *trazo*, que así se titulan los trozos en que el terreno se encuentra dividido, tiene alta estimacion y se vende á gran precio: la posesion, ó para explicarme mejor, el dominio de unos cuantos *trazos* es una gran riqueza. No crece, no, el trigo, ni el maíz, en las feraces vegas de Córdoba y Sevilla más robusta y lozantemente que crece en los Rodeos, como es tambien cierto, que los frutos que se producen en estas islas atlánticas no son inferiores en calidad á los de ninguna otra parte; gracias á su suave clima, y á las condiciones de su privilegiado suelo.

Una observacion puede hacer el viajero, y es que en los Rodeos hay pocos árboles, no encontrándose más que tal cual á largas distancias, como para demostrar que la tierra es muy capaz de producirlos, y esto procede de que los propietarios y colonos de estas tierras participan de las preocupaciones de los propietarios de Castilla: temen el arbolado, porque suponen que es un llamativo á los pájaros y á las aves. Error grave. ¡Temer los árboles y los pájaros, pobladores naturales del suelo, encanto y poesía de la vida campestre! ¡Temer los árboles que atraen las nubes y la lluvia y mo-

difican y mejoran los climas! Es una preocupacion, una creencia que en algunas provincias de Castilla vive muy arraigada, y que en los propietarios de los Rodeos desaparecerá con el tiempo, porque hay influencias cercanas que han de producir este resultado.

Un poco más adelante, ¡qué espectáculo curioso viene á entretener nuestros sentidos y á sorprender nuestra curiosidad! Caminamos á corta distancia de la Costa, y al Nordeste de la isla: el terreno descende á nuestra derecha, á la izquierda se extiende la llanura, interrumpida por ligeras ondulaciones y accidentes, y á nuestros piés la mar se estrella contra la isla y nos envia en alas de la brisa suave su monótono y triste quejido. ¡Qué contraste admirable es el que forma en este punto la tierra y la mar! Repare el viajero los accidentes del terreno, un poco de inclinacion que crece hasta llegar á la costa y la mar de los trópicos, que hemos vuelto á encontrar, con su sonrisa calma y su profundo azul. Contemplándola desde la altura á que nos encontramos, nos parece más inmensa y sublime, y nos encanta la franja plateada con que guarnece quince leguas de costa, que tenemos á la vista. La mar del Atlántico no tiene el color

ni el aspecto del mar Mediterráneo : su azul es más oscuro ; su vista más imponente y grave.

Vamos dejando la llanura, las pendientes de nuestra derecha van creciendo, y á la izquierda el cultivo termina en los confines de las sierras, que á la vez se elevan hasta ocultarse en las nubes. Pero detengámonos un momento para saludar, suspendidos de admiracion, al *pico de Tenerife*, al *Teide* cuya cabeza se envuelve por lo comun en una blanca toca, pero que hoy, por fortuna nuestra, se destaca claro, entero y en sus magníficas proporciones delante de nuestros ojos.—Salud al *Teide*, salud al gigante, considerado por mucho tiempo como el más grande de todos los gigantes de su especie, y que en realidad es una de las más elevadas alturas del globo ; salud al guardian, y al vigilante de las Canarias, que situado en el centro del archipiélago, parece destinado á conservarlas y mantenerlas seguras contra las iras del Océano.—Su imponente majestad, su apostura galana y gentil, la regularidad de sus magníficas proporciones nos llena de admiracion. Si Tenerife no poseyera otras curiosidades, esta sola bastaria para su celebridad.

Casi al terminar los Rodeos encontramos á Tacoronte, rodeado ó en medio de risueños campos. Sus casas no están construidas bajo el orden de un plano, y sí sembradas y diseminadas acá y allá; hay muchas de lindo aspecto, y la circunstancia de encontrarse situadas en medio del arbolado, da á este pueblo, cuyos habitantes no bajan de 3.282, un aspecto pintoresco. Hay aquí un gabinete de Historia natural de propiedad particular, que encierra algunas curiosidades, y entre ellas algunas momias de los primitivos guanches, el cual es visitado por los extranjeros que por esta poblacion pasan.

Caminamos entre el cielo, el mar y las montañas, y llegamos al pueblo de la Victoria, despues de haber dejado á nuestras espaldas á la Matanza.

¡La Matanza y la Victoria!! El viajero pensará y con razon, que estos dos nombres no habrán sido aplicados sin motivo : quizás sospechará en algun recuerdo histórico, en algun suceso cuya data se entronque con los dias de la conquista. Así es en efecto : cuando los conquistadores dirigidos por Lugo seguian de cerca á una fraccion de los naturales del país, estos se apostaron y ocultaron en los desfila-

deros de un gran barranco y en un paso en extremo difícil, y cuentan que los guanches á cuya cabeza estaba su rey Bencomo, hermoso tipo de valor y de heroicidad, hicieron allí tal matanza y destrozo en los españoles, que cuando estos acabaron de someter la isla, pusieron á aquel sitio el nombre de Matanza, en conmemoracion de aquella triste jornada. Pocos dias despues obtuvieron una completa victoria, y la isla quedó en el dominio de los conquistadores. De aquí el nombre del pueblecito en que nos encontramos.

Es imposible que prescindamos de hacer en él una ligera pausa.

La Victoria es deliciosa, y es otra nueva sorpresa la que nos proporciona. Coronado de palmeras, en una anchísima hondonada que se desgaja desde las altas montañas, ofrece este pueblecito mucho con que entretener y recrear nuestros sentidos. Sin embargo, aún no ha llegado el instante supremo, la sorpresa por excelencia. Caminemos una hora más hasta llegar á una extremidad del camino en que este tuerce á la izquierda, y puesto que en efecto hemos llegado, detengamos nuestros caballos y miremos; miremos y admiremos, porque hay mucho que mirar y que admirar.

El *Valle de la Orotava* se presenta de improviso delante de nosotros, y parece que abre sus alas para recibirnos. Con sus ricas vestiduras, con sus lujosos atavíos, embelesa nuestros sentidos, suspende nuestro ánimo, y de tal manera nos tiene absortos, que no encontramos palabras con que retratar y encarecer su belleza. Aunque la vista no nos diera testimonio de que lo tenemos delante, á una legua poco más ó menos de distancia, el olfato nos lo advertiría, pues el aire que llega á nosotros, viene impregnado de un exquisito y suave aroma.

Si fuéramos poetas, aquí tendríamos rico pasto para nuestra fantasía; cantaríamos el *Valle* y el *Teide*, que están presentes á nuestra admiración. Si fuésemos pintores, nuestros pinceles ó nuestros lápices encontrarían dilatado campo en que ejercitarse; pero ¡ay! no somos nada de esto: somos curiosos observadores, *des pures amateurs*, como dirían los franceses, y sólo tenemos ojos para mirar y corazón para sentir la belleza del Valle. ¿Ha encontrado el viajero en sus viajes alguna cosa parecida? Ni él ni yo hemos visto nada que pueda compararse; ni en el Mediodía de Francia, ni en Suiza, ni en Saboya y Niza, ni aún en el Mediodía de

España, ni en las celebradas montañas asturianas. La vega de Granada y la huerta de Valencia son extremadamente hermosas, y sin embargo, nos parecen inferiores al *Valle de la Orotava*. Cuantos extranjeros lo han visitado, han tenido para él frases de encarecimiento y de admiracion, porque hay pocos sitios en el globo que puedan igualarle.

Cuentan que Humbold, el ilustre viajero que habia visitado los países más celebrados del globo, viniendo de la Laguna y al llegar al punto del camino en que se descubre el Valle, dijo, dándose una palmada en la frente: *Voici ce qu'il y a de plus délicieux au monde. Esto es lo más delicioso del mundo*. Y parando su caballo, echó pié á tierra y pasó largo tiempo extasiado en la contemplacion de aquel soberbio panorama.

Es necesario contemplarlo con detenimiento. Despues de abarcar el conjunto con la mirada, observemos las partes que lo forman: el Pico y sus anchas faldas, las vertientes, proporciones é inclinacion del Valle, los accidentes del terreno, la deliciosa y pintoresca situacion de la *Villa*, que lleva tambien el nombre de *Orotava*. Y si queremos que el cuadro se presente en toda su verdad, bajemos al

Puerto de la Cruz, una media legua más de camino, y vayámonos á bordo de alguno de los buques anclados en la bahía, y desde allí, columpiados por la mar, volvamos á contemplar el *Valle*. Esta es la situación preferible para mirarlo. Embarquémonos, sí, pero hagámoslo dos veces, una al caer de la tarde y otra al amanecer, pues cada uno de estos momentos imprime al paisaje distinta fisonomía.

La *Villa de la Orotava* está situada en una de sus alas ó vertientes. Está levantada en anfiteatro, y sus calles son por lo tanto pendientes y en cuesta, exceptuando las de travesía que son llanas. Por algunas de estas calles pasan acequias cubiertas, por donde corre el agua, que deja oír claramente su agradable ruido á los que circulan. Tiene según los cálculos más exactos 7.224 habitantes; en ella reside una gran parte de las familias principales del país, y entre sus tradiciones cuenta con orgullo la de haber sido, en tiempo de los *guanches*, capital del *Menceyato* de *Taoro*, habiendo sido su postrer rey ó mencey Quehebí-Bencomo *el esforzado*, aquel Bencomo que presenté antes como tipo de heroicidad y de valor. Entre sus edificios descuella la iglesia principal, de bellísima construcción, con

un soberbio tabernáculo de mármol procedente de Génova.

Es este el país de las flores, de los árboles, de las plantas de todas especies, y de la vegetación ostentosa y rica. Visitando y recorriendo los magníficos jardines de la villa, nos sorprende encontrar, en admirable maridaje unidos, árboles y plantas de todos los climas, creciendo y elevándose sus hojas y sus ramas con la misma lozanía que en su país natal, por la virtud sola del suelo y sin artificio ni precaución alguna. Toda esa variedad de plantas que en Europa vamos á contemplar en los invernaderos, conservadas en ellos á fuerza de arte, de cuidados y de dinero, para no alcanzar más que una pobre apariencia de vida, abren en la Orotava sus robustos tallos y sus preñados capullos al aire libre. El plátano, el guayabo, la piña, la poma-rosa, el coco de América, la palmera, el drago, la magnolia, el castaño, el nogal, el naranjo, el almendro, y tantas y tantas especies que sería prolijo enumerar, se manifiestan aquí llenas de vida y lozanía.—«Aquí, dice un escritor cuyo nombre he citado ya otra vez, si se quisiera, con el genio y el oro del hombre, podría estar el jardín del mundo mejor que en

buscaba, me fuí á pasear á la Alameda, cómodo y bien situado paseo que domina la poblacion. La luna era clarísima, la temperatura sumamente agradable (era el mes de Julio). La villa la tenia á mis piés, descendiendo en una hermosa gradería: reinaba gran silencio porque eran muy pocos los paseantes, y tan sólo llegaban á mí los aromas y las armonías del Valle. La mar se extendia delante con el color plateado que le imprimia la luna: algunas figuras fantásticas formaban las nubes en el horizonte. Pasaron una y otra hora sin que yo me apercibiera de ello, y como si despertara de un delicioso sueño, me alejé de aquel sitio en solicitud de mis amigos, no sin que mi ánimo continuara bajo la influencia de aquella impresion, y que por mi pensamiento rodaran ciertas ideas imposibles.— Si Madrid, me decia cortando las calles, poseyera á sus puertas un valle como el de la Orotava; si á los encantos de la vida cortesana se agregaran los de esta bella naturaleza; si los que pasamos los dias entre las atenciones de aquella conturbada vida, pudiéramos venir diariamente á pasar algunas horas de meditacion en estos amenos y encantados sitios, entonces sí que correrian ligeros y felices los dias de la breve y transito-

ria existencia que nos otorga el cielo. Madurar un pensamiento filosófico, desenvolver una teoría política ó economista, concebir el plan de un libro, preparar un discurso, ó poder hacer estas y otras parecidas cosas, bajo de estos árboles, de este cielo, y en el seno de este Valle, seria el colmo de la felicidad. — Quizá otros en aquellas circunstancias no pensarán del mismo modo; pero entonces seria preciso convenir en que no tenían corazón.

Una impresion de otro orden sucedió á la que acababa de recibir. Discurriendo á la ventura por las calles de la villa, encontré, al dar la vuelta á una esquina, á uno de aquellos amigos á quienes habia buscado en vano por la tarde, antiguo camarada y compañero de estudios en la ciudad de la Laguna, y al cual no habia vuelto á ver desde entonces. Nos abrazamos: celebramos nuestro encuentro casual, y por algunos instantes nos abandonamos á los recuerdos del pasado, y á las naturales demostraciones de la verdadera amistad; mas así que transcurrieron algunos momentos, me propuso que fuéramos casa de un caballero íntimo amigo suyo y de su familia, porque deseaba que lo conociera. En efecto, fuimos, y en verdad que hice una de esas relaciones ó

conocimientos que podría señalar con piedra blanca, como señalaban los antiguos los grandes días y los faustos acontecimientos: el caballero á quien fuí presentado era un anciano, antiguo catedrático de teología, querido y respetado en Tenerife por sus virtudes y por su ciencia. La conversacion fué larga y amena, y yo quedé agradablemente sorprendido de haber encontrado, cuando menos pensaba, una persona ilustradísima, que me hablaba, no de cuestiones teológicas en que estoy poco versado, sino de los grandes problemas políticos y sociales que se ventilan hoy en Europa, discurrendo con notable acierto sobre la filosofía moderna, la cuestion de Italia y la política europea. Siendo de notar que en el fondo de sus apreciaciones, me parecia que se dibujaba con claridad el espíritu liberal y las tendencias de la época en que vivimos. ¿Cómo hubiera yo pensado una hora antes encontrar tan pronto quien me hablara de asuntos de esta naturaleza, y me citara la *Revue de deux Mondes*, la *Revue Contemporaine*, la *Revue Britannique* y hasta revistas y periódicos alemanes, que el Sr. Vives (D. Domingo), pues tal es su nombre, leia diariamente? La única produccion en este género que pude citarle fué la

Revue Nationale, que no conocia. Refiero este incidente, porque no quiero omitir nada que pueda redundar en lustre y pro de las Canarias.

Defendido el Valle de los vientos del Africa por el Pico y por una cadena de montañas, disfruta del clima más benigno é igual que puede desearse. Es cosa verdaderamente maravillosa. El termómetro se mantiene durante el año entre los 10 y los 28,18 grados, siendo el término medio de dicho año 20,2, temperatura la más adecuada para sanos, enfermos, hombres, animales y plantas. Dicho término medio es en Lóndres 10,2, en París 10,8, en Pau 13,3, en Niza 15,2, en Roma 15,9 y en la Madera 15,8. Por donde se ve que la Orotava aventaja en este punto hasta á la misma Madera, considerada como uno de los mejores climas del mundo.

La transición de verano á invierno es en todos estos puntos, incluso la Madera y Algeria, mucho más brusca que aquí, puesto que, entre el mes más cálido y más frío, apenas se advierte una diferencia de 7,9. El término medio de la temperatura de los cinco meses de invierno, es en la Orotava 17,7, mientras que en la Madera es de 16,5, en Algeria 14,6. Y el

término medio asimismo del mes más fuerte de invierno es 16,7, que es la temperatura de Londres en el mes de Junio, y de Niza y Roma en el mes de Abril y principio de Mayo.

Nunca hiela en el Valle, jamás se ha conocido aquí la nieve, sino es cuando se la ve en las alturas del Pico, pero á una elevacion tal, que no influye en el enfriamiento de la atmósfera. Apenas se diferencia el traje de invierno del de verano; aquí no se usan braseros, estufas y chimeneas para calentar las habitaciones, ni las camisas y calzoncillos interiores de franela ó lana, ni las bufandas, las pieles y la variedad de abrigos que se usan en Europa para defenderse de la crudeza é intensidad del frio: todo lo cual podrá dar al lector idea exacta de la benignidad é igualdad de este privilegiado clima. En España no hay ninguno que pueda comparársele. En Sevilla y toda la baja Andalucía, donde los inviernos son muy moderados, hiela y nieva alguna vez, y son necesarios fuego y preservativos para el frio, mientras que en los veranos el calor es de los más fuertes é insoportables. En Granada se siente calor y frio con bastante intensidad, y en Valencia, aunque de temperatura más suave, se hace sentir muchas veces el ri-

gor de las estaciones. Yo he pasado algunas temporadas de verano en Barcelona, y aún cuando el calor no es excesivo, me ha parecido bastante más fuerte que el de la Orotava. Por de contado, ni los Pirineos, ni las provincias Vascongadas, ni Galicia, ni Astúrias, pueden ser comparadas con este delicioso Valle, y es cosa digna de notar, que habiendo sido la Península ibérica siempre celebrada por la variedad de sus climas, no se encuentre en toda su extension ni uno siquiera igual ni semejante al de la Orotava.

El apreciable librito de M. Belcastel, del cual tomamos algunos números en esta parte de las observaciones termométricas, estudia este clima con un rigorismo y minuciosidad dignas de grande elogio; recurriendo constantemente á la demostracion elocuente de los números. Despues de demostrar la suavidad de la temperatura, el autor observa la regularidad de la misma, determinando las variaciones de un mes á otro, de un dia á otro dia y de una hora á otra hora, y estudia asimismo los otros dos elementos necesarios, en union del anterior, para conocimiento de este asunto, á saber: la humedad y las vicisitudes de la atmósfera. De todo lo cual deduce, de una manera

tan clara como la luz del dia, que el clima de la Orotava es el mejor entre todos los climas conocidos y recomendados hasta ahora. No necesito entrar en más detalles, pues lo dicho basta y sobra para que el viajero conozca esta riqueza, que riqueza puede llamarse, con que la naturaleza ha agraciado al *Valle*.

Con esta suavidad de temperatura, con esta riqueza de vegetacion, con este encanto de naturaleza, el Valle de la Orotava ofrece á las familias ricas y acomodadas de Europa la primavera y el verano más delicioso, que en vano buscarán en ningun país del mundo, en circunstancias comparables á la Orotava; ofrece á los sanos solaz y recreo, y á los de quebrantada y delicada salud, el mejor clima para restablecerse, como la experiencia lo tiene demostrado. Debo decirlo para conocimiento del público y de mis lectores, que habrán oido seguramente hablar alguna vez del Teide ó pico de Tenerife, pero á quienes nadie ha informado detalladamente sobre las circunstancias del país. En otro tiempo lo penoso de una navegacion en buques de vela hacia difícil un viaje á Canarias; pero hoy este viaje se hace con gran comodidad y prontitud. Dos veces cada mes salen de Cádiz los vapores correos de

nuestras Antillas, y estos hacen escala en Santa Cruz de Tenerife; otras dos veces por mes salen de Barcelona, con escala en Alicante, Málaga y Cádiz, los vapores de la línea de Canarias. La navegacion desde Cádiz no pasa de dos dias y medio en los vapores de las Antillas y de tres en los de Canarias, y desde Santa Cruz á la villa de la Orotava hay una magnífica carretera, y ómnibus cómodos y bien servidos. Los viajeros pueden hacer este itinerario con grandísima comodidad.

No recomiendo la residencia del otoño y del invierno en la Orotava, no porque no sea agradable, pues los datos termométricos que antes he aducido, demuestran que lo es en sumo grado, sino porque sé por experiencia, que en estas dos estaciones se desea vivir en el seno de las grandes capitales (Madrid, Barcelona, Sevilla, Paris, Lóndres, etc.), porque es la época de disfrutar de sus placeres; época de grandes espectáculos, de grandes salones, de escogida sociedad, de vida en las artes, en la literatura, en las ciencias, en las luchas y debates políticos, y por estas circunstancias no se las abandona fácilmente. Pero en los periodos que cito, cuando los grandes centros de Europa son abandonados y los es-

pañoles se diseminan por los Pirineos, las Provincias, Francia, Suiza é Italia, y los extranjeros visitan las orillas del Rhin y las costas del Mediterráneo, creo que debe indicárseles á unos y á otros el camino de las Canarias y el del Valle de la Orotava. Más adelante haré ver que no es la Orotava el único punto que se puede elegir en Canarias, pero es menester confesar que aún en las mismas islas hay pocos que lo igualen.

El viajero debe fijar en la villa su residencia por algunos dias, eligiéndola como punto de partida para algunas importantes excursiones.

CAPÍTULO IV.

El Teide.

La expedición que vamos á hacer es de aquellas que habrán estado en el pensamiento del viajero, desde que puso los piés en el suelo de Canarias, porque el nombre del Teide habrá llegado muchas veces á sus oídos y aún lo habrá encontrado escrito en varias narraciones de viaje. Por lo general los pocos extranjeros que aportan á la capital de las Canarias, se trasladan inmediatamente á la villa de la Orotava, y por corto que sea el tiempo de que puedan disponer, no retornan á Santa Cruz ni abandonan las islas, sin haber subido al Pico. Esta curiosidad es por otra parte muy natural, porque el Teide figura entre las alturas más elevadas del globo, y tanto por esta

circunstancia, como por la de dominar todo el archipiélago, y también por las de ser un volcán en actividad y algún tanto difícil y peligrosa su subida, se le considera como uno de los sitios más curiosos y dignos de ser visitados. Son extranjeros los que más frecuentemente hacen estas excursiones, y sea porque el mayor número de ellos haya pertenecido á la Inglaterra, ó porque fuesen viajeros ingleses los primeros que subieron, es lo cierto que entre la gente del pueblo de Santa Cruz y de la villa de la Orotava corre de muy antiguo una frase, especie de raciocinio que no carece de mérito, aunque sí de exactitud. *Él es inglés porque subió al Pico, es decir, subió al Pico, luego es inglés.* Será alemán, ruso, italiano ó de cualquier otro país, pero el hecho de subir al Pico lo convierte necesariamente en inglés.

Si estos curiosos son al mismo tiempo escritores, en sus narraciones de viaje habrá algunos párrafos dedicados al Teide, escritos por lo general con ligereza y precipitación, más para ir fijando ciertas señales que indiquen su paso por las Canarias, que para hacer un estudio geológico, botánico, ó de otra especie de este gigante y de estas islas, en cuyo centro levanta aquel su cabeza como para presi-

dirlas y dominarlas. El Valle, las Cañadas y la isla entera, objetos tan dignos de estudio como el mismo Pico, han ocupado pocas veces la atención de estos escritores, ó porque no han tenido tiempo para reparar en ellos, ó porque careciendo de noticias anteriores que despertaran su curiosidad, ignoraban que mereciesen una particular atención. En la lengua de Cervantes, y esto sí que es más triste y doloroso, no conozco ninguna descripción ni narración de viaje que al Pico se refiera, y cuatro ó cinco que he leído son traducciones del inglés ó del francés. Tengo tan sólo noticia de una escrita y publicada en Canarias por un hijo del país, la cual siento en verdad no haber leído, porque los informes que de ella me han dado son buenos, y, sobre todo, porque tiene para mí el mérito de estar escrita por un compatriota. Algo también, aunque á la ligera, dicen los historiadores de la conquista de estas islas.

Nuestras caballerías están prontas, y además de los muchachos que las conducen, llevamos dos guías muy conocedores del terreno. Entre tanto que montamos á caballo, llamaré la atención del viajero hácia los guías que han de acompañarnos, porque, á mi jui-

cio, su presencia revela claramente que proceden de los primitivos guanches: sus personas conservan todo lo que caracterizaba aquella antigua raza; señales de vigor y fortaleza, miembros fuertes, una talla de más de seis piés. Yo me inclino á creer que en la parte Sur de Tenerife, y tambien en la region del Valle, existen aún algunos descendientes de aquellos naturales, y que en ellos se conserva la pureza de la raza guanchinesca.

Todo está pues pronto para la partida: salgamos de la villa y dejémonos conducir por nuestros guias. El dia es sereno y apacible, pues en el Valle el termómetro no sube más arriba de lo ordinario y el gigante presenta á nuestra vista sus magníficas proporciones, despojado de toda bruma, como si quisiera hacer hoy alarde de su grandeza y majestad para recibir á los que vamos á ser sus huéspedes.

Por espacio de más de tres cuartos de hora, costeamos un terreno muy bien cultivado hasta alcanzar la region de los castaños, que ocupa una zona de media legua de anchura: llegamos á lo profundo de un valle y comenzamos á escalar una montaña, en cuya pendiente se descubren de trecho en trecho algunas cabañas solitarias, medio escondidas mu-

chas de ellas entre matas y zarzales. En el término de los castaños comienza la region de las nubes: seguimos la senda que nos señalan nuestros guias, y, vencida la montaña que lleva el nombre de *Monte verde*, encontramos una gran llanura cubierta de brezos, que alcanzan de seis á doce piés de altura, los cuales se ven mezclados con mirtos, laureles, y muchos arbustos y plantas herbóreas. Todo anuncia la feracidad del suelo, pero nada se descubre por estos contornos que dé señales de cultivo, ni hay tampoco una sola habitacion, porque hemos entrado ya en una region hasta ahora no cultivada ni poblada: hácia la mitad de esta region, la niebla desaparece y en el azul del cielo se presenta perfectamente dibujado el Pico. A nuestras espaldas la nube se condensa sobre el bosque, formando una movible masa, y presentando variadas y caprichosas formas.

Estamos en las montañas de las Cañadas, y preciso es que el viajero estudie conmigo estas montañas, y que además de lo que él vea por sus propios ojos, yo le haga algunas observaciones referentes á estos curiosos y notables sitios. Las Cañadas constituyen una cadena de montañas ó una cordillera, que en otro tiempo

debió ser enteramente circular, pero que hoy, sin duda por efecto de violentos sacudimientos y trastornos, ofrece en todo el círculo que ocupa varias cortaduras, las cuales son designadas y conocidas con los siguientes nombres: *Portillo de la Villa*, que es por donde hemos pasado, *el Cuello de las arenas negras*, *Guajara*, *Bocas del Tauce* y la *Garganta de Ucanca*. Los altos cerros de estas montañas se elevan á más de 1.600 toesas sobre el nivel del mar, y todo el espacio encerrado por la línea de circunvalacion que ellas determinan, forma un inmenso cráter, en cuyo centro se eleva el Teide por encima de un suelo áspero y desgarrado, teniendo en su mayor diámetro unas cinco leguas y debiendo ser de diez y ocho á veinte las del perímetro. Todo este vasto espacio se designa con el nombre de *Cañadas*.

Descendamos, puesto que nos hallamos en su cresta, al fondo de las montañas y detengámonos en su recinto : su suelo está á unas 1.400 toesas sobre el nivel del mar, y la cima del Teide se eleva aún 505 toesas por encima de este suelo. Es imposible que al llegar á estos sitios el pensamiento no se traslade á las pasadas edades de revoluciones geológicas. — ¿Cómo ha podido formarse y elevarse el Teide

á tanta altura? ¿Cuántas erupciones, cuántos trastornos, cuántos sacudimientos terribles habrán ocurrido en estos lugares?

Algunos geólogos designan al Pico con el nombre de *Hijo de las Cañadas*, porque es opinion acreditada y seguida, que este volcan es muy anterior á la formacion del gigante, y que sólo en virtud de una série de erupciones pudo formarse tan enorme cono y elevarse á tan extraordinaria altura. Dichas erupciones y los sacudimientos y trastornos que debieron acompañarlas, explican los accesos ó cortaduras de las montañas centrales.

Otras preguntas asaltan tambien el pensamiento. — ¿Las conmociones de que hablo, se relacionan con los secretos que ocultan el origen de estas islas? ¿Serian estas conmociones las que hicieron desaparecer la antigua Atlántide, conservándose como restos de ella, las Canarias, donde vivia el pueblo guanche, que no tuvo por consiguiente necesidad para llegar á este país de conocer la navegacion, encontrándose aquel continente unido con el Africa? ¿El gran cráter de las Cañadas, al lanzar sus lavas, no formaria más que la isla de Tenerife? — Hé aquí preguntas graves á las cuales apenas puede contestarse por conjetura.

Es probable que sucediera lo que ellas indican. No se concibe de otro modo cómo había en las Afortunadas habitantes, que no conocían ni aún lo que es una balsa ó una piragua. El gran cráter de las Cañadas, sin igual en todo el orbe conocido, y el de la Caldera en la isla de la Palma, debieron ser los volcanes productores del continente, hoy submarino, del cual las islas no son más que las eminencias ó puntos más salientes. Pero dejemos á un lado consideraciones geológicas y cuestiones que no nos es dado resolver de un modo concluyente, contentándonos con haber enunciado la solución que parece más racional y corre como más admisible.

Todo el valle de las Cañadas se ve poblado y cubierto por la retama blanca, sirviéndole de embellecimiento y atavío. Vea el viajero en qué términos habla de este precioso arbusto M. Savin Berthelot en su segunda excursión al Pico, ó sea en la carta á su amigo Pablo Guerini.

«Su tronco nudoso y corto, dice, principia á ramificarse un poco por encima del cuello; su corteza delgada se cuarteja, concluyendo por separarse en tiras; sus primeras ramas se extienden horizontalmente, encorvándose con

frecuencia las más bajas hasta el suelo, y dando origen á otras dispuestas en tallos reunidos, largos, endebles, rectos, blanquizcos y muy parecidos á los de la retama de España. Muéstranse por intervalos en su base pequeñas hojas empañadas, oblongas, sedosas, y de un verde ceniciento, órganos que desaparecen con el tiempo; tal es la planta antes de la flor escencia. Hácia fines de Mayo comienza á cubrirse de una multitud de flores blancas: y de tal modo guarnecen todos los tiernos vástagos, que se tomaria á lo léjos esta retama por un gran monton de nieve. Sus flores esparcen un perfume que no me es posible definir; es un olor penetrante y suave que embalsama sus alrededores, y se derrama en la atmósfera hasta la distancia de muchas millas. Son cabalmente estas flores las que las abejas prefieren y de donde extraen una miel tan deliciosa. En la época de la reproduccion la planta se cubre de legumbres negras, lisas y aplastadas. No obstante las devastaciones, los incendios y la voracidad de las cabras, estos vegetales se reproducen con gran facilidad. Formando matorrales espesos de seis á ocho piés de altura y de veinticinco á treinta de circunferencia, se muestran primero á 1.300 toesas,

poco más ó menos, de altura; despues se extienden sobre las dos vertientes de las montañas circulares, desapareciendo sobre sus crestas; pero luego se las vuelve á encontrar en mayor número en el inmenso cráter de las Cañadas, cuya superficie cubren en parte; hasta se las ve guarnecer los flancos del Teide á 1.600 toesas de elevacion. Crecen de preferencia sobre las capas de toba....»

Nada debo añadir á esta bellísima y exactísima pintura, pero no saldré de las Cañadas, ya que estoy en ellas, sin hacerme cargo de otra cuestion que creo de sumo interés. Me refiero á la colonizacion de estos sitios deshabitados. Tengo noticias de que en cierta época algunos propietarios de la Orotava solicitaron la facultad de cultivar y poblar una parte de estas tierras, y de que les fuéron negadas sus pretensiones. En dos causas, segun creo, se fundó principalmente la disfrazada negativa, á saber: en la conservacion de la retama blanca y en la imposibilidad de vivir bajo la influencia del clima de tan altas regiones. Como dicha retama forma una especie rara y peculiar de estas islas, se creyó que se debia procurar el conservarla á toda costa, y como por otra parte la temperatura es fuerte en las Ca-

ñadas, tanto en el rigor del calor como en el exceso del frío, se pensó asimismo que semejante empresa sería irrealizable.

Yo no soy partidario de la colonización reglamentada, y así es que cuando hace poco tiempo discutía la *Sociedad Económica Matritense* un plan ó sistema de colonias interiores, y cuando en la legislatura de este año las Córtes se ocuparon de un proyecto de ley sobre este mismo asunto, varias veces rodó por mi pensamiento una idea que formulaba de esta manera:—La mejor ley sobre colonias interiores, es no tener ninguna que á ellas se refiera.— Por la sencilla y convincente razón de que el poblar un territorio no es asunto ó cosa parecida al juego de las damas ó del ajedrez, en el cual se mueven acá y allá las figuras ó peones á placer del jugador, estando el desarrollo de la población sujeto á leyes naturales que se relacionan con el movimiento de la riqueza; pero por esto mismo creo que fué mal resuelta la cuestión iniciada por los propietarios de la Orotava. Porque estando suficientemente poblada y con cierto esmero cultivada la región del Valle, y también las regiones contiguas, el cultivar y poblar las Cañadas debía considerarse en rigor como un movimiento natural

de la poblacion y de la actividad de los habitantes de este lado de la isla, que se inclinaban en aquel sentido. ¿Por qué pues contrariar un movimiento que comenzaba á manifestarse por su propia espontaneidad? Poblar en virtud de un plan preconcebido, sin condiciones de industria y de trabajo, distribuyendo al capricho los pobladores acá y allá, á costa del presupuesto del Estado y de concesiones y gracias que redundan en perjuicio de todos, es error grave y deplorable por sus consecuencias; pero oponerse á que se formen pueblos y sé cultiven tierras allí en donde este hecho está determinado por la corriente misma de la riqueza y de la poblacion, sin iniciativa alguna de parte del Estado, y sí de parte de los particulares, es otro error no menos grave y deplorable que el primero, porque equivale á oponerse al engrandecimiento y á la riqueza del país.

Las razones de la negativa son tan débiles que no resisten un instante de exámen. ¡Conservar las retamas blancas! ¿Es esto razon por ventura? Laudable es el celo en la conservacion de todas las especies vegetales de un clima; pero ni el cultivo de las Cañadas significaria que van á ser extinguidas las retamas,

ni el interés de conservarlas es bastante para oponerse al desarrollo de la riqueza y de la población, interés mucho más alto que el primero. Dada además la facultad prodigiosa de reproducirse que estas plantas tienen, y dada la imposibilidad de que toda la zona que ocupan fuese cultivable, pues hay montañas y sitios á donde no le es dado llegar á la mano del hombre, la conservacion de esta planta estaria asegurada, y, por lo tanto, ni aún habria que temer este pequeño inconveniente. Extraño es tan escrupuloso esmero en esta ocasion, y tan deplorable indiferencia como ha tenido la Administracion en las Canarias, en punto á conservar sus montes, cuando á todas luces era conveniente y necesario que estos fuesen respetados.

En cuanto al clima debo decir que tampoco tiene fuerza la razon que en él se quiso fundar. Los grados de calor y de frio que alcanzan las Cañadas, determinan marcadas diferencias entre estas alturas, el Valle y el resto de la isla; pero no tales que las convierta en sitios inhabitables. Es cosa averiguada, que cada doscientos metros de altura hacen decrecer á la temperatura un grado, así como doscientos kilómetros de latitud más

al Norte producen el mismo efecto; de donde resulta, si tenemos tambien en cuenta el decrecimiento mayor en sitios elevados, que las Cañadas tienen por temperatura la del grado cincuenta y tres en Europa, ó sea la que disfrutan Holanda, Oldemburgo, Hannover y Prusia, países muy poblados, y cuya agricultura está en estado floreciente. Pasto, ganados, granos, lúpulo, todo esto abraza el cultivo de aquellas comarcas europeas, y á juzgar por un dato estadístico que tenemos por exacto, la Prusia produce agrícolamente un millon de reales por legua cuadrada.

El pensamiento, pues, de colonizar estas vastas soledades, me parece bueno, y creo que la Administracion no debe oponerse á él, procurando tan sólo que no se cometan abusos, que no llegue la colonizacion á ser patrimonio de unos pocos favorecidos por la fortuna, que presida, en una palabra, á la empresa un principio de justicia; pues en la ocupacion y cultivo de un territorio no ocupado, tantos derechos tiene el pobre como el rico, el más modesto como el más opulento propietario. La asociacion es el mejor camino que conduce á realizar altas empresas, pero en la de que trato, la asociacion debe extenderse á personas

de todas clases y condiciones, y este es un extremo por el cual debe velar la Administracion, dejando con todo lo demás puerta abierta á la libre iniciativa de los particulares. En pocos años tal vez aumentaria Tenerife su poblacion en una veintena de miles de almas, y su riqueza en igual medida, mientras que una cadena de pueblecitos pondria en comunicacion las dos bandas Norte y Sur de la isla, de una manera mucho más fácil y pronta, que lo están en la actualidad.

Dispéñeme el viajero esta digresion: no tenemos prisa, ni creo que sea inconveniente el hacernos cargo de ciertas cosas y el dejarnos llevar por la corriente de las ideas, que nos sugieren los objetos mismos que vamos viendo: las narraciones desnudas suelen ser poco útiles y recreativas.

Subimos al través de trozos de basalto, que dispuestos alrededor del Pico, representan la circunferencia del cráter; atravesamos un *mal país*, y luego piedra pomez, desde la cual hasta el pié del Pico encontramos la hermosa violeta de flores amarillas, último esfuerzo del reino vegetal. Al llegar á este punto comienza la lava pura. Ya bastante entrada la noche, llegamos á la Estancia de los ingleses.

La *Estancia* es un sitio en donde los viajeros pasan la noche para continuar la subida al día siguiente muy de madrugada. Traemos provisiones: nuestros guías recurren á los cercanos matorrales para recoger retamas secas, y con ellas encienden una inmensa hoguera. La cena comienza y el vino de Tenerife, rico néctar que en estas circunstancias parece fabricado por los ángeles, luce su color purpurino y trasparente á la claridad de la hoguera. Nuestros acompañantes se despachan y solazan á su placer. Durante la cena hablan de las anteriores excursiones, y hacen mencion de algunas rarezas de los ingleses á quienes han acompañado. Ya he dicho que para ellos todo extranjero que sube al Pico es inglés, y el apelativo mismo de la *Estancia* (de los ingleses) lo indica. Más tarde entonan el *tajaraste* (1) y las seguidillas, y al fin se duermen agrupados alrededor del fuego.

Trasládese el lector con el pensamiento á este sitio de tanta elevacion: figúrese una noche serena, una luna clara, una soledad indescriptible, las raras y caprichosas figuras de los peñascos, las sombras de las gargantas y

(1) Canto de Tenerife en los pueblos interiores.

montañas que han quedado atrás, y se formará aproximada idea de la grandeza del cuadro.

¡Qué portentosa riqueza de ideas despiertan esta situación y estos momentos! Este silencio, esta soledad, estos espacios tienen algo de misterio, de sobrenatural; óyese aquí como una voz secreta que nos revela el poder infinito de Dios. No se encuentra el ánimo en estos instantes agradablemente poseído de un sentimiento tranquilo, como el que despierta la presencia del objeto bello, no; es el sentimiento de lo sublime, cuyo concepto, cuya idea el espíritu parece que la siente y que la palpa aquí. Si quereis saber, filósofos, lo que es lo sublime, venid á la Estancia de los ingleses, y esta será vuestra mejor definición.

Son las diez de la noche; seis hombres tan sólo en todas las islas Canarias se encuentran á tan extraordinaria altura; cantan los unos, duermen los otros, y alguno vela y se extasía en la contemplacion, y el pensamiento, que tiene alas más ligeras que el ave, se lanza por la inmensidad del espacio; entre tanto allá abajo, en las poblaciones de la isla, sus habitantes siguen el curso de su tranquila vida.

¡Qué noche, qué hermosa é incomparable noche!

Las cuatro de la madrugada, poco más ó menos, serán, cuando salimos de la Estancia en dirección á la cima del Pico. Seguimos estrechos senderos que rodean el primer fragmento del cono, y despues de una hora de marcha, llegamos á *Alta vista*, desde donde la aglomeracion de erupciones volcánicas nos obliga á trepar por la lava y á saltar de una en otra piedra, hasta llegar al pié del *Pan de Azúcar*.

El horizonte está claro al Sud-Este, y el sol al salir nos ofrece un espectáculo maravilloso. Descansamos algunos instantes en una pequeña llanura, y pasados estos comenzamos á escalar el Pan, que constituye la parte más penosa de la subida, pues lo rápido de la pendiente y la piedra pomez que la cubre, nos obliga á hacer frecuentes reposos para respirar. Al fin llegamos á lo más culminante del Pico, á las seis poco más de la mañana.

Por algun tiempo nuestras miradas se pasean errantes por todos los lados del horizonte, admirados de la grandiosidad de la perspectiva; pero poco á poco vamos dominando la sorpresa y dándonos cuenta de lo que vemos. A nuestros piés se desarrolla *Tenerife* con sus bravas costas, sus montañas y sus pintorescos valles: hácia el Oriente elevan sus cabezas

entre las nubes los montes de *Gran Canaria*, y más léjos se descubren *Lanzarote* y *Fuerteventura*; hácia Occidente se extiende la sombra del Teide y aparecen la *Gomera*, la *Palma* y el *Hierro*. Todo el archipiélago tenemos á la vista : mares, montañas, costas, islas. El Pico es como el centinela á quien se ha confiado su seguridad. A medida que el sol se eleva sobre el horizonte, comienzan á formarse las nubes, cuyas masas flotantes acaban por velar la isla, que parece bañarse en un mar de niebla.

Hay sobre la cima del Pico una concavidad como de ciento veinte piés de profundidad : sus bordes parece que se desmoronan y en el fondo se encuentra una sustancia blanda, rojiza, arcillosa y cálida, que se endurece apenas se la saca fuera : tambien hay otra sustancia blanca, menos pastosa, la cual analizada produce sulfato de soda y amoniaco. Bajo la primera capa se encuentra el azufre cristalizado, y el fondo y orillas del cráter además presentan algunas hendiduras por las cuales se escapan vapores sulfurosos y torbellinos de humo, por lo cual no es posible permanecer dentro por mucho tiempo.

Siguiendo los cálculos más acreditados, hechos por ingenieros españoles, esta cima del

Pico se eleva 13.497 piés ó sean 3.760 metros 66 centímetros sobre el nivel del mar.

Muchos geógrafos antiguos fijaron en el Pico la direccion del primer meridiano. Durante los meses de invierno, tanto su cima como las montañas centrales se cubren de nieve, pero se derrite ó desaparece esta á los primeros ardores del sol de primavera. Algunos astrónomos han dicho, que seria de suma utilidad para la ciencia el establecer aquí un observatorio astronómico; mas otros prefieren para este objeto las alturas de las Cañadas, y quizá no carezca de fundamento su preferencia, pues concurriendo aquí las mismas condiciones, respecto de la ciencia, que en la cima, tendria dicho establecimiento la ventaja de estar más cerca de las poblaciones del Valle.

El fuego subterráneo prosigue, al parecer, su trabajo interior, y una prueba de ello es que en la noche de 8 á 9 de Junio de 1789, el monte *Chaorra*, situado á uno de los flancos del Pico, ó sea en las montañas centrales, dió paso á una grande erupcion, abriendo quince cráteres, que se redujeron primero á doce, despues á cuatro y por fin á tres. El mayor de estos estaba á corta distancia de la cumbre y vomitaba llamas, piedras, y otras sustancias enrojecidas;

más abajo estaba la segunda abertura, y la tercera, aún más distante, tenía apariencias de una fragua, y lanzaba, entre torbellinos negros de humo, un arroyo de materias fundidas, el cual serpenteaba en todas direcciones, en una legua poco más ó menos de distancia.

Hechas nuestras observaciones bajemos ya del Pico: en menos de ocho á nueve minutos llegamos al pié del cono, pues nos vemos obligados á correr constantemente en razon de la rápida pendiente del mismo. A su pié reparamos en algunos grandes huecos llenos de un agua muy fria y helada en las orillas, y en otros muchos cubiertos por la nieve que cae en el invierno, la cual se conserva allí todo el año, porque no llegan á ella nunca los rayos del sol. Se les llama por esta causa los *pozos de la nieve*.

Continuamos, pues, nuestro descenso con algunos intervalos de descanso, hasta encontrarnos de nuevo en la villa de la Orotava, de donde hemos salido.

Por la relacion que hemos hecho se comprenderá que, aparte las observaciones que puedan interesar á la geología ó á la botánica, hay tres momentos en esta excursion que pueden llamarse verdaderamente grandes; el de las

Cañadas, el de la Estancia y el de la cima del Gigante. Debo añadir, por si acaso esta noticia pueda convenir á algun lector, que la estacion más á propósito para hacer la subida que hemos hecho, es la del verano y fines de la primavera: el invierno es peligroso á causa de las nieves, el viento y las lluvias, y aún cuando algunos han intentado subir en esta estacion, segun mis noticias, no han podido llegar, ni al Pan de Azúcar, al través de muchos trabajos y peligros.

CAPÍTULO V.

Los Realejos.—Las Ramblas.—Tigaiga. Garachico.

ME atrevo á afirmar que esta jornada no será inferior á las anteriores: nos proponemos llegar hasta *Garachico*, pero habrémos de hacer muchos altos, pues el territorio que hemos de recorrer está sembrado de curiosidades, que darán entretenimiento á nuestros sentidos, y aún abrirán la puerta á reflexiones y consideraciones de distintos géneros.

Salimos casi al amanecer de la villa, y comenzamos á descender la cuesta ó pendiente en que aquella está situada. Caminamos por de pronto hácia los *Realejos*. La perspectiva es magnífica; el Valle aparece tapizado por manchas de diversos colores, acá y allá sembradas, segun los grados de sazon de los cultivos distintos á que está dedicado su suelo, segun

lo más ó menos elevado del terreno, y segun la variedad de accidentes que alternan en su recinto. Allá abajo, cerca de la mar, descubrimós tres montañas volcánicas que debieron arder en otro tiempo: hácia el frente se eleva la montaña, cortada á pico, de la *Fortaleza* y del *Lance*, sobre la cual domina el celebrado Teide, que se va escondiendo y ocultando á medida que nos aproximamos á los *Realejos*; pero antes de llegar á este punto pasamos por frente á las dos montañas de lava, que descubrimos antes á lo léjos. Es tradicion, que corre acreditada en el país, que una de estas montañas fué vista arder, hace ya 450 años poco más ó menos, por los abuelos de los guanches vencidos por Fernandez de Lugo, y es cosa digna de notarse que en la actualidad está en su mayor parte reducida á cultivo: lo cual nos demuestra la verdad de un hecho observado en las lavas del Etna, y es que al cabo de cierto número de años se convierten estas en tierra. Observando al mismo tiempo que el volcan de Garachico en esta isla, de fecha más reciente, comienza á admitir algun cultivo, concluirémos, no sólo que la lava puede convertirse en tierra, sino que capas posteriores tardan á veces más tiempo que otras an-

teriores , para realizar esta transformacion.

Llegamos por fin á los dos *Realejos*, despues de haber atravesado unos caseríos llamados la Montañeta y Zamora. Los Realejos están divididos por un gran barranco y disfrutan de una bellísima situacion, ofreciendo ó presentando el *alto* con la elevada torre de su iglesia, un aspecto sombrío, mientras el *bajo*, y como para formar contraste, desarrolla su blanco caserío entre bosques de naranjos y árboles frutales.

El nombre de este pueblo trae á la memoria un recuerdo de la historia de la conquista. Sometida ya casi por entero la isla de Tenerife al conquistador Fernandez de Lugo, los guanches quisieron hacer el último esfuerzo y se dispusieron á probar una vez más sus fuerzas con los extranjeros. El sitio en que estaban situadas las tropas guanchinescas, es el que hoy llamamos *Realejo de abajo*, y el que ocuparon las españolas, *Realejo de arriba*. Mediaron de una y otra parte parlamentos antes de llegar á las manos, y convencidos al fin los naturales de la inferioridad de sus fuerzas é inutilidad de la defensa, depusieron las armas, y la conquista de la isla quedó terminada. Los Realejos son un monumento levantado al recuerdo de aquel fausto acontecimiento, que si hizo

iguales á las dos naciones en leyes y costumbres, no por eso ni la fusion ni el tiempo han podido borrar por entero las marcas de las dos distintas razas.

Yo ruego al viajero, si quiere disfrutar de un panorama embelesador, que suba conmigo á la montaña titulada el Lance, aún cuando suframos la fatiga de subir una cuesta muy pendiente, y de seguir un camino que se desarrolla en mil y mil vueltas y revueltas. Dicho camino, que es el mismo que conduce desde los Realejos al pueblo denominado Isod el Alto, va rodeando en sus vueltas la montaña y presenta muchos pasos difíciles y peligrosos por razon de lo falso y quebradizo del terreno; pero esta misma circunstancia contribuirá á que podamos saborear mejor la hermosa vista que nos aguarda, compensacion generosa al ascenso rápido y difícil.

Ya arriba, extendemos la vista en todas direcciones. El Valle entero se presenta á nuestros piés: en la pendiente de la montaña, descúbrense esparcidas y aisladas las casas de *Tigaiga*, como si quisieran trepar atrevidas aquella eminencia casi cortada á pico, sin temor á los posibles derrumbamientos; más abajo, y á vista de pájaro, se ven los dos Reale-

jos, las hermosas *Ramblas*, á donde conduciré tambien al viajero, bañadas por un mar no siempre tranquilo, y las tres montañas del Valle que antes nos parecían más altas, y ahora dominadas por nosotros, figuran pequeñas protuberancias del terreno; un poco más léjos se destacan el puerto de la Cruz, el Jardín Botánico, y la villa de la Orotava, la hija privilegiada de Taoro tendida sobre el terreno más fértil del mundo; más léjos aún, del otro lado de la herradura, podemos saludar segunda vez á Santa Ursula, la Victoria y la Matanza engalanadas con sus millares de palmeras; y allá en el último término, á más de seis leguas de distancia, distinguimos los caseríos del Sausal y de Tacoronte por donde hemos pasado. Tan extenso, tan variado, tan rico y sorprendente panorama es de lo mejor que pudiera fabricar la imaginación, y no decimos que sea el mejor de todos, porque en Canarias hay muchos entre los cuales sería dudosa la preferencia.

Pasadas algunas horas en esta elevadísima posición, embelesados los sentidos y absorto el pensamiento, unas veces en la contemplación de tan bello cuadro, y otras en consideraciones referentes á las revoluciones geológicas, que han debido haber ocurrido y que el tiempo co-

loca á mucha distancia de nosotros, comenzamos á descender, y retornamos á los Realejos para continuar nuestro itinerario, del cual nos separamos, haciendo, permítaseme la metáfora, un pequeño paréntesis. Y saliendo de este pueblo, nos encontramos, despues de dejar á nuestras espaldas el bellissimo Calvario, en donde el recuerdo de la muerte y pasion de Cristo está contrapesado por las flores que lo rodean, en el sitio conocido con el nombre de las *Ramblas*, situadas á la orilla del mar.

¿Qué son las Ramblas? me preguntará el viajero. Ya lo ve, puesto que supongo que lo acompaño en la expedicion ó que viajamos juntos: sus ojos le están dando respuesta á su pregunta. Las Ramblas son bellisimos jardines casi á la orilla de la mar, que viene por esta parte á estrellarse contra una costa brava. Si el viajero hubiese aportado á Tenerife por este lado occidental de la isla, y no por el lado oriental, ciertamente no hubiera recibido aquella primera impresion de desaliento y melancolía, de que se sintió poseido al cruzar la punta de Naga. No hubiera preguntado como entonces: ¿Qué tierra es esta que tan pobremente se anuncia? Y sí hubiera dicho sorprendido de admiracion: ¿Es posible que

en la vecindad de Europa exista un país tan esplendente y rico en bellezas de naturaleza, y que este país sea apenas conocido y visitado? A corta distancia de los bordes del Océano, comienza la tierra vegetal de admirable feracidad, comienza la vegetacion exuberante de toda esta region encantada, comienzan las plantas, los árboles y las flores de variadas especies.

Las Ramblas son conocidas por los apellidos de sus actuales ó anteriores poseedores. Debemos mencionar la del marqués de la Florida, la de Melo, la del marqués de San Andrés, y la de Castro. Verdaderos sitios de placer en donde se pueden disfrutar los goces de la vida campestre, constituyen deliciosas residencias para pasar al menos algunas temporadas del año. Aquí hay cascadas donde salta caprichosamente el agua, fuentes que les dan vida con su agua pura y cristalina, paseos á que dan sombra los plátanos y las palmeras, un suelo esmaltado de flores por entre las cuales se desliza pacífica el agua de las cascadas, y, por fin, una playa extensa y sencillas y elegantes casas, desde las cuales, se domina la costa y se descubren manantiales diversos, que van á perderse en el mar.

El viajero notará que este lado de Tenerife es, al mismo tiempo que el más productivo de la isla, aquel en que el terreno está mejor cultivado. Y sin embargo, ¡cuánto partido no puede sacar aún de aquí la ciencia agrícola y el capital! ¡Cuántos cultivos ignorados no son susceptibles de establecerse! Y ¡cuánto no pudieran multiplicarse los jardines y los sitios de recreo! La mano del hombre y el capital, en feliz consorcio unidos, que han llevado la vida hasta los desiertos del África, ¿qué no pueden hacer aún en una naturaleza que se brinda ella misma para ayudar al hombre á obrar verdaderos portentos? Con el desarrollo del Jardín de Aclimatación, de que trataré más adelante, con la construcción de buenas vías que den paso franco á la circulación de los productos del suelo en Tenerife, con las influencias de la libertad mercantil, el conocimiento que la Europa, y la Península particularmente, adquieren acerca de las excelencias del clima de las Canarias, y otras causas que no necesito enumerar, el Valle y toda la región que abraza, llegarán á realizar el sueño de los Campos Elíseos, que muchos antiguos escritores colocaban hácia esta parte del globo. Los propietarios tienen aquí cierto espíritu de iniciativa salu-

dable, y es conveniente que este espíritu no decaiga, y sí que se vigorice y fortalezca, alimentado por el convencimiento de que todavía falta por lo menos la mitad del camino que recorrer.

Pasadas las Ramblas y al llegar á una ermita que mira hácia el mar y está á pocos pasos de él, comenzamos á atravesar el *Callao*: camino abierto hace pocos años, siendo capitán general de la isla el desgraciado D. Jaime Ortega, y en el cual, al mismo tiempo que el Océano amenaza á nuestros piés, queriendo socabar los cimientos, la montaña que se eleva imponente sobre nuestras cabezas, parece que va á destruirnos con los grandes peñascos que la forman y que nos miran debajo de sí. En otro tiempo, y yo conservo fresco en mi memoria el recuerdo, este paso era en extremo peligroso. Una sola vez lo atravesé, retornando de la Palma para continuar mis estudios en la universidad. El Callao abrazaba una gran distancia, y como la costa escarpada é impracticable comenzaba á elevarse á manera de alta muralla á muy pocos pasos del Océano, dejaba tan sólo al transeunte una estrechísima faja en toda la extension del mismo Callao. En el lleno de la marea aquella faja era cu-

bierta del todo por las aguas, que llegaban y subían á los piés del impracticable antemural, y en aquellos momentos el que tenía la desgracia de pasar, llevaba la vida pendiente de un hilo, pues la ola soberbia y fuerte de esta costa podía arrastrarle hácia los dominios del dios Neptuno, habiéndose dado casos de haber perecido caballeros y caballerías. Este peligro, sin embargo, no carecía de un cierto género de aliciente, pues establecida una especie de competencia entre los viájeros y el inquieto oleaje, este avanzando para alcanzarlos, y aquellos apresurando el paso para burlar su persecucion, el placer que seguía despues era como el del triunfo alcanzado sobre un enemigo poderoso. Hoy el peligro ha desaparecido y el viajero, más tranquilo y más seguro, puede entretener por algun tiempo sus oídos con el monótono y acompasado quejido de la mar, y quizás, como estos sitios inclinan el ánimo á la meditacion, con el pensamiento de lo que significará este lamento eterno de las olas.

Más allá del callao atravesamos los pueblos conocidos con los nombres de *San Juan de la Rambla* é *Icod de los Vinos*, notando tan sólo respecto del primero, que tiene ricas campiñas, donde en otro tiempo se recolectaba el mejor

vino de Tenerife, y del segundo, cuyo nombre deriva de la abundancia con que producía este caldo, que es el pueblo más importante de las bandas del Norte de la isla, después de la Villa y el Puerto. Notamos asimismo que su caserío está formado principalmente por una extensa calle con buenas casas, pues lo demás no tiene importancia digna de ser mencionada, y que esta calle está en la misma dirección de la ruta que nos conduce á Garachico. La campiña que rodea á Icod es también bellísima, y ofrece la particularidad de hallarse atravesada por corrientes de negra lava. Está situada á la falda del Teide, y es el punto desde el cual se ve al gigante en el lleno de su imponente majestad.

Pasados que son algunos instantes, dedicados á la contemplación del Pico y la campiña, seguimos adelante en el camino de Garachico, y comienza á presentarse un panorama parecido al que presenciábamos en la parte puramente agrícola del valle de la Orotava, á la salida de su villa. Atravesamos pues todo este territorio y llegamos al fin á Garachico, término de nuestra expedición, dejando á la derecha un mal país volcánico é improductivo.

Garachico es una población en decadencia, habiendo sido puerto principal de la isla y aún

del archipiélago hasta 1706 en que fué destruido por una erupcion volcánica. Como otro Sodomá y Gomorra, este pueblo parece haber sido señalado por el dedo de la Providencia para que sufriese el exterminio. Todos los elementos se han desencadenado contra él; el fuego le quemó y le quitó su puerto, una avenida destruyó otra vez gran parte de su caserío; grandes masas de basalto que se elevan sobre la montaña, han tenido que ser apuntaladas para defender la poblacion de un peligro inminente; el mar, ese mar tempestuoso que en este país se llama de *leva*, destruyó hace pocos años un gran número de casas, y casi se llevó entera una de sus mejores calles. Rodeados de tantos peligros y á pesar de tan triste y desconsoladora experiencia, los habitantes de Garachico no abandonan este lugar de desolacion, unidos á este suelo por el amor santo de la patria. Cuando algunos filósofos ponen en duda este sentimiento, pudiera contestárseles: id á Garachico, que allí encontrareis la respuesta y la satisfaccion de vuestras dudas.

Tiene este pueblo una bella y espaciosa iglesia parroquial dedicada á Santa Ana, y su poblacion asciende á 2.191 almas; su tempera-

tura es sumamente agradable, y en su ribera se pescan abundantes y sabrosos peces.

Desde Garachico y frente á la poblacion, se descubre un islote llamado *el Roque*, desatracaado de la orilla cosa de 179 brazas, reproduccion en mayor de otros muchos que se encuentran en aquella escarpada costa. Descúbrese tambien hácia el Oeste el caserío de *San Pedro de Dante*, sobre una montaña áspera y difícil.

¡A cuántas consideraciones podrá entregarse el viajero durante las primeras horas de la noche que pasa en Garachico! Las impresiones del dia asaltarán de tropel su pensamiento, su memoria le presentará una imágen fiel de todo lo que ha visto, y su imaginacion, engrandeciendo los objetos, vendrá á prestarles un baño de realce y de hermosura. Aquellas feraces y productivas campiñas, aquellas difíciles y ásperas vueltas de Tigaiga, aquellos deliciosos y poéticos panoramas, aquellas *Ramblas* que por el recreo que proporcionan nunca serán bastantemente encarecidas, aquella costa brava con su mar de leva, el *mal pais*, los torrentes de negra lava, y tantos otros objetos como habrán llamado su atencion, ocuparán seguramente por algunas horas su pensamiento, hasta que el sueño venga á cerrar sus pár-

pados y á proporcionarle el natural descanso. Y en verdad que lo necesita, pues la jornada ha sido bastante larga y el camino en su mayor parte áspero y difícil.

Mañana retornaremos á la villa de la Orotava, que fué nuestro punto de partida, y desde donde haremos una tercera y última excursion.

CAPÍTULO VI.

El Jardín de Aclimatacion y el Puerto de la Cruz.

YA abandonamos la villa de la Orotava, puesto que sea esta expedicion la última que hacemos en Tenerife. Bajemos al *Puerto de la Cruz*, generalmente conocido en Canarias con el nombre de *Puerto de la Orotava*, el cual forma una bonita y elegante poblacion, situada á la orilla del mar, y á poco más de media legua de la villa, dentro de los límites del Valle. Puede hacerse este trozo á pié, por vía de paseo, ó puede bajarse á caballo, á placer del viajero. La subida es algo penosa, porque se necesita vencer una gran cuesta, lo cual continuará sucediendo hasta que se termine la carretera, que arranca de Santa Cruz y ha de llegar en su dia á Garachico: obra utilísima que

unirá cómodamente entre sí las poblaciones más importantes y las comarcas más productivas de la isla.

Media hora ó tres cuartos de hora á lo más son suficientes para trasladarse del uno al otro punto, y este tiempo es de verdadero recreo y placer, pues á derecha é izquierda la vista encuentra de continuo objetos que la entretienen agradablemente, como que el viajero camina por el centro del Valle. En realidad un paisaje semejante á este, es el que nos proporcionó la bajada de la villa en direccion á los Realejos, aunque con algunas diferencias por ser el camino distinto.

Tenemos que hacer un alto en este camino.

A la salida de la villa y casi á sus puertas, se encuentra hácia el lado derecho un hermoso *Jardin de Aclimatacion*, fundado por don Alonso Nava Grimon, marqués de Villanueva, cuando Tenerife gozaba de algun favor en la córte. Y despues de haber visitado el Valle y notado las excelencias de su vegetacion y clima, es inútil decir cuanto de notable pudiera encerrar este jardin. El viajero, sin embargo, que entra en su recinto no podrá menos de hacer tristes reflexiones. Al ver allí crecer y elevarse con sus robustos tallos á plantas y

árboles de todos los países del globo por la propia virtud del terreno, al reparar que ni para conservarlo, ni para mejorarlo se hace nada, ó casi nada, que no se ha sabido sacar ningun partido de la situacion privilegiada del Valle; es imposible que no asalten su pensamiento severos cargos contra España. Si esto perteneciera á la Francia, si perteneciera á la Inglaterra, tal vez si perteneciera al mismo Portugal, este jardin seria realmente una *maravilla*, visitada y celebrada por todos los medios imaginables. ¿En dónde, si no, en qué comarca y en qué region del globo, se aclimantan los vegetales peculiares á todas las zonas, con tanta prontitud, facilidad y á tan poca costa como en este Valle? Si es la Orotava el medio entre la Flora del Norte y la Flora del Mediodía, como se ha dicho ya en otra parte, si la situacion tropical de las Canarias en el Océano, á tanta cercanía de Europa, si las influencias ejercidas por el mismo Océano en su clima, si la situacion misma del Pico, da á este país el carácter de una continuada primavera, y no cae en su suelo una semilla, ni en los surcos de sus tierras una raíz que no abra el terreno y brote y se desarrolle con extraordinaria lozanía, ¿se concibe que ninguna nacion

de Europa, ni de América, pudiera presentar un jardín de aclimatacion, como pudiera, si quisiera, presentar España, en este de la Orótava?

Se gastan millones para conservar monumentos que recuerdan glorias pasadas; se procura salvar de la destruccion los escombros de Itálica, y los restos de antiguas ciudades; se cambian despachos diplomáticos para reclamar las coronas fúnebres de Toledo; se hacen mil y mil sacrificios para otros objetos parecidos, sacrificios que no condeno, sino que al contrario aplaudo; ¡y esto que pudiera ser, no un recuerdo de glorias pasadas, y sí una gloria presente, esto que seria no solamente el orgullo de poseer la primera riqueza de vegetacion del globo, sino tambien el primer establecimiento útil de aclimatacion, esto, repito, yace en el más absoluto y culpable abandono! Si España se envanece con sus magníficas catedrales, con su Alhambra de Granada, con su Alcázar de Sevilla, con su monasterio del Escorial, ¿no pudiera tambien envanecerse con su *Jardin de plantas de Canarias*? ¡A cuán alto precio tienen el suyo Lóndres y Paris entre sus nieblas y sus hielos! ¡A qué esfuerzos, á qué género de preservativos, á qué estudios deben

allí millones de vegetales una apariencia, y no más, de vida!

Digo, pues, que este Jardin de Aclimatacion está aconsejado, al mismo tiempo que como objeto de primera curiosidad y recreo, como establecimiento de grandísima utilidad. No se pierda de vista que la aclimatacion de plantas y de animales, es una de las primeras causas del progreso en agricultura. A medida que se multiplican las plantas, se multiplican con ellas los cultivos y las fuentes de produccion, y el agricultor ó el propietario puede escoger aquellos que más le convengan, ó los que den productos de más fácil salida, segun las necesidades ó el gusto de los pueblos que le rodean. Cada planta aclimatada es una preciosa adquisicion. Investíguese el origen de los vegetales que produce España, y se hallará que casi todos son de procedencia extranjera; el Asia nos ha dado la viña, el arroz, el olivo, la morera y la mayor parte de nuestros árboles frutales y de nuestras legumbres; la América nos ha proporcionado las patatas, el maíz y el tabaco; el África el trigo morisco y algunas otras especies. ¡Qué seria la agricultura de todos los países despojada de este poderoso recurso de la aclimatacion! Léase la historia de

la agricultura inglesa, en lo que se refiere á sus plantas y á sus animales, y nos admirarán los extraordinarios esfuerzos, los grandes sacrificios, las experiencias y los ensayos nunca interrumpidos de aquella nacion. Por eso la agricultura inglesa es la más adelantada, como lo es tambien toda su industria.

Yo llamo hácia este asunto de que hablo la atencion del gobierno; que alguna vez atiendan los gobiernos las observaciones del escritor. Este jardin, bien dirigido, podria introducir mil plantas exóticas en el país, muchas de las cuales darian origen á cultivos importantes y productivos; podria introducir asimismo muchas especies animales en relacion con la agricultura, y hasta podria servir de escuela de ensayo para cruzamiento y perfeccionamiento de especies y de razas. Aquí podria hacerse un gran *vivero* de vegetales indígenas, que son hoy muy buscados y estimados en todos los jardines de Europa, y de los cuales se haria una gran exportacion en macetas y semillas secas, capaz en su dia de sufragar con sus rendimientos una gran parte de los gastos. Al lado de estas especies del país, podrian figurar tambien las exóticas, y la imaginacion no alcanza á concebir hasta qué grado de desarrollo seria dable llevar este establecimiento.

Seria necesario que para conseguirlo se destinaran algunos fondos, sin que sean precisas cantidades fabulosas, y sí muy moderadas; al frente del Jardín de Aclimatación debiera el gobierno colocar, con el carácter de director, una persona entendida en las ciencias naturales, y conocedora por experiencia del clima y del país; debiera asimismo crear en el establecimiento una cátedra de química agrícola con un laboratorio suficientemente dotado, encargándose al mismo profesor que la desempeñara, la dirección de un pequeño cultivo. Indudablemente sería útil fundar alguna otra cátedra más; pero al menos por ahora, para comenzar á fomentar la aclimatación, é iniciar un gran desarrollo en el establecimiento, bastarían la dirección y cátedra indicadas, si además se dotara al jardín de otro local, que fuese como su anejo, en la región alta del Valle, con el terreno necesario (1).

(1) En Santa Cruz de Tenerife reside un distinguido naturalista francés, cónsul de su nación, quien más por cariño á las islas que por sus propios intereses, vive allí hace muchos años, al cual pudiera encargarse la dirección de este establecimiento. La reputación de que goza en el extranjero, sus especiales conocimientos en botánica y ciencias naturales, su conocimiento del país, y

Seguro estoy que el viajero oirá con gusto algunas noticias acerca de la historia de este jardín. Era, allá por los últimos años del pasado siglo y principios del presente, el marqués de Villanueva del Prado, una de las personas que más descollaban en las islas Canarias: por la circunstancia de ser autor de la obra más científica, curiosa é importante que se ha escrito sobre Canarias, lo hacen tan á propósito para este cargo, que con dificultad podría encontrarse otro que lo igualara. Y en el puerto de la Orotava vive D. Víctor Perez, discípulo de la escuela de Medicina de Paris, conecedor de la química y de la botánica, á cuyos estudios se ha dedicado con gran interés, y uno de los más brillantes jóvenes que poseen las Canarias, á quien debiera encargarse la cátedra de química agrícola. Yo no conozco á M. Bertolot, ni aún le he hablado una sola vez en mi vida; pero conozco la reputacion de que goza, conozco sus obras, y tengo noticias del entusiasmo y del interés con que trata á las islas Canarias. En cuanto al Sr. Perez (D. Víctor), lo conozco y trato, porque es uno de mis amigos, y por propia experiencia sé hasta qué altura rayan sus especiales conocimientos. Cuando se trata de nombres como estos, no tengo inconveniente en recomendarlos, porque no dejan desairada la pluma del escritor, y además porque la eleccion de las personas que hubiesen de desempeñar los cargos expresados, es tal vez de donde principalmente depende el éxito de este pensamiento. El favor que llevara allí personas extrañas al país, lo echaria todo á perder.

seedor de un ilustre título, y de una casa opulenta, tenia además una vastísima instrucción, y muchísimas relaciones adquiridas en sus viajes con los sábios y con las ilustraciones europeas de entonces; á todo lo cual agregaba un interés sin límites en favor de las islas, ó sea el patriotismo más decidido y acendrado. Sin duda por reunir prendas tan relevantes, se le encargó por real orden de 17 de Agosto de 1788 la fundacion ó establecimiento de un Jardin de Aclimatacion en Tenerife. Practicados los trabajos preparatorios, preferida la Orotava, por las excelencias de su clima y posicion, á todos los demás puntos de la isla, y cedido generosamente por parte del propietario (1) el terreno donde debia fundarse el establecimiento, fué enviado á Madrid el proyecto del mismo y aprobado en 24 de Enero de 1791.

Emprendida la obra, el gobierno de aquella época proporcionó al marqués la suma de 90.000 reales. ¡Noventa mil reales para fundar un Jardin de Aclimatacion! ¡Arranque de generosidad que no alcanzaba ni aún para hacer frente á los primeros gastos de la obra! El pa-

(1) D. Francisco Bautista de Lugo y Saavedra, bisabuelo materno del actual marqués de la Florida.

triotismo, sin embargo, del marqués de Villanueva bastó á todo : su actividad incansable, su ciencia y su dinero, vencieron los inconvenientes. Además de haber hecho todos los gastos de la obra, exceptuados los noventa mil del pico, en 1823, segun él mismo decia en un informe al jefe político de la provincia, llevaba gastados treinta mil pesos de su propio bolsillo, á razon de mil pesos por año. Él recurrió á sábios extranjeros amigos suyos, para que dividiesen el plano del jardin segun el sistema de Linéo, á fin de que cada planta que se recibiera tuviese su lugar preparado, y el jardin llegara á ser por este medio un vasto mapa botánico, en el que se pudiera formar idea de la ciencia mejor que en los libros mismos. Él fué el instrumento principal que lo dió á conocer en el extranjero, donde llegó á adquirir gran celebrad, pues la idea de formar un plantel y depósito de vegetales exóticos en un clima tan bello como el de Canarias, tan próximo á la Europa, así en la escala de la distancia como de la aclimatacion, excitó la curiosidad y mereció aplauso general en el Continente. A sus relaciones, á su celo infatigable, á las continuadas mejoras que introducía, se debió que los naturalistas de todos los países recomendasen el

jardin en sus obras, y entre estos los célebres escritores y viajeros Humboldt, Thouin, Ledru y Perou.

Si la memoria del marqués de Villanueva no reuniera otros títulos más que este al agradecimiento de los isleños, y en particular de los tinerfenses, él solo bastaría para hacerla querida y respetada; pero tiene muchos más, pues que toda la vida de este ilustre personaje llevó por única mira y por blanco de sus ardientes desvelos, el bien y el porvenir de su patria. El jardin tal cual quedaba á su muerte era ya un establecimiento, no sólo de gran curiosidad sino de grande utilidad; y sin embargo, ¡cuán léjos estaba de responder á lo que prometer podia el feliz concurso de circunstancias de su privilegiada situacion! Era necesario continuar desarrollando un pensamiento tan felizmente iniciado, darle mayor ensanche y hacer un sacrificio de dinero de alguna consideracion. Puesto que el terreno, el clima, los buenos principios del establecimiento eran favorables, puesto que era apreciado, ó al menos comenzaba á serlo de nacionales y extranjeros, se estaba en camino de hacer de él el mejor jardin de aclimatacion de cuantos son conocidos. ¿En qué otro punto del globo podia formarse

en mejores y más favorables condiciones, que en el Valle de la Orotava?

Pero ¡ay! no sucedió así por desgracia. La vida del jardín estaba en cierto modo identificada con la de su generoso patrono: muerto el marqués de Villanueva, murió también ó casi murió el jardín. Durante largos años, después de aquella desgracia, quedó por entero abandonado, y el cultivo de hortalizas sustituyó á las plantas exóticas y raras en los cuarteles que iban quedando yermos, habiendo llegado el caso de que en lugar de ser aquel establecimiento monumento de gloria nacional, lo fuese de vergonzosa incuria. Más tarde, y después de varias vicisitudes entre las cuales, más para callada que para referida, figura la de haberse hecho gestiones para que se vendiese, se trató de conservar lo que quedaba, y aún creo que el gobierno proporciona para su entretenimiento una moderadísima suma, siendo el resultado que su estado actual está reducido á una descuidada y mala conservación de lo existente.

No es exacto sin embargo que no contenga nada raro; el Jardín posee la *Magnolia grandiflora*, la *Mimosa Senegalia*, que produce la goma arábica, el *Xeranthemus africanus*, el Pan-

danus, especie de palma espiral, natural de Nueva-Holanda, que tiene mucha semejanza con el género *Drago* de las Canarias, la larga y variada familia de los cipreses, *acacias*, *catalpas* y *malvas* del Cabo de Buena-Esperanza; con el agregado de muchas y variadas plantas de la Flora Canaria.

El Puerto de la Cruz, situado en la costa occidental de la isla, cuenta unas 3.514 almas, y tiene además una bonita plaza, una hermosa iglesia, buenas calles, y algunas casas particulares de muy bella construcción. El Puerto recuerda con sentimiento un período de su vida pasada, aquel en que el vino de Tenerife era tan estimado en las mesas de Inglaterra; entonces su bahía se vió constantemente poblada de buques de esta nación, y sus bodegas y sus casas de comercio le daban gran riqueza é importancia. Hoy apenas se hace exportación alguna, y las tierras que se destinaban al cultivo de la viña, están pobladas de nopal, y aplicadas á la cria de la grana ó cochinilla. A pesar de esto, el hecho de hallarse á tan corta distancia de la villa, la buena sociedad que proporcionan las familias que en él viven, y el frecuente trato y comunicación que hay entre las dos poblaciones, son circunstan-

cias que deben notarse para juzgar bien de esta poblacion.

Este puerto es un fondeadero abierto á los vientos del N. E. al O. pasando por el N., y rodeado de arrecifes que lo hacen muy peligroso en la estacion del invierno. Tiene tres fondeaderos diferentes, cada uno de los cuales es preferido por los buques segun las circunstancias de la estacion: el primero se denomina el *limpio* al O. N. O. de la poblacion, y á dos millas de tierra y dos y media del desembarcadero; el segundo se llama *El limpio de las Calaveras*, situado como á un tiro de cañon del fuerte principal; el tercero es conocido con el nombre de *puerto del Rey*, y, rodeado de arrecifes por el N. O. y E., es sumamente pequeño.

No puedo menos de llamar la atencion del lector sobre una circunstancia que merece ser observada. Siendo el Valle y toda su region, ó sea este lado de la isla, la parte de la misma más feraz y mejor cultivada, siendo los pueblos sembrados en su territorio realmente pueblos agrícolas ricos, y estando la poblacion muy desarrollada con respecto al suelo que ocupa; el puerto de la Orotava parece que debiera ser por naturaleza la salida natural de

los frutos que el territorio produce, es decir, un puerto de exportacion de alguna importancia, y sin embargo, la mayor parte de estos frutos siguen el camino de Santa Cruz de Tenerife, á donde concurren los buques nacionales y extranjeros. ¿Consistirá quizás la explicacion de este raro fenómeno en la falta de un buen muelle y en lo peligroso de sus fondeaderos? No me atreveré á asegurarlo, pero es muy probable que esta causa influya en gran parte, y tengo para mí que el neutralizar las malas condiciones del puerto y construir un buen muelle (1), es cuestion de grande interés para

(1) Yo no soy el más competente para fabricar planos de obras de este género, pero debo á un entendido hijo del país una observacion que no dudo someter al juicio del lector. Hay un punto, denominado Martianez, en donde la construccion de una muralla de 600 metros bastaria para resguardar el puerto de los vientos del O., N. O. y N., que son los de travèsia, encontrándose al abrigo de los demás vientos por la configuracion de la tierra. Esta obra tendria en su favor una grande abundancia de materiales para la escollera en sus mismos contornos, al paso que podria servirle de cimientos un bajío de cerca de 400 metros, con metro y medio de agua poco más ó menos. Este bajío es el de la playa denominada de San Telmo, el cual finaliza en donde deberia construirse dicha muralla, y tiene á su continua-

todos los pueblos de esta region y asunto digno de maduro y detenido estudio.

cion hácia las laderas de Martianez un hermoso fondeadero de arena, susceptible de ser ensanchado cuanto se quiera. Repito que no me atrevo á juzgar acerca de la obra, y que me ha comunicado esta observacion un hijo del Puerto de la Cruz.

CAPÍTULO VII.

Tenerife.

TENERIFE es una palabra del idioma que hablaban los guanches, es decir, los que habitaban las islas, cuando fuéron conquistadas por los europeos. Estos sencillos naturales, cuando desde sus montañas descubrieron el Pico, le llamaban unas veces Echeyde, que equivale á infierno, por el humo que brota la boca del cráter, otras Tener-Ife, que significa monte blanco ó nevado, por razon de la nieve que cubre su cabeza. De aquella primera palabra ha salido la voz *Teide* con que se designa al Pico, y de la segunda *Tenerife* con que se denomina la isla.

Los historiadores hacen bellas pinturas del carácter de los primeros habitantes de esta isla.

F. Pedro Bontier y Juan de Verrier, capellanes de la expedición de Bethencourt, el normando conquistador de Fuerteventura y Lanzarote, dicen de ellos: que eran hombres robustos, ágiles, aguerridos, amantes de la patria, modestos, generosos y sensibles al honor. Bencomo es un tipo magnífico que puede caracterizarlos. Su porfiada resistencia, cuando todos los menceyes de la isla se habían sometido, el valor heroico que desplegó, el amor á la patria y otros rasgos admirables, exceden los mayores encomios. La casta guanche ha desaparecido ó casi desaparecido de las Canarias; pero muchos matrimonios se celebraron entonces entre aquellos jefes, los hijos é hijas de los mismos, y los oficiales y gente principal de las expediciones que hicieron la conquista. Es creíble también que algunas otras uniones tuvieran lugar entre la gente de condición más humilde de una y otra parte, aún cuando los historiadores sólo mencionan las primeras; lo cual es tanto más probable, cuanto que se dice que era difícil encontrar personas más hermosas ni gente más gallarda, tanto en hombres como en mujeres. Hoy todavía hay en Tenerife familias que llevan apellidos de origen guanche, y yo confieso ingenuamente que llevaría con orgullo, si me

perteneciera, uno de estos apellidos. Creo más, y es que deben conservarse en esta isla algunas familias de raza guanchinesca pura, como ya he indicado atrás.

Los naturales de Tenerife, descendientes de españoles, de guanches y de algunos europeos de fuera de España, deben tener algo que se refiera á su origen, y en efecto son por lo general corpulentos y robustos. Yo he visto lo mismo en la Laguna, que en la villa de la Orotava, que en los Realejos é Icod, figuras verdaderamente atléticas; he presenciado sus luchas, especie de espectáculo muy conocido en las provincias Vascongadas, y me han admirado aquellos luchadores de inmensas fuerzas, nervudos, altos y bien formados. El carácter debe también participar algo de este mismo origen, producto del español y de los naturales del país, y resultado al mismo tiempo de las influencias exteriores, del medio en el cual han vivido y se han formado los tinerfenses; clima, suelo, cielo, alimentos, etc. Así es que son severos, honrados, pundonorosos, consecuentes y hospitalarios. Ya sabe el lector que es muy difícil acertar en estas calificaciones de carácter, y que si se toma un libro de geografía, se encontrará que los habitantes de todos

los países son iguales ó casi iguales, atendidos los epítetos con que los califica el geógrafo. Hablo en general, y apoderándome de los rasgos que me parecen más pronunciados y culminantes. Estas circunstancias unidas á las que presta la educacion, hacen que la buena sociedad de Tenerife sea agradable y digna.

La isla de Tenerife y la ciudad de San Cristóbal recuerdan con dolor la pérdida de la universidad de San Fernando, que el gobierno español convirtió en un instituto de segunda enseñanza de tercera clase. Ella murió cuando murieron las de Alcalá y algunas otras de la Península. Habia entonces la creencia de que el número de universidades era excesivo en España, y de que afluyendo los estudiantes con exceso á ciertas facultades, salian anualmente de las aulas tantos médicos y abogados, que resultaba gran desproporcion con las verdaderas necesidades del país, y para poner coto y tener á raya esta invasion, pues así puedo llamarla, se recurrió al expediente de suprimir algunas, no muchas universidades. El gobierno padecia un error; no es él quien está llamado á señalar á la juventud las vías y sendas de su porvenir, porque ni sabe hacerlo, ni tiene derecho para torcer y contrariar

las inclinaciones y deseos de los padres y de los hijos de familia, cuyo interés personal es seguramente el mejor y el más sábio consejero. O deja el Estado por entero la enseñanza en manos de los particulares, adoptando el sistema de la libertad, ó permite que la enseñanza libre viva al lado de la oficial, ó echa sobre sus hombros la carga de proporcionarla á los pueblos. No se conocen ni pueden existir más que estos tres sistemas, y si acepta el tercero, que es en efecto el que se practica en España, tiene la obligacion de dispensarla en tan ámplia, en tan vasta y dilatada escala, que todos los jóvenes encuentren en sus establecimientos medios de educacion y preparacion, para todas las carreras y destinos futuros de su vida. La razon de este deber se encierra y reasume en una proposicion sencillísima: *Puesto que no dejas hacer, haz tú*; ó enseñanza libre, ó enseñanza oficial suficiente, capaz de alcanzar á satisfacer todos los deseos y á llenar todas las aspiraciones. En una enseñanza de este género no caben ni la pobreza, ni los términos medios; cabe sí, lo indispensable y hasta el lujo.

Resulta, pues, de estas sencillísimas consideraciones, que el gobierno debe abrir todos

los medios de instruccion que las exigencias de los tiempos reclaman, y dejando así todas las puertas abiertas, respetar á los particulares la libertad de elegir. Si se equivocan, suya será la responsabilidad, y ellos las víctimas de su error, que cosa segura y averiguada es, que saben acertar mejor que nadie. Si algun establecimiento queda desierto, porque la juventud lo abandona hasta el punto de llegar á ser inútil, puede suprimirlo.

¿Se hallaba por ventura en este caso la universidad de San Fernando? Seguramente no, y los que la hayan conocido en sus primeros y en sus últimos dias, saben muy bien que la concurrencia de alumnos matriculados no habia disminuido, y antes se manifestaba en progresion creciente, y que por tanto no habia llegado á ser una institucion inútil en las islas Canarias.

Militaban además otras razones en favor de su conservacion, á saber: la situacion geográfica de estas islas y su estado de riqueza. A cerca ó á más de trescientas leguas apartadas de la universidad más cercana, comunicándose trabajosamente con la Península, las carreras seguidas allí eran costosas para las familias que en Canarias residian, y como por otra par-

te las fortunas de dichas familias, aun de las más favorecidas, no pasaban de ser medianías á lo más, porque la riqueza no se habia desarrollado lo bastante, y hoy mismo está al principio de su desarrollo, la supresion de la universidad equivalia á dejarlas desamparadas de medios de instruccion. La experiencia ha confirmado esta verdad. ¿Qué número, sino, de jóvenes de aquella provincia, frecuenta los establecimientos de enseñanza de la Península? ¿Es este número proporcionado al de los habitantes de las islas y al contingente que corresponde á las provincias de su clase? Que se haga el cálculo, y que se compare y respondo de mi afirmacion.

No sé qué vanos temores inspiraban entonces los abogados. Se les suponía instigadores, fomentadores de los pleitos, enemigos de la paz y del buen orden de las familias y de la sociedad, y se incurria tambien en otro craso error. En donde hay pleitos no faltarán nunca abogados que los defiendan, y en donde los pleitos escasean, lo cual es un gran bien, si los abogados sobran, no los harán estos existir. La abogacía es como cualquier industria que está sujeta á las condiciones y necesidades del país en donde se establece. Y así se ha verifi-

cado en efecto, pues del crecido número de jóvenes que sale de las universidades, la parte mínima tan sólo es la absorbida por las exigencias del foro, y la mayoría, la gran mayoría va al periodismo, va á la carrera de escritores públicos, va á la administracion, va á otras mil aplicaciones ó va al cuidado de sus propios negocios y caudales. Porque, no hay que dudarlo, el equilibrio de la produccion y del consumo no se rompe, cuando se dejan libres y desembarazadas las vías de aplicacion de la actividad humana. Quitadas ó destruidas las trabas que aún embarazan la libre iniciativa de los particulares, cada profesion tendrá, ni más ni menos, el número de personas que sus exigencias reclamen.

Estoy muy léjos de dar la preferencia á ciertas carreras, ni de decir nada en su favor. La industria ha llegado á ser en nuestros dias una gran ciencia, y tanto que para ser buen fabricante, minero, comerciante ó agricultor, son necesarios tantos y quizá más vastos conocimientos que para ser buen abogado ó médico. La industria vive y se nutre en las ideas y en las ciencias; ellas constituyen la atmósfera en que se desarrolla, y cuando estas faltan, la industria muere por carencia de alimen-

to, porque las ideas y las ciencias son la gran palanca con que se remueve el mundo, y la sávia saludable que vivifica la civilizacion de las naciones. No defiendo ni prefiero ninguna carrera aquí, lo que hago es reclamar carta de naturaleza para todas.

El lector dirá que en vez de satisfacer y entretener su curiosidad, me entretengo en explicarle teorías : quizá tenga razon, y por si la tiene, vuelvo á mi tarea de narrador.

La supresion causó grave daño á Tenerife y á las Canarias, pero lo causó más inmediatamente á la Laguna, porque la residencia de la universidad en San Cristóbal era para esta ciudad un gran bien. La juventud más distinguida de la provincia daba animacion á sus calles y plazas, y embellecia y poblaba sus reuniones y sociedades particulares; al mismo tiempo que proporcionaba ocupacion á ciertas industrias. Perdiéndola, perdia estas ventajas y con ellas la gloria y el orgullo de poseer una institucion de esta clase.

Es más; parece que en el reloj de los tiempos habia sonado la hora de la desgracia para San Cristóbal: tan propicia como hasta entonces se habia mostrado con ella la fortuna, tan adversa comenzó á manifestarse despues. A la

supresion de su universidad, siguió la de su catedral, á la cual los laguneros daban grande importancia, porque contribuia al lustre de su ciudad, habiendo quedado por el último Concordato convertida en colegiata. Desde entonces, y como se habia verificado hasta principios de este siglo, en Canarias no hay más que un solo obispo, que reside en la ciudad de las Palmas, y el ministerio pastoral está insuficientemente desempeñado, no en verdad por culpa del pastor, y sí por dificultades materiales. Toda vez que las islas son siete y que para comunicarse entre sí, no poseen otros medios de navegacion que el de los buques de vela, la administracion eclesiástica se resiente de retardos, y no puede acudir con tiempo y oportunidad á las atenciones del culto; las parroquias, las fábricas, los distritos rurales, encuéntranse abandonados á sí mismos; las dispensas matrimoniales se obtienen con trabajo, y el culto apenas llega á sentir en muchas localidades la influencia del diocesano. En una nacion católica esto es un grave mal, porque si el culto es algo ó es mucho, es preciso que sea una verdad, y que los ministros que lo desempeñan llenen sus sagrados deberes. No acuso ni critico á nadie, pues hablo

en términos generales. Y para que se comprenda hasta qué punto es necesaria la residencia de un obispo en Tenerife, y cuánto han debido sentir, la Laguna en particular y las islas en general, la supresion de su obispado, me bastará decir, que hasta el último verano de 1861 no se habia verificado en algunas islas la visita pastoral, desde cuarenta años atrás.

Para mí la mala fortuna de San Cristóbal tiene una explicacion satisfactoria. Ella tuvo la suerte de que uno de sus hijos más patriotas, el Sr. D. Cristóbal Bencomo, alcanzara gran valía é influjo en la córte, en su calidad de confesor del rey; debióle á él la universidad y la catedral, pero habiendo muerto hace algunos años el Sr. Bencomo, estas instituciones han desaparecido por falta de un robusto apoyo que las sustentara. En el mundo todo necesita alguna base, y cuando esta falta, viénense á tierra aún las cosas más útiles y santas, como se derrumban los mejores edificios, cuando llegan á faltarles los cimientos en que se sustentaban.

Segun los datos de más crédito tiene Tenerife unas 75 leguas superficiales: contando desde las puntas opuestas de la isla, conocidas

con los nombres de *Anaga* y de *Teno*, 16 leguas, y 15 desde esta á la de *Abona*, que es su mayor anchura. El camino ó itinerario por donde he conducido al viajero, desde Santa Cruz hasta el puerto de la Orotava, la una en la parte oriental y la otra en la occidental, es con poca diferencia de ocho leguas; pero este camino no corta á la isla por la mitad, sino en una línea próxima á un arco de su circunferencia. Las costas son altas y cortadas á plomo en lo general, y la superficie de la isla accidentada, formando alternativa las llanuras y los valles con las sierras, montañas, barrancos y volcanes.

La poblacion de Tenerife asciende á 91.563 almas, distribuidas en dos ciudades, tres villas y varios pueblos y caseríos. La rareza y sonoridad de sus nombres, los más de origen guanche, me inducen á estamparlos aquí.

Adeje, Arafo, Arico, Arona, Garachico, Granadilla, Guia, Guimar, Icod, Laguna (San Cristóbal de la), Orotava, Puerto de la Cruz, Realejo alto, Realejo bajo, Santiago y Tacoronte.

Santa Cruz, San Cristóbal, la Orotava, el Puerto de la Cruz, Icod y Garachico, son las principales poblaciones, en donde está la mayor riqueza, la mayor fertilidad, y tambien los

objetos que más pueden interesar la curiosidad del viajero. Muchas de las demás poseen hermosas y fértiles campiñas y tienen situaciones pintorescas ; pero sería ya prolijo entrar en más pormenores.

Es de todas las islas Canarias la más conocida, contribuyendo á este resultado la circunstancia de estar en Tenerife la capital de la provincia, el ser Santa Cruz el puerto del archipiélago que tiene más vastas relaciones comerciales, y la productividad de su suelo que alimenta y da vida á su comercio.

CAPÍTULO VIII.

—

Santa Cruz de la Palma.

YA damos nuestra despedida á Tenerife. La mar está tranquila y bonancible, y la brisa fresca reina en estos momentos. El barco está en franquía y el viento hinche sus velas. Adios la Orótava, el Puerto, el Valle que ha sido nuestro encanto; adios. Nuestro buque es velero, y corta las aguas como el águila los aires, y salta, y se columpia y balancea. No importa. Mañana al amanecer saludaremos á la isla de la *Palma* que nos aguarda. Ánimo, pues, viajero, que la segunda jornada no será inferior á la primera.

Si el lector no ha hecho nunca esta travesía, ó no ha viajado en los buques de vela de este país, no habrá podido notar una circuns-

tancia sobre la cual voy á llamar su atencion. Quizá no tenga para él gran valor, quizá pueda tenerlo; para mí puedo asegurarle que lo tiene. Allá cuando la noche va un poco adelantada, y los pasajeros duermen ó callan, y los marineros duermen tambien, reina á bordo un silencio profundo, y entonces si el viajero está despierto, preste atencion y escuche. *El timonel canta*, el marinero que dirige el barco desde popa, puesta la mano encima del timon, y conduciendo el buque, como pudiera el jinete conducir con las bridas su caballo, entona su cantinela para matar las horas de la noche y distraer el sueño. ¿Qué barquerola es comparable al canto del timonel? ¿Sabes qué arpa, ó qué orquesta le sirve de acompañamiento? La brisa y el mar. Escucha, escucha que el momento ha llegado, y su voz ronca, pero expresiva, comienza á penetrar en nuestras literas.

Cuentan las gentes mayores (1),
de dos amantes la historia:
el Señor los tenga en gloria,
pues fuéron navegadores.

En una noche de luna,
estando la mar serena

(1) Redondillas que se refieren á una leyenda del país.

y sentados en la arena,
quisieron probar fortuna.

Y habiendo llegado á entrar
los dos en una barquilla
varada junto á la orilla,
comenzaron á remar.

Paso á paso se alejaron
de la tierra los amantes,
y al poco tiempo bogantes
en alta mar se encontraron.

Y estaba clara la luna
y siguió la mar serena:
boga, boga, mi morena,
vamos á probar fortuna.

Esto dijo él, pero ella
miraba con grande anhelo,
vuelos los ojos al cielo,
una reluciente estrella.

— Amor mio, soy dichosa
por hallarme junto á ti,
dijo al fin; ¡pero ay de mí!
temo á la mar procelosa.

Ya la tierra hemos perdido,
no sabemos retornar,
metidos aquí en la mar,
que es el mundo del olvido.

— No te aflijas, alma mia,
él contestó, y la miraba,
y en sus ojos se fijaba
con grandísima alegría.

Y cansados de remar,
él se sentó junto á ella,

y como la encontró bella,
pusiéronse á platicar.

Era imposible volver
al punto de la partida,
en gran peligro la vida:
¡cuánto cuesta el bien querer!

De entre las aguas salió
el sol, y siguió subiendo,
y continuó descendiendo
hasta que al fin se ocultó.

Mas siguió la mar serena,
y tornó á salir la luna:
vamos á probar fortuna,
boga, boga, mi morena.

No teniendo qué comer,
hambrientos y cansaditos
estaban los pobrecitos;
¡cuánto cuesta el bien querer!

Y sin esperanza alguna,
remando con gran trabajo,
vieron que del mar debajo
iba á ponerse la luna.

Sagrada Virgen Maria,
concédeles tus favores,
que son dos navegadores:
ya se va aclarando el dia.

Miraron alrededor
y cerca en la mar galana,
se elevaba muy ufana
una tierra de primor.

¡Boga, boga, suerte buena!
Vamos probando fortuna,

los dos dijeron á una,
y estaba la mar serena.

Y continuando la calma,
se acercaron á la orilla
y entraron, ¡oh maravilla!
en la isla de la Palma.

Así cuentan los mayores
que se descubrió esta tierra,
no por ardides de guerra,
sí por locura de amores.

Camina buque velero,
corta, corta el mar de prisa:
viento en popa y fresca brisa,
soy, señores, marinero.

Y cuando amanezca el día
y esclarezca con su luz
la ciudad de Santa Cruz,
veré yo á la prenda mía.

Es imposible pintar el efecto que hace á estas horas y en estas circunstancias el canto del marinero, ni nadie pudiera sospechar que un hombre cuya piel está curtida por el aire y el sol, y cuya vida se pasa léjos de todo trato social, y aún pudiera decir, de todo trato humano, fuese capaz de interesar de esta manera el corazón. Cada hombre tiene su teatro en la vida: el del marinero es este, y en él nos parece admirable, y cuando ruge la tempestad y cae el rayo y la furia de los vientos y de las

olas quiere tragarse la embarcacion, el marino es verdaderamente un héroe.

Pero la claridad del dia penetra ya por el estrecho y reducido recinto en donde estamos; suba el viajero conmigo encima de cubierta, y podremos contemplar la Palma, que vamos costeano desde el Norte al Sur.

¡Qué aspecto tan pintoresco! La isla aparece toda erizada de montañas y cubierta de arbolado, y como la primera luz de la mañana tiene algo que despierta sensaciones alegres, la Palma, á manera de una joya preciosa suspendida en medio del Atlántico, nos ofrece una vista risueña y embelesadora. Caminamos muy cerca de la costa, porque el barco se ciñe á la tierra, y divisamos de trecho en trecho algunos caseríos en medio de un terreno en extremo accidentado, viniendo á dar la última mano al paisaje los primeros rayos del sol que lo bañan desde el momento de nacer, pues que entramos en la Palma por la parte oriental. Despues del insomnio y melancólicas impresiones de la pasada noche, preciso es confesar que el alegre y risueño amanecer de este dia produce un efecto y contraste admirables, y á no ser porque en todo viajero es natural el deseo de llegar pronto á tierra,

casi casi quisiéramos que se prolongase la travesía ó el costeo de la isla por unas cuantas horas más. Todos los pasajeros que nos acompañan han despertado y subido sobre la cubierta, atraídos por el mágico acento de las palabras: *Tierra, tierra*, y sus miradas se dirigen del lado de la isla, señalando con el dedo los caseríos y hasta las posesiones de los particulares. La ciudad de *Santa Cruz* no está léjos, pues que comenzamos ya á distinguirla.

Hémos ya en la bahía. Delante tenemos la capital de la isla, que podemos contemplar á nuestro placer. Dícese en Canarias que esta poblacion, mirada desde la mar, tiene la figura de un *nacimiento*, es decir, de los nacimientos con que en los países católicos representamos el lugar y las circunstancias que acompañaron á la venida al mundo de Jesus, y en efecto aciertan los que así se expresan, porque su situacion especial le da este aspecto. No es la vista de un objeto sublime lo que tenemos delante; es sí un cuadro animado, alegre y expresivo.

Saltemos á tierra, puesto que tenemos impaciencia de saltar, y notemos por de pronto que en el muelle se rebulle y agita una multitud de curiosos que nos mira, pregunta nues-

tros nombres y se acerca á nosotros. Las personas que nos conocen llegan presurosas á abrazarnos y saludarnos, y algunas, las más amigas, nos acompañan á la fonda, que no está muy léjos del muelle.

El viajero querrá, como en Santa Cruz de Tenerife, proporcionarse algun descanso y alimento con que dar calor al estómago debilitado por la mala noche. Entre tanto le haré tambien esta vez compañía en la mesa y le contaré lo que sepa.

Como hemos podido notar, le diré, desde la bahía, esta ciudad está situada en anfiteatro, lo cual le da bellísimo aspecto, cuando se la mira desde afuera. Tiene una gran calle que corre paralela con la orilla del mar; calle hermosísima, por su longitud que es grande, por la belleza de sus edificios, todos de dos pisos, por su pavimento y sus cómodas aceras y por su trazado. Aquí está el comercio de la ciudad reunido, exceptuando algunas tiendas de comestibles esparcidas por la poblacion. Durante el dia, se la ve poblada y animada con la concurrencia de la gente del interior de la isla que baja á Santa Cruz á hacer sus compras, y por muchos campesinos y campesinas que llegan cargados de frutas ó verdura, contribuyendo á

aumentar la animacion el transporte de frutos y cargas que llegan á los almacenes para ser exportados : durante la noche sus tiendas, lujosamente dispuestas y bien alumbradas, entretienen las miradas de los transeuntes, y hacen de ella un agradable paseo. Es esta la hora en que salen las señoras á pasear, ó á hacer sus compras, lo cual contribuye á que tenga más realce y vida. No conozco en las poblaciones que he visto en Canarias, otra calle que pueda compararse á la Real de Santa Cruz de la Palma.

Las demás son muy pendientes con raras excepciones, y ofrecen cierto desórden caprichoso en el trazado. Hay en el recinto de la ciudad algunos puntos importantes por la posicion que ocupan, entre los cuales puedo citar á San Telmo y San Sebastian, desde donde se domina el mar y el todo ó parte de la poblacion ; siendo digno de notar que entre esta caprichosa distribucion y direccion de calles, se encuentran jardines y huertas, cuyas flores y árboles amenizan y embellecen el cuadro.

Al contemplar la ciudad, el viajero recuerda á Gibraltar, que tiene tambien su gran calle, su trazado pendiente y en anfiteatro, sus alturas y caserío en desórden. El parecido de estas

dos ciudades no puede ser mayor, pero hay también entre ellas sus diferencias. Gibraltar, situada entre las corrientes del Estrecho, presencia constantemente mil tempestades y mil desgracias marítimas; Santa Cruz de la Palma en un mar más bonancible, presencia tan sólo algunas en períodos muy apartados. Gibraltar, á la entrada del mar Mediterráneo, es constantemente visitada por buques de todos los países, y mantiene relaciones de comercio que le dan gran riqueza é importancia, si bien este comercio está hoy en decadencia; Santa Cruz de la Palma, en paraje menos concurrido, no recibe tantos y tan diversos huéspedes, ni lleva á el mismo grado sus relaciones mercantiles, aunque tiene algunas de importancia. Gibraltar es término y extremidad del gran Continente europeo, término y límite entre dos civilizaciones, la una grande del lado acá del Estrecho, la otra pobre, casi salvaje, del opuesto lado africano; Santa Cruz es sólo capital de una isla de reducido territorio, y una parte aunque no despreciable del archipiélago canariense. Gibraltar es española de origen, é inglesa de actualidad; Santa Cruz ha sido, es y desea ser siempre española. Gibraltar está al pié de un desnudo, árido, quemado y levanta-

do peñon ; la ciudad de Santa Cruz está en las playas de una hermosa isla , y coronada por una dilatada y extendida sierra , cubierta de espeso monte. En Gibraltar, el viajero encuentra por todas partes objetos que despiertan en su espíritu la idea mercantil ; en Santa Cruz todo lo que ve le despierta ideas risueñas, alegres y simpáticas. Tales son las semejanzas y tales las diferencias.

El viajero á quien hago esta relacion , visitará con más placer esta ciudad que aquella, no sólo porque encontrará aquí más recreo en que alimentar sus sentidos y entretener su curiosidad , sino tambien porque tendrá ocasion de conocer cosas más nuevas y dignas de estudio. No estoy seguro de que tengamos el mismo gusto, pero le digo con franqueza el mio.

Los edificios de Santa Cruz son elegantes en su mayor parte, y muchos de ellos disfrutan de grandes dimensiones y comodidades. Puedo citar la iglesia parroquial, á la cual se sube por una gradería de muchos peldaños, de buena construccion y de excelente ornato, y las casas Consistoriales. La plaza de Santo Domingo, donde está el convento de este nombre, hoy en mal estado, y la de las Monjas claras,

son sitios que deben visitarse, así como San Sebastian y Santelmo, de que he hablado antes, la playa y algunas huertas situadas del otro lado del barranco de las Nieves. Se pasan ratos de solaz en algunas de las huertas y jardines, sembrados en medio del caserío, tanto porque la vegetacion es magnífica, ofreciendo árboles y plantas un verdor y lozanía admirables, como porque su feliz y elevada situacion proporciona vistas muy agradables. Yo he pasado en uno de estos jardines momentos deliciosos, colocado á una gran altura, dominando una parte de la poblacion y teniendo delante y muy cerca de mí el muelle, la bahía y la mar.

Por el lado derecho de la poblacion, mirando hácia el mar, ó lo que es lo mismo, en la extremidad opuesta al barranco de las Nieves, se extiende la playa de Bajamar, la cual es de reducida anchura, pues comienza, á poca distancia de las olas, á elevarse la costa ágría y escarpada. Y caminando un poco más léjos, se encuentran algunas huertas y posesiones de particulares, que merecen ser visitadas, pues en medio de la aridez de la costa, hácia aquella extremidad, hacen el efecto de pequeños oasis. La mayor parte de estas huertas han sido recientemente hechas, limpiando el terreno de

las sustancias volcánicas que lo cubrían, y á virtud de grandes sorribas y trabajos; pero la tierra limpia que ha quedado, es de extraordinaria fecundidad y objeto de un esmerado cultivo. Algunas casitas, no suntuosas, pero sí con gusto fabricadas, se ven esparcidas por aquellas cercanías. Por manera, que esta ciudad de Santa Cruz, á la orilla de la mar, levantándose en anfiteatro, coronada por altas sierras cubiertas de verdura, costeadá ó flanqueada á derecha é izquierda por variados accidentes, y engalanada ó como salpicada en el interior de su propio recinto, por huertos y jardines bellamente situados, es de lo más pintoresco y recreativo que imaginarse puede. La he comparado ya con Gibraltar, y en este instante se presenta á mi memoria el recuerdo de una ciudad que he visitado y con la cual guarda también semejanza: hablo de la ciudad de Lozanne, en el canton suizo de Vaud, situada, no á los bordes de la mar, pero sí en las márgenes del lago Lemán ó de Ginebra; ciudad cuyas pendientes calles, numerosos jardines, y ostentoso arbolado, que se destaca delante de sus grandes hoteles y casas de particulares, me hicieron impensadamente recordar á Santa Cruz de la Palma.

Sin medios de instruccion, pues en la Palma es preciso irlos á buscar fuera, sea en Tenerife ó sea en la Península, esta ciudad y esta isla han sido cuna de ilustres personajes. Puedo citar, entre otros, los nombres siguientes : D. Antonio José Alvarez Abreu, marqués de la Regalía y decano del Consejo Supremo de Indias, autor de una célebre Memoria sobre regalías de la corona, y de varias obras de jurisprudencia y diplomacia. D. Domingo Alvarez de Abreu, arzobispo de Santo Domingo, autor de varios sermones y personaje venerado y distinguido en las Américas. D. José Fernandez Romero, célebre náutico y fundador de la ciudad de Montevideo. D. Cristóbal del Hoyo Solórzano, marqués de la villa de San Andrés y vizconde del Buen Paso, cuya historia es una continuada novela, y cuyos escritos rebosan poesía y sarcasmo. D. Francisco Diaz Pimienta, almirante de la real armada de las Indias, de quien descienden en España los marqueses de Villa Real.

Aquí se han cultivado siempre con provecho los estudios de la clásica latinidad. Los teólogos palmeros eran celebrados en la época de los conventos, y yo mismo he conocido, siendo aún niño, á uno (Fr. Francisco del Castillo)

reputado como el primero en toda la provincia. De los abogados que se formaron en la universidad de San Fernando, figuran los palmeros entre los más distinguidos, y pudiera citar sus nombres, si no fuese porque viven aún, y quiero evitar la calificación de parcial y otras que pudiera atribuirme algun mal intencionado. Citaré, y lo citaré porque ha muerto hace poco tiempo, á D. Silvestre Batista, diputado por la Palma en las Córtes Constituyentes de 1854; abogado de gran reputacion y talento, carácter conciliador, y uno de los palmeros más amantes del bien y de la gloria de su país. Es observacion tambien digna de ser aducida, que en la época de la universidad era la Palma la que, relativamente al número de habitantes, enviaba más alumnos á aquel establecimiento. No debo decir si en su aprovechamiento y capacidad se mostraron ó no superiores á los demás, porque no quiero hacer comparaciones entre jóvenes que todos se portaron admirablemente; diré sólo que los palmeros fuéron siempre muy reputados y queridos.

El viajero habrá notado la concurrencia del muelle al saltar en tierra, la inquieta curiosidad que su presencia despertaba en las personas allí congregadas, las preguntas que nos

dirigian y los medios que empleaban para inquirir noticias de la Península y de la isla de Tenerife. No lo extrañe; es un carácter impresionable el de los palmeros. Cuando un buque se comienza á descubrir en el horizonte, mil anteojos de larga vista lo observan desde las azoteas, miradores y balcones de las casas, y si es del país es inmediatamente reconocido. Si este buque es correo que trae la correspondencia, buque extranjero ó buque de la Habana, apenas habrá fondeado en la bahía, cuando el muelle se verá cubierto de curiosos. El abogado habrá dejado su despacho, el comerciante su tienda ó su almacén á cargo de sus dependientes, el fabricante por un momento sus telares, el carpintero y el zapatero su cepillo y sus hormas, para salir al encuentro de los pasajeros, y averiguar desde el primer momento qué ha pasado fuera de la isla. Una vez sabidas ó conocidas las noticias, circulan estas instantáneamente en toda la población.

He oído alguna vez criticar este espíritu y esta pasión por la novedad en los hijos de la Palma, y siempre me ha parecido injusta la crítica; tanto más injusta, cuanto que lo que se les echa en cara como defecto, es por la

inversa una honrosa y alta cualidad. Me explicaré. Ser amante de la novedad, poseer el espíritu de novedad, no puede significar más que no ser indiferente á los acontecimientos que se suceden en la vida como el oleaje en la mar; no puede significar sino que se obedece á la ley de la renovacion en la naturaleza humana, ley que imperiosamente exige que para alimentar la vida se reciban constantemente nuevas ideas y nuevos sentimientos, que la vida del espíritu y la del corazon tengan su alimento cotidiano, como lo tiene la del cuerpo. En este sentido, ser amante de la novedad, es interesarse en la suerte de los pueblos y de los individuos, es llevar aspiraciones nobles en el alma, es mirar léjos, satisfacer las tendencias de la naturaleza, es, en una palabra, vivir como viven los séres racionales. Un pueblo no puede ser indiferente á la próspera ó á la adversa fortuna de los demás, no sólo porque estas vicisitudes de la suerte pueden influir sobre la suya propia, sino tambien porque reconoce en ellos á otros tantos miembros de una misma familia. Pobre idea, rebajado concepto inspira el pueblo que se deja dominar por el frio indiferentismo : ese pueblo es un pueblo indigno, que no merece figurar

al lado de los demás pueblos sus hermanos.

A esta explicacion lógica, agréganse otras consideraciones nacidas de la situacion especial de los naturales de la Palma. Las comunicaciones con Europa y América no son en Canarias de todos los dias, como dije al hablar de Santa Cruz de Tenerife, y en la Palma son aún menos frecuentes, pues recibe esta isla su correspondencia y sus noticias por el intermedio de la capital de la provincia. Así es que rodeados por la mar, obligados por algunos dias, á veces muchos, á no mirar más que el recinto de su pequeña isla, á no emplear el pensamiento más que en las ocupaciones de su profesion, á moverse, en suma, dentro de un estrecho y reducido teatro, la curiosidad de estos isleños no se puede encontrar satisfecha: crece por instantes; un barco aparece á lo léjos, y este barco de Europa, de América, de Tenerife ó de otra procedencia, abre por momentos las puertas de un vasto horizonte. La curiosidad inquieta quiere satisfacerse, y el isleño sale á la calle, va al muelle, examina los pasajeros, pregunta, inquiere, averigua las noticias, las comunica á sus amigos, se anima y revive. Al poco tiempo vuelve al seno de sus ordinarias tareas: conoce ya la suerte de sus hermanos de

España ó de sus hermanos de América. Un nuevo período comienza á transcurrir, y se reproduce el mismo fenómeno. ¿Qué hay en todo esto que no sea natural, y digno de alabanza? Los que tildais de *noveleros* á estos habitantes en sentido de cierta ligereza de carácter, ¿teneis algo que objetar á la explicacion que acabo de daros?

Dicese que los hijos de esta ciudad, y en general de toda la isla, tienen ingenio y son dados á la industria, lo cual es opinion corriente en las Canarias. En cuanto al ingenio, se ha manifestado siempre de varias maneras. La isla no posee otros medios de instruccion que las escuelas primarias, y es necesario ir fuera para proporcionarse otros, y sin embargo nunca faltan aquí poetas, con gran imaginacion, con gran facilidad para versificar, con inventiva rica y creadora, aún entre aquellos que no han seguido carrera literaria. Entre los que han alcanzado educacion literaria ó científica, pudiera citar muchos nombres de personas y muchas notables producciones, desconocidas é ignoradas porque no ven la luz en la prensa. En cuanto á las otras bellas artes, los palmeros han dado tambien claras muestras de su aptitud, y yo debo mencionar el nombre

de un venerable sacerdote, que cuenta hoy una avanzada edad, que vive en la capital de la Palma querido y respetado, porque es en efecto una celebridad que la isla puede presentar con orgullo; orador sagrado de primer orden, poeta distinguido, pintor y genio artista en todo el rigor de la palabra. Este digno sacerdote es el beneficiado Diaz (1), perseguido en su juventud por sus opiniones liberales. Todos los grandes sentimientos, lo mismo que las grandes ideas, tienen cierto vínculo de parentesco; y siendo esto verdad, ¿puede el sentimiento de las bellas artes dejar de hermanarse con el sentimiento de la libertad, ni podría el Sr. Diaz, siendo consumado artista, dejar de ser apasionado liberal?

En cuanto á ser dados á la industria ó poseer la aptitud industrial, básteme decir que la ciudad de Santa Cruz se dedica desde muy antiguo á la fabricacion de la seda, que sus sederías han sido y son muy estimadas en las islas Canarias, que la mayor parte de los buques que se destinan á la carrera de América, y la mayor parte asimismo de los que hacen el

(1) Menciono á este caballero, á pesar de vivir aún, porque no creo herir con esto ninguna susceptibilidad.

comercio de cabotaje en el archipiélago, se construyen aquí; que sus constructores gozan la reputacion de buenos y de hábiles, y que su marina mercante es muy estimada y celebrada.

Dadas estas noticias por vía de entretenimiento, en tanto que el viajero ha almorzado, quiero conducirlo á las tiendas de comercio, presentarlo á las principales familias de la poblacion, hacerle conocer el trato de estos habitantes y llevarlo á los sitios que le he recomendado.

Una circunstancia debe llamarle esta vez tambien la atencion: en todas partes se le hacen cordiales ofrecimientos, todas las puertas están abiertas para él. A los pocos dias de residir aquí ya contará muchos amigos que le ofrecerán su mesa, lo llevarán á sus casas de campo, y le harán regalos de frutos del país: señales inequívocas de cordialísimo afecto advertirá en todas partes. Es que los palmeros son hospitalarios; es que su hospitalidad es tal, que raya á veces en la exageracion. Yo la aplaudo, el viajero la aplaudirá tambien, como que siente sus buenos efectos, y es otro de los rasgos característicos de la fisonomía de esta poblacion. El trato de sus habitantes

le parecerá agradable, menos severo que el de Tenerife, pero más expansivo; su instrucción superior á lo que quizá esperaba.

Por la noche quiero proporcionarle un rato de agradable entretenimiento. Casi por la mitad de la poblacion atraviesa un barranco y sobre él hay tres ó cuatro puentes. El principal, el de mejor construccion, es el que corresponde á la calle *Real*, la gran calle de que le he hablado. A la caida de la tarde y á las primeras horas de la noche, este es el punto de reunion de una parte de las personas principales de la ciudad. (Despues diré por qué es sólo de una parte.) Es al puente á donde conduzco al viajero.

La conversacion es variada. El marino, el capitan de buque ó el piloto habla de sus viajes, refiere con viveza los peligros que ha corrido, sus grandes riesgos en el mar; describe admirablemente una tempestad, pinta las costumbres, el traje y demás circunstancias de los países que ha visitado, refiere en su animado estilo curiosas anécdotas. El comerciante compara los géneros franceses con los ingleses, recuerda alguna de sus escursiones por Lóndres ó Marsella, habla del adelanto de la isla, de la creciente salida de las mercancías,

compara los tiempos actuales con los tiempos pasados. El propietario se lamenta de la mala cosecha de la cochinilla, de la baja de los precios, de esperanzas en el cultivo del tabaco y de otras cosas del mismo género. Entran luego, ó se interpolan entre estos distintos asuntos, los sucesos del dia, con gracia expuestos, con intencion comentados; el matrimonio del uno, los amores del otro, el incendio de un monte, la traida de unas aguas, una sesion del ayuntamiento, etc. Háblase asimismo de la Habana y de Cuba, como que en pocos puntos de Canarias se las conoce tanto como en la Palma. Nosotros, es decir, el viajero y yo, somos interrogados, y hay algo de la córte, algo de España, del extranjero, de política, de periódicos, de novelas, de literatura; asuntos en los cuales toman todos parte. Al cabo de dos ó tres horas habrémos dado la vuelta al mundo, si así puedo explicarme, y nos retiraremos satisfechos de la variedad de conversaciones, no menos que de la animacion, gracia y chistosa oportunidad que ha reinado en el puente. El viajero puede ir desde aquí, si gusta, á hacer compañía á alguna familia con quien haya hecho amistad, y estoy seguro que llevará en la memoria *el Puente de la calle Real*.

He dicho que una parte tan sólo de la gente principal de la ciudad de Santa Cruz se reúne en el puente, porque el resto acostumbra congregarse al pié de la torre de la iglesia mayor, en aquella gradería de que hice mencion al hablar de dicha iglesia. Es muy probable que el viajero quiera concurrir tambien á este sitio, en donde no dudo se departirá agradablemente; pero yo no tengo bastante confianza para conducirlo y presentarlo allí, y quizá, quizá no se me perdonaria este atrevimiento. Sea como quiera, es lo cierto que hay estos dos puntos de reunion, que las personas que frecuentan el uno no son las mismas que frecuentan el otro, y que la distancia de ochenta ó cien pasos que separará á los dos sitios mencionados, representa un abismo para aquellos naturales. Y hé aquí la parte sombría del cuadro que vengo bosquejando, lo que yo deploro amargamente, y lo que no podrá mirar con indiferencia é impassibilidad nadie que se interese por la suerte de la isla de la Palma.

La ciudad y la isla están divididas en dos partidos; el uno, que ha sido siempre el más avanzado en opiniones políticas, lleva el nombre, y no sé por qué, de partido de los *carboneros*, y el otro, más adherido á las ideas con-

servadoras y absolutistas, tiene la denominación de partido de los *cangrejos*. Por una de esas evoluciones que no se explican, algunos de los que en otro tiempo eran conocidos por sus ideas liberales, figuran hoy al lado de los segundos, como algunos de estos en otra época, militan en las filas de los primeros. Los dos partidos mantienen una hostilidad abierta y sin treguas, porque la lucha y la enemistad, recrudescidas en los días de elecciones de ayuntamiento y de diputados á Córtes, no desaparecen cuando estas han terminado, y continúa despues filtrándose hasta en las relaciones de la vida. Han ocurrido varias veces tristes escenas, y se han ocasionado daños y perjuicios irreparables.

No seré yo quizá el juez más competente para decidir entre las diferencias de los unos y de los otros, porque me unen con una de estas fracciones lazos de amistad y de agradecimiento; lazos que podrian tomarse como fundamento para calificar de parciales mis juicios. Lo que no puedo ni debo ocultar, es que prefiero siempre las opiniones más liberales, y á los hombres que las profesan, y que con ellos están naturalmente mis simpatías. Pero alejado del teatro de la lucha, y despojándome

además cuanto puedo de mis afecciones personales, me es imposible dejar de lamentar la crudeza de esta lucha y de considerarla como una gran desgracia en el seno de una isla de tan corta extensión, cuyos habitantes serian más felices, si vivieran en la santa paz de la familia.

Bien se me alcanza que los hombres no pueden fundir su pensamiento en el mismo crisol, que no les es dado dejar de ver las cosas de distinta manera, que mientras que los unos creen que la verdad y la justicia están en A, los otros por la inversa piensan que sólo están en B, que es imposible, en una palabra, que no haya diversas opiniones políticas; pero al mismo tiempo comprendo, que las relaciones de la vida social no se encierran únicamente en las relaciones políticas, y que los mismos individuos que están apartados y divorciados en este terreno, pueden estar acordes y unidos en los demás. Trabájese en buen hora por vencer al adversario en la urna electoral; empleense todos los medios legítimos que puedan conducir al triunfo; lúchese con *lealtad* y con ardimiento en todo lo que á estos asuntos concierne; pero no se lleve la animosidad á las relaciones de familia á familia, de comercian-

te á comerciante, de propietario á propietario y de hombre á hombre : no se mantenga esta animosidad constantemente viva y palpitante, haciéndola origen de desavenencias y de desgracias sin cuento. Los hombres políticos sostienen con obstinacion y porfía sus opiniones en las grandes capitales, y sin embargo tratan con sus adversarios en otros asuntos y negocios, y muchas veces hasta los aprecian y les tienden la mano de amigos. Una conducta semejante es la que debieran seguir los hijos de la Palma : renunciar á sus opiniones políticas, no, prescindir de sus simpatías y afecciones personales, tampoco, dejar de aspirar al triunfo en la urna electoral, mucho menos, porque los pueblos sin opiniones y sin vida política son pueblos muertos ; pero una vez satisfechas estas aspiraciones y llenada la medida de estas necesidades, conviene no envenenar lo demás, á fin de no hacerse desgraciados los individuos que pertenecen á distintos partidos.

CAPÍTULO IX.

Los Llanos.

COMPRENDO que el viajero desee permanecer muchos dias en la ciudad de Santa Cruz, toda vez que esta residencia sea en extremo agradable. Lo alegre de la poblacion, el trato de sus habitantes, la benignidad de su clima, la buena calidad de sus alimentos, con otras cosas que seria prolijo enumerar, lo tendrán probablemente atado y como adherido á Santa Cruz; mas es necesario que me acompañe y salgamos de aquí, porque debemos dar un paseo por la isla, en donde hemos de encontrar cosas y objetos que cautivarán su atencion.

Para seguir el itinerario no tenemos más que un medio, *caballerias*. Debemos, pues, montar á caballo, y partir. Nuestros amigos nos pro-

porcionan mulos ó caballos, y aún podemos, si queremos, alquilarlos; pero preferirémos aceptar los que nos ofrecen, para corresponder á su ofrecimiento, y porque en realidad son más seguras estas caballerías.

Vamos á hacer una cabalgata difícil por lo escabroso y malo del camino, y por la alta Cumbre que tenemos que vencer; pero tendrémos una generosa compensacion en lo ameno, alegre, variado y pintoresco de la cabalgata. No seguiremos una carretera, como la que conduce desde San Cristóbal á la villa de la Orotava en Tenerife, y sí por el contrario un terreno constantemente accidentado; pero encontraremos lo que quizá no pueda encontrarse en Europa, en orden á naturaleza bella, variada y caprichosa. Es un género enteramente distinto del que hemos visto en Tenerife, y hasta tal punto lo es, que yo no sé qué apreciar más, si el itinerario desde San Cristóbal al Puerto de la Orotava, ó el que hoy vamos á hacer desde la ciudad de Santa Cruz á los Llanos.

Más de un cuarto de hora se necesita para subir y vencer las pendientes de la ciudad. Ya fuera de ella, en el sitio denominado la *cruz de los Bolos*, el camino comienza á ser más sua-

ve, aun cuando siempre subimos, salvas ligeras interrupciones. Atravesamos *Buenavista*, y en verdad que el nombre es adecuado, porque se presentan magníficas á la del viajero, particularmente si mira hácia atrás, pues la ciudad, el mar, ondulaciones y accidentes del terreno, y muchas casas de campo sembradas á derecha é izquierda en lo que alcanza la extension de la mirada, forman un pintoresco conjunto. El arbolado no nos abandonará un instante. En Buenavista muchas palmeras y árboles frutales: continuamos una media hora y llegamos al barranco de los *Mimbres*, cuyos bosques de castaños llaman nuestra atencion; seguimos, y llegamos muy pronto al de *Agua-sencio*. Aquí comienza la Cumbre.

La subida es extremadamente pendiente y penosa: un par de horas ó más son necesarias para llegar á la cima, que alcanzamos por entre mil vueltas y revueltas. De tiempo en tiempo, en medio del espeso follaje, al dar la vuelta de un recodo, ó al llegar á ciertos sitios, se nos presenta algo que admirar. Caminamos como por un camino encantado: cada vuelta es una nueva sorpresa y una nueva vista. El monte es espesísimo, y sus árboles robustos, distinguiéndose entre estos el barbuzano, el bi-

ñatigo, el palo blanco, el laurel, la haya, el aderno y el olmo. ¡Y cómo se encuentra el ánimo agradablemente preocupado! ¡Dos ó tres horas de subida, y quisiéramos que fueran muchas más!

Pero el instante supremo, si puedo así explicarme, va á llegar, porque estamos encima de la Cumbre. ¿Recuerda el viajero que suspendidos de admiracion detuvimos nuestros caballos, para saludar al Valle de la Orotava? Pues es imposible que no quiera ahora hacer otro tanto. Detengámonos, y desde esta altura contemplemos el grandioso espectáculo y el magnífico panorama que se desarrolla delante de nosotros.

Ante todo, para formarse idea de la altura á que nos encontramos, básteme decir que desde Santa Cruz, diré mejor, desde la playa, venimos subiendo constantemente, que llevamos más de tres leguas de camino, y la subida ha tenido casi siempre grandísima inclinacion. Estamos á 4.964 piés sobre el nivel del mar.

Extiéndese á derecha é izquierda esta levantadísima sierra, que divide la isla en dos partes desiguales: no alcanzamos á distinguir sus extremidades, que van á tocar por ambos lados en la mar. La sierra se desarrolla en fre-

cuentes ondulaciones, vestidas de monte verde y espeso, figurando como los pliegues de un anchísimo manto real. En el último término del cuadro aparece la mar, y allá en el horizonte el sol se pone, y se zambulle aparentemente entre las aguas. Aún llegan hasta nosotros algunos rayos débiles de su luz, y cuando ha desaparecido del todo, descubrimos fantásticas figuras formadas por las nubes. Si no necesitáramos el resto de luz que nos queda para estudiar la parte occidental de la isla, pasaríamos aquí horas enteras, embriagados en presencia de esta naturaleza valiente y bella al mismo tiempo.

Aconsejo al viajero que cuando vuelva á pasar la Cumbre, lo haga de manera que al llegar al sitio en que nos encontramos sea el momento de la salida del sol, y si consigue que aquel día reine la brisa, presenciará un espectáculo sumamente curioso. Desde sus piés y hasta el horizonte allá en la mar, verá extenderse la nube como blanquísima sábana, debajo de la cual se destacará el fondo verde impreso por el monte y el paisaje. El sol saldrá como un inmenso disco de fuego, y de improviso, los rayos de su luz, serpenteando por encima de la nube, vendrán á parar á la

cima de la Cumbre y á los piés mismos del viajero, y luz y bruma y monte, formarán un conjunto imposible de describir.

Un recuerdo asalta mi memoria: la pintura que hace Lamartine de la caída del *Vellino* en las cascadas de *Terni* en Italia; el poeta describe esta situación con el colorido de su pluma. Cuando llegó á la cascada una jóven contemplaba desde un parapeto de piedra é inclinada encima del abismo la caída del río, y conmovida su alma apasionada por lo grandioso del espectáculo, dejaba caer dos lágrimas, que rodaban entre las espumosas aguas é iban más tarde á perderse entre las ondas turbulentas del río. Yo recuerdo, viajero, este bello pasaje en este instante: aquella jóven era una de las poetisas más notables que poseía la Francia, entonces Mlle. Delfina Gay, y más tarde Mme. de Girardin. Y estoy seguro, que si la celebrada poetisa hubiera visitado estos lugares, ó si pudiese volver á la vida para acompañarnos en estos momentos, tendría también para la *Cumbre Nueva* dos lágrimas arrancadas á su impresionable alma por este magnífico é indescriptible panorama. En cuanto al ilustre poeta, esta situación le hubiera inspirado una de las mejores páginas de sus

obras. ¿Puede darse acaso cuadro más variado, más armónico ni más grandioso? Esta extendida y levantada sierra, este accidentado terreno, estos desfiladeros que descienden hasta perderse de vista, las continuadas ondulaciones, la valiente y vigorosa vegetacion, esos caseríos lejanos, y allá abajo la mar tropical, esa mar que tan sublime nos pareció cuando seguíamos el camino de la Orotava, todo esto constituye un bellissimo, grandioso y magnífico conjunto. Por las mañanas, cuando la luz imprime en los objetos un baño de encantadora alegría, desde estos sitios se descubre, si no hay bruma ni reina la brisa, la isla de la Gomera y la del Hierro, y se descubre tambien el Teide, en cuya cima nos hemos encontrado, el Teide, á que podemos saludar desde tan lejos. Quisiera que nada pasara desapercibido á los ojos del viajero, que no se le escapara la circunstancia más pequeña de las que, en admirable y concertado juego, entran dentro del cuadro : que visite este sitio muchas veces y á distintas horas, y encontrará siempre una cosa nueva que apreciar.

Comenzamos á bajar la Cumbre por el lado opuesto : el paisaje cambia por entero, porque la parte occidental de la isla tiene un aspec-

to diferente de la oriental. Desde la Cumbre, y á nuestra derecha, corre una cordillera hasta el mar, dividiendo este lado de la isla en dos cuadrantes. No está vestida la cordillera de monte ni de ningun género de vegetacion, y es sí perfectamente desnuda y perfectamente azul. A uno de los cuadrantes que forma casi una gran llanura, nos dirigimos. El lado de la Cumbre por donde descendemos es el de la region de los pinos: el monte mucho menos espeso, la bajada de menor distancia que la subida. Al pié de la Cumbre un alto pino, en el cual podemos ver una pequeña imágen de la Virgen, colocada en un nicho abierto en el tronco del mismo árbol, al cual se designa con el nombre de *pino de la Virgen*, nos indicará que entramos en mejor y más suave piso. Piedra, arena, montañas, accidentes variados en el terreno, nos acompañarán por algun tiempo. El suelo está en extremo dividido, hay muchas casas sembradas en desórden acá y allá, muchos parrales, higueras, almendros y morales. Encontramos una iglesia rodeada de algunas casas recientemente construidas, y es que atravesamos la jurisdiccion del pueblo del Paso, cuyo vecindario habita el caserío diseminado y esparcido que acabamos de ver.

El *Paso* tiene un aspecto singular. Ocupando una porcion considerable de territorio, no es una llanura que nos agrada por la igualdad de su suelo y por la variedad de los objetos que en ella se ven sembrados, no, es más bien un plano inclinado sobre el cual está esparcido á largos trechos y como á la ventura el caserío. En muchas aldeas y pueblos de las islas Canarias se puede hacer la misma observacion; pero hay algunos en que el caserío, sin orden ni plano á que ajustarse, se presenta amontonado y en confuso laberinto, dentro de un círculo pequeño. En el *Paso* sucede lo contrario; pues el viajero despues de encontrar una, dos ó tres casas, sigue trozos enteros de camino hasta encontrar otras, y si se coloca en un punto de vista que domine el territorio, descubrirá, como he dicho antes, sembrado y repartido el caserío por la extension del plano. Tiene además otra circunstancia que contribuye á determinar su singularidad, la cual consiste en que siendo el terreno en extremo pedregoso, se encuentra todo él dividido en pequeños trozos, separados por altas paredes de piedra, elevándose detrás de estas paredes magníficos parrales, almendros y árboles frutales de muy variadas clases.

Continuamos bajando; nuestras caballerías aceleran algún tanto el paso, y nos encontramos en un sitio titulado Hermosilla, cuyo nombre es agradable al oído. Al llegar al pié de una pequeña cuesta, da principio la llanura, tan llana como la palma de la mano. Apresurémonos más y más, los movimientos y latidos del corazón se suceden en mí con más violencia que de ordinario; siento como una febril inquietud, y quisiera salvar de un solo paso las distancias. ¿Qué pasará? ¿Qué causa motiva este deseo, esta inquietud, este apresuramiento? ¿No lo adivina el viajero? ¿No conoce que estoy bajo la influencia de un presentimiento de suprema felicidad, de esa felicidad, que cuando se disfruta en la vida alguna vez, llena por entero los vacíos del corazón?

Ahí delante de nosotros se eleva una torre y una iglesia, y á su alrededor un pueblo de buena apariencia, y de bella situación. Ese es el pueblo en donde he nacido, y en donde conservo objetos carísimos: no me pregunte más; la felicidad se siente y no se explica.

Sigamos la *calle Real* y parémonos en una casa situada hácia la mitad de esta calle. Yo le pido permiso al viajero, para que me permita abandonarme por algún tiempo á las efusiones

y desahogos del cariño. Deje que estreche sobre el corazón á una anciana señora, cargada de años, que abre sus brazos para recibirme, y derrama lágrimas de felicidad; á otra señora jóven que me aguarda con entusiasmo ardiente, á un caballero jóven tambien que está cerca de mí; que acaricie, que colme de besos la frente de dos niños muy tiernos aún. Mi madre, mi hermana, la casa paterna.

¡La madre, la familia, la casa paterna!! ¿Hay, por ventura, quien no comprenda el valor de estas palabras? ¿Hay quien sea indiferente á los sentimientos que ellas despiertan? Madre es una palabra santa, es un nombre cuya mágica influencia no se acierta á explicar: en la desgracia lo pronuncian los labios á cada instante, porque es el mayor consuelo, y el más tranquilo bálsamo para curar heridas del corazón; en la prosperidad lo pronuncian tambien, porque es el objeto, el sér humano entre todos los séres humanos con quien primero se desea compartir los placeres, los goces, la felicidad. La madre es en la familia lo que la Virgen en la religion. ¡Casa paterna, hogar doméstico, familia! ¡Qué nombres, qué eco tan sonoro tienen en el alma! Y cuando se ha vivido léjos de tan caros objetos, volverlos á ver, encontrarse á su

lado, volar á sus brazos, es una bienaventuranza anticipada. Ardia en inquietud por llegar aquí, y como el caminante que experimenta ardiente sed, al ver el arroyo cristalino, lo devora con la vista y se precipita y se sacia á su placer, así corro yo en busca de esta felicidad, y llego, y la veo y la toco y la palpo, y me abandono en sus brazos por entero.

Permítanme el viajero y el lector que, pasados estos primeros momentos, salga á las calles y discurra á mi antojo y á mi eleccion. Tengo amigos, compañeros de la infancia, parientes, sitios de gratas memorias, un pasado y un presente, y tengo en este pasado un recuerdo que amarga mi felicidad; perdí mi padre hace algunos años, y esta casa en que nos encontramos presenció sus últimos momentos. Dejadme consagrarle el pobre tributo de mis lágrimas (1).

Descansemos, pues, aquí y elijamos este pueblo como punto de residencia y de partida para algunas excursiones importantísimas.

Antes debo explicar al viajero lo que es este pueblo. *Los Llanos* es la segunda poblacion

(1) Pido gracia al lector por estas cuantas frases dispensadas al sentimiento de familia. Como son pocas, espero que no fatigarán su atencion.

de la isla de la Palma, y su nombre deriva de la situación que ocupa, pues se encuentra en medio de una llanura, ó diré mejor, hácia una extremidad de la llanura. Cuenta una población de 4 948 almas, comprendiendo en ella los caseríos que están en su jurisdicción. En otro tiempo era suya la del Paso, pero hoy este pueblo forma, por decirlo así, cuerpo aparte: tiene aspiraciones al título de villa, que no ha conseguido todavía, y al cual es acreedor: ha hecho asimismo alguna vez gestiones para ser declarada cabeza de partido judicial, lo cual tampoco ha visto realizado. Sus calles son rectas, anchas y muy bien empedradas, y sus casas de dos y de un piso, son regulares y de buen aspecto. La parroquia de los Remedios, que es su única parroquia, es un edificio apreciable por su capacidad, elevación y ornato, sin grandes méritos de arquitectura. Tiene además una escuela de instrucción primaria, casas Consistoriales, un casino y una orquesta de música de aficionados.

Ya ve el viajero que no se encuentra en el recinto de una gran ciudad, y sí en el seno de una población modesta, de agradable aspecto, y cuyos habitantes serán para él obsequiosos y hospitalarios, como lo han sido los de Santa

Cruz. Sus aires son muy puros y sanos, su clima muy benigno y muy igual, y los sitios que hemos de visitar y que están dentro de su jurisdicción, de los más curiosos y notables del archipiélago.

Una de las cosas que llaman la atención del viajero en este pueblo, es la vista que desde él ofrece la Cumbre por donde hemos pasado : parece como un gran baluarte que se extiende por entrambos lados. En el invierno la nieve suele algunos días coronar sus puntos más altos, y en las demás estaciones aparece de ordinario rebozada por una blanca toca, es decir, por la bruma que produce la brisa, ó los vientos del Nordeste tan reinantes en todas las Canarias. Otras veces la Cumbre aparece enteramente despejada y teñida de un purísimo color azul, y entonces ofrece una vista sumamente agradable. A la derecha del pueblo se encuentran los restos de un volcan que corrió desde la Cumbre á la mar ; una zona estrecha de terreno se ve cubierta por la lava, sin vestigio alguno de vegetacion, pero tanto del un lado como del otro del volcan, se encuentran muchos árboles frutales que crecen con gran fuerza, y en todo este recinto ó en toda esta llanura, se nota á cada paso que es grande la fe-

racidad del terreno. Los almendros, las higueras y el nopal abundan extraordinariamente, y ofrecen bellísimas vistas en ciertas épocas del año. A la izquierda corre la cordillera *Time*, que forma el cuadrante, hasta fenecer en la orilla del mar. Al pié del pueblo elévase una montaña, especie de colina, recientemente reducida á cultivo.

Seguro estoy que este variado aspecto de los Llanos no será lo que menos agrade al viajero. El volcan ó torrente de lava que corrió en 1585, es digno de ser visitado ; al descender desde la Cumbre debió dividirse en varios puntos, dejando intermedios de terreno, que hoy están cultivados, y cuyo aspecto es muy parecido al del Paso, con la diferencia de hallarse en la llanura. Aún se encuentran enormes masas de parduzca lava, sobre las cuales he pasado en distintas ocasiones horas enteras, en medio de un gran silencio rara vez interrumpido por los pasos de un transeunte, transportándome con el pensamiento á edades y épocas pasadas. No son sólo los amenos valles y las fértiles llanuras lo que nos agrada contemplar, pues un secreto de nuestra naturaleza parece que nos inclina á las situaciones extremas, como para hacernos experimentar sensaciones de distinto

carácter. Y hé aquí por lo que aconsejo al viajero que visite el volcan, y vaya solo, enteramente solo, y sentándose como me he sentado yo, contemple aquella ancha zona que corre desde la cumbre á la mar : negra, muy negra á lo léjos, parduzca cerca de sí, sembrada de disformes y feas masas de lava calcinada y endurecida, sin vestigio de vegetacion, debajo de cuyas piedras salen de vez en cuando los verdes lagartos y las repugnantes sabandijas, ó por encima de las cuales salta tal vez alguna cabra que cruza, y la eterna soledad de aquellos sitios, y su profundo y prolongado silencio, y su horrible fealdad, y su renegrado y quemado suelo, elevarán su alma á la meditacion y al recogimiento. Quién sabe..... Posible es que tales cosas piense, y que de tal manera se sienta impresionado, que lo que es horriblemente feo le parezca bello, y, sobre todo, extremadamente misterioso.

Si nos extendemos un poco más léjos en el territorio de esta jurisdiccion, encontraremos, en medio de las fugas y cortaduras de los barrancos, algunas cuevas curiosas y dignas de ser visitadas por los recuerdos que traen á la memoria. Estas cuevas fuéron morada de guanches, y en ellas se encerraron muchos y se de-

jaron morir de hambre y de sed , prefiriendo esta triste suerte á someterse á los conquistadores : rasgo de heroicidad que no apruebo, que dificilmente se repetiria en pueblos civilizados, pero que encierra sin embargo una gran significacion , en cuanto revela el amor al suelo natal , el sentimiento de patriotismo que imperaba en el corazon de aquellos tan sencillos como malaventurados habitantes. No hace muchos años que se han encontrado en dichas cuevas cráneos, restos de cuerpos humanos, y objetos , que segun todas las probabilidades, pertenecieron á aquellos moradores , y estos restos y objetos no se conservan, sin duda porque no supieron apreciar su valor las personas que los encontraron. Es necesario que los hijos de las Canarias comprendan, que muchos en efecto lo conocen así, que la memoria de los guanches es para las islas merecedora de gran respeto, y que cuantos objetos se refieren á los mismos, deben ser conservados cuidadosamente como preciadas reliquias, que ciertas condiciones de carácter y ciertos rasgos distintivos de que se honran y vanaglorian , á las excelentes cualidades y naturales prendas de la casta guanche se refieren en parte, como á comun y primitivo origen.

Más léjos aún y en la costa se encuentran unas aguas medicinales, que son muy frecuentadas por los habitantes de toda la isla, y aún por los del archipiélago. Muchos pacientes y de muy diversas enfermedades han encontrado allí su restablecimiento. Son conocidas con el nombre de *Agua del charco verde*, y desgraciadamente, aunque muchos médicos del país las recetan, parece que no han sido aún bastante estudiadas y analizadas.

Yo llamaré la atención del viajero sobre las muchachas campesinas que circulan los domingos y días de fiesta por las calles de los Llanos, y á las cuales se las ve agrupadas en las tiendas de géneros, á donde vienen á hacer sus compras: es un tipo curioso y digno de ser retratado. Su fisonomía reviste una expresión y una gracia particular, sus ojos son negros y vivarachos, y su estatura mediana; pues los hijos de la Palma, tanto hombres como mujeres, no son tan corpulentos como los de Tenerife. Llevan un vestido de indiana ó percal inglés ahuecado con sus correspondientes enaguas ó miriñaque: un pañuelito de color, cuyas puntas van á espirar en la cintura, les ciñe la espalda y el pecho: y la cabeza, así también como el pañuelo mismo, están cubiertos por un

trozo de tela de seda blanca, que envuelta á manera de toca acaba por ser prendida en el talle. Lllaman á esto *gasa*, y el ponérsela y acomodársela, lo expresan con la frase *rebozarse la gasa*. El traje concluye con un sombrerito blanco de paja de ala redonda y tendida, en cuya copa luce una ancha cinta de raso de color carmesí, verde, morado ó blanco con un lindo lazo hácia el lado derecho. Estoy seguro que causará novedad la vista de este traje y de estas muchachas, porque ciertamente hacen un efecto agradable. Puede decirse en general que este es el traje de las mujeres del campo en toda la isla, salvo los sombreros que ofrecen alguna variacion en ciertas aldeas.

Las personas principales en los Llanos, visten como en España y en Ténerife.

CAPÍTULO X.

Argual y Tasacorte.

DISFRUTAMOS de una hermosa mañana, como lo son por lo general todas en este clima; el sol comienza á despuntar por detrás de la cumbre Nueva, y á elevarse en el horizonte. La ocasion es oportuna para que el viajero y yo hagamos alguna de las excursiones que le he ofrecido.

Dirijámonos á *Argual* y *Tasacorte* con ánimo de pasar allí todo el dia. Recuerdo que al principio de este libro di á estos lugares el nombre de jardines, y hoy veremos si se justifican mis calificaciones.

El camino de *Argual* es muy concurrido, particularmente por la gente del campo, y á cada paso encontramos hombres y mujeres que,

ya conducen sus ganados á beber en la *vica* (1), ya se dirigen al sitio de sus faenas, ya transportan cargas ó frutos. No hagamos mención del caserío que encontramos sembrado á la derecha del camino ; al llegar á un pequeño llano de arena, entramos en Argual : el olfato y la vista nos lo demostrarían, si no lo supiéramos.

Debo antes de continuar, hacer una observación acerca del modo en que está constituido el terreno en esta parte occidental de la isla, porque la creo indispensable. Desde el pié de la cumbre hasta los Llanos el terreno va descendiendo, pero suave y casi imperceptiblemente : el pueblo se asienta en una llanura, y desde él á Argual hay una bajada. Argual es otra llanura, y descendiendo de nuevo se encuentra á Tasacorte situado en otro llano. De manera que la bajada hasta la orilla de la mar por esta parte occidental de la isla, está interrumpida por tres feraces y bellas llanuras, pudiendo ser comparada á un edificio que se distribuye en distintos pisos.

Es pues un llano el territorio que llamamos Argual, un llano cuya superficie se encuentra

(1) Charca ó mareta de aguas corrientes.

al mismo nivel, aunque interrumpido á largos trechos por tres ó cuatro barrancos, fertilizados y embellecidos por el cultivo, y por algunas montañas. Es un jardín, pero jardín pintoresco, variado, ameno. Los naranjos corpulentos, las cidras, los limoneros, los granados, los plátanos, y en bella alternativa con estos árboles, los jazmines, los tulipanes, los rosales de variadas especies, los nardos y otras y otras clases de árboles y plantas pueblan sus huertas. El agua corre por doquiera en grande abundancia y entretiene nuestros oídos con su agradable armonía, y los pájaros y las aves, amantes siempre del follaje y la verdura, llenan el aire con sus trinos y gorgoros. Añádase á esto un clima como el de la Orotava, comun á la vez á toda la isla, y un suelo en donde como allí, crecen al aire libre las plantas de todas las zonas del globo, y se acabará de formar idea de lo que son estos amenos sitios.

Fuera de las huertas, el terreno, perfectamente trabajado, se destina al cultivo del nopal y á la cria de la cochinilla, habiendo además algunos trozos plantados de tabaco, maíz, patatas y moniato.

Es Argual á manera de un boceto de la huerta de Valencia; sin tener la grande extension

que la huerta tiene, y por esto lo llamo boceto. Discurremos por él algunas horas, visitemos algunos de sus plantíos, asistamos á las alegres faenas de las *cochinilleras* (1), sigamos el flanco de alguna de sus montañas, y nuestra excursion será lo más agradable posible. Y si el viajero me lo otorga, sigamos un cierto camino que yo le señalaré; nueva exigencia que le impongo, y nueva gracia que le pido. Sigamos la orilla del *barranco Hondo*, y detengámonos algunos instantes, nada más que algunos, que dedicaré yo, no él, á evocar tiempos y fechas pasadas, y como el sitio es de los más deliciosos de Argual, no le proporcionaré ciertamente mal rato con traerlo aquí. Llámánle el *Alamo*, y es en el *Alamo* en donde corrieron los dias de mi niñez. ¿No es verdad que está ya descubierto el secreto de mi preferencia á este sitio? No soy, por desgracia, propietario, ni lo es mi familia de este terreno, pero tengo sobre él los derechos que me dan mis afecciones y mis pasados recuerdos: yo lo he medido palmo á palmo, lo he pisado un millon de veces, lo he contemplado y admirado otras tantas; he jugado, he corrido á mis anchuras,

(1) Las que pegan ó recogen la cochinilla.

me he bañado mil veces en sus corrientes aguas, he trepado á las copas de sus árboles para coger los nidos de los capirotes (1), y á la sombra de sus álamos blancos, de sus naranjos y cañaverales, he estudiado mis lecciones de instruccion primaria y de latinidad.

¡Qué dulces y qué gratos son estos recuerdos de la edad primera! El alma parece que quiere trasladarse por entero á aquel período de la pasada vida, y el pensamiento, ayudado de la memoria, se complace en reconstruirlo en todas sus escenas y en sus más circunstanciados detalles. La influencia ejercida por esta bella naturaleza exterior, en medio de la cual corrieron alegres y felices los años de mi niñez, ha tenido gran parte en la formacion de mi gusto y carácter. Soy apasionado por el campo, y profeso casi culto á la naturaleza que se manifiesta hermosa y bella en el cielo y en el suelo: no me desagrada la vida social, pero, de cuando en cuando, la soledad es una necesidad de mi espíritu, que encuentra en ella reposo, meditacion, poesía. No sé cuántos recuerdos se agolpan á mi memoria, ni cuántas

(1) Pájaro muy estimado en Canarias, del tamaño del canario, pero con moña y color diferentes. Canta admirablemente.

reflexiones ruedan por mi cerebro. Aquí, en estos sitios amenos, y de un lado del caserío, un arroyo corria diariamente, y un álamo blanco, muy jóven, crecia con extraordinaria fuerza y exquisito lujo de vegetacion. Este árbol contaba casi la misma edad que yo. Repetidas veces me habia bañado junto á él, y estudiado mis lecciones; en su corteza habia escrito mi nombre y otros muchos nombres, y me acostumbé á mirarlo como un compañero y camarada. El álamo ¡ay! ha desaparecido, y en el mismo sitio que ocupaba eleva hoy sus anchas y verdes hojas un plátanal. No puedo expresar en toda su viveza la penosa y triste impresion que deja en mí la falta de este compañero. Yo lo hubiera respetado, y ningun cálculo ni consideracion hubiera tenido en mí bastante fuerza para destruirlo ó arrancarlo.

Las tierras de Argual estuvieron desde muy antiguo dedicadas á la caña de azúcar, pero hará, poco más ó menos, como una veintena de años que desapareció este cultivo, para ser reemplazado por el nopal. Las tierras, cansadas de producir cañas, eran ya menos feraces para esta planta, y la fabricacion del azúcar, entregada á los métodos y sistemas primitivos, demasiado costosa para que pudiese continuar,

al menos en aquella forma. No se hizo nunca aplicacion del vapor en los ingenios, y por lo tanto, la mano de obra absorbía inmensas sumas, las cuales disminuían naturalmente mucho el producto líquido del terreno. En Tasacorte hubo también ingenios y húbolos en Tenerife y en otras islas; pero en la actualidad todos han desaparecido, y la caña de azúcar ha llegado á ser una planta que, como objeto de curiosidad, se conserva en alguna que otra huerta.

Continuemos nuestra excursion y bajemos á Tasacorte, pero para no cansar la atencion del lector con repeticiones enojosas, le diré que Tasacorte guarda mucho parecido con Argual, pues hay los mismos cultivos y casi idénticas condiciones de terreno. Hay en el seno de aquel llano una especie de aldea ó caserío, cuyo aspecto es curioso, porque está formado por muchísimas casitas blancas de un solo piso, interpoladas por algunas de dos; pero todas en tan confuso desorden y apiñamiento, que sin formar calle alguna, constituyen un verdadero laberinto. Los trabajadores del campo viven en el mismo, y el caserío, exclusivamente de pescadores, se ha formado en muy pocos años, gracias á las utilidades que produce aquí la

pesca del atun. En medio de las casas se ve una plaza pintorescamente situada, y se eleva una iglesia con su campanario. De notar es, y yo debo consignarlo, que el creciente desarrollo que va tomando en Tasacorte la poblacion, exige ya imperiosamente el establecimiento de una escuela de instruccion primaria de que carece.

Tasacorte tiene de algunos años á esta parte un temible enemigo que le ha hecho mucho daño, y que continúa cebándose en su vecindario. Me refiero á los reclutamientos de gente de mar para la armada española. La pesca, aquí abundantísima, la concurrencia de barcas y buques de mayor porte de procedencia catalana, que frecuentaban este puerto para cargar, dando salida al atun y otros productos de su industria pesquera, y la frecuencia asimismo de algunos mercaderes de las islas, atraídos tambien por la abundancia del producto, que compraban y hacian transportar á las demás islas del Archipiélago; todo esto, unido á la salida del pescado fresco que proporcionaban los Llanos, el Paso y los caseríos esparcidos por esta parte occidental de la isla, todo esto, repito, daba cierto movimiento á este puerto, y dejando buenas ganancias en

manos de estos humildes pescadores, fomentaba de una manera prodigiosa el crecimiento del vecindario. Cada año se fabricaban nuevas casas, se ensanchaba el rádio del caserío, se advertía en la limpieza y traje de sus moradores indicios claros de que alcanzaban mayor grado de bienestar, y todo parecía indicar que Tasacorte llegaría á ser, á la vuelta de algun tiempo, un pueblo de cierta consideracion.

Confieso que he seguido con una especie de deleite el movimiento de esta aldea, no sólo porque la vida es para el hombre simpática y agradable, ora se manifieste en los individuos, ora en los pueblos, ora en fin en la naturaleza, sino porque miraba hácia el porvenir y fabricaba lo que nuestros vecinos del otro lado del Pirineo titulan *chateaux en Espagne*, *castillos en el aire*. Quizá no fueran tales castillos, tal vez no estuvieran mis predicciones del todo fuera de camino.—Si este caserío, pensaba yo, que ya es un importante caserío, continúa creciendo y mejorando de la manera que crece y mejora hoy, ó continúa progresando cada vez con mayor y más pujante fuerza, puesto que el movimiento de progreso es más rápido á medida que más avanza en su camino, Tasacorte llegará á ser un puerto im-

portante en este lado occidental de la isla. Entonces, cuando esto suceda, será necesario construir un buen muelle y un camino anchísimo y cómodo en el cortísimo tramo que separa la orilla del mar del caserío: desde este punto á los Llanos, en una distancia de media legua, otro camino bien construido que pasará por Argual, facilitará las comunicaciones, cada vez más estrechas, entre Tasacorte, Argual y los Llanos; siendo este último como la cabeza que preside.

Trazaba á mi sabor esta perspectiva de porvenir, y me gozaba en ella. Ninguna circunstancia, por pequeña que fuese, pasaba desapercibida en mi cálculo. En los Llanos, entonces villa y de las mejores, más lindas é importantes villas, estaria un comercio más en grande, que abastecería á otro comercio más en pequeño en Argual, y particularmente en Tasacorte. Y asociando á estas consideraciones la que me sugería el impulso, que también podría dar á este movimiento, el mejor cultivo de las tierras, el aprovechamiento y conducción de aguas desde la Caldera, y la fertilización del vasto cuadrante que el viajero conoce y que se desarrolla entre la cordillera del Time, la de la Cumbre y el arco de círculo

formado por los bordes de la mar; me parecía ver duplicarse y hasta triplicarse en pocos años la población, y acababa de este modo de dar al cuadro, por decirlo así, su último tono.

¿Exageraba, soñaba yo? ¿Fabricaba castillos en el aire? Si el lector fija un poco su pensamiento en las anteriores consideraciones, encontrará que ellas tienen un fondo de verdad, que tal vez son todo verdad. Es indudable que toda la parte occidental de la isla de la Palma tiene un terreno feracísimo, como lo tiene también la parte oriental; que Argual y Tasacorte, á favor del riego y de los trabajos importantes que en sus tierras se hacen constantemente, darán cada año que pase más abundantes frutos, que las dos terceras partes del territorio de la Banda (así se llama en la Palma á esta parte de la isla), hoy poco productivas por falta de riego, serán fuente de gran riqueza agrícola, si son conducidas las muchas aguas que se pierden entre los barrancos y precipicios de la Caldera, y que Tasacorte con su progresiva mejora, atraerá los buques y embarcaciones, y será la salida natural de los frutos de la Banda. Es más; el desarrollo y progresivo mejoramiento de esta parte de la isla, será favorable á Santa Cruz de la Palma,

favorable para sus industrias, y más aún para su comercio, que comienza á tener importancia porque los intereses de los pueblos, y mucho más de los pueblos hermanos, léjos de ser contrarios y hostilizarse entre sí, se ayudan y fortalecen mutuamente: verdad sencilla y clara, que por desgracia no ha entrado aún en las cabezas de muchas personas que se tienen y son tenidas por importantes é ilustradas.

Todo esto y mucho más sucederá si los palmeros son laboriosos, y no hacen espaldas á los consejos de la ciencia y del progreso moderno; pero es tristísimo y doloroso que Tasacorte, que puede contribuir en parte al movimiento por lo favorable de su situacion y la riqueza de su mar, tenga enfrente al Estado que le arranca de su seno casi todos sus hijos para llevarlos á la Armada. ¡Lamentable y dañina influencia la que ejercen las malas leyes! Hoy apenas visita una barca catalana aquel puerto, y no solamente se pesca apenas el atun ó la albacora, sino que hasta el pescado fresco necesario al consumo de la Banda, escasea por falta de quien lo vaya á pescar. Las islas todas se quejan de que pagan á la Armada anualmente un tributo de tantos y tantos de sus hijos, y en la de la Palma el mal ha to-

mado proporciones gigantescas, pues apenas se encuentran marineros para tripular sus buques, ya que restan muy pocos para la pesca. ¿Se ha pensado bien en el grave perjuicio que se hace á las islas? ¿Se ignora, por ventura, lo que el clamoreo de la prensa de Canarias viene lamentando y combatiendo todos los días?

Hemos llegado; viajero, al término de nuestra excursion de hoy. No quiero fatigarte con nuevos discursos y razonamientos: volvámosenos á nuestro punto de partida. A orillas de Tasacorte la mar se estrella y termina la parte occidental de esta pintoresca isla.

CAPÍTULO XI.

La cochinilla.

Es Argual uno de los puntos en donde se cultiva en las Canarias con más esmero la *cochinilla*, y ya que este cultivo tenga suma importancia en estas islas, y sea curioso seguirlo en sus operaciones diversas, justo es que le consagre algunas líneas.

La cochinilla es un pequeño insecto que se alimenta en las anchas y carnudas pencas del nopal ó *coactus*, el cual es á su vez una planta de poco más de un metro de altura, que extendiendo á derecha é izquierda sus ramas ó pencas pobladas de espinas, ocupa en derredor un espacio bastante ancho de terreno. Se la conoce indistintamente con los nombres de *coactus*, *nopal*, *higuera de Indias* é *higuera chumba*, y en

la isla de la Palma se la llama además *tunera*. Sus higos son fruta muy estimada en todas las Canarias, siendo muy superiores en sabor y calidad á los que de su clase producen ciertas comarcas de Andalucía, donde tambien es conocida y cultivada esta higuera, aunque no crece allí con la robustez y lozanía que en las islas, ni su color es tan vivo. Son varias las especies conocidas de nopal, pero en las Canarias se cultivan principalmente dos: la llamada *comun*, de antiguo aclimatada en el país, y la de *terciopelo*, así denominada porque la corteza de sus pencas guarda algun parecido con el género ó tela que lleva este nombre. De entrambas clases se hace uso para la cochinilla, con la sola diferencia de que la última se considera más á propósito, por razon de sus abundantes, espesas y menudas pencas, para la conservacion de la cochinilla madre, ó sea de la semilla.

Hace pocos años que sólo se encontraba el nopal en los límites ó lindes de las heredades, en los sitios pedregosos y en los bordes de los barrancos: hoy se le ve poblando los mejores terrenos, de riego y de secano, y es un espectáculo curioso el que ofrece una grande extension de tierra cubierta de nopal. Plántanse

las higueras por líneas paralelas, que siguen en direccion recta toda la extension del terreno, separadas entre sí dichas líneas por dos ó tres varas de distancia; se forman en el plazo de un par de años, creciendo hasta la altura arriba indicada y casi cubriendo la distancia que separa las líneas. Durante este tiempo se cuida mucho de cortar las pencas inferiores, á fin de que se formen más altas y más redondas; cuando ya están desarrolladas, el campo aparece cubierto de una magnífica alfombra verde, más clara cuando se trata de la higuera comun, y más oscura cuando de la terciopelada.

Entonces es cuando se trasladan á las pencas los pequeños insectos, operacion á que se da el nombre de *disemillar*. Al efecto, se extienden en grandes tableros las madres que han llegado á estado de *desove*, y se las cubre con piezas de tela blanca, ya enteras ó ya fraccionadas en pequeños trozos: trasladando luego los trozos de tela á las higueras, los insectos casi imperceptibles de que estaban llenos, se pasan á las ramas de la misma. Esta operacion se continúa durante algunos dias, hasta que las madres han acabado de desovar, y todas las higueras han sido pobladas por estos

pequeños habitantes, que van á extraer sus jugos y á hacerles compañía por algun tiempo. Una vez en la higuera el imperceptible insecto, va creciendo con lentitud á medida que va chupando la leche ó la sávia de las pencas, sin ofrecer, durante el corto período de su vida, esas continuas transformaciones ó fases porque pasa el gusano de seda, produciendo tan sólo, cuando está completamente desarrollado, una especie de polvillo blanco, con que se cubre y engalana el nopal. Entonces es cuando la combinacion de los colores verde y blanco forma una vista más agradable, y es la señal de que ha llegado el momento de la recoleccion. Tres meses suele ser el período de crecimiento, durante los cuales el insecto permanece inmóvil, adherido á los poros de la planta, engrosando lentamente hasta alcanzar el tamaño de un garbanzo pequeño.

Recogida la cochinilla de las pencas en los momentos en que comienza á desovar, ahogada por el sol ó en hornos preparados al efecto, y completamente seca, se expide para Marsella ó para Lóndres, en donde va á ser objeto de aplicaciones fabriles, y á producir ese hermosísimo color, que se conoce con el nombre de *carmin*.

Los países frios son contrarios á la vida de este insecto, como tambien lo son los cálidos; necesita un clima suave é igual, y en este concepto ninguno reúne las condiciones del de las Canarias. Cortas porciones de terreno dejan un gran producto líquido; pero es indispensable destinar al cultivo gran cantidad de capital, tanto para preparacion del terreno, como para otros diversos gastos. Las mujeres son las que desempeñan la mayor parte de las operaciones del cultivo, y tanto, que yo pudiera aplicar á este caso aquellas frases que M. Jules Simon pone en boca de una maestra de fábrica, hablando de la seda.—«La seda, decia esta maestra, constituye el dominio ó la propiedad de la mujer, puesto que encuentra en ella trabajo, desde la hoja de la morera, en donde se cria el gusano, hasta el taller, en donde se hace el sombrero y el vestido.»—Respecto de la cochinilla sucede algo semejante. La mujer no interviene en todas las operaciones fabriles en que se emplea este elemento para producir el carmin; pero en lo que concierne al cultivo, todo es tambien de su incumbencia, desde que se preparan y disponen los tableros y el lienzo para el desove, hasta que la grana recogida se seca, se pesa y se expide para el extranjero.

Los hombres tienen parte en el plantío de las higueras y en el transporte de los sacos y los fardos, pero todo lo demás lo desempeña la mujer; y es que las operaciones de este cultivo requieren cierta paciente minuciosidad, que se armoniza perfectamente con su carácter.

Procede de aquí que, lo mismo en Argual que en Tasacorte, ó para hablar con más propiedad, en todas las islas, las mujeres pobres y particularmente las sòlteras, casi en su totalidad, pasan el año empleadas en las faenas de este cultivo. Se las ve con sus sombreros de paja en torno de las higueras ó nopales, trabajando y cantando ó departiendo al mismo tiempo las unas con las otras. Faltan más bien que sobran los brazos, lo cual hace que ganen un buen jornal, comparativamente con el que antes tenían, si es que lograban estar ocupadas. De todo lo cual se deduce que, respecto de la clase pobre, este cultivo ha sido un gran bien para las islas, y por decontado un bien mucho más grande, respecto de los propietarios del terreno, pues ha dejado constantemente en sus manos un producto líquido muy considerable, tan considerable como no dejó nunca, ni la caña de azúcar ni otro género de cultivo.

Difícil es explicar cuánto han ganado en esto

las islas Canarias ; una respetable suma de capitales ha sido incorporada en el terreno ; gran cantidad de tierras incultas , cubiertas de piedra y de sustancias volcánicas , han sido reducidas á cultivo ; trabajos de gran consideracion han sido emprendidos y llevados á término con este objeto , y no encontrándose las islas muy sobradas de capitales , y sí por el contrario muy escasas , se ha visto á los hijos del país rivalizar en economía y hábitos de moderacion y orden en sus gastos , solicitados por el estímulo del cultivo y por las lisonjeras esperanzas que este llevaba en pos de sí . Por manera que la cochinilla en Canarias ha ejercido una influencia saludable , así en el orden de la industria , como en el moral ; pero desgraciadamente los precios de la grana han comenzado á descender , desde hace cuatro años , y la baja ha continuado hasta el punto de que los propietarios , aún cuando encuentran todavía ventajas en su cultivo , se preocupan con la idea poco lisonjera de que les sea forzoso abandonarlo , en un plazo más ó menos corto , y dedicar el terreno á otra cosa . Dícese que los fabricantes han encontrado una sustancia mineral más barata con que suplir á la grana , y se atribuye á esto la baja de los precios ; pero al mismo tiempo se asegura que

los ensayos hechos con la nueva sustancia no han sido felices, y que en vano se procura igualar ó imitar el bello carmin de la cochinilla.

A mi juicio, estudiando la cuestion bajo un punto de vista más alto, las causas de la baja se encuentran en la crisis que está atravesando la industria en Europa. Cuando ocurrió la guerra de Crimea, la produccion general comenzó á resentirse; vino despues la guerra de Italia, y se resintió más, y vinieron más tarde la revolucion italiana, la cuestion de Siria, de Polonia, de Hungría y la sangrienta contienda entre los Estados del Norte y del Sur de la Union americana, y la produccion y la industria han sentido el dañino influjo de tales acontecimientos. Al mismo tiempo que cuestiones tan graves y gigantes han tenido en alarma á la Europa, no ha cesado un instante de amenazar, con probabilidades, más inminentes unas veces y menos otras, una guerra general entre todos los pueblos del viejo continente: resultando de todo este conjunto de circunstancias, los grandes empréstitos, las exorbitantes contribuciones, la absorcion improductiva de enormes sumas, la dificultad de dar salida á los géneros y productos de las fábricas, la retirada

de muchos capitales y la paralización de muchas fabricaciones. La cochinilla ha debido sentir la presión de este estado de general desconcierto; se ha pedido ó se ha comprado menos grana, porque se ha fabricado menos, y habiéndose ofrecido á la venta por esta causa el producto en mayor abundancia, ha bajado, ha debido bajar necesariamente su precio. Pero la situación que coloca á la industria en tan difícil pendiente no ha de ser eterna, ni aun es probable que dure ya muchos años. Los temores de guerra europea desaparecen; la cuestión de Italia tendrá probablemente una pronta solución definitiva, ó por lo menos, tal que el pensamiento unitario vaya desarrollándose lenta y pacíficamente; la misma exageración y encono de la lucha fratricida en la Unión americana, da motivo para esperar que se llegue á una pronta avenencia, y el horizonte no se presenta, á mi juicio al menos, tan cargado y borascoso como se ha venido presentando. Con la bonanza política, llegará la bonanza industrial y la producción volverá á imprimir á su mecanismo un movimiento concertado y armónico; más vida industrial, más salidas, más pedido de cochinilla, y el precio de este género volverá á subir. Yo no aconsejaría á los habitan-

tes de Canarias que abandonarán este cultivo.

Entre tanto los isleños han comenzado á fijar la atención en el tabaco, y como los primeros ensayos han sido favorables, poco á poco van dando á su cultivo mayores proporciones. En Tenerife, en Canaria y en la Palma es donde principalmente se estudia este nuevo ramo de riqueza. En Argual se recolectan ya algunas cantidades. La planta se produce bien, y toda la dificultad estriba en el secreto de la fabricación; pero aún en este sentido se han hecho tales adelantos, que hay quien asegura haber fumado ya de Canarias cigarros que igualan á los de primera calidad de la isla de Cuba. Por de contado ya no hay comparación posible entre el tabaco de Canarias y el de Filipinas y otras procedencias, exceptuada la Habana, porque el de estas islas tiene seguramente notables ventajas sobre el de aquellos países. El terreno dedicado al tabaco produce tanto ó más que la cochinilla; pero como esta planta da grandes cantidades de hoja en cortísimo espacio de terreno, lo que parece más acertado es continuar entrambos cultivos, perfeccionándolos y desarrollándolos, cuanto es posible.

¿Cómo vino, preguntará el viajero, la cochi-

nilla á las islas? ¿Cómo se propagó y extendió por el archipiélago? Fuéron varias las circunstancias que acompañaron la introduccion de este insecto en las Canarias. No sé si la casualidad ó si el conocimiento de la benignidad del clima, fué la causa que hizo despertar el primer pensamiento; pero lo que sí es indudable, es que el Ayuntamiento y la Sociedad de amigos del país en Santa Cruz de Tenerife, hicieron algunos ensayos en pequeño, y estimulados por el éxito de sus experiencias, ofrecieron algunos premios á los que presentaran cierta cantidad de grana. Las cosas nuevas se abren al principio camino con dificultad, porque el espíritu rutinario, el amor á lo antiguo y la duda respecto de lo nuevo, les levantan obstáculos muchas veces insuperables. Y esta verdad es tanto más demostrable, cuanto que la historia, no diré sólo de la agricultura sino de la produccion en general, hace ver y pone á las claras, que no se ha hecho un descubrimiento, ni un pensamiento nuevo ha llegado á la vida ó á la práctica, sin que luchara empeñada y porfiadamente durante largos años.

La historia del cultivo de la grana es pues la historia de todos los cultivos. Algunos entusiastas, algunos propietarios, de esos que hay en

todos los países, partidarios del progreso, comenzaron á propagar el insecto en los nopales que poseian, ó al menos, en una parte de los mismos. El ejemplo iba lentamente adquiriendo prosélitos, y cada año aumentaba la cantidad de nopal destinado á alimentar el insecto importado de América. Así se pasó algun tiempo; el proselitismo caminaba con suma lentitud, y la mayoría, casi la totalidad, de los labradores miraba con muy malos ojos sus higueras blanqueadas por el polvo de la cochinilla, á la que consideraron como una verdadera plaga: las pasiones comenzaron á manifestarse. ¡Menguada hora aquella en que algunos temerarios habian introducido en las islas el nuevo insecto! ¡Deplorable pensamiento, que habia venido á declarar la guerra á la fruta más sabrosa y estimada del país, al higo de Indias, regalo de sus mesas y parte principal del alimento de los pobres! No comprendian que hubiese hombres de tan perverso corazon, y los menos ilustrados sobre todo, se desataban en imprecaciones: el fuego del cielo, el infierno, el rayo y cuanto su imaginacion concebía maravillosamente funesto y destructor, era invocado contra aquellos enemigos de su fruta favorita: ¡á qué exagerados y violentos extremos

conducen la ignorancia y la preocupacion! Y como el viento llevara muchos insectos de unas heredades á otras contiguas, y no encontraran medios en lo humano para libertar de ellos á sus higueras, los labradores destrozaban los nopales hasta dejarlos por entero desnudos de su lozana y numerosa penquería. La cochinilla fué perseguida como se persigue la cigarra, que alguna vez ha enviado á las islas la vecina costa moruna. ¡Abajo la cochinilla! ¡Fuera el enemigo comun!

La Providencia es muchas veces incomprendible en el empleo de sus ocultos móviles para conducir los destinos humanos. Una gran desgracia abrió las puertas á la cochinilla para que hiciera su camino; sin cuya circunstancia, no digo que no lo llegase á conseguir, pero hubiera necesitado para ello el transcurso de muchos años. El cultivo entró pues en las islas por las puertas de la necesidad: fué preciso que el hambre invadiera algunas comarcas, que millares de sus habitantes no tuvieran con qué atender al preciso sustento de la vida, que las poblaciones principales, como Santa Cruz de Tenerife y la Laguna, presenciaran el triste espectáculo que ofrecian sus calles pobladas por centenares de infelices en

demanda de pan para ellos y para sus hijos, para que el pensamiento se fijara en la cochinilla como en una tabla de salvacion. El hecho pasó del modo siguiente. Hay en la parte Sur de la isla de Tenerife algunos pueblos, cuyas tierras, no fertilizadas por el riego, son muy productivas, cuando no les falta el agua del cielo, pero que cuando esta escasea, no producen nada: sobrevinieron tres ó cuatro años de continua sequía, en los que los pobres habitantes de la banda del Sur, no recogieron ni aún las semillas que habian depositado en la tierra, y esta circunstancia produjo una situacion penosa el primer año, difícil el segundo é insoportable el tercero. Los más pobres abandonaron aquella tierra ingrata, ó mejor dicho, aquel cielo ingrato que les negaba la lluvia; pero los más acomodados, á impulso de la imperiosa ley de la necesidad, comenzaron á hacer sus ensayos de cultivo de cochinilla en sus nopales. El resultado no se hizo esperar mucho, y al poco tiempo entraban por la bahía de Santa Cruz de Tenerife, barquillos cargados por fardos ó sacos de este insecto, y cada cargamento importaba un gran valor. La situacion de aquellos pueblos cambió desde entonces, y desde entonces tambien el cultivo se ex-

tendió por todo el archipiélago canariense con pasmosa celeridad.

Hasta allí este se había limitado, como indiqué arriba, á los nopales que crecían en los bordes de los barrancos, faldas de las montañas y sitios volcánicos y pedregosos; pero desde aquella fecha comenzaron los grandes plantíos en las mejores tierras, y se prosiguió el cultivo con tanta fe y con tan afanosa solicitud, que fueron estudiados, ensayados y perfeccionados todos los sistemas. Es necesario haber vivido en las Canarias en aquella época, para formarse idea del extremo en que la cochinila preocupó la atención de los isleños.

Debo notar, porque merece ser notado, que la prensa de las islas trabajó incansable durante mucho tiempo para convencer á los incrédulos, poniéndoles de manifiesto el éxito de cada ensayo, y procurando con razonamientos sencillos y claros llevar á sus ánimos el convencimiento. No se limitó á las excitaciones de los primeros días, pues continuó redoblando más y más sus esfuerzos, á medida que el éxito de los ensayos respondía á sus esperanzas. La prensa cumplía en esto con su misión, pues destinada á propagar las ideas y á caminar á la cabeza del progreso, á ella le

toca señalar la primera las innovaciones útiles, destinadas á influir en cualquiera de las manifestaciones, que constituyen la vida de los individuos y de los pueblos.

Tal es la historia de la introduccion y propagacion en estas islas de ese pequenísimó insecto que hoy excita la curiosidad del viajero.

Pero hay otra cosa que vale más que esta historia, y que no debo dejar que pase desapercibida. El viajero no encontrará en la Palma, ni en Tenerife, ni en las demás islas, quien le hable contra el nuevo cultivo del tabaco: encontrará algunos indiferentes, ó más bien, algunos que están á la expectativa, reservándose para más adelante; pero nada de aquellos temores, de aquellas inquietudes, de aquel odio é incredulidad que acompañaron los primeros pasos del cultivo de la cochinilla. ¿De dónde procederá esta diferencia? ¿Por qué tanta dificultad para una innovacion, y tanta facilidad para la otra? ¿Por qué? Yo se lo diré al viajero; porque esta es la marcha natural del progreso, que se abre con dificultad su camino, pero que una vez abierto y dados los primeros pasos, sigue un movimiento parecido al de los cuerpos en su caída: uniformemente acelerado. La introduccion de la cochinilla significa un

ataque al empirismo; la experiencia ha demostrado que es bueno lo que fué condenado y rechazado como malo; hase ya recibido una enseñanza útil, y la inteligencia de estos habitantes, sacudiendo el culto á la rutina, ha quedado preparada para prestar atento oído en lo adelante. Se habla ahora de tabaco, el éxito de los ensayos es favorable, se demuestra que este cultivo puede ser de gran porvenir para las islas, y en vez de oirse la voz del empirismo que se eleva inquieta y asustada, lo que se nota es ó el silencio que escucha atento y observador, ó el aplauso de los que aprueban. Resultado magnífico que fomenta el espíritu de iniciativa, y que permite augurar ventajosamente acerca de los destinos del país donde se manifiesta.

CAPÍTULO XII.

La Caldera.

LA expedición de hoy es una de aquellas que no se borrarán nunca de la memoria del viajero. Con decir que vamos á recorrer la Caldera, basta para explicar estas palabras.

¡La Caldera!! ¿Hay en las islas algo comparable con ella? ¿En todo el globo se encontrarán lugares que sean más importantes, ó que lo sean tanto como este? La fragosidad sublime é indescriptible que la Caldera ofrece, sus precipicios inmensos, sus accidentes sin número, las elevadas rocas que la coronan, los barrancos que en ella tienen su origen, sus bosques seculares, ricos por la vegetacion no menos que por la variedad de las especies vegetales, la diversidad de arroyos y de aguas que brotan de sus montañas, el espectáculo

grandioso que su recinto ofrece; todas estas circunstancias y muchas más que no enumero, hacen de la Caldera un sitio tan notable, que los hombres amantes de impresiones grandes y extraordinarias, harían ciertamente, si tuvieran noticia de ella, un viaje á la Palma y á las Canarias, tan sólo por visitarla. La copia de datos y de observaciones para la ciencia en general que del estudio escrupuloso de la Caldera pudiera recogerse, sería de seguro grande y considerable, pues la estética, la geología, la botánica, la mineralogía, y no sé cuántas ciencias más, están interesadas en el conocimiento de este raro y prodigioso fenómeno de la naturaleza.

La Caldera es mucho menos conocida que el Pico de Tenerife, pues apenas cada veinte ó treinta años se presenta un sábio extranjero á visitarla, atraído por alguna noticia ó narracion de las pocas que hay publicadas. Yo que he pasado mi niñez en los Llanos y Argual, y he venido despues á residir aquí muchas temporadas, no recuerdo haber oido hablar más que de dos naturalistas que fuéron á la Caldera; y si entre las infinitas relaciones conocidas de viajeros, hay muchas que mencionan el Teide, pues los que no han subido á esta altu-

ra, dicen al menos que lo vieron á cierta distancia desde la mar, de la Caldera apenas hay alguna que haga referencia. No conozco más que las que hacen Viera, algun otro historiador de estas islas, M. Buch, y MM. Web y Berthelot : debiendo consignar en obsequio de la justicia, que los estudios hechos por estos dos últimos escritores, son verdaderamente notables, tanto en lo que se refiere á la parte descriptiva, como en lo que atañe á la geología y al estudio de las plantas. Creo que Humboldt y uno ó dos escritores de Alemania, han escrito tambien sobre este asunto.

Recuerdo, y dispéñseme el viajero que retrarde por algunos instantes la salida á nuestra expedicion, recuerdo, digo, que viniendo desde Suiza á Paris en el verano de 1860, tuve durante el viaje por compañero á un caballero italiano, el cual, aunque jóven, pues alcanzaria de treinta y cinco á treinta y ocho años, habia recorrido muchas comarcas del globo.

—Los viajes, me decia este señor, que me son en extremo agradables, van perdiendo para mí una gran parte de sus alicientes. He recorrido ya tantos y tan diversos países, que es difícil que pueda proporcionarme impresiones nuevas.

—Es extraño, le contestaba, pues aún cuando usted visitara dos ó tres veces los mismos sitios y poblaciones, siempre encontraría cosas nuevas que apreciar y que admirar, porque precisamente atravesamos un período en que el poder de la industria y de la civilización están cambiando á cada instante por entero la escena de la vida, y haciéndola vestir nuevos ropajes: las grandes capitales se transforman, se ensanchan y se embellecen: las campiñas se hermocean asimismo por el cultivo, y el hombre, multiplicándose, deja por todas partes impreso el sello de su actividad. La vida en los grandes pueblos parece que se dilata y ensancha con nuevas y ricas manifestaciones, y es imposible que las ciencias, las artes, la industria, la política, no ofrezcan novedades capaces de impresionar fuertemente el ánimo.

—Es cierto, me replicaba, no lo niego. La Europa adelanta, y yo que creo y tengo fe en el progreso, veo con placer sus mejoras y adelantamientos. Pero no son ellos las novedades que busco: yo deseo encontrar lugares, costumbres, cosas que en nada, absolutamente en nada se parezcan á las que ya he visto y conocido: en el fondo de la transformación de

que hablais queda siempre un gran parecido. Por otra parte, la civilizacion, en su tendencia de cosmopolitismo, va borrando una parte de las diferencias que distinguen y personalizan á los pueblos.

—Vaya usted á España, le añadí, que si en lo que tiene de cultura y civilizacion se parece á las demás naciones de Europa, su suelo, sus climas y sus comarcas podrán quizá proporcionarle algun recreo y entretenimiento. Despues que haya recorrido la Península, aléjese usted un poco más y llegue á las islas Canarias, pues estoy seguro que encontrará en estas islas del Atlántico muchas situaciones nuevas y mil objetos que interesarán su curiosidad, aún despues de haber visto tanto.

Mi compañero de viaje me dirigió muchas preguntas sobre las Afortunadas. Al hablar de la Palma, le hice, con la exactitud que me fué posible, una pintura de la Caldera. Este valle, le dije, es uno de los raros volcanes de origen primordial que hay en el globo, y es creencia que corre valedera entre muchos geólogos, que las Cañadas del Teide y la Caldera de la Palma, dando salida al fuego central, produjeron un vasto continente unido al África, el cual cubierto más tarde por inundacio-

nes del Atlántico, dejó estas prominencias ó protuberancias que hoy constituyen el archipiélago canariense. Transpórtese usted con el pensamiento á aquellas edades, y representése una imagen de aquellos dos inmensos cráteres, de los cuales el uno tenía una boca de cinco leguas de diámetro, poco más ó menos, y el otro de dos, y difícilmente acertará á explicarse, ó á formarse una idea aproximada de lo que sería tan extraordinario acontecimiento. Las Cañadas están situadas á una grande altura, y la Caldera á una grandísima profundidad, y los sacudimientos, las corrientes, las revoluciones sucesivas que debieron ocurrir, explican los profundos barrancos, las enormes masas de basalto y la gran variedad de accidentes que su recinto encierra.

Explíqueme cuanto recordaba mi memoria, lo cual omito para no anticipar lo que hemos de ver hoy en nuestra excursion, y logré herir con tal viveza su fantasia, que me aseguró que no pasaria mucho tiempo sin hacer un viaje á las Canarias, y sobre todo, á la Caldera.

Pocos dias despues encontré á este caballero en el boulevard de la Magdalena, y me saludó con estas palabras: *Addio, signore, io vedrò la Caldera.*

Aquí tienen los viajeros un sitio de los que en el globo reúnen mayores atractivos, como curiosidad y fenómeno raro de la naturaleza. Yo se lo denuncio, y además voy á comunicales las impresiones de esta expedicion.

Ya entrado el dia, y casi á punto de rayar el sol en la cima de la Cumbre, salimos de los Llanos, en donde hemos fijado por ahora nuestra residencia. La mañana se presenta serena y nos anuncia un hermoso dia, como lo son todos en esta isla, excepto los tres ó cuatro en que en cada estacion de verano reina el viento Levante; ese viento que castiga muchas veces las costas del Mediterráneo, y que impregnado ó saturado con los vapores de los arenosos y ardientes desiertos africanos, hace sentir á todos los séres vivientes su influencia destructora. Nos acompañan dos guias muy prácticos en las estrechas sendas de la Caldera.

El reloj de la parroquia de los Remedios da las seis, en el momento en que pasamos á los piés de la torre y dejamos el pueblo.

Nos dirigimos al *Barranco de las Angustias*, así llamado porque en las soledades de su inmenso cáuce hay una ermita consagrada al culto de Nuestra Señora del mismo nombre.

A la salida del pueblo y durante un cuarto de hora de camino, atravesamos una hondonada de terreno árido y desnudo, al cual apellidan los naturales del país *los Barros*, en razon á su propia calidad. Apenas se descubre alguna higuera sembrada acá y allá, ni á nuestro paso distinguimos casa, choza, ni género alguno de morada, si no es un molino de viento casi destruido por el tiempo. Al doblar ó vencer la ligera inclinacion de la *Loma de los Caballos*, nos encontramos á los bordes del barranco, y en presencia de lo que se presenta á nuestros ojos, debemos decir que la impresion penosa y triste que dejan en el ánimo los Barros, es una preparacion á la sorpresa que recibimos en este instante. A nuestros piés descendiende el abismo en una inmensa profundidad, y de frente y al opuesto lado, se levanta de una manera imponente la gigantesca sierra ya citada, *el Time*, que corre desde el centro de la Caldera á la mar, tan precipitada y pendiente, que parece una muralla levantada para escalar el mismo cielo. A nuestra derecha y por el lado del Norte, coronan el imponente cuadro montañas, sierras y enormes masas de basalto, á las cuales la luz de la mañana imprime un tinte azul subido. El barranco de las

Angustias va ensanchando su cáuce, á medida que se aleja de su origen, hasta terminar en la orilla del mar, que tambien descubrimos por el lado contrario. Es de tal manera pavorosa la impresion que se recibe al llegar á este sitio, que no nos es dado sustraer nuestros cuerpos á una especie de temblor ó estremecimiento.

Los que buskais sensaciones fuertes y nuevas, venid á estos sitios: ellos despiertan la idea del poder sin límites de la madre naturaleza.

Descendemos, si no hasta el fondo del abismo, hasta encontrar la senda que ha de conducirnos, y dejando á nuestro paso algunas huertas que el riego fertiliza, comenzamos á seguir la direccion del barranco hácia su origen. Continuamos remontando el barranco, que se sumerge entre dos montañas coronadas á su vez por enormes rocas: los bordes del abismo llegan á ser impracticables, y nos vemos obligados á tomar hácia la derecha y á seguir una estrechísima senda de tres piés de ancho á orillas del precipicio, cuya profundidad es inmensa. Esta senda está interrumpida, de trecho en trecho, por pasos difíciles que los guias salvan con admirable destreza y facilidad, y nosotros con gran trabajo, auxi-

liados por los mismos guias y por largas lanzas, de una madera dura y consistente. Sorprendidos quedamos al reparar en la extraordinaria agilidad y sangre fria de nuestros acompañantes, pues con su lanza, manejada á entrambas manos y á entrambos lados, hacen verdaderos prodigios.

Cuando conducen sus cabras ó persiguen los chibatos monteses, saltan los precipicios, se abalanzan al abismo, suben las pendientes rápidas, corren y circulan, en medio de las montañas y rocas, como pudieran hacerlo las cabras mismas, y cual si corrieran y circularan en la llanura: no digo bien en la llanura, pues la nivelacion del terreno les embarazaria mucho en sus movimientos, acostumbrados toda su vida á pisar este suelo desgarrado. Hay palmeras, es decir, mujeres de la Palma, que circulan por la Caldera con la misma envidiable facilidad, manejando su lanza á guisa de hombres. Si el viajero consulta á estas palmeras ó á estos palmeros, encontrará, que no hay montaña, llanura, precipicio, barranco, arroyo, árbol ni cueva en todo este vasto recinto, de que no le sepan dar explicacion, pues unos y otras lo han recorrido una y mil veces hasta en sus más ocultos escondrijos; siendo en rea-

lidad motivo de gratísimo solaz el escuchar sus relaciones, en tosco y agreste estilo concebidas, pero reflejando la verdad misma de los objetos. Por decontado, el viajero no puede esperar que un pastor ó sencillo campesino le hable de revoluciones geológicas, ni de clasificaciones de plantas, ni de análisis de aguas, ni de sustancias volcánicas ó minerales, porque esto es imposible; pero designando las cosas por sus nombres vulgares, ellos le retratarán la verdadera fisonomía del paisaje, en un estilo á veces hasta verdaderamente imitativo. Y es que han tenido un gran maestro: la naturaleza. En su vida errante por las montañas de la Caldera, han pasado aquí muchas estaciones; han presenciado el espectáculo de los días claros y de los días de niebla; les ha sorprendido la tempestad y han oído el trueno, cuyo estallido multiplica sus ecos en estas profundidades y abismos; han oído asimismo el viento, que silba fuertemente por estos desfiladeros; han huido muchas veces para no ser arrastrados por la fuerza de los torrentes; han trepado en las copas de árboles seculares; han dormido en espaciosas grutas: lo han visto todo, lo han recorrido todo, y conservan en su memoria una imagen fotografiada de este re-

cinto y de cuanto en este recinto pasa. Añádase á esto la parte obligada de lo maravilloso: algunas luces, á manera de hachos encendidos, que se han visto en lugares á donde no ha podido llegar la huella del hombre; algunos ruidos extraños y como á manera de lamentos, oídos á altas horas de la silenciosa y callada noche; el canto siniestro de algunos pájaros nocturnos; el espanto y la sorpresa de los ganados; el miedo y el pavor de que en circunstancias tales se han sentido acometidos los narradores, y su manera de explicar estos hechos por la intervencion de *una alma en pena* ó de otras cosas sobrenaturales, y se podrá formar idea aproximada de lo que son sus narraciones.

Yo las he oido muchas veces, y hoy mismo, al seguir la direccion del barranco, hemos entablado un sabroso diálogo.

A cada paso que damos, van creciendo las dificultades: las dos montañas laterales se estrechan más y más, y llegan á estar tan cercanas, que apenas por entre sus altas crestas se descubre el cielo. Nuestros guias nos hacen bajar por una senda tortuosa hasta la orilla misma del abismo, y llegamos de esta manera al pié de una enorme roca á la entrada del des-

filadero, viéndonos obligados á dar una vuelta á su alrededor: avanzamos unos cuantos pasos más, y asalta nuestras miradas, casi de improviso el espectáculo de la Caldera.

¡Qué perspectiva tan grandiosa!!

Desarróllase á nuestra vista el gran sistema de sus montañas. Desde el centro del *valle* se eleva á manera de pirámide una gran mole de basalto, cuyos flancos se ven sombreados por árboles majestuosos: la hermosa meseta de *Taburiente*, cubierta de brezos, pinos, palmas é higueras salvajes, se descubre á lo léjos aislada en medio del circo como una isla de verdura, y bosques espesos y seculares vienen á completar el panorama. El aire que se respira es puro, la temperatura suave y la atmósfera está impregnada del aroma delicioso, que recoge de las exhalaciones de las plantas.

Los viajeros acostumbra establecerse bajo de un gigantesco y copudo pino, donde tambien nos establecemos nosotros y pensamos pasar la noche. Son cerca de las tres de la tarde, habiendo gastado unas ocho horas y media, desde la salida de los Llanos hasta el momento en que llegamos á este sitio.

Este valle solitario está rodeado por rocas y montañas, cuyas crestas parecen penetrar en

las nubes, y forman en derredor una línea de circunvalacion de cerca de seis leguas, en la cual se destacan tres picos de una inmensa altura: el *Roque de los Muchachos*, á 8.440 piés sobre el nivel del mar, la *Punta de la Cruz*, á 8.262, y la *Punta del Cedro*, á 7.037. Los bordes del recinto están cortados á pico por los lados Norte y Este; al Poniente, el paso de *Adamacansis* ofrece una escabrosa rampa á lo largo de los precipicios, y hácia el Sur, separándose á uno y otro lado las montañas, dan paso al barranco de las Angustias, estrecho en su origen, profundo en toda su extension y anchísimo al fin. La circunferencia de este recinto es, como acabo de decir, aproximadamente de seis leguas, su diámetro de dos, su profundidad de unos 2.257 piés. No entro en consideraciones geológicas, porque ya he hecho á este propósito algunas indicaciones.

Uno de los raros fenómenos que ofrece la Caldera es el de la vegetacion, pues teniendo en todas partes las diversas especies de plantas su zona propia y natural, no mezclándose nunca sino las que pertenecen á una misma zona, en el recinto de la Caldera todas las plantas y vegetales se confunden; pinos, brezos, palmeras, higueras, dragos, retamas, hayas:

rara y singular anomalía producida por la igualdad de la temperatura y los accidentes tan variados del terreno. Y es de notar que, siendo la Palma entre las demás islas de su grupo, la que conserva más la vegetación primitiva, y más se distingue por el vigor con que se desarrollan las plantas y los árboles, sea en toda la isla la Caldera la parte que sobresale por estos caracteres. Aquí crecen los más robustos, más bellos y más gigantescos árboles; aquí se encuentran los más poblados y espesos bosques, ocultos en las profundidades del abismo; aquí las más variadas y odoríferas plantas y yerbas; aquí los ejemplares más raros y notables de vegetación. El pino bajo el cual nos hemos establecido, es uno de dichos ejemplares: sus raíces penetran y se alimentan en los bordes mismos del abismo que atraviesa la Caldera; los robustos gajos que se extienden alrededor del tronco, ocupan un inmenso espacio, y, encorvándose los más bajos hasta tocar con sus extremidades la tierra, forman una bóveda de verdura, capaz de abrigar un gran rebaño ó una numerosa caravana. Hemos visto una higuera salvaje que nos ha llenado de admiración, un alfónsigo cuyo tronco tiene más de siete piés de diámetro, un enebro

sorprendente por las dimensiones de su tronco y por la elevacion extraordinaria de su tallo, y mil ejemplares más que seria prolijo enumerar.

Abundantes manantiales de agua brotan en distintos puntos de las montañas y se precipitan hácia el centro del barranco, distinguiéndose entre estos los arroyos de *Agua buena* y *Agua mala*. Todas estas aguas reunidas alimentan dos grandes acequias ó acueductos, que van á regar y fertilizar las tierras de Argual y Tasacorte, quedando un considerable sobrante, que despues de irse filtrando por el fondo del barranco de las Angustias, llega sin embargo con sus resíduos á la mar. Algunas por sus extrañas condiciones merecen ser estudiadas y analizadas. Hay grutas espaciosas abiertas por la naturaleza en las fugas mismas de los precipicios, y rocas cuyas variadas y caprichosas formas excitan en extremo la atencion. En fin, seria nunca acabar, si me empeñara en ir señalando las rarezas y admirables curiosidades que se ocultan en el interior de este recinto; y ahora es cuando alcanzo la verdad de las palabras de un ingeniero francés, empleado en trabajos de obras públicas por la Administracion de la provincia, el cual me

decia en la Palma no hace mucho tiempo: «Para conocer la Caldera y poder apreciar con aproximacion lo que ella encierra, es necesario pasar un mes entero en su interior, sin salir en todo este tiempo de allí.» M. La-Chapele tenia razon: dos dias en este admirable valle pueden bastar para un viajero que, no disponiendo de mucho tiempo, se contenta con las primeras impresiones; un estudio profundo y minucioso exige muchos más.

Lo que hemos visto, sin embargo, es suficiente para que el viajero comprenda, que con justicia la Caldera puede considerarse como uno de los lugares más notables del globo. Y puesto que el asunto es de tan grande interés, y á fin de que el lector vea que no lo engaño, ni me pierdo en los extravíos de la exageracion, voy á trasladarle algunos párrafos de una de las pocas descripciones que tenemos de este valle incomparable. Dice así:

«Las cimas de la isla (de la Palma) están divididas, desde la Caldera hasta la mar, por un profundo barranco que desemboca cerca de Tasacorte, y permite descubrir entre sus dos bordes el interior del gran cráter. Las rocas se elevan desde el fondo hasta el borde superior: la cumbre ó alta region, en vez de formar una

cadena continua, se abre interiormente, y los bordes de la Caldera ofrecen idénticos caracteres á las gargantas de los Alpes, extendiéndose el vacío que encierran hasta las cavidades más profundas de la isla. El barranco que arranca de este abismo se denomina de las *Angustias*. Argual está situado en su borde meridional, á 894 piés sobre el fondo del barranco, y los flancos de este último se ven cortados á pico, como estarian las paredes de una gran hendidura. Corre un arroyo abundante por esta garganta, borbotando al través de enormes trozos de roca; á medida que se avanza, los pasos son más difíciles, y las masas de uno y otro lado más imponentes, y no parece sino que estamos en los Alpes, porque tal es en efecto el *Schoellenan* en *Saint-Gothard*.

»En los puntos en que las rocas están más cercanas, corren los arroyos de *Agua buena* y *Agua mala*, salidos de la Caldera, por dos conductos diferentes, y van á engrosar más abajo el torrente principal. Entonces se ha llegado á la mayor profundidad del barranco, y el suelo, que vuelve á elevarse rápidamente, conduce á las rocas basálticas del interior de la Caldera... Masas inaccesibles de muchos miles de piés de elevacion la cercan por todas partes; al pié

de los repechos la acumulacion de hundimientos ha formado una pendiente más dulce, hoy cubierta por selvas de pinos, laureles, hayas, dragos, palmeras. Todo el suelo está guarnecido de helechos.

»La Caldera constituye el grande eje de la Palma : los bordes de la isla se desarrollarian casi circularmente alrededor de este eje, si una prolongacion de la montaña hácia el lado meridional, no viniera á modificar la estructura..... Ningun volcan en el mundo presenta un hueco tan considerable, y en ninguna isla existe un cráter de levantamiento de tan gran circunferencia y de tan sorprendente profundidad. Seria vano intento el querer subir desde el fondo de la Caldera hácia su cresta, ó bajar desde esta alta region al fondo, pues para llegar á la cima es necesario trepar la sierra por el circuito exterior, y entonces la ascension se hace con facilidad.....

»El aspecto de la Caldera no es menos sorprendente cuando se está colocado en uno de estos tres puntos..... (los picos del Cedro, de la Cruz y de los Muchachos) pues se abraza entonces con una sola mirada su espantosa profundidad. El fondo del abismo se halla elevado 2.258 piés, y las rocas verticales que circun-

dan el recinto, forman hasta su cima masas de 4.000 piés de altura.»

Hace ya muchos años que M. Leopoldo Buch escribió estas líneas, mas no por esto son menos dignas de ser leídas, porque los lugares que describe no han cambiado. Hecho este ligero paréntesis, en gracia de la importancia del asunto, debo continuar mi narracion.

La tarde ha corrido serena y apacible: la noche es una de las más hermosas noches que habrá visto el viajero. Situados él y yo, á las márgenes de la profunda sima y junto al pino secular, que habrá visto probablemente correr muchos siglos y presenciado muchos trastornos geológicos, pasan las horas sin que nos demos cuenta de ello, magnetizados por la influencia de esta noche incomparable. La clara luna deja caer sus rayos hasta estas profundidades, prestando al paisaje un tinte de poética melancolía, y el círculo de cielo que descubrimos por encima de las levantadas crestas de las montañas, parece una hermosa techumbre sembrada de diamantes. La naturaleza tranquila y reposada nos envia, en alas de un suave vientecillo, la fragancia de los bosques y plantas de la Caldera: el silencio es profundo, y tan sólo viene á interrumpirlo el ruido de los

arroyos que ruedan por las faldas de los montes y de las aguas que corren por el lejano torrente. De tiempo en tiempo tambien, llega hasta aquí el balido de las cabras de los contornos y el canto melancólico de algunas aves nocturnas.

Los guias se duermen, pero ni el viajero ni yo sentimos el sueño, ni quisiéramos sentirlo, pues deseamos que nos sorprenda el dia en esta situacion contemplativa. Aquí estaban los Estados de uno de los reyes guanches, que se repartian los dominios de la Palma, el más valiente y esforzado entre todos segun cuenta la historia, y la mayor parte de los súbditos de aquel soberano, sencillos moradores de esta accidentada Caldera, pasaron los dias de su vida sin traspasar siquiera los límites de su recinto. El mundo entero estaba para ellos reducido á este valle; eran extraños á los goces de la civilizacion, y sin embargo, comprendo, al menos en estos momentos, que fueran felices, porque tal es la variedad de fenómenos que aquí se suceden, y tan grande la riqueza de impresiones que estos lugares proporcionan.

Al fin nos vence el sueño : dormimos tranquilamente algunas horas en una cama de hojas secas que los guias nos han preparado. Al

rayar el día, el aire fresco de la mañana nos despierta. Amanece claro y despejado, pero muy pronto los vapores se condensan y una espesa niebla nos oculta los objetos. Aún nos sobran provisiones, pues las hemos traído en suma abundancia, y queremos antes de retornar hacer nuestro almuerzo ó desayuno. El barrilete (1) pasa de mano en mano y da la vuelta al corro varias veces: la rica cabrilla de esta isla satisface nuestro voraz apetito. La gente está animada y alegre; nuestros guías, más que de ordinario parlanchines, recurren con frecuencia al barrilete, cual si fuera un diccionario de la lengua ó una fuente de inspiración, y, para complemento de la fiesta, nos sorprende un incidente inesperado. Muy cerca de nosotros pasan dos pastores, y nos saludan quitándose las monteras; invitámosles á almorzar y aceptan después de algunas excusas.

Los pastores, que son muy jóvenes, traen por fortuna su tamboril, por lo cual á nuestras instancias entonan uno de esos sabrosos romances á que son tan aficionados. Únese al grupo de

(1) Barril muy pequeño en donde se acostumbra en Canarias llevar el vino cuando se sale al campo ó se hace una caminata; se conocen varias formas, y algunas son bastante raras.

los cantadores uno de los guias, y el que lleva el romance, canta los amores del último rey guanche de la Caldera. Es precisamente este incidente lo único que nos faltaba para que fuese completa la expedicion y dejara indeleble y eterno recuerdo en nuestra memoria. No está léjos la gruta en donde, segun el contexto del romance, se albergaba con sus padres la hermosa jóven guanchinesca, codiciado objeto de la pasion del rey, ni léjos tampoco el lugar donde todas las mañanas al rayar el dia, venian á verse y platicar los dos amantes. La noche del desposorio brillaron las montañas de la Caldera con las llamas de infinitas hogueras, festejo y celebracion acomodada á las usanzas de aquellos tiempos.

El afortunado Tenacen, que así se llamaba el rey, habia tenido un rival temible en Mayantigot, rey de Aridame, esto es, de los Llanos, Argual y Tasacorte. Por mucho tiempo compitieron los dos rivales, sin lograr ni el uno ni el otro arrancar una eleccion á su altiva Acerina; mas al fin, habiéndolos convocado para que concurriesen juntos en la meseta de Taburiente, allí, solos los tres, y empeñada la palabra de que cada uno de los pretendientes, se resignaria con la suerte que le tocase, sin

recurrir á la guerra ni á ningun otro género de violencia, levantó en alto la mano y colocándola encima del hombro de Tenacen, declaró que era él el que preferia su corazon. Mayantigot se retiró aparentemente tranquilo y sereno, mas al verse solo, gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos, fuéron á perderse en el abismo.

Los ecos repiten y llevan de loma en loma la voz de los cantadores; las montañas mismas parece que se animan á medida que el romancero canta su narracion, y los arroyos y las aguas suspenden ó amortiguan la rapidez de su corriente, absortos por el recuerdo de unos sucesos que los transportan á los tiempos de su edad dorada.

Terminada la fiesta nos despedimos de los pastores, y retornamos á los Llanos, conduciéndonos nuestros guias por el desfiladero de Agamansis.

CAPÍTULO XIII.

La Palma.

EL viajero ha recorrido la parte principal de esta isla, la que realmente es digna de su curiosidad. No le conduciré, subiendo por un camino difícil y peligroso la cordillera que se eleva desde el barranco de las Angustias, al Time, á la cima de la cordillera, desde donde tendria otro panorama agradable; ni tampoco lo llevaré por las sendas difíciles de *Tijarafe*, *Puntagorda* y *Garafia*; ni llamaré su atención sobre los infelices habitantes de estos pueblos, que se albergan los más en las cuevas de los barrancos, llevando allí con harta desgracia suya, una vida de miseria y privaciones. Yo mismo quisiera apartar el pensamiento de la triste situación en que yacen. Por fortuna el terreno que ocupan es una parte muy pequeña de la isla, y por lo tanto forman un número

cortísimo de sus habitantes; pero no por esto son menos dignos de lástima, ni menos acreedores á que se piense en dulcificar su desventura, ya que inmediatamente no sea dable extirpar la miseria en que viven. Desgracia es y mucha, que en medio de los países más ricos, ó de los más bellos y mejor dotados por la naturaleza, encuentre el viajero el triste y lastimero espectáculo del pauperismo, y no alcance, porque es imposible que alcanzar pueda, á enjugar todas las lágrimas y á acallar todos los sufrimientos. Sismondi hubiera derramado aquí una lágrima, arrancada por el dolor; yo también la derramo solo al recordar tan miserable estado, y no confío en más panacea universal que en el progreso natural de los pueblos, ayudado por el poder de la libertad. Por lo demás, es satisfactorio para mí el consignar, que la generalidad de la clase jornalera en esta isla ha mejorado mucho su situación de algunos años á esta parte.

La isla de la Palma, como se ha podido comprender, por el itinerario trazado, es de corta extensión, pero riquísima en curiosidades y bellezas de naturaleza. En realidad es una montaña suspendida en medio del Atlántico; montaña toda cubierta de bosques, de árboles fruta-

les, de plantas de especies variadas y de flores; cortada por profundos barrancos y elevadas cumbres, y regada por abundantes manantiales, que fertilizan una gran parte de su suelo, y aún fecundarian mucho más, si el espíritu de empresa hiciera un llamamiento á los capitales para dedicarlos á la conduccion de aguas. Desde que se pisa la playa en la parte oriental, hasta que se llega á la playa opuesta en la parte occidental, se sube ó se baja, como se habrá echado de ver en el camino que al viajero he trazado. Puede decirse que de Norte á Sur sucede otro tanto, si se prescinde de las continuadas variaciones á que da lugar lo accidentado del terreno.

La naturaleza se ha complacido en reunir dentro del breve cuadro que representa la isla todo género de bellezas naturales, de esas bellezas que más pueden interesar la curiosidad. ¿Se quiere en efecto encontrar valles amenos, montañas pintorescas, vistas risueñas? La Palma las tiene de diversas especies: los Llanos, Argual, Tasacorte, Santa Cruz, son de este número. ¿Se desean espectáculos grandiosos y pintorescos á la vez? La Palma puede proporcionarlos tan grandiosos, como haya podido soñarlos ó fabricarlos la imaginacion del hombre: los

panoramas que se descubren desde la cima de la cumbre Nueva, hácia el lado oriental y hácia el occidental, corresponden á esta clase. ¿Se busca una naturaleza salvaje y sublime á la vez, simas horribles, precipicios inmensos, cortaduras á plomo, todo en suma lo que puede despertar la idea de un gran poder sobrenatural? La Palma la encierra en su recinto; la Caldera es en esta clase todo cuanto puede desearse y concebirse. ¿Se ansian emociones que hagan la felicidad del alma, emociones como las que despiertan la Laguna y la Orotava? La Palma sabe despertarlas: hay mil situaciones y lugares en donde la impresion tranquila y grata tiene este carácter. ¿Se busca, en fin, dulzura de clima, suavidad é igualdad de temperatura, vegetacion valiente y variada, condiciones de aclimatacion? La Palma las tiene en todas sus localidades, tanto que pudiera yo hacer aquí casi los mismos cálculos y observaciones termométricas que hice en el Valle de la Orotava. La Palma, repito, encierra una gran riqueza de naturaleza; colinas, llanuras, valles, precipicios, sierras, árboles seculares, plantas aromáticas, flores, un pueblo activo, emprendedor, hospitalario, impresionable.

Desde la playa oriental á la occidental, mide

la isla una distancia de seis leguas ; y desde el Norte al Sur unas ocho, siendo por lo tanto casi redonda. Sus leguas superficiales llegan á veintiseis. El sistema de sus cumbres y montañas se desarrolla desde el centro de la isla, de un modo admirable. De Norte á Sur corre la gran cadena, dividiendo la isla en dos partes casi iguales. Hacia la mitad de dicha cadena y en la parte céntrica de la isla, se encuentra el punto principal de donde arranca el sistema ; la sierra del Norte continúa hacia el Sur, una cordillera se dirige hacia el Occidente, formando por esta parte los dos cuadrantes de que he hablado, y algunas ramificaciones menos importantes se extienden por el Noroeste.

La isla está habitada por unas 31.451 almas distribuidas en una ciudad, y setenta pueblos y caseríos. Hé aquí los nombres de sus principales poblaciones : Santa Cruz, Barlovento, Breña alta, Breña baja, Fuencaliente, Garafia, Llanos, Mazo, Paso, Puntagorda, Puntallana, Sauces, Tijarafe.

El clima la hace adecuada para cultivos de varias clases. Su producto agrícola más importante es hoy la cochinilla ; pero produce también cereales, vino, almendras, seda y frutas, y pudiera producir otras muchas co-

sas. He observado que sus habitantes son, en punto á cultivo, víctimas de una preocupacion. No es esta tierra la de los cereales, y si el suelo del arbolado, y sin embargo, en casi toda la isla se advierte el empeño de sembrar, dejando que la higuera, el moral y el almendro, crezcan en las faldas de las colinas, á la orilla de los barrancos, en los collados y en los límites de las heredades, es decir, allí en donde es imposible sembrar. Error grave, porque si la naturaleza ha indicado con preferencia otra cosa ¿á qué ese empeño de tener trigo, cebada y centeno? ¿Por qué no formar grandes bosques de almendros, de morales y de higueras? ¿Por qué no restablecer en algunos puntos tambien la vid? ¿Acaso temen los naturales de este país que les falten el trigo y el pan? ¿No saben que lo que conviene es destinar el terreno á aquello que mejor produce y en que deja mayores rendimientos, abandonando á la prevision del comercio el cuidado de proporcionarles lo demás?

La Palma posee en sus hijos un espíritu activo é industrioso, pero le falta aún la educacion y formacion de este espíritu. En orden á producir, tiene sobra de naturaleza, pero gran falta de arte. La cosecha de la almendra es tan

abundante, que un trozo pequeñísimo de terreno da una gran cantidad; los higos son de una calidad tan superior, que quizá no los posea iguales la misma Málaga, ni ningun otro país, excepto las demás islas Canarias; el gusano de seda se cria aquí y pasa las distintas fases y períodos de su vida, como en ningun otro país, puesto que es cosa averiguada, que este insecto necesita principalmente la igualdad y suavidad de la temperatura. Pues bien; no se extienden las plantaciones de almendros, ni se estudian nuevos métodos de ingertacion; se ignoran los procedimientos que tan bien conocen los malagueños para secar y preparar sus higos y sus pasas; el gusano de seda se cria por el sistema primitivo, y la seda se saca limpia y tuerce segun procedimientos antiguos.

¡Cuánta riqueza no podria sacar la isla de estos artículos! Sus higos y sus pasas preparados y dispuestos en cajas, como sucede en Málaga, podrian ser exportados á Europa y á América, en donde serian estimados y buscados; la cria del gusano de seda, perfeccionada y desarrollada en más vasta escala, produciria abundantes cosechas, y la exportacion de la almendra seria de consideracion, extendido el rádio

de las relaciones mercantiles. Quédese en buen hora la cochinilla y el tabaco para las tierras de riego, y huertos de secano preparados al efecto; mas no por esto se abandonen otras fuentes de produccion que pudieran ser origen de comodidad y de riqueza en el país.

En cuanto á la fabricacion de la seda, debo decir que se resiente del mismo defecto. Lo que se fabrica en la Palma es de superior calidad; pero el sistema de telares, la tintorería, los procedimientos necesitan reforma y con esta reforma, acreditada la fabricacion, pudiera ser tambien origen de prosperidad.

Yo aconsejo á mis paisanos que no se encierren en el círculo estrecho de la rutina, que estaciona, que mata, que sume á los pueblos en la miseria. Ellos son por naturaleza activos, emprendedores, ingeniosos; que no ahoguen ó dejen perderse estérilmente estas preciosas dotes. Yo les aconsejo que no se acostumbren á circunscribir sus aspiraciones de produccion, tanto agrícola como fabril, al estrecho recinto de la isla ó á lo más de la provincia; no, el productor debe procurar extender á lo léjos la esfera del mercado de sus productos, debe buscar *salidas* en todas partes, y animado por el poderoso estímulo de la competencia, aspirar

á sobresalir en aquellas industrias respecto de las cuales les son favorables todas las condiciones. La Francia lleva por el mundo entero sus artículos de gusto; la Inglaterra introduce sus géneros hasta en el más escondido rincón del globo, y un estímulo siempre creciente, una actividad siempre inventiva, lleva hoy á la industria europea por la senda de un progreso gigantesco.

¿Cómo, se dirá, se sale de la actual situación? ¿Cómo se introducen esas mejoras? ¿Cómo se extienden esas relaciones? Haciendo algo, intentando siempre algo nuevo, abriéndose constantemente nuevas sendas, comenzando por pequeños ensayos y concluyendo por generalizarlos en más vasta escala. ¿Por qué, me he dicho yo alguna vez, los ayuntamientos de la Palma, ó algunos de ellos, ó bien una asociación de industriales, no envía dos ó tres jóvenes á pasar algunos años en Lion, para que estudien allí prácticamente la cria del gusano y la fabricacion de la seda? ¿Por qué algunos de sus propietarios acomodados no residen una temporada en Málaga y en Andalucía, y estudian también allí la preparacion de sus vinos y frutas y el cultivo de sus viñas? ¿Por qué, he continuado preguntándome, cuando todo esto

se hubiera hecho, no habrían de enviarse muestras de frutos y sederías á la Península, á Europa, á las Antillas? Así se dan á conocer frutos, géneros, países, y llegan á acreditarse, y cuando esto se ha logrado, el comercio se encarga de lo demás. La fortuna no llama, no, por su propia virtud á nuestras puertas; es necesario buscarla, y buscarla con porfiado empeño, porque las más veces está oculta y escondida. La riqueza es el premio de la incessante actividad, y el progreso camina en alas del talento, del trabajo y del genio. ¿Acaso la historia del cultivo de la cochinilla, no es la confirmacion de esta verdad?

Las reducidas dimensiones de la isla permiten que sus frutos sean transportados al puerto y ciudad de Santa Cruz, pero con suma dificultad por la falta de buenos caminos. Es indispensable que estos caminos se construyan, como condicion necesaria al desarrollo de la riqueza, de la seguridad y comodidad: exigencia imperiosa cuya satisfaccion no debe retardarse. El que transita por su interior lleva la vida pendiente de un hilo, y si no ocurren desgracias, débese á la seguridad de las caballerías y al conocimiento práctico del terreno. No basta que se construya una carretera desde

Santa Cruz á los Llanos, pues es indispensable que se construyan tambien otros caminos, segun lo permita la escabrosidad del terreno. No basta que se diga, como se decia el verano último: se van á comenzar las grandes obras de la Palma (¡grandes obras de la Palma, una carretera en proyecto, de seis á siete leguas, y un muelle cuya primera piedra no sé si se ha llegado á colocar!), los ingenieros han salido para aquella isla. Es preciso que no se interrumpan estas obras y que se prosigan sin descanso hasta su terminacion.

No quiero fatigar más la atencion del viajero, extendiéndome en consideraciones de esta especie. Baste, pues, lo que he dicho, y continúo mi narracion.

Penetrando en la intimidad de la vida de los habitantes de la Palma, es imposible que no diga algo de la Habana y de algunas de sus costumbres, pues encuentro que todo esto ofrece un carácter de novedad que interesa.

Cuba y la Habana son una especie de patria para los palmeros. La emigracion de hijos de las Canarias que anualmente salen para aquellos puntos, se compone en su mayor parte de hijos de la Palma, y en esta isla se construyen casi todos los buques que mantienen el movi-

miento entre aquella Antilla y el archipiélago canariense. Son raras las familias, particularmente en las clases menos acomodadas, que no tengan en Cuba hijos, hermanos, esposos, padres ó parientes. En los Llanos apenas cumplen la edad de los catorce ó diez y seis años, una gran parte de los jóvenes marchan á la Habana, sea para quedarse allí ó para internarse en Cuba, y aunque á la vuelta de algun tiempo retornan muchos, su número es siempre inferior al de los que salieron, porque el vómito negro y las enfermedades que se padecen en las Antillas, cobran su tributo, y algunos que no han mejorado de fortuna, no quieren retornar pobres al país natal.

En todos, sin embargo, no se aparta un instante del pensamiento la idea del retorno, pues fuera de la Palma, el palmero suspira siempre por su patria. Esta observacion es comun ó aplicable á todas las islas Canarias, y ya en otra ocasion recuerdo haberme ocupado de ella con otro motivo (1). Verdad es que el sentimiento de amor patrio es innato en el corazon de todo hombre, y que por lo tanto no puedo

(1) Escribiendo al periódico *Las Antillas* acerca de las relaciones comerciales que las Canarias mantienen con Cuba.

hacerlo patrimonio de los hijos de este archipiélago; pero no es menos cierto que aquí se manifiesta con tal grado de viveza y de fuerza, que es necesario mencionarlo como circunstancia característica. Búsquese el isleño (de Canarias) que se quiera, aquel que haya tenido una educación más descuidada, el que en su país haya demostrado menos moralidad, y en la Habana y en Cuba se le oirá siempre hablar de su patria y de su familia; se le verá ocupándose de compartir con los objetos de su cariño, que ha dejado á las espaldas, todas las ganancias que su próspera ó mediana suerte le proporciona; se le encontrará uno y otro día calculando el tiempo, haciendo el balance de su capital, y aspirando tan sólo á elevarlo á una medianía, y aún á menos que una medianía, para tornar de nuevo al seno del patrio suelo. Sentimiento noble y digno de todo encomio, del cual pueden envanecerse las islas Canarias. La voz de la patria tiene para estos naturales el encanto de la voz de la sirena; ellos le prestan atento oído, cualquiera que sea el lugar de su residencia y la distancia que los separa (1).

(1) Cada vez que en Canarias se ha pensado realizar una idea patriótica, se ha recurrido á los compatriotas

Es curiosa la entrada en el puerto de Santa Cruz de la Palma de un buque de la Habana. Todavía en los confines del horizonte, y ya se le ha reconocido: todo el mundo lo aguarda con ansiedad. *San Miguel entra*, ó la *Nueva Engracia entra* (tomo á arbitrio dos nombres), anuncian mil voces á la vez, y cuando ya ha fondeado en la bahía se repite á las pocas horas en toda la Palma: *San Miguel ha entrado*,

de Cuba, y estos han respondido con generosidad. Prescindiendo de los muchos nombres de buenos palmeros que pudiera encontrar en la historia del pasado, puedo, concretándome á la época presente, citar entre otros el del Sr. D. Francisco Fernandez Taño, rico propietario natural de los Llanos que reside en la ciudad de la Habana. Hace cuarenta años, poco más ó menos, que este caballero dejó la isla de la Palma, y el tiempo y la distancia no han podido borrar en él el fuego santo del amor patrio. Es en este género un tipo de los más acabados. Cuando los jóvenes palmeros llegan á la Habana, reciben acogida y favor en su casa, abierta siempre para sus paisanos, hasta que encuentran colocacion; cuando necesitan recomendaciones, influencias ó apoyo para vencer una situacion difícil, el Sr. Fernandez Taño lo presta todo de buena voluntad: su dinero ha servido para el establecimiento de muchos, y su conducta generosa le da el carácter de verdadero patrono de los hijos de su país. Pero no es esto sólo; viviendo en la Habana, no se inicia, respecto de las is-

la Nueva Engracia ha entrado. La llegada del buque es un verdadero acontecimiento en la isla, y por muchos dias el asunto de las conversaciones. El correo es esperado con suma ansiedad; las cartas que se reciben no son leídas solamente por los individuos á quienes van dirigidas, que se transmiten al vecino, al pariente, al compadre, al amigo. Todo son plácemes y felicitaciones: el uno recibe seis ó siete onzas de oro; el otro una cantidad más moderada, ó al menos alguna caja de cigarros; esta un corte de vestido, un dige, una alhaja, una lata de tabaco en polvo, y el que no recibe nada, recibe al menos una promesa para más adelante, sin que por esto la carta no sea regada con lágrimas de cariño por la anciana

las Canarias, un pensamiento humanitario á que no concurra con su bolsillo: la fundacion de un hospital, la construccion de un edificio, el ornato de un pueblo, el culto de una iglesia, la conduccion de unas aguas, todo encuentra acogida en su entusiasta y generosa cooperacion. Su familia, sus parientes y sus amigos son objetos que no ha olvidado un solo instante en su vida activa y laboriosa. Los Llanos, pueblo de su nacimiento, es en su cariño un verdadero objeto de culto.

Tal es el tipo del palmero en Cuba: cuando reside allí, la mitad de su alma vive con él; la otra mitad está en la isla de la Palma.

madre, la solícita hermana ó la cariñosa esposa. La Habana, la Habana! Este es el nombre pronunciado á todas horas y en todos los instantes. Yo he presenciado varias veces estas escenas, y participado de los sentimientos que claramente he visto manifestarse en mi alrededor.

El viajero ó el lector podrá preguntarme: ¿Aceptas esa continuada emigracion á la isla de Cuba? ¿Tantos brazos que por consecuencia de la misma faltan de las islas, no lastiman ó no retardan el desarrollo de la agricultura en este país? Sí la acepto, lector, y la considero como un especial favor del cielo. Puede desearse, diré mejor, debe desearse que la emigracion de un país disminuya, porque esto es indicio claro de su prosperidad: indicio que revela, que hay ocupacion para todos los brazos, y que las vías del trabajo están allí de tal manera francas y abiertas, que á todos les es dado proporcionarse los recursos necesarios para la vida. Mas cuando el país no ha logrado alcanzar este desarrollo, y sea por falta de condiciones naturales, sea por obstáculos insuperables, por carencia de capitales ó por otra causa, la estrella de la fortuna no alumbra á todos con la misma claridad, y hay

por el contrario muchos seres humanos expuestos á los rigores de la miseria; entonces el tener un territorio cercano, próspero y rico, en donde es posible encontrar lo que el suelo ó el país natal niega, puede mirarse como distinguido favor de la Providencia.

Las Canarias se han encontrado durante una série de años en estas circunstancias. Trabajadas por la escasez de lluvias, al menos algunas islas ó determinadas comarcas de las mismas, no habiendo podido ó sabido acomodar sus cultivos é industrias á sus situaciones naturales, faltas de capital, apegadas á las inspiraciones de la rutina; viéronse muchas veces amenazadas del hambre, y millares de sus habitantes encontraron en la América, y particularmente en las Antillas españolas, una tabla de salvacion. Aún sin llegar á estos casos extremos muchos individuos, animados del deseo de hacer una mediana fortuna, y atraídos y seducidos con la perspectiva de los muchos que la habian hecho y retornado prósperos y ricos al suelo natal, se iban á Cuba á pasar unos cuantos años de su juventud, y allí, no solamente realizaban sus aspiraciones, sino que con continuados envíos de dinero á los suyos, á las personas que habian dejado atrás, con-

tribuian á mejorar su situacion y á mejorar tambien el cultivo de sus tierras. Agréguese á todo esto el retorno de muchos indianos (1), cuyos caudales son inmediatamente empleados en el país, y se acabará de comprender hasta qué grado ha sido y es importante la emigracion á la isla de Cuba. La situacion de la Palma, y la de todas sus hermanas las islas del archipiélago canario, es hoy mucho más próspera que lo fué en períodos y épocas pasadas, y por eso la emigracion ha disminuido en proporciones considerables; pero no ha cesado del todo, ni á mi juicio, convendria que cesara aún, dado el carácter de las relaciones que mantienen con las Antillas, y en especial con Cuba y la Habana. Dichas relaciones constituyen una fuerza de empuje, que acelera el movimiento de progreso en el archipiélago.

He querido penetrar en la intimidad de la vida palmense, ofreciendo particularidades curiosas. ¿Desea el lector, ó desea el viajero que le dé á conocer algunas más? Voy á entreternerlo aún algunos instantes con la relacion de otras.

(1) Así se llama en Canarias á los que regresan de América.

La Palma no es un pueblo que se distinga por supersticiones religiosas, si bien no sea imposible encontrar algunas en parte de sus habitantes. ¿Qué país en el mundo no las tiene! Pero es religiosa, observa las prácticas del culto católico, y en la población rural es muy seguida la costumbre de hacer promesas á la Virgen y á los Santos, en el deseo de conjurar una enfermedad, una mala cosecha, una desgracia, en fin. Hay quien hace promesas de este género por motivos livianos, y á veces por el placer de ir á cumplirlas. De esta costumbre han nacido las *romerías*, de antiguo conocidas en la isla, siendo las más celebradas las de *Nuestra Señora de las Angustias*, de *San Amaro*, *Nuestra Señora de Candelaria* y *Nuestra Señora de las Nieves*.

He concurrido y asistido á algunas: todas son parecidas y casi iguales. Ya recordará el viajero aquel celebrado barranco que corre desde la Caldera hasta el puerto de Tasacorte; barranco cuyas portentosas dimensiones, profundidad, anchura y elevación han debido sorprenderle. Al pié del Time, en el fondo del mismo barranco y en una estrecha banda de tierra, á cubierto de los torrentes y de las avenidas, se eleva una iglesia, una modesta

casa y una pequeñísima calle, hermoseedada con algunos árboles del Paraíso. Allí se venera la imagen de las Angustias, y su modesto templo se ve frecuentado todos los días del año por personas que dejan en él alguna ofrenda; pero el 15 de Agosto es el día de la romería, porque es también el día en que se celebra la función de la Virgen. De todos los puntos de la isla concurren hombres y mujeres. Los desfiladeros y empinadas sendas del Time están, desde la víspera, poblados por un inmenso gentío; el camino de Argual aparece de la misma manera, y todas las sendas y caminos que conducen al barranco están coronados por la multitud. Los *romeros* y *romeras* vienen divididos por pelotones, reuniéndose en cada uno la familia, parientes, novios, vecinos, amigos más íntimos, etc. Véseles cruzar por las calles de los Llanos, por Argual y por los demás puntos, haciendo una gran algazara, tocando el tamboril, cantando y llenando el aire con sus gritos de alegría, dando, en suma, muchos *ajijidos* (1).

(1) Especie de gritos que se dan esforzando la voz todo lo posible y llevando frecuentemente la mano á la boca para prolongarlos más.

Llegan á la ermita : hacen su oracion á la Virgen y dejan su ofrenda ó cumplen su promesa. La noche se destina al placer, y como el terreno es estrecho y pequeño, y el fondo del barranco está cubierto de piedras, despues que han invertido allí dos ó tres horas cantando y bailando, se vienen al llano de Argual para terminar la noche en medio de sus alegres festejos. El 15 de Agosto suele hacer por lo regular luna llena, y como el llano es espacioso, y las mujeres con sus blancas tocas, y los hombres con su traje especial, ofrecen cierta originalidad ; como se canta y se baila aquí y más allá, formando diversos y variados coros, puedo asegurar que el observador curioso pasa allí un par de horas agradablemente entretenido. Las romeras, y este es requisito indispensable, llevan colgando de la cintura, entre el vestido exterior y las enaguas, un saquito, que cae hácia el lado de la derecha, lleno de *torrado* de almendras, garbanzos, etc. Los mozos les piden el torrado, y ellas, si lo conceden, presentan la abertura lateral del vestido, para que lo tomen allí. Cuentan personas maliciosas que algunos mozos se entretienen demasiado en esta operacion, y es lo cierto que el torrado ha dado lugar muchas

veces á escenas semejantes á aquella de la venta que pintó Cervantes (1).

Ya cerca del amanecer, la multitud se va deshaciendo, porque los romeros se vuelven por donde han venido, pero no hacen esto sin que antes haya habido otro de los obligados requisitos de la romería, la lucha; la lucha que es bastante conocida en la Península, y que en Canarias es, no tanto un ejercicio de fuerza, como de destreza y habilidad. Los luchadores se dividen en bandos, según los puntos de la isla á que pertenecen. Al amanecer todo ha concluido, y el llano de Argual no se ve ya frecuentado por *romeros*, y sí por su concurrencia ordinaria. Las demás romerías son, como he dicho, del todo parecidas, sólo que las mismas escenas y festejos pasan en otros sitios.

Otra cosa que no es *romería*, porque participa de un carácter más grave y solemne, es lo que en la Palma se conoce con la frase *Bajada de la Virgen*, la cual consiste en que cada cinco años, la Virgen de las Nieves, cuya iglesia está situada en medio del monte y á corta distancia de Santa Cruz, es conducida proce-

(1) Daba la moza á Sancho....

sionalmente á la ciudad, en donde se celebra y festeja mucho su venida. Los palmeros han desplegado siempre lujo é ingenio en estos festejos, y tanto, que de las demás islas suelen venir muchos curiosos á presenciar las fiestas de la bajada.

Yo quisiera que el viajero, si no está muy apresurado, entrara conmigo en alguna casa del campo, donde se cante y se baile, ó se acercara á alguno de aquellos grupos que hemos visto en el llano de Argual, porque estoy seguro que lo que oiga y vea ha de llamar su atención. Se baila y se canta *el Santo Domingo*, *los Aires de Lima* y *la Iza*. Los nombres son raros, el canto lo es también, y el baile no lo es menos. Me inclino á creer, á juzgar por dichos nombres, que los dos primeros son importados de la América, y están modificados por ciertas reminiscencias de los primitivos guanches; el tercero es europeo y muy europeo de origen. Entre el viajero y juzgue por sí mismo, y no extrañe que alguna muchacha bailadora, con la sencillez propia de sus costumbres, le regale una clavellina y lo invite á bailar: distinción reservada para los señores, pues en cuanto á los demás, no son invitados sino que ellos invitan.

El Santo Domingo. Dos ó tres hombres tocan el tamboril con el acompañamiento de alguna pandereta (1). El principal canta un romance, y sus compañeros cantadores repiten á cada estrofa ó cuarteta una tonadilla. Hay por de contado diversas tonadillas que se acomodan á arbitrio á cada romance, y cada una de ellas no pasa nunca de dos versos, así como hay muchos romances sobre diversos asuntos; lo más curioso es la versificación, las comparaciones, las frases amorosas, y otra porción de circunstancias que me es difícil mencionar. Recuerdo haber oído cantar el romance del rey Bencomo, y también el ya citado del rey de la Caldera. He oído á algunos cantadores que demostraban tal facilidad al versificar, que inventaban los romances á medida que los iban cantando, y me decían despues de haber concluido: Esto, señor, sale todo del fondo del tambor.

Entre tanto cuatro bailadores dan grandes saltos y zapateados, sudando, por la violencia del ejercicio, cuanto es posible sudar, y dos bailadoras se pasean muy suave y tranquila-

(1) Tambor y sonaja son los nombres con que designan estos instrumentos los naturales del país.

mente entre ellos, abriendo de continuo sus manos y sus brazos con idéntica suavidad, y como queriendo seguir en el movimiento el aire ó la cadencia del canto.

Los aires de Lima. Este género ya no se canta al son del tamboril, sino de la guitarra y violin, ni los cantadores son distintos de los bailadores, sino los mismos. Fórmanse dos grandes filas de hombres y mujeres, coloca las la una enfrente de la otra. La música comienza y el primer bailar de la fila canta una copla, moviéndose todos al compás del canto: al terminar la copla, pasan los hombres al sitio de las mujeres y al contrario, y la copla vuelve á repetirse en coro. En seguida la pareja de enfrente contesta con otra copla, y se vuelve á renovar la misma escena. Los demás hacen otro tanto, cuando les ha llegado su turno. Se procura que las coplas sean correlativas, contestando siempre ella á él, y expresan por lo comun elogios y ponderaciones de hermosura, declaraciones de amor, celos, desdenes, etc., etc. Esto puede haber sido en efecto importado de Lima, sin modificación ninguna, y tal cual lo acabo de describir.

En cuanto á la Iza es una especie de jota, de la cual creo excusado ocuparme. Entiéndala-

se que estos bailes y costumbres se refieren á la gente del campo, pues las clases de buena sociedad tienen las costumbres de Europa.

Una reflexion más al viajero y al lector antes de salir de esta isla. Por grande que haya sido su sorpresa al recorrer la Palma, y estudiar su vegetacion primitiva, no será inútil que yo le diga que la isla ha sido en otra época mucho más hermosa, que el arbolado ha cubierto mucho más su suelo, y que muchas montañas, desnudas y al descubierto hoy, se han visto engalanadas por el follaje y la verdura. Y es que los montes de esta isla y de todas las islas Canarias, vienen siendo, hace algunos años, el blanco de las iras de un temible enemigo, del incendio; del incendio que ha consumido ya una gran parte y amenaza consumirlos todos; del incendio, no casual sino intencional, que despoja las montañas, ricamente ataviadas, de su silvestre y variado follaje, para dejarlas desnudas y expuestas, por decirlo así, á la vergüenza pública; del incendio que no reconoce otro móvil que el mezquino interés de sembrar un poco de trigo ó de cebada; del incendio cuya accion destructora apenas alcanza á proporcionar á sus autores algunas pobres utilidades, pues siendo el terreno

de los montes y de las cumbres por extremo pendiente, el agua de las lluvias arrastra á la llanura ó lleva á la mar por los anchos cauces de los barrancos, la capa de tierra vegetal que los cubre, dejándolos en la limpia y pelada roca, á la vuelta de pocos años.

No acierto á explicarme la frecuencia con que en la Palma se comete impunemente este delito, tanto más grave, cuanto que significa, no una ofensa al bien individual, sino un ataque al bien colectivo de todos los habitantes de la isla, pues los montes suavizan la temperatura; modifican el aire y atraen las nubes y la lluvia. La isla ha comenzado á sentir los efectos de tan punibles hechos, pues el agua del cielo escasea ya en los inviernos, y siendo tan saludable el clima, se ha observado en estos últimos años que son más frecuentes las enfermedades. En mi calidad de escritor y de hijo del país, no me es posible dejar de llamar sobre este asunto de vital interés la atención del gobernador de la provincia, de las autoridades superiores de la misma, y de todas las personas competentes, para que se estudie la cuestión y se busque remedio al mal. Es necesario no sólo contener los progresos del incendio, salvando de él los montes existentes,

sino tambien replantar el todo ó parte del terreno en que han sido destruidos. He visto perseguir y castigar á algunos infelices en cuyo rostro estaba pintada la miseria, porque vendian un palo de tea, cuyo valor no pasaba de tres ó cuatro reales, y esta persecucion me parecia que queria decir: *mueré de hambre*; pero no he visto ni sabido que el rigor de las leyes haya caido sobre los incendiarios.

CAPÍTULO XIV.

San Sebastian de la Gomera.

RECORRIDA en su mayor parte y conocida la isla de la Palma, tiempo es ya de trasladar á otro punto al viajero. Salgamos para la isla de la *Gomera*, cuyas altas cumbres hemos descubierto con perfecta claridad desde la cima de la cumbre Nueva, lo cual indica que no estará muy léjos; y con efecto la distancia que hemos de recorrer es aún más corta que la que separa á la Palma del Puerto de la Orotava, bastándonos siete ú ocho horas para hacer la travesía. No salen frecuentemente de esta isla en que nos encontramos barcos para la Gomera, y los que hacen este viaje salen de la ciudad de Santa Cruz, y no de Tasacorte, de donde tan sólo algunas barcas pescadoras van allá en

ciertas épocas del año á pescar, pues son aquellos mares tambien muy abundantes en pesca; mas nosotros tenemos á nuestra disposicion un pequeño balandro que viene á recogernos en Tasacorte, á fin de ahorrarnos ó evitarnos las molestias de unas cuantas horas más de viaje, necesarias para montar las puntas de la Palma, si del otro puerto saliéramos.

Entre la dudosa claridad del crepúsculo que apenas alumbra el barranco de las Angustias, subimos en hombros de dos forzudos y vigorosos marineros que nos llevan á la lancha, en la cual llegamos al costado y saltamos sobre la cubierta de nuestra humilde embarcacion. El resto de incierta claridad que ha dejado detrás de sí el sol, va desapareciendo por momentos, y en su lugar se nos vienen encima las sombras de una oscura noche. Muy mala y cruel es la que nos aguarda, pues el corto brazo de mar que separa las dos islas, es, por razon misma de la proximidad de entrambas tierras, algun tanto borrascoso, ó por lo menos, sus aguas tienen extraordinario movimiento. Arriba nuestra única vela; arriba, arriba; casi tocamos el agua con las manos, pues llega por un costado hasta las cintas del balandro. Al amanecer del próximo dia saludaremos la pintoresca Gomera.

Bajemos, si el viajero gusta, á nuestras reducidas y estrechas literas, y tratemos de conciliar, si nos es dable, el sueño, que allá á la madrugada, cuando comience á anunciarse el día subiremos de nuevo y, costeando ya la isla, oírémolos desde á bordo los gallos que cantan en tierra, como si quisieran estos animalitos darnos á su manera la bienvenida. Nuestro ánimo está alegre, y dispuesto á todo género de sensaciones, pues la experiencia de lo que en estas islas atlánticas hemos recorrido, nos ha demostrado que á cada paso pueden presentarse nos impresiones gratas y nuevas.

Hemos podido dormir algunas horas. Aún reina el silencio á bordo; subimos sobre cubierta, y comenzamos á distinguir una débil luz precursora del día, por entre la cual se descubre un gran bulto negro á nuestra derecha. Es la isla: los gallos cantan y los perros ladran; navegamos muy cerca de la costa. El día aclara y los primeros rayos del sol comienzan á dorar las cimas de las más altas montañas. La isla es más pequeña que la Palma, pero como aquella excesivamente quebrada y pintoresca. ¡Salud á la Gomera!! Antes de que pisemos la tierra, hagámonos cargo de lo que estamos viendo.

San Sebastian, que es la población que te-

nemos delante, capital de la isla, está situada al pié de una elevada cordillera, en una llanura ó planicie de tierra vegetal muy productiva, limitada por la playa del lado de la mar y en una especie de ensenada ó herradura formada por la naturaleza. La playa está perfectamente limpia de piedras, y en su menudísima arena vienen á dormirse blandamente las olas. A un lado de la poblacion se descubre un castillo á flor de agua, y por en medio de sus blancas casas, más blancas en estos momentos por estar iluminadas por la luz de la mañana, se elevan mil palmeras cuyas verdes copas cargadas de dátiles de color de oro, se mecen sobre los techos de las casas: circunstancia que hace un efecto admirable é imprime al cuadro grandísimo realce. Del otro lado opuesto al castillo, descubrimos un barranco de tan anchas y aplañadas márgenes, que parece el lecho de un gran rio: siendo de notar, que por el negro fondo de su cauce se deslizan cortos arroyos de agua, semejantes ó parecidos á hilos de blanquísima plata, unidos á la mar. Allá en el fondo, y como para imprimir al cuadro cierto carácter de grandeza, elévanse las montañas hasta la region de las nubes, y descendiendo y desarrollándose en variados accidentes, vienen á ter-

minar en las dos extremidades de la planicie en que se asienta San Sebastian, dejando apenas dos estrechos desfiladeros para pasar al Norte y al Sur de la isla. Tiene este cuadro algun parecido con el que contemplamos desde la bahía de Santa Cruz de la Palma, y aún puede decirse que pertenece al mismo género; pero sin ser mejor, ofrece tales diferencias en el conjunto y los accidentes, que puede tomársele por otra novedad.

A toda vela llega nuestra embarcacion al extremo de la rada, y entramos en una mar tan bonancible que no deja percibir movimiento alguno, y apenas un blando céfiro arruga y ondula ligeramente la superficie de sus tranquilas y azuladas aguas. En este puerto no hay muelle; pero una operacion muy sencilla es suficiente para que pasemos desde el barco á tierra. Esta operacion consiste en lo siguiente: uno de nuestros marineros salta sobre un gran peñasco, y dando la mano á otro compañero suyo de á bordo, forma con él una cadena á favor de la cual se mantiene quieta la embarcacion, y todos los demás vamos saltando por aquel desembarcadero formado por la naturaleza.

Hémos pues en tierra; necesitamos algunos

minutos para desembarazarnos de los hombres, mujeres y muchachos que nos asedian, disputándose nuestros baules, sombrereras y maletas, pasado lo cual nos encaminamos á la *Villa*, siguiendo un estrecho camino que va rodeando la marina y es como un cinturón ceñido á un elevado cerro, el cual recuerda una gran justicia hecha allá en los primeros días que siguieron á la conquista. No quiero entristecer con la narración de un suceso sangriento el ánimo del viajero, dispuesto en estos momentos á otro género de sensaciones. Dejémosnos pues conducir á la capital de la isla.

Como no hay fondas en la villa, los forasteros tienen que hospedarse en las casas de los particulares, según lo permiten sus relaciones ó sus cartas de recomendación; tan sólo hay en la actualidad un mallorquín que tiene tienda de ropas y sedas, y por favor da hospedaje á algunas personas. No conduzco al viajero á la casa del mallorquín, pues por fortuna mis conocimientos y amistades me permiten llevarlo á la de un propietario del país, sujeto de excelentes cualidades. Recíbenos este muy cariñosamente, y aún parece, según son extremadas sus demostraciones, que le produce gran contento nuestra visita, y es lo cierto que,

durante el corto tiempo que estamos en su casa, nos colma de agasajadoras atenciones. Nuestro buen amigo tiene sus ribetes de literato y de político, y como probablemente en una población de tan reducido vecindario, no podrá explicarse á sus anchuras sobre estas materias cuantas veces quiera, aprovecha la ocasión que nuestra presencia en su casa le proporciona para dar rienda suelta á sus contenidos ó comprimidos deseos. Le escuchamos, dialogamos con él, y aunque nuestro espíritu se preocupa más en estos momentos de la isla que de política y literatura, á que hemos puesto un paréntesis durante el viaje, no deja de sernos satisfactorio el notar el entusiasmo que nuestro interlocutor demuestra hácia la libertad. Sus manifestaciones no son teorías, ni siquiera juicios razonados referentes á esta preciosa palanca de los individuos y de los pueblos, fuente de todo progreso y manantial de civilización : son más bien arranques entusiastas del sentimiento en favor de una cosa que cree santa y buena, sin acertar á explicarla satisfactoriamente; desahogos del corazón más que de la inteligencia, que tienen en viveza y calor lo que les falta en idea ó conocimiento. Debo confesar que me gustan sus ardientes y apa-

sionadas arengas, á pesar de lo que hay en ellas de estéril y vacío, sólo porque son ardientes y entusiastas en favor de la libertad. Es que esta palabra encuentra eco en todos los corazones; es que este sentimiento es innato en el hombre; es que esta facultad forma una parte integrante de la naturaleza humana; es que la voz secreta de la conciencia parece que dice á todos, cualquiera que sea el estado de educacion de su inteligencia, que sin libertad no hay hombre, no hay dignidad, ni merecimiento en la vida; que cuando ella falta, la degradante esclavitud nos reduce á una condicion miserable. En medio de las impresiones gratas y las alegres ideas que en el ánimo del viajero despiertan estas hermosas y pintorescas islas, no le desagradará, pues yo lo supongo radicalmente liberal (¿quién no lo es en los tiempos que alcanzamos?), el encuentro de este buen herreño, que le trae al pensamiento la idea y al corazon el sentimiento de la libertad.

Salgamos á la calle y recorramos la poblacion. No ofrece esta en verdad nada notable, pues San Sebastian es una pequeña villa de 2.241 almas. Hay algunas calles rectas y bien empedradas, con casas en su mayor parte ter-

reras ó de planta baja, y muchas de dos pisos: hay además un casino con algunos periódicos y la concurrencia de unos cuantos lectores, una regular iglesia parroquial, algunas tiendas de comestibles, y la del mallorquin que ya mencioné, que reúne mercaderías de varias clases y de más valor. ¿Qué más puede haber en una villa de tan corto vecindario? Y sin embargo, siendo San Sebastian el puerto natural de exportacion é importacion de la isla, parece que debiera ser más poblada, rica é importante, sobre todo si se considera que la isla de la Gomera, aunque de reducido territorio, reúne condiciones muy favorables para el cultivo. Motivos hay para creer que en otras ya pasadas épocas debió ser mayor su importancia, y para esperar que volverá á tenerla en adelante. Justo es que paremos además la atencion en el convento de Santo Domingo, por hallarse situado al borde Norte de aquel gran barranco mencionado arriba y visto desde el mar: circunstancia que le ha dado la denominacion de *barranco de los Frailes*, si bien creen algunos que este nombre deriva de haberse ahogado en sus aguas y al tiempo de pasarlo, varios religiosos, en el aluvion de 1826, que hizo en las islas muchos estragos. Una cruz

muy alta, levantada casi en el fondo del cauce, recuerda aún esta desgracia. Por otra parte es digno de mencionarse este convento, porque su iglesia destechada sirve de cementerio á la villa, y porque en el arco del altar mayor, ángulo de la derecha, se ven tres grandes balas incrustadas; recuerdo del ataque que hizo á la poblacion una escuadrilla holandesa, cuando estas islas eran blanco de la codicia de ciertas naciones, y la guerra y la fuerza más comunes que hoy. Si entramos dentro del edificio, notarémos que sus celdas están habitadas por gente pobre, y que á la puerta de cada celda tiene cada inquilino un macho ó una cabra con su correspondiente pesebre y haz de yerba.

En la Gomera no son las poblaciones lo que puede llamar la atencion del lector; es el suelo, el campo, las montañas y las mil bellezas que nacen en la isla casi á cada paso. No tenemos, pues, por qué detenernos aquí más tiempo: pasarémos tan sólo la noche, y al amanecer del dia de mañana saldremos para el interior de la isla.

No carece San Sebastian de cierta celebridad histórica, debida á haber sido visitada en distintas épocas por diferentes personajes de

importancia. Uno de estos, el principal seguramente, fué el ilustre genovés conquistador del Nuevo Mundo, Cristóbal Colon, quien estuvo aquí varias veces, cuando hacia sus expediciones, y demostró siempre especial preferencia á este puerto y á esta isla, sea porque le conviniese en sus viajes este punto de recalada, ó sea por cualesquiera otras causas. Algunos historiadores refieren, que casado Colon en Lisboa con doña Felipa Muñiz de Palestrello, hija de un caballero italiano, altamente considerado entre los navegantes del tiempo del príncipe Enrique, y que habia colonizado la isla de Puerto Santo y sido gobernador de ella, la viuda del marino, conociendo la pasion de su yerno por todo lo concerniente á la navegacion, le comunicó cuanto sabia acerca de las expediciones de su esposo, cediéndole además el diario de navegacion. Enterado por este medio Colon en el secreto de los viajes, planes é ideas, al mismo asunto referentes, de los portugueses, visitó sucesivamente á Puerto Santo, la Madera y Canarias, acompañando á algunas de las expediciones de la costa de Guinea. Y tanto Abreu Galindo como Viera aseguran, que residió en la Gomera despues de su matrimonio.

En su primera expedicion, aquella expedicion célebre que logró preparar á costa de tanto tiempo, sacrificios y penalidades; como al tercer dia de haber salido á la mar la *Pinta* perdiera el timon y comenzase á hacer agua, resolvió tocar en las islas Canarias, y llegó á la Gomera el dia 6 del año de 1492, habiéndose provisto aquí de leña, agua y otras provisiones.

En el segundo viaje, llegó á este puerto de San Sebastian el dia 5 de Octubre de 1493 con un convoy de diez y siete carabelas, despues de haber tocado en Gran Canaria. Una vez en este puerto de la Gomera, se proveyó tambien esta vez de agua y leña para el camino; compró terneros, cabras y ganado lanar para naturalizarlo en la isla Española, y ocho cerdos, de donde se procrearon las manadas, que tanto abundaban posteriormente en las colonias españolas; tambien sacó de aquí gallinas y otras aves, semillas de naranjas, limones, melones y otros frutos, todo lo cual sirvió para propagar estas especies en el Nuevo-Mundo.

El 19 de Junio de 1498 entró de nuevo en la Gomera, y ya era su tercer viaje, en donde encontró anclado un corsario francés con dos presas españolas. Colon no volvió ya á esta

isla, pues en su cuarto viaje no tocó en otro punto del archipiélago canariense más que en Gran Canaria.

De todo lo cual resulta, que si los recuerdos del pasado tienen algun valor para los pueblos, no cabe pequeña gloria á este puerto de San Sebastian y á la Gomera, en haber tenido tanta parte en las operaciones de la conquista de un mundo nuevo, al cual proporcionó no solamente víveres y provisiones en los viajes, sino tambien hombres para la conquista, animales domésticos y plantás de diversas especies, para el cultivo y poblacion de aquellos apartados y vastos territorios.

Y no fué Colon el único personaje que recibió este puerto. D. Nicolás Ovando, en viaje á la isla Española para traer á Europa al gobernador Francisco de Bobadilla, que de un modo violento é inhumano habia perseguido á Cristóbal Colon, asaltado por una tempestad, y habiendo perdido una de sus naves, vino aquí y la reemplazó con otra comprada en este puerto y tripulada por gente del país. Aquí estuvo Hernan Cortés por los años de 1574; aquí D. Francisco de Montejo, en su viaje al Yucatan; aquí D. Alvaro de Bazan con la flota española que mandaba; aquí otros muchos céle-

bres navegantes que seria prolijo enumerar, y durante muchos años fué tambien este el punto de mira de todos los ataques á las islas Canarias.

El lector, y particularmente los hijos de la Gomera leerán tal vez con gusto estos recuerdos históricos; por eso los he reunido en los párrafos que preceden.

Mañana, como he dicho atrás, saldré con el viajero para el interior. Carecemos del recurso de las caballerías de alquiler; pero algunos amigos nos las proporcionan, siendo cosa segura que ningun viajero dejará por esta causa de visitar la isla; pues sea de San Sebastian ó del interior, se apresurarán los naturales á proporcionarselas, con esa oficiosidad que ya hemos notado en otras partes, y que es característica en los habitantes de todo el archipiélago.

CAPÍTULO XV.

Hermigua.—Agulo.

AÚN no doran las cimas de las más altas cumbres de la isla los primeros rayos del sol, y apenas el horizonte teñido por un ligero carmin, comienza á anunciarnos la proximidad del dia; cuando mi compañero de viaje y yo, en union de dos hombres del interior que nos acompañan, para preservarnos de los peligros de difíciles y escabrosos caminos, abandonamos los dioses lares de la capital de la Gome-
ra. Montamos en nuestros caballos y partimos.

Al salir dejamos á uno y otro lado del camino hermosas huertas abiertas en el barranco, habiendo sido para ello despojado el terreno de una capa de arena de más de dos varas de espesor, y de grandes piedras y escombros arras-

trados por el aluvion de 1826. Es grande la fertilidad de la tierra : el maíz crece á tal altura, que un hombre no podria alcanzar su espiga, y los nopales ó higueras de Indias se desarrollan tan pronto, que al año están ya, por lo altos y poblados de penquería, en estado de poder alimentar á la cochinilla. Hay en las huertas árboles frutales, y muchas de ellas están destinadas al cultivo de la grana. La arena, las piedras y demás sustancias volcánicas y pedregosas, se ven hacinadas en grandes montones á manera de fuertes en las cercanías de las huertas. Seguimos nuestro camino por sendas tortuosas y por el centro mismo de un profundo barranco, el cual en una pendiente muy rápida va ascendiendo hasta la cumbre, y en la misma proporcion abriendo sus costados hasta llegar á las *lomas*.

Note el viajero lo pintoresco de esta ruta. Los costados del barranco presentan dos magníficos anfiteatros, fertilizados por el riego, poblados de casas de campo caprichosamente situadas, y de espesas arboledas de toda clase de frutales : á cada paso es preciso atravesar una charca ó un arroyo de agua cristalina, que se desliza por entre piedras de gran magnitud, y las charcas se ven cubiertas, y los bordes de

los murmurantes arroyos engalanados, por las anchas hojas del ñame; hermosa planta cuyo color se asemeja al verde subido de la esmeralda. A nuestro paso encontramos, y este es un objeto digno de la curiosidad del viajero europeo, dos corpulentos dragos de la forma más original que puede imaginarse, porque los dos grandes brazos principales, dando nacimiento el uno á otros dos y el otro á cinco, ofrecen la forma de grandes candelabros y recuerdan el del templo de Salomon en la antigua Jerusalem, ó los tenebrarios que se usan en nuestras iglesias, en los dias de la *Santa Semana*; con la rara particularidad de que, desde uno de dichos brazos, se eleva un arbusto parecido al almendro. Ascendemos poco á poco; los árboles frutales van siendo más raros, pequeños y enfermizos, y por fin pisamos la descubierta de las lomas, donde vemos primero tierra, de panificación y labradío, con algunas chozas ó casas diseminadas, y más arriba prados en donde pacen muchos rebaños, cuyos pastores están pobremente vestidos. Y subiendo más todavía, llegamos á las alturas donde la vegetacion casi se extingue, criándose allí tan sólo una yerba que parece guejeras de pelo ó de lana, como si las sierras hu-

bieran querido ocultar su desnudez á los caminantes, ó preservarse de los rigores del frío con este abrigo. La subida se hace á cada momento más violenta y peligrosa: estrechos senderos, por los cuales apenas parece que pueda moverse la caballería, rodean las lomas, presentando constantemente por un costado un inminente peligro de la vida, que necesitamos por un exceso de abnegacion confiar al cuidado de nuestros caballos. No tema el viajero sin embargo, pues estos caballos gomeros, que por lo pequeños, delgados y á veces de mala figura, no pueden mirarse sin cierto disgusto, son tan seguros, tan ágiles y trepadores, que parecen tener condiciones de otra raza de animales. Cansados de subir, pues que llevamos más de tres horas, y completamente en la region de las nubes que corren á nuestros piés, vencemos al fin la cumbre y tocamos su cima, experimentando ese alivio y placer que se sienten despues de un largo y penoso ascenso.

¿Quién podrá negar que es extremadamente variada y pintoresca la parte de la isla que acabamos de describir? Y no obstante por el lado opuesto la belleza tiene mayor realce y el paisaje más variedad, pues la vista, el olfato y el oído, encuentran cuanto el hombre puede ima-

ginar para satisfacerlos. No puedo atravesar estos sitios tan amenos, tan recreativos, sin que vengan á mi memoria las palabras que Fene- lon pone en boca de Telémaco, al describir la belleza del Egipto. Acompaño al viajero y las voy recitando en mi interior. — « Si el dolor de mi cautiverio, decia Telémaco, no me hubiese hecho insensible al placer, mis ojos hubieran quedado encantados al ver aquella tierra de Egipto, parecida á un jardin delicioso, y re- frescada ó regada por infinito número de cana- les. No podia dirigir la vista al uno y al otro lado, sin descubrir ciudades opulentas, casas de campo agradablemente situadas, tierras que sin descanso alguno, se cubren todos los años de la dorada espiga, prados que los rebaños pueblan, labradores agobiados bajo el peso de los frutos de la tierra, pastores que hacen re- petir á los ecos del contorno los dulces soni- dos de sus flautas y zampoñas. » — El parecido no es enteramente igual, porque en el cuadro que pinta Telémaco, el trabajo del hombre tie- ne la parte principal, mientras que en el mag- nífico panorama que tenemos delante, casi todo es debido á la naturaleza y poquísimo á la mano del hombre. No tenemos á la vista opu- lentas ciudades ni canales de riego; pero en

cambio hay tanta variedad y encanto en estas montañas, que bien podemos decir que nuestros sentidos, y no sólo nuestros ojos, están fascinados.

Atravesamos una gran cortadura que separa la banda del Norte de la del Sur, y, comenzando á bajar, entramos en un monte espeso de grandes hayas, tilos, barbusanos y otras clases de árboles silvestres. Llega á nuestros oídos el murmullo y ruido de los manantiales que caen en cascadas dentro de los montes, el sonido de los cencerros de los ganados que pacen en su recinto, el silbido y los gritos de los pastores que los custodian; y por una clarea que hace el monte á los cien pasos del descenso, se queda suspendida la vista y embargada la fantasía, pues esta elevadísima cumbre, toda cubierta de bosque, se va dilatando en valles y lomas y descendiendo hasta las llanuras que tocan en la mar. ¡Sorprendente y nunca bastante encarecido espectáculo! En el fondo de cada uno de los valles, y por las quebradas de estas lomas casi infinitas, corren arroyos de agua más ó menos caudalosos; encuéntranse las casas y las chozas salpicadas por todas partes, y cada una de ellas ofrece á su puerta un emparado que los naturales llaman *enramada*, y á

un costado una especie de abrigo hecho con piedras, donde se sienta la familia á hacer sus labores. En las pocas llanuras que van dejando los valles y las lomas, aparecen los case-ríos y poblaciones, de las cuales es una de las principales la que lleva el nombre de *Hermigua*, á donde nos dirigimos.

Extasiados por la belleza del paisaje, llegamos al pueblo, y entramos por una especie de calzada muy bien construida, dejando á la derecha un convento que perteneció á los religiosos de la órden dominica, y á la izquierda algunas casas de muy buen aspecto. El viajero notará la curiosidad y excitacion que produce su presencia en estos caseríos. No lo extrañe; la isla de la Gomera, á pesar de sus naturales bellezas, es poco visitada. ¿Cuándo aporta un forastero por sus costas? Y sobre todo ¿cuándo atraviesa un forastero sus cumbres? Algunos que pasan por Canarias, visitan solamente á Santa Cruz de Tenerife, ó se extienden hasta el Valle de la Orotava; algunos tambien llegan á Canaria y la Palma, sin penetrar mucho en el interior de estas islas; los peninsulares, empleados por lo general, no pasan de la capital de la provincia ó de la ciudad de las Palmas, y, á lo más, conocen una parte de Tenerife; el

movimiento de personas y mercancías, casi todo está entre las tres islas principales, Tenerife, Canaria y la Palma, extendiéndose también hasta Arrecife en Lanzarote. ¿Quién atraviesa, repito, las escabrosas sendas de la Gomera, que no sea hijo del mismo país ó de la misma isla? Si esto sucede, es raras veces ó de tiempo en tiempo, y por lo tanto la llegada de un forastero ó de unos cuantos forasteros, excita vivamente la curiosidad de los naturales. Por todas partes notará el viajero curiosos que le miran; unos lo tomarán por inglés, otros por francés, algunos por alto funcionario público de la provincia, y quizá, quizá por comisionado que va á recargar las contribuciones. A las pocas horas ya todos sabrán quién es, y no faltarán ciertamente personas, que lo acogerán con la más viva solicitud, mostrándose de corazón dispuestos á complacerle, lo cual le dará buena idea de la hospitalidad gomera.

Hermigua cuenta unas 1.772 almas, y no ofrece nada que digno de notar sea, si no es un letrero que se ve en una gran portada en la plaza principal, el cual dice: *Mayorazgo de Carresco*. Conduciré al viajero á una gran posesion que lleva este nombre, lo presentaré al propietario, que seguramente nos recibirá con

la mayor atención, no permitirá que salgamos de su casa sin habernos obligado antes á aceptar algún fino y delicado obsequio, un almuerzo, por ejemplo, y nos acompañará en un paseo por su posesion. Recorrámosla, pues, y la veremos formada por un llano á cuyo costado corre un barranco, dividida con regularidad por paredones alineados y casi paralelos, y toda atravesada por paseos de naranjos y de plátanos enanos, cuyos racimos tocan al suelo.

Las aguas de regadío la fertilizan y se distribuyen por distintas acequias en toda su extensión, y el maíz, las patatas, las legumbres de toda clase y el nopal, forman agradable contraste con los plátanos y los naranjos.

Continuando nuestro camino y pocos minutos despues de haber salido de Hermigua, encontramos una loma de bellissimo aspecto, vestida por el hermoso arbusto ó árbol llamado *aromero*, que todo el año está cubierto de flores amarillas del tamaño de una cereza, las cuales parecen botones de oro en medio de su verde follaje. La montaña se presenta tapizada por una alfombra verde salpicada de doradas y menudas manchas, y despide un olor delicioso, aunque tan fuerte, que hasta haber vencido la loma, nos sentimos acometidos por una

especie de mareo. Los naturales del país se empeñan en destruir estos árboles, destrozándolos y sirviéndose de ellos como combustible, y sin embargo, es tal la pertinacia con que se reproducen, que por cada uno que destruyen, nacen ó brotan ciento.

Seguimos siempre sendas tortuosas: la mar se descubre á lo léjos, y en las pendientes que descienden hasta las playas, vamos dejando algunos caseríos. A las dos horas de la salida de Hermigua llegamos á Agulo, pequeña aldea ó caserío de reducido vecindario, del cual hago mencion porque hay en él una curiosidad que quiero que conozca el viajero. Es una especie de raro fenómeno que difícilmente se verá reproducido en otra parte, y consiste en que el caserío fundado ó levantado en el declive de una pendiente, desciende todo entero y de una manera insensible, de suerte que cada año se encuentra tres ó cuatro varas más abajo de su primer asiento. Yo tengo noticia de una cosa algo semejante que ocurrió en Castilla hace pocos años. Un amigo mio tenia unas tierras plantadas de viña y cercadas por gruesas paredes de piedra, y en un invierno en que hubo grandes tormentas, la viña y las cercas se encontraron á algunas varas de distancia de su

asiento, arrastradas no sé por qué oculta fuerza. El caso no es enteramente igual al de la Gomera, pues ocurrió una sola vez, y coincidió con una tormenta, que de uno ú otro modo debió producir el fenómeno, mientras en Agulo el hecho se produce con regularidad, é independientemente de las tormentas. Tan sólo encuentro á este curioso y raro fenómeno una explicacion. Agulo, como he dicho arriba, está construido en una pendiente rápida, y se levanta sobre materias volcánicas muy menudas, en términos que no se encuentra firme sobre que apoyar los cimientos de las casas: lo que pues parece probable es que unidos en un cuerpo compacto las casas, el piso de las calles y todo el recinto del pueblo, encima de las materias volcánicas, rueden como una sola masa en virtud de su propio peso por el declive del terreno. Los vecinos de Agulo están ya de tal manera familiarizados con este nuevo sistema de viajar, que no les causa novedad alguna, y no sería extraño que siguiendo así, á la vuelta de algunos años, se encontraran en la orilla de la mar. Algunos ingenieros han ido allí á estudiar el hecho, y si mis noticias no son equivocadas, hay sobre él formado un expediente en el gobierno de la provincia.

El origen del nombre de este pueblo debe buscarse en el ángulo que forman, cerca del sitio en que se asienta, dos elevadas cordilleras. Desde el vértice de estas cordilleras, ó diré mejor para expresarme con más propiedad, desde el vértice del ángulo que las mismas forman, se desliza un gran arroyo de agua que, á manera de cascada ó catarata, se precipita un poco más abajo sobre una especie de meseta, saltando allí las aguas y esparciéndose y distribuyéndose en una porcion de arroyuelos: cada uno de estos sigue distinta direccion hasta descender como una mitad de la pendiente, desde donde se canalizan y reúnen todas las aguas en el fondo de un gran barranco, por cuyo tránsito ponen en movimiento algunos molinos. Tiene en verdad mucho de bello y admirable este espectáculo: no es ciertamente la caída de un gran rio, ni descenden las aguas desde una elevadísima altura á una inmensa profundidad; pero el arroyo es muy considerable, la caída perpendicular, la altura más que mediana, y un conjunto de circunstancias que se unen en una bella armonía, presta á la escena un sello marcadísimo de animacion y de encanto. Coronado el vértice por algunos árboles y por la verde alfom-

bra que forman las yerbas y los arbustos, comienzan á descender las aguas tranquilamente; pero á los pocos pasos les falta de improviso el lecho y caen extendiéndose como una ancha madeja, hasta encontrar el suelo que las rechaza, obligándolas á elevarse de nuevo á cierta altura, en virtud de la violencia misma de la caída. Y su transformación en espuma con la resistencia del aire que las comprime al caer, y los vapores que se elevan en la atmósfera, como bandadas de pájaros, para desaparecer hácia los cuatro puntos del cielo, y los distintos arroyuelos que murmuran y se extienden por la pendiente, como delgados hilos de plata: todo esto forma un conjunto admirable. A manera de miembros de una sola familia que separándose para gozar de su libertad, vuelven luego á reunirse en el hogar doméstico, estos arroyos, despues de haber seguido distintas direcciones, vienen á confundirse y á unirse en el cáuce del barranco. Hé aquí un conjunto bellísimo de aquellos que despiertan dulces emociones en el alma: yo no sé describirlo en toda la verdad con que lo presenta la naturaleza.

Un poco más abajo, y siguiendo la pendiente, encontramos una gran llanura que está á

la izquierda de la poblacion y forma como el sedimento de un gran receptáculo de aguas, pues no se encuentra en él ni una sola piedra, y el terreno es de una gran profundidad. Parece probable que fuese esto en un principio el cráter de un volcan, á donde han ido á parar todas las tierras y despojos florestales traídos por las aguas: el riego la fertiliza, y tanto por esta causa como por la calidad misma del terreno, es extremadamente productiva. Todos los vecinos del pueblo tienen su parte ó porcion en el terreno, siendo tantas las partes que algunas, por lo pequeñas, no bastarian á formar el área de la casa del propietario; y aún cuando no existen señales que las dividan, en medio de la igualdad de las plantas que en su recinto crecen, los dueños no confunden nunca sus pequeñas propiedades. ¡Raro fenómeno de feracidad! Apenas en ninguna época del año llega á descubrirse la tierra desnuda, pues mezclándose ó interpolándose los cultivos, está constantemente ocupada por una cosecha por recoger y otra que se planta.

En Agulo residen muchas personas principales de la isla, las cuales tienen un modesto casino como centro de reunion y de sociedad. Nada más puedo señalar en este pueblo que

digno de notar sea, sino es una costumbre que recuerda otra muy conocida en los pueblos árabes, y tambien entre los antiguos hebreos: consiste esta en que, sentándose por las tardes el alcalde en un banco de piedra, situado en la esquina donde se cruzan las cuatro principales calles de la poblacion, administra allí verbalmente la justicia, en todo lo que es compatible con las pocas formas verbales que han quedado del antiguo procedimiento judicial.

CAPÍTULO XVI.

Valle Hermoso. — Alto Garajonay. — Establecimientos del Sur.

DESPUES de haber pasado la noche en Agulo, salimos muy de mañana para Valle Hermoso. Nuestro camino es al principio poco accidentado; pero á medida que vamos ascendiendo á ciertas alturas se hace más pintoresco y recreativo. Seguimos estrechas sendas ó veredas, llamadas aquí impropiamente caminos, como son todos los de la Gomera, las cuales atraviesan unas veces por entre montes bajos y retamosos, y otras por entre altos y maderables. Una circunstancia inesperada viene á entristecer en estos momentos el ánimo del viajero; circunstancia que forma contraste con las ideas alegres despertadas por la vista de los bellos paisajes que recorreremos. Encontramos á

nuestro paso muchas zanjas largas y profundas en distintos puntos del terreno, y preguntando su objeto, nos dicen las personas que nos acompañan, que son grandes bancales abiertos para buscar la raíz del helecho; es decir, para que el lector me entienda, que hay en la Gomera seres humanos, que faltos de pan y de alimento con que apagar el hambre, se ven en la triste necesidad de extraer del seno de la tierra las raíces de los helechos, las cuales secas, trituradas y molidas á manera de grano, producen una especie de harina de que se forman tortas de un color pardo y terroso. ¡Situacion deplorable y digna de compasion! ¡A qué tristes reflexiones no pudiera conducirme! Bajo de este hermoso cielo, y en medio de estos valles y de estas lomas donde todo sonrie á la vista del espectador, llevan algunos desdichados habitantes la vida más trabajosa que imaginarse puede. ¿Cómo una tierra que por doquiera hace ostentacion de su natural y prodigiosa fecundidad, niega á estos infelices los medios de existencia? No nos perdamos en conjeturas; la tierra no niega al hombre el concurso de su virtud productiva, pero aguarda que este la busque y solicite: á la naturaleza es menester que se asocie la mano del

hombre, y la mano del hombre no se mueve ó no puede moverse cuando no cuenta con elementos de trabajo. Faltan aún en la Gomera suficientes capitales para desmontar el terreno, para conducir las aguas que se pierden en los barrancos y en el fondo de los valles; faltan caminos por donde puedan ser transportados los frutos que el suelo pudiera producir; falta movimiento comercial que estreche las relaciones de esta isla con las demás del archipiélago; falta, en suma, lo que se llama vida de la industria, de la actividad humana. En la Gomera hay comarcas bien cultivadas, hay muchas familias y muchos propietarios que tienen comodidades; pero hay todavía, hoy en menor número que en otras épocas, algunos pobres trabajadores que no encuentran ocupación en una gran parte del año, y obligados por la necesidad de vivir, tienen que acometer la ingrata tarea de buscar raíces en el seno de la tierra para alimentarse. Nótelo bien el viajero: en toda comarca en donde el cultivo de la tierra no está asociado á la fabricacion y al comercio, ó al menos á este último, la pobreza y la miseria imperan necesariamente. Apartemos la vista de este espectáculo que destroza el alma; apresuremos el paso, que

muy cerca de nosotros hombres, mujeres, niños, abren las zanjas y recolectan el pobre tubérculo: salgamos, sí, de esta situación penosa. Nosotros no tenemos recursos para poner remedio á sus males; contentémonos con compadecerlos y con dejarles una parte de nuestro dinero: sirva esto al menos para el alimento de un dia, que este dia nos bendecirán, y nuestro paso por estos lugares, dejará en ellos un recuerdo, y en nosotros la satisfaccion de haber enjugado una al menos de sus muchas lágrimas.

Continuamos nuestro camino, y como los sitios amenos son tan frecuentes en la Gomera, llegamos al poco tiempo á una esplanada deliciosa: sitio que elegimos para nuestro almuerzo y descanso, pues han transcurrido ya algunas horas desde la salida de Agulo, y estamos rendidos de cansancio y fatiga. Nos apeamos inmediatamente de nuestros caballos, y los atamos á los árboles. Entre tanto, sobre la verde yerba se extiende el mantel, en el cual se ponen las provisiones: rico pan como el mejor de Castilla, vino de color de oro y flojo como el chacolí, buen queso, un cochinitillo asado, buenas y exquisitas frutas; todo bueno, hasta el apetito. Una de las personas

que nos acompañan saca de dentro de la faja un gran cuchillo de monte que no le habíamos visto, y comienza á partir las viandas y el pan, y no es para contar el afan con que cada cual se despacha, pasando el barrilete del vino constantemente en torno del pequeño círculo que formamos. Concluido el almuerzo y como de sobremesa, nos tendemos todos en la mullida yerba á la sombra de corpulentos árboles, cuyo espeso follaje no permite que penetren hasta nosotros los rayos del sol, y las palabras van espirando en nuestros labios, entre los deleites de un hermoso sueño.

Despertamos ya á la caída de la tarde y nos ponemos en camino para Valle Hermoso, y como el marino que en las alturas del mar necesita mucha práctica y conocimiento para dirigir la embarcacion hácia el puerto, así necesitamos práctica y conocimiento del terreno, pues hay una multitud de senderos que pueden conducirnos á distintos puntos. Al fin logramos salir á la vista de la poblacion de Valle Hermoso: valle que debió ser en otro tiempo lo que su nombre indica; pero respecto del cual sucede hoy lo que con el descendiente del antiguo noble, que conserva un título so-

noro despues de haber perdido su riqueza. Está formado por dos grandes corrientes de materias volcánicas que van á parar á la mar : las cuales corrientes, en otro tiempo sombreadas por los verdes pámpanos de la vid, de que estaban pobladas, ofrecen hoy un aspecto árido, negruzco y melancólico. Sin embargo, como por el fondo de este valle corre el agua en grande abundancia, se encuentran, al uno y otro lado del cáuce, muchas huertas ó pensiles, donde en medio de las humildes hortalizas se elevan las vistosas palmeras y los verdes y ostentosos platanares. Algunos de estos pensiles son puramente de plátanos, y en otros se mezclan con estos las palmeras, que por doquiera aparecen formando grupos de á cuatro y cinco reunidas. Por manera que en medio de la árida monotonía de los torrentes de lava, hacen estas huertas agradable contraste, y casi casi legitiman ó justifican el título de *hermoso* aplicado al valle y al pueblo, puesto que uno y otro llevan la misma denominacion.

Llegamos al pueblo y nos establecemos en una casa que nuestros amigos nos han preparado, porque debo advertir que tampoco hay aquí fondas : circunstancia que no debe extrañarse, atendido el escaso número de personas

extrañas que aquí vienen ó por aquí pasan. Una fonda recibiría media docena de huéspedes en todo el año, lo cual ciertamente no sería un gran negocio para el fondista. No obstante, *Valle Hermoso* es la población más importante de la Gomera, tanto en riqueza como en número de habitantes, pues ascienden estos á 4.174, casi el doble del de San Sebastian. Es digna de ser visitada su iglesia, porque en ella adivina el viajero la historia del pueblo. En su recinto se comprende que Valle Hermoso tuvo grandes aspiraciones y no pudo cumplirlas; que debió ser rico por circunstancias especiales, pero que estas circunstancias pasaron antes de que estuviese terminada la obra de su engrandecimiento. El edificio es inmenso, tal vez el de mayores proporciones que hemos visto en las islas Canarias: las paredes sólidas, gruesas y altas, y la arquitectura gótico-bizantina; pero no está concluida de esta grande obra más que el presbiterio, que constituye hoy la verdadera iglesia. Y esto se explica fácilmente: la obra se emprendió en la época en que Tenerife y las demás islas de este archipiélago hacian con Inglaterra el gran comercio de sus vinos, y fué entonces Valle Hermoso rico, porque poseía extensos viñedos; quiso levantar un mo-

numento que diera testimonio de esta riqueza, y comenzó la obra y la llevó muy adelante: pero pasó el comercio de los vinos, faltó la riqueza y la obra se quedó en el estado en que se encontraba.

En Valle Hermoso residen las personas más ilustradas, ricas y de mejor sociedad de la isla. Hay un casino en muy buen local, con lujo amueblado y con un gabinete de lectura provisto de los periódicos de la provincia y algunos también de la Península. Dominan las opiniones liberales; por lo cual, siendo raras las personas que simpatizan con las ideas contrarias, no se ve allí esa encarnizada lucha de los partidos, que por lo general se manifiesta en mayor crudeza y más fecunda en consecuencias desagradables en el seno de los pueblos pequeños, y sus habitantes viven por esta causa en una unión y fraternidad envidiables. Todo pasa en el Casino; todos los asuntos de importancia se resuelven aquí: se habla de política, de negocios, de justicia, y hasta se tratan y discuten las cuestiones que corresponden á la municipalidad. Yo aconsejo al viajero que pase cuatro ó cinco días en Valle Hermoso, y estoy seguro que no quedará descontento. Las atenciones que se le dispensen, las visitas, los ob-

sequios y regalos que reciba, le demostrarán cuán extremados son sus habitantes en su manera de otorgar la hospitalidad á los forasteros.

Entre los productos raros y delicados del país, merece mencionarse la miel de palma. Tiene el mismo color, fluidez y apariencia que el rico melado de América; pero su gusto es más delicado, más suave, y su olor más aromático y delicioso. Es el hidro-miel de la América del Sur: mezclado con vino generoso y agua, es la bebida más refrigerante y grata que puede tomarse en medio de los calores de un día de verano. Explicaré el secreto de su sencilla fabricacion.

Sirve de materia primera de este producto el Jugo ó líquido que se extrae de las palmeras. Para extraerlo es necesario subir á la copa de las mismas, lo que se consigue clavando diversas estacas, puesto que por lo comun son muy altas, hasta llegar arriba, y una vez allí, se hace una incision en el árbol, se mete en dicha incision un canuto de caña, y se establece una verdadera sangría, cuyo líquido va á parar á un botijo ó depósito que se cuelga de la misma copa. Para hacer esta operacion es preciso tener mucha práctica, porque extrayendo

más jugo ó sávia de la que sobra á la vitalidad de la palmera, esta se seca, ó muere, como se dice aquí con mucha propiedad. El jugo es lechoso y tiene un sabor parecido al del agua de coco, y para convertirlo en miel se sujeta como el jugo de la caña de azúcar á la accion del fuego, hasta que queda reducido á punto: entonces se deja enfriar y se deposita en botellas, poniendo en cada una unos cuantos granos de maíz para evitar la fermentacion.

Abandonemos ya á Valle Hermoso y continuemos el itinerario que nos ha de conducir á San Sebastian. No hago mencion de lo que encontramos en el camino, que guarda semejanza con lo que ya hemos visto y recorrido; dejamos á nuestro paso los pueblos de Arure y Chipude, notables, más que por otra cosa, por la rareza de los nombres, pues no pasan de ser especie de aduares moros ó rancherías de indios. Por espacio de dos horas trepamos por una subida rápida, y llegamos, no sin algun trabajo, al célebre Pico denominado *alto Garajonay*, que es como el vértice de la isla, ó punto central de las cordilleras que en todas direcciones cruzan la Gomera, y que tiene 4.814 piés de altura sobre el nivel del mar. Detengámonos aquí algunos instantes, pues siendo

el punto más alto de toda la isla, es también el que proporciona mejores vistas al observador.

Hagamos lo que hemos hecho en circunstancias semejantes; pasada la primera impresión de sorpresa, puesto que sea cosa imposible el no recibirla aquí, dirijamos la vista en sentido de los cuatro puntos cardinales del cielo, y dándonos cuenta de la situación relativa de cada objeto, acabaremos de formarnos cabal idea del conjunto del magnífico panorama. Colocados en este alto mirador de la Gomera, descubrimos la mar estrellándose sobre las costas de la isla, y rodeándola, con la espuma de sus olas, de una blanquísima franja, siguiendo los accidentes que ofrece la costa en sus puertos, ensenadas, puntas, etc. En nuestro loco entusiasmo, nos parece que llega á nosotros en alas del viento el lejano quejido de las olas, y es ciertamente ilusión de la fantasía, porque á la distancia que nos encontramos es imposible oirlo. Dentro de este gran círculo de espuma aprisionada la isla, se levanta con toda la extraordinaria variedad de sus accidentes, y como haciendo alarde de la más refinada coquetería: sus altas cumbres, sus deliciosos valles, sus desnudas rocas, sus

esposos bosques, su alfombra de verdura, y, en medio de todo esto, los pueblos y caseríos sembrados en distintos sentidos y á diversas distancias, constituyen las partes de este delicioso cuadro. Con sólo girar sobre nuestros talones y mirar por distinto lado, variamos de vista en esta magnífica perspectiva. Desde el alto Garajonay nada se oculta en la Gomera á la vista del observador: hasta vemos, á favor de instrumentos de larga vista, los arroyos que ruedan por las montañas y descienden al fondo de las cañadas, los rebaños que pacen en los prados de verdura, y las gentes que circulan por los caminos. Un amanecer, un salir del sol, una caída de la tarde, una noche de luna llena; qué hermosas son contempladas desde la cúspide de esta levantada pirámide! (1).

El alto Garajonay es del número de los sitios que más recomiendo al lector en las islas Canarias.

Emprendemos de nuevo nuestro camino. Debo hacer notar que por esta parte, que corresponde al Sur de la isla, la naturaleza no viste las galas del Norte: no hay aguas cor-

(1) El alto Garajonay es, en efecto, respecto de la Gomera, la cúspide ó vértice de una pirámide.

rientes, ni prados para el ganado, y apenas se encuentran algunos arbustos. Poco antes de llegar al pueblo de *Alajeró*, tenemos que salvar un paso difícil en extremo que los naturales del país, á pesar de su costumbre de transitar por malos caminos, llaman con mucha propiedad *el mal paso*. Y bien merece esta denominacion, porque es de los más malos que pueden imaginarse: lo forma un desfiladero ó degollada entre dos cumbres, y son tan elevadas y rápidas las rocas por donde hay que transitar, que en llegando á este sitio, si es para descender, es necesario descargar las caballerías hasta en sus aparejos, y llevarlas entre dos personas casi suspendidas, á fin de que no se precipiten; en cuanto á nosotros, la bajamos sentados, arrastrándonos como culebras. Se dice en el país que el diablo fué el único que pudo bajarla á caballo, pero que no la pudo subir, y en efecto, estando en su extremo inferior parece imposible que se haya podido practicar aquel desfiladero. Para formarse una idea de dicho paso, baste decir que lo constituyen rocas basálticas de figuras regulares; pero escalonadas á tanta distancia, que á veces esta es como la altura de un hombre, siendo necesario saltar de una en otra.

Alajeró es un pueblo de unas 1.128 almas. Apenas contiene cosa alguna que merezca mencionarse. Seguimos nuestro camino en sentido de los establecimientos de *salazon*, y justo será que diga, que las tierras por donde vamos atravesando son de las más feraces de la isla para el cultivo de cereales, de los que producen abundantes cosechas cuando no falta el agua del cielo.

Al fin llegamos al establecimiento de salazon llamado de *las Canteras*. Son muchos los que de esta clase se encuentran en esta costa, y como se diferencian tan sólo en accidentes de más ó menos lujo ó comodidad, me detendré tan sólo en la descripción de este.

Su asiento está naturalmente en una caleta ó ensenada que facilita el desembarco, y al lado de esta ensenada se levanta el edificio. Compónese este de grandes salones, en cuyo centro se encuentran los estanques secos que se llaman *chancas*, y sirven para depositar el pescado cuando está ya salado. La salazon se verifica sobre grandes tableros dispuestos á los costados del mismo local ó en otros anejos. El pescado objeto de la salazon es el atun (albacora en el país), de que hablé cuando estaba con el viajero en Tasacorte, debiendo notar

que la preparacion es tan minuciosa, que no se pierden ni aún las espinas, pues con ellas hacen la parte que se llama *sangallo*. Una vez salado el atun y puesto en la chanca, lo colocan en pipas y lo preparan para la exportacion á los mercados del Mediterráneo. Hay además en estos establecimientos, y en calidad de accesorias, dependencias de tonelería, herrería y carpintería, para el servicio de los mismos; almacenes de acopios de materiales, y habitaciones para los dueños, empleados y trabajadores: de manera, que cada establecimiento forma una especie de caserío, alguno de los cuales reúne las circunstancias de buen orden y gusto. Como la costa de la parte Sur es árida y desnuda, y estos establecimientos, salpicados en una extension de más de cinco leguas, no tienen más comunicacion cómoda que por la mar, los dueños procuran rodearse de hortalizas, verdura y algunas flores. Para conseguirlo abren norias á costa de grandes sacrificios, y riegan un pequeño trozo de huerta y jardin. Tienen asimismo, por efecto de la difícil comunicacion con el interior, corral con muchas aves, cabras y otros animales; de suerte que el trabajo de ciento á doscientos hombres que se emplean en cada fábrica, la alga-

zara de dichos animales, y la entrada y salida de los barquitos que traen el pescado, producen cierta vida y animacion.

No puedo menos de detenerme y sentir los efectos de la más viva satisfaccion donde quiera que encuentro síntomas ó tentativas de progreso. Para la Gomera son de grande importancia los establecimientos de salazon de que trato: ellos ocupan constantemente á algunos cientos de pobres trabajadores, que carecerian, sin esta feliz circunstancia, de medios de subsistencia; ellos abren las vías de comunicacion con otros países, enseñándoles el camino de la isla; una parte de las ganancias queda en el país y contribuye al fomento de su riqueza, pudiendo suceder que cooperen en mayor escala en lo adelante, á medida que vayan alcanzando más gran desarrollo. La industria extractiva, que á este género pertenece la pesca, ha sido de las que han pasado más desapercibidas á los ojos de la multitud, y sin embargo, ella tiene una importancia que seria locura desconocer.

Yo saludo, y saludo con gusto, los establecimientos de la costa Sur de la isla de la Gomera

El viajero se detendrá por lo menos un dia

en cada uno : sus dueños que tienen suma complacencia en recibir al que va á visitarlos, le rogarán para que lo haga y aún quisieran que prolongase por más tiempo la visita, porque es grata, y no puede menos de serlo para ellos, la sociedad que esta clase de huéspedes les proporciona. Por lo general, aquí no se carece de ningun requisito que sea indispensable para el regalo de la mesa. En unos establecimientos se come á la italiana, en otros á la francesa, en algunos á la española y á la inglesa, segun la procedencia de sus dueños. Todo ofrece la imágen de la comodidad ; se conoce que se gana aquí mucho dinero y que los dueños procuran desquitarse, por estos medios, de los sinsabores de la soledad y aislamiento en que viven.

Conviene mencionar el establecimiento más cercano á San Sebastian, pues es un vasto edificio de figura cuadrada con un gran patio en el centro, alrededor del cual se encuentran las dependencias del mismo. Hay en él hasta tiendas de ropas y de comestibles, y en realidad es un verdadero pueblo industrial que se cierra por la noche con una sola puerta.

Es excusado decir que nos trasladamos por el mar de unos á otros establecimientos ; á los

cuatro ó cinco dias de haber llegado á ellos entramos de nuevo por las puertas de San Sebastian , que ha sido nuestro punto de partida.

Tal es la isla de la Gomera. El viajero acaba de recorrerla, y es cosa segura que la tiene por una de las más pintorescas y recreativas. Yo le diré además para completar la idea de su viaje, que la isla cuenta 11.386 habitantes, repartidos en una villa y treinta y seis pueblos, aldeas y caseríos ; que pertenece al distrito electoral de Santa Cruz de Tenerife, y tambien forma parte de aquel partido judicial ; que tiene cinco leguas de longitud, cuatro de latitud y catorce de superficie.

CAPÍTULO XVII.

El Hierro.

DESPUES que el viajero haya descansado en la villa de San Sebastian, yo le ruego que salgamos de la isla de la Gomera y nos volvamos á embarcar para hacer la última visita, ó lo que es igual, para recorrer, despues que hayamos llegado allá, la isla del Hierro, la más chica y occidental de las Canarias. Muy pocas horas son necesarias para hacer esta última travesía, pues la isla á donde nos dirigimos, está muy próxima á la Gomera.

Nos embarcamos en efecto, repitiendo aquella sencilla operacion que tuvo lugar cuando saltamos en San Sebastian, y nuestra pequeña y ligera embarcacion se hace muy pronto á la vela, y comienza á deslizarse por el Océano.

Poco á poco la Gomera, cuyo recuerdo é impresiones llevamos muy presentes en nuestra memoria, se va alejando y empequeñeciendo. San Sebastian, con sus palmeras, su puerto y los accidentes exteriores que la rodean y embellecen, es lo primero que desaparece de nuestra vista, y sucesivamente van desapareciendo las montañas más bajas y las vertientes de sus sierras ó cadena central; las altas cimas no desaparecen nunca en esta travesía, pues que es grande la proximidad de las dos islas. Volvamos pues la vista al lado opuesto. *¡Adios la Gomera! ¡Salud al Hierro!* Despidámonos de la una y saludemos á la otra: de la una que ya no nos volverá á recibir, de la otra que nos aguarda, para presentarnos el cuadro de curiosidades y bellezas que encierra su pequeño y reducido recinto.

¡Adios la Gomera! ¡Salud al Hierro!!

La vida del hombre es una sucesion de impresiones, una continuada alternativa en que se mezclan y combinan el placer y el dolor. Al ver que desaparece ó se aleja la isla de la Gomera, sentimos el vivo pesar de la separacion; al descubrir la del Hierro, cambia la disposicion de nuestro ánimo, que comienza á preocuparse de los objetos nuevos que van á entre-

tener su atencion, y á suministrarle nueva cosecha de observaciones. ¡Salud al Hierro! Quisiéramos extender el brazo y alcanzar la tierra; quisiéramos, si dable nos fuera, pasar de un vuelo al punto más alto de sus montañas, y desde allí abarcar con la mirada el panorama de la isla. ¡Calma, calma! Dentro de poco tiempo pisarémos su suelo y comenzará nuestra exploracion; el viento es fresco, nuestro balandro cruza la mar con extraordinaria rapidez.

Entre tanto, ¿qué significa esta palabra Hierro? ¿Por qué se ha puesto á está isla el nombre de un metal? Antes de llegar á ella, registremos su fe de bautismo. Pretenden algunos que se llamó así, porque teniendo sus costas un aspecto ferruginoso, y pareciendo sus sustancias volcánicas á manera de escorias de fragua, se alimentó de muy antiguo la creencia de que habia abundancia de hierro en la isla. Y en la época en que representaba tanto papel lo maravilloso, se tomó la apariencia por la realidad; pero habiendo observado las gentes de Bethencourt, el conquistador normando, que los naturales de la isla llevaban lanzas no ferradas, comenzó á debilitarse esta opinion; por lo cual dice Viera que los herre-

ños no conocieron más hierro que el de sus cadenas. Lo único que corre como más seguro y cierto es, que los españoles pusieron este nombre á la isla de la palabra *hero*, que en la lengua guanche significaba pozo ó cisterna para recoger las aguas pluviales, ó bien de *heres*, que tenia igual significado. Así denominada la isla, adquirió bien pronto cierta celebridad, pues considerada antes del descubrimiento de las Américas como la region más occidental del globo, los geógrafos antiguos eligieron por primer meridiano, para medir las longitudes, al que pasa por ella; costumbre ó práctica que ha desaparecido, desde que se supo que habia otras tierras más occidentales, y cada cual comenzó á fijar dicho primer meridiano á su arbitrio.

Ya nos vamos aproximando á la isla: la costa que descubrimos es extremadamente brava y pendiente, cortada á trechos por profundos barrancos, que á su vez terminan en reducidos y escabrosos valles, donde crecen apiñados jarales al lado de algunos cercos de higueras. Llegamos al fin al puerto y anclamos. Llámase este de la *Estaca ó Restinga*, y consiste en una pequeña ensenada que hace la costa por la parte de Levante, á lo largo de la cual y en la di-

reccion que traemos, se descubren las personas que transitan por la playa. Al llegar á la embocadura del puerto, viramos hácia la derecha, y asegurando nuestros marineros el buque por medio de gruesos cables atados en opuestos sentidos, saltamos en tierra, despues de haber hecho encallar la lancha, merced á los robustos brazos de los marineros.

Ya en tierra, no acertamos á distinguir la senda que ha de conducirnos á la poblacion más cercana, pues desde estos sitios sólo vemos que se levanta sobre nuestras cabezas una pendiente escarpada, sin señales de camino, al menos de camino abierto por la mano del hombre. Los arrieros nos sirven de guia y llevan por estas gargantas, siguiendo más de una hora la senda que conduce á la villa de Valverde, capital y primera poblacion de la isla.

Santa Maria de Valverde es una villa de reducido vecindario, como que toda la isla no alcanza más que unos 4.642 habitantes, segun la estadística oficial, distribuidos entre la capital y once caseríos además. Hállase pintorescamente situada en forma de anfiteatro, y con sus blancas casas rodeadas ó envueltas por una multitud de higueras, morales y árboles frutales de varias especies, produce á la vista un

efecto agradable. Hay algunas casas bien construidas; pero el edificio que más puede llamar la atención del viajero, es la iglesia parroquial, espacioso templo de tres naves, de regular mérito. Los ornamentos que esta iglesia destina al culto, son en su mayor parte regalos hechos por los hijos del Hierro, que habiendo hecho fortuna en la isla de Cuba ó en otras comarcas de la América, se han acordado de la parroquia donde fuéron bautizados, enviándola algunos presentes, en muestra de su sentimiento religioso y del cariño que los une á su país natal. Los herreños son en esto como los demás hijos de las Canarias: léjos de su pequeña isla, le tienen erigido un altar en su corazón, no la olvidan nunca y viven inquietos y sin sosiego, hasta que llega el día de retornar á la aldea ó caserío donde ellos nacieron; donde se conserva aún el padre, la madre, el hijo, la esposa ó el pariente. Entre los regalos á que hago referencia, merecen mencionarse dos hermosas pilas para el agua bendita, y la bautismal de mármol estatuario, la cual se distingue por su gran tamaño y fino tallado. Después de la iglesia, lo único que podemos visitar en esta villa, es el Casino, fundado hace pocos años por la iniciativa de su actual go-

bernador militar (1); establecimiento que proporciona algunos ratos de solaz y recreo á las familias de Valverde, que son las más acomodadas de la isla.

Todo el movimiento ó toda la vida de esta se halla circunscrita á la distancia que media entre los dos opuestos puertos, del Hierro ó la Estaca al Este, y de Tivataje al Oeste; diré mejor, entre Valverde y el valle del Golfo. Es este el itinerario que vamos á hacer, porque es el que más puede interesar al viajero, é interesarlo en sumo grado, porque se encuentran vistas admirables. Salgamos pues de Valverde, ya que no tengamos ningun motivo para detenernos más tiempo aquí, y tomemos el camino que conduce al Golfo. Debo advertir que hay dos caminos para dirigirse á aquel valle, el uno que toma la direccion media de la isla y se denomina de *Jinama*, el otro que costea la parte de barlovento, y lleva el nombre de camino de *Tivataje*; y por esta razon los naturales los denominan camino de arriba y de abajo; ambos se abren ó separan al salir de la villa, dirigiéndose á extremos opuestos del valle del Golfo. Miden entrambos una

(1) D. Ramon Sunico y Tejada.

distancia de tres leguas poco más. Nosotros seguimos el de Jinama, con ánimo de retornar á Valverde para salir de la isla por el de Tivataje. De advertir es tambien que hemos dormido dos noches y pasado un dia en Valverde en casa de un propietario del país, quien, en union del gobernador militar, nos acompaña en la expedicion.

Durante las dos primeras leguas, nada que merezca particular mencion encontramos, si se exceptúan los caseríos de Tiñor y San Andrés, en cuyos vecinos produce novedad nuestra presencia, por estar poco acostumbrados á las visitas de viajeros. El terreno es fértil y está medianamente cultivado, aunque no tiene riego, que es el elemento principal del cultivo. Los sencillos naturales que salen á nuestro paso, se deshacen en saludos y cortesías respetuosas, pues son los herreños extremadamente ceremoniosos. El viajero reparará en el traje de hombres y mujeres; ellos usan el pantalon de cordoncillo, y un sombrero de paja con cintas de color y ramos de siempreviva, mientras ellas llevan sayas de variados colores, con corpiños de seda encarnada ó de lana. Pasados dichos caseríos y al llegar á la cima del promontorio de Jinama, recibimos una gran

sorpresa : al tocar al punto en que el terreno descende por el lado opuesto, la curiosidad nos empuja hácia el borde del precipicio, y se presenta á nuestra vista una movible masa de blancas nubes, por entre cuya gaseosa superficie en vano intenta penetrar nuestra vista. Algunas veces el aire lleva acá y allá la fluctuante masa, ó disgrega, á uno ú otro lado, esta blanca capa de armiño, y entonces, cuando la mirada escudriñadora sondea el abismo, penetrando por aquella ventana abierta á su curiosidad ; allá en el fondo, distingue ora una microscópica casa entre árboles y viñedos, ora la iglesia parroquial del Golfo, que desde esta altura parece tan pequeña, como una de esas casitas con campanario que los niños cuentan entre sus juguetes. No puedo menos de hacer reparar al viajero en una vírgen, cuyo nicho está abierto en una roca, conocida y venerada con la denominacion de *Virgen de Jinama*; debiendo consignar que jamás un herreño atraviesa estos sitios, sin acercarse á rezar á la Vírgen y á rogarle que lo saque á salvamento en la peligrosa bajada que va á emprender : las mujeres, más devotas por naturaleza, rezan muy fervorosas, y las madres presentan sus niños á la Vírgen. Entre tanto que hacemos esta

observacion, la bruma cubre completamente el valle, quitándonoslo de delante y extendiéndose ella en todas direcciones á semejanza de la mar, cuyo movible oleaje imita con exactitud.

Parece mentira que por entre estos desfiladeros se haya abierto el hombre un camino para descender : el horror del precipicio está disimulado, sin embargo, pues el uno y el otro lado del camino están cubiertos por espeso y frondoso monte de brezos, hayas y mocanes, cuyo follaje no nos permite medir la inmensa profundidad sobre que nos hallamos suspendidos. Hacia la mitad, poco más ó menos de la bajada, hay una especie de llano muy pequeño á manera de descanso, donde los hijos del país acostumbran en efecto descansar, y al llegar allí gritan ó llaman á una persona de su familia, no cesando de hacerlo hasta que les contestan desde el valle. Estos gritos no tienen otro objeto más que significar que han llegado bien hasta allí. Desde aquel punto es tambien de donde podemos contemplar más á nuestro placer el valle del Golfo, pues hemos pasado ya la region de la bruma y lo descubrimos con perfecta claridad. Deténgase conmigo el viajero algunos instantes.

El valle se desarrolla entre el mar, cuya costa formando un arco de círculo convexo lo limita por un lado, y la elevada sierra por uno de cuyos puntos acabamos de atravesar. Dicha sierra se va extendiendo por ambos lados arqueada, hasta terminar en la mar por los dos extremos del valle en las puntas de la *Dehesa* y de *Salmore*; por lo cual aquel presenta la figura de la luna en su cuarto creciente. Es un espectáculo por extremo curioso el que nos proporciona. En su recinto se ven sembrados los cuatro caseríos denominados las *Lapas*, *Tigaday*, *Llanillos* y *Sabinosa*: las casas blancas y las chozas esparcidas en todo el recinto, los verdes pámpanos de los viñedos, á que generalmente está destinado el terreno, y los muchos árboles frutales de las cercas, forman un bellissimo y armónico conjunto.

Acabamos de descender y descansamos en una casa pequeña, pero aseada, de la pertenencia de uno de nuestros acompañantes. Comemos: pasamos la tarde circulando del uno al otro extremo en el interior del valle: lo mismo hacemos al día siguiente. Nada dejamos por recorrer, pues nuestros obsequiosos acompañantes nos llevan á todas partes: circulamos por los caseríos, entramos en las chozas, en las

cercas, en los viñedos, y pasamos horas de verdadero recreo. Esta es la notabilidad de la isla del Hierro. Durante los meses de verano, todos los vecinos de Valverde se trasladan al Golfo, pues es aquí donde se recolectan los dos ramos principales de la riqueza de la isla, á saber: los vinos y las frutas.

Salgamos del valle por el camino de Tivataje: hácia esta extremidad se halla la rada ó puerto del mismo nombre, muy poco frecuentado. La subida es penosa, difícil, árida, volcánica y precipitada. Al llegar arriba el espectador, volviendo la cara hácia atrás, no puede menos de retroceder espantado, y como atacado por un vértigo, pues se presenta el abismo con toda su inmensa y espantosa profundidad, esta vez no disimulada por el follaje y arbolado: la naturaleza es por este punto más árida y brava, y en el fondo del abismo se distingue un mar verdoso y agitado, que con furia se estrella contra las rocas. Su ruido sordo y apagado por la distancia llega, sin embargo, hasta esta altura, subiendo por entre un hacinamiento horrible de escarpados picachos. En varios puntos de la subida hemos encontrado algunas cruces, conmemorativas de las desgracias ocurridas á causa de las piedras

que las cabras monteses hacen desprender de las alturas, y que vienen á caer algunas veces sobre la cabeza del inadvertido caminante. Los naturales de la isla, movidos por un sentimiento de piedad, y para ponerse bajo su amparo, han levantado sobre la eminencia de Tivataje una capillita y han colocado en ella una bonita imágen, bajo la advocacion de la *Virgen de la Peña*, haciéndole todos los años una funcion en que toman parte todos los habitantes. No muy léjos de estos sitios, y ya en la llanura, se encuentra otra capilla dedicada á la *Virgen de los Reyes*. Cada cuatro años es conducida esta procesionalmente á Valverde; de todos los caseríos salen otras imágenes á su encuentro, y entra en la villa con el acompañamiento de todos los santos de la isla. Hombres, mujeres, niños, la poblacion herreña en masa, concurre entonces á Valverde en romería.

El camino que traemos es pintoresco; dejamos en él los caseríos de San Pedro, Erese, Guarasoca y Mocanal, no encontrando ninguna otra cosa digna de mencion hasta entrar segunda vez en Valverde, desde donde el viajero bajará cuando guste al puerto de la Estaca para salir de esta isla.

El lector habrá notado cuán pequeña es la isla del Hierro, y en qué poco tiempo puede ser recorrido el breve cuadro de sus curiosidades. En efecto, sólo cuenta cuatro leguas de largo, tres de ancho y diez cuadradas. Aunque el cuadro que ofrece al viajero es breve y reducido, no por esto deja de ser curioso, pues erizada de montañas, y cubierta, como la Gomera, por magníficos montes, es una verdadera preciosidad, á la cual no rehusará consagrar unos cuantos dias. La costa en todo el circuito de la isla es volcánica, y el suelo, salvo el Golfo y alguna que otra llanura, es una continuada alternativa de barrancos, valles y variados accidentes. Goza de un clima benigno y saludable: no brotan en sus montañas abundantes manantiales de agua, como en la Palma y la Gomera, pues sólo cuenta dos fuentes denominadas, por razon del sitio donde tienen su origen, de los Llanillos y de Sabinosa, suministrando la primera un agua potable muy límpida y fria, y la segunda un agua caliente, sulfurosa y de un sabor picante. Es esta última el agua medicinal de los herreños, de que he hecho alguna indicacion más atrás. Por de contado, ninguna de estas dos fuentes proporciona cantidad suficiente ni para

el abasto de los habitantes de la isla, ni para abrevadero de las bestias, ni mucho menos para el riego. Así es que se recoge durante el invierno el agua de las lluvias en estanques ó cisternas, las cuales son de tal manera estimadas, que se recibe un legado por testamento ó una donacion de una cisterna, con más aprecio que un trozo de terreno. A un cuarto de legua de Valverde, en el centro del valle de Togirafe, hay unos cincuenta depósitos de agua abiertos en el espesor de la toba, encontrándose además otros semejantes en otros valles y localidades. Cada pueblo paga los guardas que custodian tan preciosos depósitos. A pesar de la falta de riego, el suelo de la isla es de los más fértiles en Canarias: las montañas con sus bosques de árboles atraen tal masa de vapores, que humedecen y fertilizan extraordinariamente el suelo, y á este propósito pudiera yo hacer mencion del *árbol santo* de los herreños, el cual, segun cuentan los historiadores, subsistió por mucho tiempo despues de la conquista, presentando un raro fenómeno producido por la evaporacion (1).

(1) Este árbol, situado en la extremidad de un valle ó barranco que corria rectamente hasta el mar, era cubierto todas las tardes al oscurecer por una gran masa

La vida herreña es digna de ser estudiada. Me es imposible dejar de consignar aquí algunas palabras acerca de ella. Divididas en muy pequeños trozos todas las tierras cultivables de la isla, apenas hay un herreño que no sea propietario, y salvas las excepciones de unas cuantas familias más acomodadas, todos son pobres, porque su pequeña posesion no alcanza á producir más de lo puramente indispensable. Esta casi igualdad en la reparticion del suelo, produce otra, á mi juicio de gran valor; la de las condiciones. Pobres en su mayoría, pero no mendigos, pues es desconocida en la isla la mendicidad, una familia es el retrato de todas; casa, distribucion de habitaciones, mueblaje, traje de hombres y mujeres, sistema de alimentacion, todo es igual ó parecido, y apenas podrán señalarse ligeras diferencias de familia á familia. Y como ocupan los habitantes de la isla tan reducido territo-

de brumas que desde el mar subian y se posaban en él; y era tal la evaporacion que producian estas, que todas las hojas y ramas del árbol destilaban continuamente agua. Los naturales la recogian, y esto bastaba para el abasto de la isla. Un fenómeno semejante era pintado por aquellos sencillos habitantes con los colores de lo maravilloso.

rio, como ellos mismos son tan pocos y además están repartidos en distintos caseríos, casi no se conoce, ó si se conoce es en reducida escala, la division de las ocupaciones. Parece que la actividad de cada familia se reconcentra en el hogar doméstico y tiene muy pocas relaciones con las actividades de los demás : no se conoce la cadena, la red que la industria ó el trabajo forman en los grandes pueblos y que constituye el secreto de sus adelantamientos. Cada familia procura bastarse á sí misma ; todos sus individuos trabajan, y al lado de las ocupaciones del campo, vienen á asociarse las demás que participan de otra naturaleza. En ninguna casa faltan las herramientas de carpintería, zapatería, el telar, la lanzadera ; allí se preparan los útiles para la labranza, se hacen los zapatos y prendas de su sencillo vestuario ; la hija ó la esposa fabrica ó teje la tela necesaria para sí y para los suyos ; la corta, la prepara y le da la forma adecuada para su uso, segun lo determina el gusto de sus costumbres. Los cambios son por tanto poco frecuentes, verificándose algunos en especie y pocos por el intermedio de la moneda. Puede decirse que no hay más que una industria en el Hierro, el cultivo, y que todo lo demás se adhiere á este como parte

accessoria. En Valverde es únicamente donde comienza á manifestarse cierta separacion de ocupaciones; algun oficio, alguna tienda de géneros y comestibles. Los hombres son robustos, fuertes y sanos, las mujeres tienen buenas formas y hermosas caras. Unos y otras se distinguen por la moralidad de sus costumbres; sus amores participan, en el modo de manifestarse, de una sencillez que parece determinada por las influencias de la bella naturaleza, bajo la cual vive el pueblo herreño. Todos sus individuos son económicos, ingeniosos y trabajadores.

Merece especial mencion el baile de los naturales de esta isla conocido con el nombre de *tango herreño*; baile que se distingue por la pureza de su carácter primitivo. Es difícil encontrar un país en que no se conserve algo de este género, especie de tradiciones que encierran siempre alguna significacion. El andaluz, el gallego, el vascongado, tienen los suyos muy conocidos y celebrados; tiene su *tajaraste* el tinerfense; su Santo Domingo, y su *iza* el palmero; el herreño su *tango*. Pero estos bailes que tienen por lo regular su acompañamiento de instrumentos y canto, se conservan más puros á medida que los pueblos en donde se practi-

can viven más apartados del trato de los demás pueblos, y esto es lo que sucede en la Gomera. El tango es hoy exactamente el mismo baile que se conocía entre los primitivos habitantes de la isla, de quienes lo tomaron los españoles, cuando la conquistaron.

«Acompañábanse, dice el Sr. Viera y Clavijo con referencia á dichos naturales, en el baile con tamborcillos y flautas de caña; pero cuando carecían de estos instrumentos, formaban con manos y boca unas sinfonías ó sonatas muy á compás; este es un tañido músico de cuatro compases, que se danza, haciendo el son con los piés con violentos y cortos movimientos. Los naturales de la isla del Hierro, practicaban otra especie de contradanza, cuya figura consistía en tomarse las manos y marchar ambas líneas una hácia adelante, y otra hácia atrás, dando furiosos saltos todos juntos y paralelos. Acompañaban este baile con un aire de endechas lúgubres y patéticas, en las que trataban materias de amores y de infortunios, que aún traducidos á la lengua española, movían á lágrimas las personas de blando corazón.»

La contradanza de que habla el distinguido historiador de las Canarias, es el verdadero

tango de entonces y es tambien el tango de ahora, con la misma cadena, los mismos movimientos y los mismos saltos juntos y paralelos; sólo que en la actualidad, y es probable que en aquella época tambien, aunque el historiador no lo dice, se acompañan con tamborcillo y flauta de caña. Y hay que notar, que este género de baile guarda gran semejanza con la danza simbólica que ejecutaban los egipcios para anunciar las próximas inundaciones del Nilo; pues segun refieren algunos historiadores, consistia esta en formar los bailarines ó bailarines dos líneas paralelas, marchando todos juntos, hácia atrás y hácia adelante y tambien á derecha é izquierda, y dando á la vez grandes y violentos saltos: con todo lo cual se expresaba la necesidad de guarecerse en las alturas, porque el Nilo iba á derramarse sobre toda la tierra de Egipto, desde el Septentrion al Mediodía y desde Oriente á Poniente. Note el viajero que tambien en los aires de Lima de la Palma se dan las manos los bailarines, y se mueven al compás del canto y de la música, hácia adelante y hácia atrás; pero el canto es distinto y en el baile no hay movimientos violentos ni cantos melancólicos. No pretendo engolfarme en las conjeturas á que

estas analogías me pudieran conducir; la procedencia de los primitivos habitantes de las islas Canarias, está aún envuelta en la oscuridad, y yo que me he propuesto retratar la actual fisonomía de las islas, no debo entretenerme en indagaciones históricas de este género.

El tango se baila de dos maneras, por cuadrillas ó sin ellas; pero tiene siempre las mismas figuras, saltos y acompañamiento de aires lúgubres. Es divertido asistir á los alegres festejos de estos naturales. El original traje de los hombres, el no menos original y gracioso de las mujeres, la animacion que expresan todos los semblantes, la cadencia de los cantos y de los instrumentos, unido todo á cierto sabor de sencillez y naturalidad, da á estos festejos un carácter imposible de definir.

La observacion de esta manera de vivir y su comparacion con la que nos presentan las grandes capitales, en donde se agitan tantos seres humanos, y la industria desarrolla sus complicados mecanismos, y tienen lugar las apasionadas luchas de la política, y las grandes virtudes y los grandes vicios, y mil y mil acontecimientos se presentan en continuada alternativa; todo esto, digo, no puede menos de abrir la puerta á serias meditaciones al ob-

servador curioso. La calma, la serenidad, la paz de un lado ; el bullicio, la agitacion, las ambiciones del otro. ¡Qué admirable y bello contraste! Grandes y vastos continentes y populosas capitales por una parte ; una pequeña isla, una isla de cuatro leguas de largo sobre tres de ancho, hermosa, engalanada con su rica vegetacion, erizada de montañas y con pequeños caseríos sembrados entre sus valles y estrechas llanuras, posada á manera de un pájaro marítimo en las aguas del inmenso Atlántico, ¡qué magnífico, qué soberbio paralelo proporcionan al hombre reflexivo!

CAPÍTULO XVIII.

Algunas consideraciones generales.

EL viajero ha recorrido ya las cuatro islas del grupo occidental de las Canarias ; no hay en él sitio notable á donde no le haya conducido, ni objeto curioso é importante sobre el cual no haya llamado su atencion ; mas para completar el conocimiento de este país y á fin de que sea más cabal la idea que acerca del mismo tenga formada, seame lícito agregar aún algunas consideraciones generales. Lo que yo diga será en algunos casos aplicable al otro grupo, pues identificada la vida de las islas de este archipiélago, en la igualdad y semejanza de sus condiciones, es imposible que alguna apreciacion no alcance al mismo tiempo á todas.

Las cuatro islas recorridas, Tenerife, Palma, Gomera, Hierro, alimentan una poblacion de 139.042 habitantes, distribuidos en tres ciudades, cinco villas y doscientos nueve pueblos, aldeas ó caseríos, en una superficie de ciento veinticinco leguas cuadradas. Forman, en union de las islas del segundo grupo, de que no me he ocupado (1), una de las cuarenta y nueve provincias de la nacion española, con la categoría de tercera clase, y están situadas en la zona templada, entre los 27° 36' y 29° 26' latitud N. y entre los 9° 39' y 14° 36' longitud O. del meridiano de Madrid; ocupando por lo tanto una feliz situacion á las puertas de la Península española y en la vecindad del continente africano. Envian las cuatro islas cuatro diputados á las Córtes, siendo las cabezas de distritos electorales: Santa Cruz de Tenerife, San Cristóbal de la Laguna, Villa de la Orotava y Santa Cruz de la Palma: la Gomera y el Hierro pertenecen al distrito de Santa Cruz de Tenerife. Les corresponden además en la actualidad, cinco diputados provin-

(1) Pienso, cuando mis ocupaciones me lo permitan, escribir otro volumen que abrace la descripcion del otro grupo ó sea de Gran Canaria, Lanzarote, Fuerteventura é Islotes deshabitados.

ciales, distribuidos en este orden; uno Santa Cruz de Tenerife, uno la Laguna, dos Orotava, uno Santa Cruz de la Palma.

Enriquecidas por la naturaleza con el conjunto de privilegiadas condiciones que se conocen, ofrecen al viajero vasto campo en que ejercitar su curiosidad, y constituyen una de las residencias más agradables y tranquilas del globo. Su clima es extremadamente suave y saludable, muy feraz su suelo, variada y lozana su vegetacion. La vida del campo y de las poblaciones, no se ve como en otras partes asaltada de peligros; en sus montes no hay ningun género de animales dañinos, ni de reptiles venenosos, y el transeunte puede dormir tranquilo en medio de sus bosques y montañas al raso cielo, seguro de que nada vendrá á turbar su sueño, ni á poner su vida en peligro. Las costumbres de sus habitantes son sencillas y se distinguen por un gran fondo de moralidad; los crímenes, sin que dejen de cometerse algunos, menos frecuentes que en algunas otras provincias; raras veces asesinatos, heridas, robos en las habitaciones. El arma ofensiva y defensiva entre las gentes del campo, no es la navaja, el puñal, el cuchillo ni ningun otro instrumento de esta especie; es simple-

mente un grueso y alto palo que les acompaña á todas partes y en cuyo manejo muestran gran destreza y agilidad.

El carácter es apacible, hospitalario, pundo-noroso, y aún en este punto puede el atento observador notar diferencias de unas islas á otras, pues no se confunden los tinerfenses con los palmeros, ni estos con los gomeros y los herreños. Trajes, manera de acentuar ó de pronunciar, bailes, romerías, costumbres, son cosas respecto de las cuales se advierten marcadas diferencias; sucediendo algo semejante á lo que se observa en la Península, donde gallegos, asturianos, vascongados, castellanos, aragoneses, catalanes, valencianos y andaluces, son tipos del todo diferentes, sin embargo de parecerse en el sello comun que imprime el carácter español. Pero en las islas Canarias debe notarse la particularidad de que no formando más que una provincia, ni ocupando, comparativamente con la Península, más que un corto número de leguas cuadradas, las diferencias se manifiestan no sólo de isla á isla, sino tambien de comarca á comarca en el recinto de cada una: los habitantes de la parte del Norte se diferencian de los de la parte del Sur, los que se hallan situados de un lado de

una alta sierra, de los que están al lado contrario. Esto se explica fácilmente. La situación de las islas en el Atlántico, su proximidad á la Europa y al África, su comun idioma, leyes y religion, determinan caracteres comunes; pero la distancia de mar que separa á cada isla de sus hermanas, la influencia ejercida por el medio exterior dentro del cual han nacido y vivido sus habitantes, y la distinta procedencia de las expediciones que verificaron la conquista: todo esto puede señalarse como causas determinantes de diferencias características. Algo tambien, á mi juicio, debe atribuirse á los primitivos naturales del país (los guanches), pues los historiadores, al hacer el retrato de los que habitaban cada isla, aseguran que ni sus costumbres ni su carácter eran exactamente iguales, aún cuando se encontraba en el fondo un gran parecido. Alguna influencia, pues, han debido ejercer tambien aquellas diferencias primitivas para determinar las que se observan actualmente; pero séase de esto lo que se quiera, lo cierto es que conviene estudiar esta variedad dentro del breve y reducido cuadro que ofrece el Archipiélago, pudiendo afirmar con verdad que desde Santa Cruz de Tenerife hasta Garachico,

desde Santa Cruz de la Palma hasta Tasacorte, desde San Sebastian de la Gomera á Valle Hermoso, y desde Valverde al Golfo, puede formarse una verdadera série en orden á estas variedades.

Una cualidad digna de tomarse en cuenta es la que yo llamaria accesibilidad de las clases. He notado en Barcelona cierta separacion y apartamiento entre los obreros y los fabricantes, los pobres y los ricos, con prevenciones desfavorables en los unos respecto de los otros : en Madrid mismo puede, aunque en menor grado, hacerse la misma observacion, y fácil seria aplicarla á otras poblaciones de la Península. Apartamiento es este que no carece de inconvenientes, y que creo alimentado por viejas tradiciones, por preocupaciones nobiliarias, por cierta dosis de socialismo y por falta, sobre todo, de la dominacion completa de la libertad política y económica, que son las productoras del verdadero orden y armonía social. En Canarias, por fortuna, no sucede así: la clase jornalera, la clase pobre, no alimenta odios ni prevenciones contra las clases acomodadas, y es sí por la inversa, humilde y respetuosa sin degenerar en bajeza. Los señores, los ricos, los afortunados del país, no la tratan á su vez

con altanería y dureza, y sí con cierta blandura y miramiento recomendables. No puedo menos de elogiar esta bella cualidad, porque ciertamente ella es una de las mejores bases sobre que puede levantarse un buen orden social. Y no es que en las Afortunadas falten preocupaciones, ni viejas y rancias ideas, pues aquí como en todas partes, quedan algunos restos de la triste herencia de pasados tiempos, sino que la accesibilidad de que hablo está en la naturaleza misma del carácter canariense, y se manifiesta y revela en las relaciones de clase.

Dotadas por la naturaleza de variados y suaves climas, en un cortado y feraz suelo, es la agricultura la fuente principal de su riqueza: la industria fabril ocupa y ocupará probablemente un lugar muy secundario, hablando en general respecto de todas las islas, y el comercio seguirá los pasos del desarrollo agrícola, y no será en verdad de menor importancia que la agricultura misma, pues así lo determinan la naturaleza y leyes de la producción. Adecuado el suelo á todo género de aclimataciones, y por tanto á toda clase de cultivos, está llamado á producir grande y variada cantidad de riquezas, si desaparecen las trabas

que son obstáculo al progreso, si el espíritu emprendedor de los canarienses se estimula más y más, si logran desarrollar el principio de asociacion ó de empresa, y si saben acertar en la buena colocacion de sus capitales y trabajo. Hay pocos países que tengan tantas vías abiertas, en orden á cultivo, á su actividad. La viña, los frutales, la cochinilla, el tabaco, el algodón, la caña de azúcar, y tantas y tantas producciones que se obtienen ó pueden obtenerse en Canarias con gran economía de gastos, son fuentes de prosperidad que conviene explotar, sea simultánea, sea sucesivamente, segun los tiempos y circunstancias.

Para ello es necesario colocar á la produccion del país en condiciones de holgura y facilidad; remover, dentro y fuera, todos los obstáculos naturales y artificiales, construir buenos caminos y puertos, hacer ensayos constantes de cultivo y aclimatacion, facilitar con la libertad las relaciones exteriores, y proporcionarse con una actividad siempre inventiva, salidas y mercados. ¿Qué falta á las Canarias de todo esto? ¿Qué tienen? Les falta mucho, tienen algo. Voy á decirlo.

En cuanto á comunicaciones, estas islas es-

tán casi en su estado primitivo. Si se exceptúan la carretera de Santa Cruz de Tenerife al puerto de la Orotava, que debe extenderse hasta Garachico, y la parte construida en la de las Palmas, en el interior de la isla de Gran Canaria, no se encuentran más que sendas difíciles y casi impracticables. A la verdad no se comprendería, á la vuelta de trescientos años ó más, transcurridos desde la conquista de las islas Canarias por los españoles, una situación tan deplorable en punto á comunicaciones, si no fuera porque España ha tenido en completo abandono las de la Península hasta la época actual. No se pierda de vista que los caminos son para un país lo que los conductos por donde circula la sangre para el cuerpo humano. Sin ellos ni la agricultura, ni la industria, ni el comercio se desarrollan, pues les falta la condición vital de las salidas: la producción vive estacional, porque no pudiendo ser transportados los productos, y estando fuera del alcance de los consumidores, no se siente ni la necesidad ni la conveniencia de producir. Por la inversa, cuando las comunicaciones son fáciles y expeditas, extendiéndose el radio del consumo, las fuerzas productoras tienen un estímulo constante y creciente que las impulsa

y desarrolla Prescindo de los efectos morales que lleva consigo este ensanche del rádio del consumo, y que tienen su origen en el frecuente trato y comunicacion de los pueblos: al lado de los fardos y de las mercancías suele ir muchas veces una idea civilizadora. En las islas Canarias la construccion de buenos caminos es necesaria, tanto para el transporte de los productos del suelo, como para la seguridad de las personas, que llevan en peligro su vida al atravesar muchos sitios escabrosos. Pero es de advertir, que por razon de lo quebrado y accidentado del terreno, no en todas partes es posible ni conveniente la construccion de carreteras, y lo que parece indicado por la naturaleza y disposicion del suelo, es un sistema misto de carreteras y otros caminos propios para el transporte y circulacion por medio de caballerías, segun lo determinen las condiciones de los lugares.

Por lo que toca á las comunicaciones por el mar ó exteriores, debo hacer tambien alguna observacion. Hasta hace poco tiempo, y prescindiendo de unos cuantos meses en un período anterior, las islas Canarias se comunicaban con la Península por buques de vela, y la misma correspondencia pública era llevada y trai-

da de este modo. Cuánto tenia este sistema de embarazoso para el comercio, no hay para qué decirlo; pero la mayor dificultad la sentian las personas precisadas á hacer el viaje, sea de Canarias á la Península, ó de la Península á Canarias, pues el comercio al menos contaba con el recurso de las líneas de vapores extranjeros, siquiera no fuera directa la comunicacion. Muchas veces los viajeros preferian, á la navegacion en buques de vela, los vapores ingleses y franceses que pasaban desde las islas á los puertos de la costa de Marruecos; y desde allí se dirigian á Cádiz, Alicante ó Valencia, teniendo que hacer, no sin correr algunos riesgos, esta especie de peregrinacion por las costas de Marruecos. Afortunadamente estos inconvenientes han desaparecido con el establecimiento de los correos españoles, que hacen la travesía en tres dias y medio á lo más, á partir desde Cádiz, y que sirven al comercio y á los viajeros; sin contar además con los vapores de las Antillas, que tocan en su viaje de ida dos veces al mes en Santa Cruz de Tenerife y la ciudad de las Palmas.

Dentro del Archipiélago no hay más medio de transporte, que el que proporcionan los buques de cabotaje. Un par de vapores interin-

sulares es cosa de urgentísima necesidad: á la vez que contribuirían á estrechar las relaciones de comercio entre las islas, harían más íntimos los lazos de solidaridad en las mismas; pues, aunque parezca extraño al lector, no puedo menos de asegurarle que las tres cuartas partes de los habitantes de la isla de Tenerife, no conocen más que de nombre la de la Palma, como la mayoría de los habitantes de esta, no ha visitado á Tenerife, y otro tanto sucede respecto de las demás islas. Establecidos vapores interinsulares, con las comodidades que proporcionan, con la brevedad de las travesías y la fijeza de días y horas de salida y entrada, ¿quién no se trasladaría de Tenerife á la Palma, de la Palma á Tenerife, á Canaria, á Lanzarote, á Fuerteventura, á la Gomera y al Hierro, siendo así que cuatro, cinco, seis ú ocho horas, á lo más, bastarían para hacer dichas travesías? Y, prescindiendo de la grande influencia que esto tendría ó ejercería forzosamente en la riqueza de las islas, ¿quién no ve en ello un medio de intimar las relaciones sociales y de hacer más variada y agradable la vida para los habitantes del archipiélago?

Varias veces se ha pensado en Santa Cruz

de Tenerife en una empresa de vapores con destino á este servicio, y no sé por qué fatalidad se ha frustrado siempre el pensamiento. Temores quiméricos, cierta falta de osadía para acometer empresas nuevas, aún cuando pertenezcan al número de las que reúnen mayores probabilidades de éxito, y, más aún, que todo esto, la manía arraigada en los hábitos de los españoles de esperar todo del gobierno, son tal vez los verdaderos motivos que han hecho fracasar esta utilísima mejora. Que no aguarde el comercio de Canarias los favores ó la protección del gobierno de Madrid, y establezca desde luego su empresa con un carácter puramente mercantil, que el movimiento de personas y de mercancías bastará para cubrir los gastos y dejar grandes utilidades. Y dado que los cuatro ó cinco primeros meses dichos gastos no se cubrieran, es cosa segura que transcurrido este brevísimo plazo, la empresa comenzaría á ver realizadas sus esperanzas en un lucro cada dia más y más creciente. Ya establecidos los vapores, el gobierno tendría que valerse de ellos para el transporte de la correspondencia pública de unas á otras islas, y pagaría naturalmente este servicio. Yo sé que el pensamiento ni ha muerto ni morirá,

porque está dictado por una necesidad imperiosa, y me atrevo á esperar su pronta realizacion del patriotismo de los comerciantes isleños, particularmente de los de Santa Cruz de Tenerife y la ciudad de las Palmas: digo mal del patriotismo, pues su propia conveniencia debe aconsejarles esta empresa, sin necesidad de inspirarse en sentimientos patrióticos. No extrañe el lector que insista tanto en este punto: las comunicaciones son una de las primeras cosas que hay que facilitar y proporcionar en las Canarias, pues que son tambien la primera fuerza que ha de apresurar el desarrollo de su prosperidad y civilizacion. La experiencia de lo que ha pasado en Europa no puede dejarnos duda en el particular.

¿Qué más les falta, pues, á estas atlánticas islas? Les faltan medios de instruccion en armonía con sus necesidades y con la especialidad de sus condiciones. Todo lo que ellas poseen en la actualidad está reducido á un instituto de segunda enseñanza en San Cristóbal, un seminario conciliar confiado á los Jesuitas, un colegio privado en la ciudad de las Palmas, y algunas escuelas de instruccion primaria. Estas últimas son insuficientes para proporcionar las nociones de la enseñanza elemental,

tan indispensable en la vida, pues toda la poblacion rural y una parte de la urbana carecen de ella, sea porque no se cumpla exactamente la legislacion vigente, ó por defecto de esta misma legislacion. En cuanto al instituto, le hago justicia; es un establecimiento de cuya direccion, de cuyos profesores y de cuyos resultados, tengo motivo para hacer elogios, como más atrás dejo indicado; pero limitada la enseñanza en las islas á simples conocimientos de filosofía elemental, no puede dar los frutos que enseñanzas más vastas producirian. No sé si podria restablecerse la universidad de San Fernando: á mi juicio, convendria su restablecimiento; pero, restablecida ó no, las islas Canarias necesitan un sistema, un plan diferente del que rige para las demás provincias de España.

Reproduzco y recuerdo aquí lo que he expuesto al hablar de la Villa de la Orotava y de Tenerife. El instituto de la Laguna debiera ser ampliado con varias cátedras referentes á agricultura. Estas islas son el país de la aclimatacion por excelencia; la benignidad de su clima, la feracidad de su suelo y cuantas condiciones hay en ellas, las recomiendan para toda clase de ensayos y de estudios agrícolas:

ensayos y estudios de que no sólo sacarían provecho los isleños, sino también los peninsulares. Debe procurarse asimismo extender y propagar en el archipiélago la instrucción primaria.

Todo esto en cuanto á lo que se refiere á la enseñanza que el gobierno dirige, ó diré mejor, á la enseñanza oficial ; pero los isleños pueden hacer algo más también con su iniciativa privada, en orden á la fundación de liceos, academias y asociaciones particulares, encaminadas á la propagación de conocimientos útiles y necesarios. He visitado muchos establecimientos de este género, tanto en España como en el extranjero, y cada vez se ha arraigado en mí más y más el convencimiento de su grande utilidad. Millares de niños procedentes de familias pobres, hijos de artesanos y de obreros, encuentran en ellos conocimientos que más tarde aplican en sus respectivos oficios ; el dibujo, las matemáticas, la física, la química, nociones de artes y otras varias materias que me sería difícil recordar, constituyen sus estudios. Una módica cuota pagada por los socios, es bastante para cubrir los gastos, y muchas personas de ilustración inspiradas en su amor hácia las clases proletarias, y en nobles aspiraciones de

mejora y progreso para las mismas, toman á su cargo algun curso, alguna série de explicaciones que guardan relacion con los concurrentes, y van á desarrollarla y exponerla á estos establecimientos; resultando de aquí enseñanzas á veces muy vastas, á donde cada cual va á buscar la que le hace falta, en razon de sus circunstancias y necesidades.

Los que califican á la edad presente con los epítetos de materialista y descreída, cometen una gran injusticia. Pensamientos humanitarios y filantrópicos, como el que acabo de indicar, y otros muchos que no indico, no los realizaron ni concibieron nuestros mayores. Estos fuéron más ricos que nosotros en supersticiones; abarcaban tal vez más prácticas de culto exterior; pero eran más egoístas que nosotros, y se ocuparon pocas veces en la emancipacion de las clases inferiores. Mirábanlas como si la naturaleza las hubiera destinado á servirlos y respetarlos, y nunca una idea fecunda, que contribuyera al menos á prepararles un porvenir más venturoso, rodó por sus cerebros. No los acuso; era achaque de los tiempos, era tributo de la época: ellos no podían hacer otra cosa que lo que su ciencia y su conciencia les dictaba.

Las clases obreras ó artesanas deben buscar en sus propios esfuerzos la futura mejora de su porvenir ; no es del Estado ó del gobierno de donde ha de venir esta mejora. La proteccion que él puede dispensarles es insuficiente ó perjudicial : llamado á llenar en una alta esfera atribuciones que se refieren al conjunto, no posee los datos y las condiciones indispensables para resolver el problema del trabajo. Todo cuanto él debe hacer en esta materia, es reconocer á los individuos el sagrado derecho de su personalidad, destruyendo los monopolios y las trabas que aún embarazan la actividad humana, y esta es la que inspirándose en el progreso de las ciencias y de las artes, libre además de las ligaduras que atan sus alas, ha de remontar, como el águila, el vuelo á las altas regiones de la riqueza y de la civilizacion. Dentro del sistema de la libre iniciativa privada, el principio de asociacion obra verdaderos prodigios, y á él y nada más que á él deben recurrir las clases á que me refiero. Es para mí motivo de satisfaccion el observar cómo van apareciendo en Europa instituciones que llenan este noble fin : instituciones á las cuales se libra, ora la falta de trabajo, las enfermedades y achaques de la vejez, ora el pan

del fierro huérfano y de la pobre y desamparada viuda, ora la instruccion y preparacion del trabajador para el oficio ó profesion que ejerce ó ha de ejercer.

Algo de este género debe intentarse en algunas capitales de las islas Canarias, como Santa Cruz de Tenerife, la ciudad de las Palmas y Santa Cruz de la Palma (1). Recuerdo haber leído en un periódico de Canarias, *El Eco del Comercio*, algunos artículos que llevaban por epígrafe *Enseñanzas y exposiciones industriales*, y aunque trataban en general de las ventajas de las unas y las otras, me pareció sin embargo que esta idea queria despuntar allí, aunque no se formulaba y presentaba por entero. Leí estos trabajos con suma complacencia, porque eran para mí un síntoma de progreso.

(1) No hace muchos dias que recibí una invitacion de parte de una junta formada en esta ciudad, con el objeto de preparar y realizar la fundacion de un periódico que fuese el órgano de los intereses y del movimiento intelectual de la isla de la Palma. Como hijo de la misma, y honrándome más de lo que yo alcanzo á justificar con mis merecimientos, me ofrecian un puesto en la redaccion. Lo acepté y lo agradecí, dispuesto á hacer en favor del proyectado periódico, todo cuanto estuviese á mi alcance.

Falta en Canarias más desarrollo al espíritu de empresa, para que en sus alas sea dable caminar á la consecucion de objetos útiles al bienestar de las islas. Uno de los principales es el de conduccion y aprovechamiento de aguas para el riego, en cuyo sentido se ha hecho mucho en la Villa de la Orotava, bajo la dirección de un ingeniero hidráulico francés. Faltan por último capitales en la clase agricultora, por lo cual convendria algun ensayo de banco agrícola.

¿Qué es lo que las islas Canarias poseen de lo que he indicado como necesario á su progreso y civilizacion?

Poseen la libertad de comercio, aunque con ciertas limitaciones, pues hace once años que el gobierno les concedió por gracia franquicias de puertos para su comercio; no digo bien otorgó la gracia, debo decir declaró la franquicia, pues la libertad no es nunca gracia que se da á los pueblos y á los individuos, y sí un derecho que se les reconoce y ha debido siempre reconocerse. Pero séase de esto lo que se quiera, puesto que no sea esta la ocasion de entrar en polémica, es lo cierto, que las islas Canarias tienen puertos francos, y que esta circunstancia ha contribuido y está

contribuyendo más cada día á su desarrollo moral y material ; dichas franquicias les fueron reconocidas por un real decreto que lleva la fecha de 11 de Junio de 1852, siendo ministro de Hacienda D. Juan Bravo Murillo, y en conformidad con este decreto, quedaron declarados francos los puertos siguientes : Santa Cruz de Tenerife, Orotava, Ciudad de las Palmas, Santa Cruz de la Palma, Arrecife de Lanzarote, Puerto de Cabras y San Sebastian (1). La reforma fué acogida con júbilo ; los isleños la agradecieron de corazón, y la prensa canariense la celebró en todos los tonos.

Los resultados obtenidos desde aquella de-

(1) Esta reforma llevaba el carácter de tiempo indefinido, ofreciendo el gobierno no suspenderla durante tres años, y reservándose la facultad de volver al antiguo sistema, si la experiencia llegaba á demostrar que no respondía á los intereses generales del país : reserva que revela la fe tibia y el amor débil que el ministro español profesaba á la libertad mercantil. Para cubrir el déficit que resultaba en la Hacienda con la supresion de la renta de aduanas y de tabaco, se estableció un recargo de 2 por 100 sobre el cupo de la contribucion de inmuebles, cultivo y ganaderia, un derecho moderado sobre el tabaco que se introdujera para el consumo, otro fijo para la venta del mismo, y un recargo sobre el subsidio de comercio.

claracion hasta la fecha, han correspondido como no podian menos de corresponder á las esperanzas por entonces concebidas, pues la libertad comercial ha hecho sentir sus saludables influencias. Desde aquella época, el movimiento de la riqueza en las islas, ha comenzado á manifestarse con más pujante fuerza, y sus puertos á verse más frecuentados por buques mercantes, nacionales y extranjeros; muchas líneas de vapores de procedencia inglesa, francesa, italiana y portuguesa, han aprendido la ruta marítima que conduce á estas islas; las relaciones de comercio se han estrechado más con Francia é Inglaterra; el cultivo de la cochinilla se ha extendido por las diferentes comarcas que componen las islas, y las franquicias han proporcionado facilidad suma para la salida y venta de este producto en Marsella y Lóndres, no menos que para el retorno de sus precios en mercaderías. Así es que la opinion general en Canarias ha sido siempre favorable á las franquicias, y es seguro que ninguna medida ó reforma en estas islas alcanzarian mayor grado de impopularidad, que la que tuviese por objeto suprimir la libertad de comercio y restablecer el antiguo y vicioso sistema establecido antes de la declaracion. Lo que á

propósito de dichas franquicias he expuesto, basta y sobra para que el lector tenga idea de su importancia; mas si mis indicaciones no fuesen suficientes para producir en el ánimo el convencimiento, yo podria presentar al lector datos estadísticos que las comprobaran.

Hé aquí algunos con referencia al movimiento del puerto en Santa Cruz de Tenerife.

Número de buques entrados en 1851.	777
Tripulantes.	14.552
Pasajeros.	7.204
Toneladas.	45.398

Adviértase que en Junio de 1852 se hizo la declaracion de puertos francos.

Número de buques entrados en 1860.	1.371
Tripulantes.	23.375
Pasajeros.	23.450
Toneladas.	139.185

La comparacion de 1851 con 1860 ofrece una diferencia de 594 buques, 8.823 tripulantes, 16.246 pasajeros, 93.787 toneladas á favor de 1860, lo cual es un dato que revela la influencia ejercida por las franquicias comerciales.

La estadística de las importaciones por el mismo puerto, del reino, de la América y del extranjero, es tambien otro dato curioso que nos da igual demostracion.

	<u>Reales vellon.</u>
Importacion en 1853.	20.250.000
— en 1860.	31.895.000

La diferencia á favor de 1860, consistente en 11.645.000 rs. vn., es respetable; debiendo advertirse que al terminar el año 53, ya las franquicias llevaban año y medio de establecidas, y además, que no van incluidos en estos datos los valores del tabaco y de los cereales; valores que, particularmente respecto del tabaco, han ido en progresion creciente (1).

(1) Hé aqui nuevas cifras relativas á la riqueza imponible calculada en Canarias en 1851 y 1860.

	<u>Año de 1851.</u>	<u>Año de 1860.</u>
Tenerife.	11.538.000	13.088.960
Canaria.	10.407.500	11.476.130
Palma.	2.365.000	2.551.510
Lanzarote.	1.819.500	2.074.740
Fuerteventura.	858.500	1.060.610
Gomera.	900.000	937.000
Hierro.	406.000	437.710

En todas las islas se manifiesta un aumento en la riqueza imponible, no siendo ocioso el notar, que las tierras en 1860 destinadas al cultivo de la cochinilla, están valoradas en estos datos oficiales, no por su verdadero valor, sino por el que tendrian dedicadas al cultivo de cereales, el cual es muy inferior.

Las cifras anteriores bastan para desvanecer cualquiera duda, si alguna pudiera quedar, acerca de la influencia ejercida por los puertos francos. El que conoce las leyes á que está sujeto el mecanismo de la produccion, sabe que la libertad es requisito obligado de su desarrollo, y no necesita cifras ni estadística para estar seguro de que sus resultados son siempre favorables; pero para convencer á algun incrédulo, la elocuencia de los números hace buen efecto.

Yo debo hacer notar al lector que las franquicias comerciales á que me refiero, no han podido influir tanto como hubieran influido en el bienestar de las islas, si el sistema de libre-cambio fuese y hubiera sido la ley comun de los españoles. Todo sistema económico es solidario; sus diversas partes son á manera de ruedas de un vasto mecanismo, cuyo juego depende del movimiento concertado y armónico de las mismas. La libertad de comercio fué declarada en las islas Canarias; pero de uno y otro lado, en la Península y en las Antillas, quedó vigente el sistema protector. Y enclavadas las islas entre el uno y el otro extremo, ¿era posible que desenvolvesen su libertad comercial hasta el grado á que podia llegar este

desarrollo? Sin embargo, lo han conseguido en parte, y lo conseguirán aún mucho más á medida que adelante el tiempo, así por las facilidades que su sistema ha proporcionado á la exportacion é importacion, como por mantener relaciones comerciales con otros varios países. La libertad mercantil es para ellas un bien importantísimo; pero si fuese ella el sistema general de España, lo seria en mayor grado. Entonces la prosperidad de todas las provincias españolas secundaria la de cada una en particular, como la de cada una seria impulso eficaz al mejoramiento de todas; entonces la virtud de la libertad de los cambios circularia por los anillos de la cadena, como circulan los jugos nutritivos por las hojas y tallos de la planta á que dan alimento y vida. El advenimiento del libre-cambio en toda la nacion española no estará tal vez muy léjos; pero entre tanto, para que la obra sea completa respecto de las Canarias, falta que el gobierno exima á esta provincia de los recargos que le impone, en compensacion de las antiguas rentas de aduanas y tabaco: porque si sus contribuciones alcanzan á cubrir los gastos de su administracion, y aún dejan un pequeño sobrante para la administracion central, en buenos principios no se les

debe exigir más. Esta sería una medida justa, sobre la cual llamo la atención de las personas á quienes compete el tomarla.

Las Canarias tienen, y continuó mi exposición, en sus hijos la capacidad, el ingenio y las disposiciones naturales que pueden desearse para caminar por las vías de un progreso siempre creciente; tienen un fecundo suelo, un magnífico clima, y una situación que les da gran facilidad para aumentar y acrecentar la importancia de su comercio. Ellas están ya en posesión de relaciones mercantiles con pueblos y países muy importantes, cuyo contacto se siente hasta en las costumbres isleñas.

Vea el lector en qué términos explicaba yo, hace poco tiempo, la naturaleza de su comercio.

«Las relaciones de estas islas con otros países son de una índole que no carece de cierta especialidad. La situación que ocupan en el Atlántico las pone en contacto con la Europa, con el África y con la América: con la Europa, por el lado principalmente del Mediterráneo; con el Africa, por la parte de Mogador y algunos otros puntos de la costa del imperio marroquí; y por la América, por el archipiélago de las Antillas, y más particularmente

por Cuba. Siendo un país agrícola y no fabril, todos los artículos manufacturados vienen naturalmente de afuera, y son por punto general, Marsella, Cádiz y Barcelona, los puertos á donde el comercio va á abastecerse de cuanto, de necesidad ó de lujo, pueda reclamar el consumo del país. Lóndres suele ser tambien uno de los puntos frecuentados. Algunos buques mercantes, las líneas de vapores que cruzan por estos mares, y los correos españoles recientemente establecidos, prestan este servicio comercial. De Mogador y la moruna costa vecina, suelen extraer maíz y trigo en los años en que la escasez de lluvias malogra en las islas la cosecha de cereales.

»Por el lado de la América, las relaciones tienen otro carácter. El movimiento, más que de mercancías, es personal; es decir, mantenido por la emigracion canaria á Cuba y Puerto-Rico, y por el retorno de los *indianos*. Algun azúcar suele llegar, de cuando en cuando, de la Habana y algunas cantidades de tabaco en hoja, en polvo y elaborado; cantidades que han crecido extraordinariamente despues de la declaracion de puertos francos.....

»De un lado la Europa y el África, con sus relaciones de mercancías, del otro las Antillas,

con su movimiento de personas; tal es la situación de las islas.

» Asalta al llegar aquí una duda al pensamiento. ¿Por qué no es el comercio de Canarias respecto de Cuba lo que es respecto de Europa? Hé aquí una pregunta, cuya respuesta exige alguna explicación.

» La primera y principal causa que explica la diversa naturaleza de las relaciones comerciales de las Canarias en un sentido ó en otro, está en la especialidad de la producción cubana y canariense. Cuba es un país esencialmente agrícola y comercial; la industria fabril no ejerce allí su imperio, y como á estas islas les sucede otro tanto, es natural que la gran masa de las mercancías que constituyen el consumo de Canarias, no pueda venir de aquel punto. Azúcar, tabaco y café, forman los productos más importantes del suelo cubano, y, ciertamente, allá van á buscarlos estos habitantes; pero en cortas proporciones. Dicen ciertos escritores que el interés individual es por sí solo bastante ilustrado para saber dirigir sus negocios en el sentido más conveniente; y esto que es una verdad, lo es tan solo cuando se trata de combatir la propensión, por desgracia demasiado arraigada, que

tiene el gobierno para invadir el terreno en que se ejercita la accion individual ; mas no significa, ni puede significar en manera alguna, que ese mismo interés privado no necesite ser dirigido ó ilustrado, que no convenga deramar alguna vez un poco de luz en su camino, para que vea por dónde se dirige, á dónde va y si lleva falsa ruta.

» Me explico así, porque quizá hay algo de rutinario en la manera de practicarse el movimiento comercial y personal entre Cuba y Canarias; pues aún cuando, por la razon arriba indicada de no ser Cuba país fabril, no puede ser lo que debiera la importacion de mercancías, es indudable que con medios de comunicacion rápidos y cómodos, el comercio tomaria mayor incremento, y Cuba haria sentir en las islas su influjo saludable de una manera eficaz y decisiva. Si en lugar de vivir el comercio á expensas de buques mercantes, se organizase una sociedad que mantuviera una línea de vapores, no es fácil concebir cuántas ventajas resultarian de aquí. Los buques de vela que hoy salen de Canarias en direccion á la Habana, ó de esta ciudad en direccion á Canarias, emplean cuarenta dias casi por término medio, siendo así que un buen vapor podria hacer el

viaje en doce ó trece; y que una combinacion que diera por resultado la salida de uno, al principio, cada quince dias, y más tarde, cada semana, tanto de Cuba como de Canarias, daria magníficos resultados. Economía de tiempo, de gastos, regularidad, exactitud en los cálculos; ¿qué sé yo cuantas ventajas no nacerian de este sistema?

»El camino de la Habana tan conocido de estos habitantes, seria entonces aún más frecuentado; muchos isleños ricos que se pasan por allá su vida, sin retornar, siquiera fuese temporalmente, á su país, traerian á las islas la totalidad ó parte de sus capitales, y muchos frutos de Canarias encontrarían pronta y fácil salida en la Habana, como muchas y muy diversas producciones de Cuba se consumirían en estas islas.»

Así me expresaba en una correspondencia, que desde la isla de la Palma, dirigia á un periódico de Madrid, y las observaciones que hice entonces son las mismas que debo hacer ahora, en orden á las relaciones comerciales exteriores del archipiélago canariense. El movimiento de su progreso ha de arrancar de las islas mismas, teniendo por principal resorte la libre iniciativa de sus habitantes. Abiertas las

vías de comunicacion en el interior, y destruidos los monopolios que puedan servir de embarazo á su actividad, á los hijos de este país corresponde reunir capitales, crear empresas útiles, aclimatar nuevos cultivos, perfeccionar los existentes, extender el radio del comercio, mejorar las relaciones de este último, y elevarse al mejor estado posible de prosperidad y de riqueza. No conozco más vías de progreso que aquellas que los individuos y los pueblos se abren con sus propios esfuerzos, y dado que hubiera otras, las que he indicado son las únicas nobles, las únicas que enorgullecen y satisfacen, porque es en efecto muy satisfactorio el reconocerse, cada individuo ó cada pueblo, único autor de todo lo que es y lo que vale. La fortuna, he dicho más atrás y repito ahora, no llama á nuestras puertas por su propia espontaneidad: se oculta las más veces, se esconde y es necesario buscarla con afan incansable. La naturaleza secunda el poder del hombre con el poderoso concurso de sus agentes; pero es forzoso conocer estos, aplicarlos y hacerles producir los resultados de que son susceptibles.

El trabajo, hé aquí el alma de la civilizacion y el instrumento que lleva en sus manos el

progreso para obrar sus portentosos milagros; él, el trabajo, embellece y cambia constantemente la escena de la vida humana; él cubre la tierra de doradas espigas y hace fecundos los desiertos y las desnudas montañas; él modifica y cambia en variadas formas el conjunto de materiales que encierra el globo en que habitamos; él horada los montes, salva las distancias, nos abre camino en la inmensidad del Océano, explora las escondidas interioridades de la tierra; por él se llega á la posesion de la ciencia, de la riqueza y de la gloria. El trabajo es: todo: extirpa la miseria, enjuga las lágrimas, pone y mantiene á raya gran parte de las calamidades que han afligido y afligen á la humanidad. Y si no existieran aún ciertas preocupaciones en algunas cabezas, si los gobiernos de todos los países le otorgaran, ó diré mejor, le reconocieran lo que es parte integrante de su naturaleza propia, lo que es condicion de su vida y desarrollo, *la libertad*, si tuviera espeditas todas las vías y no se sintiera contrariado por la accion dañina de tantos monopolios y restricciones como aún subsisten por desgracia, triste y funesto legado de edades y civilizaciones pasadas; si el trabajo, digo, fuera lo que pudiera y debiera ser, la imagi-

nacion no alcanza á explicarse á qué grado de adelantamiento conduciría á las sociedades humanas. El trabajo es la ley del hombre, y por esto á la vez que esfuerzo y fatiga es placer y satisfaccion. Ejercitando las facultades que nos otorgó el cielo, llenamos nosotros los seres humanos nuestro destino ; acomodamos el precioso depósito de materiales suministrados por la madre naturaleza á las exigencias de nuestra existencia, desarrollamos los elementos constitutivos de nuestro sér, vivimos. «Ganarás el pan con el sudor de tu frente,» dijo Dios, segun el *Génesis*, á nuestro primer padre, y esto que parece un castigo impuesto como expiacion á un delito cometido, es al mismo tiempo un privilegio otorgado al hombre para diferenciarlo del resto de la creacion, y proporcionarle un campo vasto de progresos y merecimientos. Las leyes que presiden y determinan las manifestaciones de la actividad ó del trabajo del hombre forman hoy el objeto de una gran ciencia, cuyo influjo en la vida y constitucion de los pueblos, se siente por do quiera. La libertad en el ejercicio de las facultades humanas, la limitacion de las atribuciones del Estado, la armonía de los derechos y de los intereses, la solidaridad, en una palabra, son

principios que la ciencia del trabajo proclama y lleva en su bandera, y con ellos está preparando el advenimiento de lo que se titula libertad económica y política.

Las islas Canarias tienen en la franquicia de sus puertos un obstáculo menos á su desarrollo; pero quedan todavía sujetas al dañino y funesto poderío de otros, que dominan por desgracia en todas las provincias españolas, pues nuestra Administracion vive aún inspirada en las doctrinas erróneas de la escuela reglamentaria. No es mi propósito entrar en consideraciones de política ó de Economía política que me aparten de mi objeto principal; pero sí quiero consignar que alejada una parte de los obstáculos, con la declaracion de la libertad mercantil, los hijos del archipiélago canariense son los que deben levantar con sus propias manos el edificio de su riqueza y civilizacion.

A favor de un concurso de circunstancias como el que el lector y el viajero conocen, con la perseverante cooperacion de sus habitantes, las reformas indicadas por parte de la Administracion, el amor al progreso, los ensayos repetidos y el aprovechamiento de los elementos de riqueza que las islas Canarias poseen; pueden llegar en época no muy lejana á du-

plicar su poblacion, á acrecentar maravillosamente su prosperidad, y á justificar el título de *Afortunadas* con que fuéron conocidas en edades pasadas. No vivirán entonces, ni aun es justo que vivan ahora, en el olvido y la indiferencia en que yacen para los españoles de la Península: su nombre será conocido y celebrado; se las elegirá como una mansion de recreo, y muchos capitales españoles y extranjeros, seguirán el camino que conduce á ellas para embellecerlas con importantes obras. España verá, como se explica un escritor ya citado, nacer unas segundas Antillas á sesenta horas de Cádiz.

Es posible, he dicho en la introduccion de este libro, que se sienta alguna vez palpitar en sus páginas, la fibra del amor patrio: no sólo es posible, sino que realmente el lector no podrá menos de conocer en muchos pasajes, que es la pluma de un hijo de las *Afortunadas* la que los ha trazado; de un hijo de las Canarias, que viviendo léjos de su país natal, conserva y mantiene puro y vivo en su alma el amor á su patria. Y sin embargo, estoy seguro de no haber traspasado los límites de la realidad en los elogios y encarecimientos que de estas islas atlánticas hago. Los viajeros que

han arribado á las playas de Santa Cruz de Tenerife, y los pocos escritores del extranjero que han penetrado un poco, aunque no lo bastante, en su interior, consignan en las páginas que les consagran, elogios que ponen á los míos á cubierto de la exageracion. Humboldt, Piazzini Smith, Buch, Web, Berthetot, son de este número: ninguno de estos escritores, ha hecho una descripción completa del archipiélago. Son puntos de vista especiales los que han tratado; pero los encarecimientos, los elogios dispensados á las islas, al clima, á la vegetacion y á otras curiosidades de las mismas, brotan en sus páginas á cada línea. El folleto de M. Gabriel Belcastel, á quien he citado varias veces, dedicado al estudio del clima de la Orotava, no admite más allá, en sus calificaciones respecto á las preeminencias naturales de las islas Canarias. Todo pues concurre á dar carácter de gran veracidad á mi narracion.

Tenerife es la más conocida y visitada de las cuatro islas que he recorrido: la Gomera y el Hierro lo son aún menos que la Palma, y no obstante, despues de todo lo que he dicho, el lector podrá juzgar que todas ellas merecen serlo casi en el mismo grado. Una observacion debo

hacerle aún. En la série de cuadros que le he presentado, ó lo que es lo mismo, en la descripción del grupo occidental de estas atlánticas islas, se sigue una especie de gradacion descendente. Tenerife es en dimensiones, en poblacion y en riqueza la más importante; síguele á esta la Palma; sigue á la Palma la Gomera, y á la Gomera el Hierro. Pero á medida que el cuadro se reduce, parece que en su recinto se reconcentran y amontonan más las curiosidades, y la impresion del viajero, sin decaer nunca, va encontrando constantemente objetos nuevos que, si disminuyen en extension, ganan en otros conceptos diferentes.

He escrito ya lo bastante para dar á conocer en España y en el extranjero el primer grupo de estas islas atlánticas; lo bastante para ofrecer á los naturales del país el retrato de las mismas; lo bastante para señalar caminos de progreso y adelantamiento, y contribuir en la medida de mis fuerzas á su futuro engrandecimiento. El lector quizá quedará satisfecho del viaje á que le he acompañado, y de los itinerarios que ha hecho conmigo; mas si, á pesar de mis esfuerzos, no lograre recrear su ánimo, ni darle una idea completa del país, ni presentar en toda su verdad la fisonomía del

mismo, ni estimular á los hijos de las Canarias para que todos cooperen á la importante obra del porvenir de su patria; si todo esto aconteciere, repito, cúlpese, no á mis intenciones, y sí á mi pluma; á mi pluma, que no habrá sabido retratar con verdad, ni llevar á los ánimos buenas y luminosas ideas.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
INTRODUCCION.	5
CAPÍTULO PRIMERO.—Santa Cruz de Tenerife.	27
CAP. II.—San Cristóbal de la Laguna.	43
CAP. III.—El valle y la villa de la Orotava.. . . .	67
CAP. IV.—El Teide.	89
CAP. V.—Los Realejos. — Las Ramblas.— Tigai- ga.—Garachico.	111
CAP. VI.— El Jardin de Aclimatacion y el Puerto de la Cruz.	125
CAP. VII.—Tenerife.	141
CAP. VIII.—Santa Cruz de la Palma.	154
CAP. IX.—Los Llanos.	181
CAP. X.—Argual y Tasacorte.	200
CAP. XI.—La cochinilla.	213
CAP. XII.—La Caldera.	230
CAP. XIII.—La Palma.	254
CAP. XIV.—San Sebastian de la Gomera.	282
CAP. XV.—Hermigua. — Agulo.	296
CAP. XVI.—Valle Hermoso.— Alto Garajonay.— Establecimientos del Sur.	311
CAP. XVII.—El Hierro.	329
CAP. XVIII.—Algunas consideraciones generales.	351

